

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

Santo Domingo, 12-28 de Octubre de 1992

DISCURSOS

Consejo Episcopal Latinoamericano

CELAM

1

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

Santo Domingo, 12 - 28 de octubre de 1992

DISCURSOS

Consejo Episcopal Latinoamericano

CELAM

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO

Santo Domingo, 12 - 28 de octubre de 1992

DISCURSOS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Día 9 de octubre

Visita Papal
Aeropuerto Internacional "Las Américas"
Ceremonia de Llegada
Saludo del Santo Padre

Día 10 de octubre

Misa en la Catedral
Con el Clero y Religiosas de República Dominicana
Cena con la Conferencia del Episcopado Dominicano

Día 11 de octubre

Misa en el Faro a Colón
Concelebración de la Santa Misa con todos los Cardenales, Obispos y Sacerdotes presentes y canonización del Beato Ezequiel Moreno y Díaz en los Jardines del Este.

Angelus Domini en el Faro a Colón

Nunciatura Apostólica:

Encuentro con el Cuerpo Diplomático.

Día 12 de octubre

Misa en Higüey
Santuario de Nuestra Señora de Altigracia

Acto de Consagración a la Virgen María

Discurso Inaugural del Santo Padre: "Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana. - Jesucristo ayer, hoy y siempre-" (Heb 13,8).

- 2 -

Discurso Inaugural del Santo Padre: "Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana - Jesucristo ayer, hoy y siempre" - (Heb 13, 8) - Portugués.

Día 13 de octubre

Homilía a los Seminaristas

Nunciatura Apostólica:

Encuentro con una representación Indígena.

Mensaje a los Indígenas

Encuentro con una representación de Afroamericanos

Mensaje a los Afroamericanos.

Encuentro con los Obispos y Fieles de Haití.

Día 14 de octubre

Aeropuerto Internacional "Las Américas"

Ceremonia de despedida del Santo Padre.

Distribution of the Discourses of the Holy Father in the Dominican Press Centers (Embargo)

Textos del Viaje del Santo Padre.

DISCURSOS DE INAUGURACION

. Señor Cardenal Angelo Sodano - Presidente de la IV Conferencia

. Señor Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez - Presidente de la IV Conferencia

- 3 -

DISCURSOS DE CLAUSURA

. Señor Cardenal Nicolás de Jesús López Rodríguez - Presidente de la IV Conferencia

. Palabras del Excelentísimo Monseñor Raymundo Damasceno Assis.

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO
SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA
OCTUBRE 12 - 28 DE 1992

00

VISITA PAPAL
PROGRAMA

Día 9 de Octubre de 1992
17.15 Llegada

Día 10 10:00 Visita al Presidente
 17:00 SANTA MISA CON EL CLERO Y RELIGIOSAS DE LA
 REP. DOMINICANA EN LA CATEDRAL
 19.40 Cena con la Conferencia del Episcopado
 Dominicano

Día 11 (Domingo) 9:15 CONCELEBRACION DE LA SANTA MISA
CON TODOS LOS CARDENALES, OBISPOS Y SACERDOTES PRESENTES Y
CANONIZACION DEL BEATO EZEQUIEL MORENO Y DIAZ en los
Jardines del Este, junto al Faro de Colón.

18:00 ENCUENTRO CON EL CUERPO DIPLOMATICO

Día 12 10:00 SANTA MISA EN LA CATEDRAL-BASILICA DE
NUESTRA SEÑORA DE ALTAGRACIA. En la ciudad de Higüey

17:30 APERTURA DE LA IV CONFERENCIA GENERAL DEL
EPISCOPADO LATINOAMERICANO. En la Sede de la IV Conferencia,
Casa San Pablo.

Cena con los participantes a la IV Conf.

Día 13 Encuentro en la Nunciatura
 con un grupo de indígenas
 con un grupo de afroamericanos
 con un grupo de haitianos

Día 14 9:00 Salida para Roma

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO -09.10.1992
Aeropuerto internacional "Las Américas"
Ceremonia de llegada

Señor Presidente de la República
Venerables Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Amadísimos hermanos y hermanas

1. Me llena de gozo encontrarme nuevamente en esta tierra generosa, que en los designios de Dios fue predestinada para recibir, hace ahora cinco siglos, la Cruz de Cristo, que alargando sus brazos de misericordia y amor, llegaría a abarcar la totalidad de aquel mundo nuevo que un 12 de octubre de 1942 apareció radiante a los ojos atónitos de Cristóbal Colón y sus compañeros.

Saludo muy cordialmente al Señor Presidente de la República, que acaba de recibirme, en nombre también del Gobierno y del pueblo de esta querida Nación, y le expreso mi viva gratitud por las amables palabras de bienvenida que ha tenido a bien dirigirme, así como por la invitación a visitar este noble País en fecha tan señalada. Saludo igualmente a las demás Autoridades civiles y militares aquí presentes, a quienes manifiesto también mi reconocimiento por la amabilidad de venir a recibirme.

Mis expresiones de gratitud se hacen abrazo de paz a mis Hermanos Obispos, miembros del Episcopado Dominicano y Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, quienes con tanto amor y dedicación cuidan y sirven al Pueblo de Dios en esta vasta porción de la Iglesia. En este saludo, mi corazón abraza también con particular afecto a los queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles cristianos, a los que me debo en el Señor como Pastor de la Iglesia universal.

2. Como peregrino de la Evangelización vengo a este pórtico de las Américas, donde, como aquellos misioneros que acompañaban a los descubridores, tuve la dicha de celebrar mi primera Misa en el primer viaje pastoral de mi Pontificado. Posteriormente, el 12 de octubre de 1984, en el Estadio Olímpico de Santo Domingo, pude inaugurar la novena de años con la que la Iglesia se ha preparado a la magna efemérides que ahora celebramos. Y, recordando las palabras que pronuncié en aquella ocasión, reitero que "la Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este V Centenario con la humildad de la verdad, sin

triunfalismos ni falsos pudores; solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro" (n.3).

Con este viaje apostólico vengo a celebrar, ante todo, a Jesucristo, el primero y más grande evangelizador, que confió a su Iglesia la tarea de proclamar en todo el mundo su mensaje de salvación. Vengo como heraldo de Cristo y en cumplimiento de la misión confiada al apóstol Pedro y a sus Sucesores de confirmar en la fe a los hermanos (cf. Lc 22,32). Vengo también para compartir vuestra fe, vuestros afanes, alegrías y sufrimientos.

3. Movido por la solicitud pastoral por toda la Iglesia, y en íntima comunión con mis Hermanos Obispos del Continente, he querido convocar la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendré la dicha de inaugurar el próximo día 12, cuando se cumplen 500 años de la implantación de la cruz de Cristo en el Nuevo Mundo.

La Iglesia, que durante este medio milenio ha acompañado en su caminar a los pueblos latinoamericanos compartiendo sus gozos y anhelos, y que hoy se hallan en una encrucijada de su historia al tenerse que enfrentar a urgentes y arduos problemas, se siente interpelada ante la dramática situación de tantos de sus hijos que buscan en ella una palabra de aliento y esperanza. Por ello, junto con los Pastores de la Iglesia convocados en esta Asamblea de Santo Domingo, deseo reafirmar nuestra irrenunciable vocación de servicio al hombre latinoamericano y proclamar su inalienable dignidad como hijo de Dios, redimido por Jesucristo.

Con la confianza puesta en el Señor, y sintiéndome muy unido a los amados hijos de la República Dominicana y de toda América Latina, inicio mi peregrinación apostólica que encomiendo a la maternal protección de Nuestra Señora de la Altagracia -cuyo Santuario en Higüey tendré la dicha de visitar- mientras bendigo a todos, pero de modo particular a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

¡Alabado sea Jesucristo!

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO, 10.10.1992
Catedral
Santa Misa

1. "Vosotros sois elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Pe 2,9).

Amados sacerdotes, religiosos, religiosas,
miembros de vida consagrada y contemplativas:

Reunidos en torno al altar en esta catedral primada os saludo en el Señor con estas palabras del apóstol san Pedro, dirigidas a los primeros cristianos. En efecto, todos estáis llamados a anunciar con vuestra vida y ministerio a Jesucristo, el que ha iluminado con la luz de la verdad a los pueblos de América haciend de ellos un sacerdocio real y una nación santa por medio del bautismo.

Nos encontramos en este templo ante la "Cruz de la Evangelización" y ante el primer cuadro de la Santísima Virgen traído a América: Nuestra Señora de la Antigua. Es como si estuviésemos en el Cenáculo de Jerusalén, donde los discípulos se reunieron "con María la Madre de Jesús (Act 1,14), "para implorar al Espíritu y obtener fuerzas y valor para cumplir el mandato misionero" (Redemptoris missio, 92).

En vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, saludo a cuantos en América Latina dedican generosamente su vida a la edificación del Reino de Dios. Abrazo con afecto a todos los ministros de la evangelización, hombres y mujeres, que en los lugares más remotos de este Continente de la esperanza hacen presente el mensaje de salvación, sembrado hace cinco siglos en el alma noble de los pueblos de América. Al mismo tiempo, deseo manifestar a todos mi gratitud por la labor sacrificada con la que, "como piedras vivas" (1 Pe 2,5), construís día a día la Iglesia, difundiendo la Palabra de Dios y administrando los sacramentos que santifican. Gracias por vuestra labor pastoral en los diversos campos, como son la catequesis, la educación, la salud, la promoción humana, la pastoral familiar, las vocaciones, la enseñanza, los asilos, los hospitales y allí donde hacéis tangible y cercana la presencia de la Iglesia entre los más pobres y abandonados.

Mi saludo fraterno se dirige igualmente a todos los Señores Obispos aquí presentes y, en especial, al Episcopado de este entrañable país que nos acoge para conmemorar el V Centenario de la Evangelización del Continente.

2. Las palabras del Evangelio nos han recordado los comienzos de la predicación de Jesús, el anuncio del Reino, el sermón de la montaña. Un anuncio de felicidad y de gozo: las bienaventuranzas, código del seguimiento de Cristo, expresión de la novedad que el Hijo de Dios, como nuevo moisés, proclama con autoridad. Junto al Maestro estaban sus discípulos que, dejándolo todo, le habían seguido. Ellos acogían sus palabras como primeros destinatarios de la Buena Noticia que habían de anunciar por todo el mundo.

Hoy se cumple también esa Escritura. Junto al Señor, presente en medio de nosotros, estamos reunidos para escuchar las palabras de vida que nos convocan a la misión. Estoy firmemente convencido de que el futuro de la nueva evangelización en América Latina depende principalmente de la entrega y fidelidad de los sacerdotes y religiosos, que a imitación de los discípulos, del Señor, "lo dejaron todo y le siguieron" (Lc 5,11) para "estar con él y para ser enviados a predicar" (Mc 3,14).

El programa de vida -que para el discípulo del Señor son las bienaventuranzas que hemos proclamado- exige una renovación espiritual fundada en el seguimiento radical de Cristo Sacerdote, Maestro y Buen Pastor. Se trata de hacer de la propia vida un don, una oblación a Dios, que nos llama a construir el edificio espiritual que es la Iglesia.

Este es el sentido de la exhortación de san Pedro contenida en la primera lectura: "Vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo" (1 Pc 2,5).

3. Estas palabras, dirigidas a los cristianos de la Iglesia naciente, vinieron a ser una realidad para los habitantes de estas tierras, cuando hace cinco siglos el mensaje de salvación fue anunciado por primera vez. Todos ellos fueron llamados a formar parte del edificio espiritual que es la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo Jesús. El Evangelio fue proclamado por abnegados misioneros -la mayor parte de ellos pertenecientes a órdenes religiosas- y lo que antes eran sólo "semillas del Verbo" (Cf. Lumen gentium 16; Ad gentes, 2) se convirtió por la acción del espíritu, en un árbol frondoso, que hunde sus raíces en el corazón de los hombres y de los pueblos latinoamericanos.

Hasa este Continente llegó el Evangelio de las bienaventuranzas, el anuncio de Cristo Crucificado y Resucitado, de su dolor solidario y liberador, camino hacia un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá más lágrimas, ni muerte (Cf Ap 21,1 y 4). "La bondad de Dios

nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4) han sido proclamados en estas tierras. En los surcos abiertos de su historia, la semilla del Evangelio, regada por la sangre de los mártires, fructificó en un pueblo creyente que acogió al Señor de la Vida, y "lafe pasó a ser constitutiva de su ser y de su identidad" (Puebla, 412), como lo demuestran cinco siglos de vida cristiana.

Hoy la Iglesia tiene que afrontar nuevos desafíos a los que tiene que dar una respuesta desde el evangelio. Por ello, con amor de padre y pastor, me atrevo a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo, queridos sacerdotes, para que este V Centenario sea un tiempo de gracia en el que el mensaje de salvación penetre profundamente en la vida de los individuos, de las familias, de la sociedad? ¿Cómo estáis contribuyendo, amados religiosos y religiosas, a las tareas de la nueva evangelización con vuestro testimonio de seguimiento radical a Cristo en la práctica de los consejos evangélicos?

4. Vosotros, sacerdotes, estáis llamados a dar la Palabra de vida, sacramentos, el amor y la gracia de Cristo. Esto es lo que esperan los fieles y la Iglesia os pide: que seáis sacerdotes íntegros. En palabras de san Pablo: "que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Cor 4,1). Vuestra fidelidad se enmarca, pues, en el misterio de la Iglesia en la que Jesús está presente y operante para la salvación del mundo. El nos ha llamado a ser sus ministros, nos ha consagrado en modo peculiar y nos envía a predicar (Cf Mt 28,19; Mc 3,13-14). Por ello, el ministerio de la Palabra es nuestro primer deber, nuestra obligación más apremiante, "lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal" (Evangelii nuntiando, 68).

Os exhorto, pues, a que vuestra predicación se inspire en la Palabra de Dios, transmitida por la Tradición y propuesta autorizadamente por el Magisterio de la Iglesia. Hablad con valentía, predicad con fe profunda y alentando a la esperanza, como testigos del Señor Resucitado. No os consideréis maestros al margen de Cristo (Cf Mt 23,8) sino testigos y servidores que, como nos lo recuerdan las palabras del Pontifical Romano en la ordenación de los presbíteros, "creen lo que anuncian, enseñan lo que creen y practican lo que enseñan" (cf Pontifical Romano. Ordenación de los presbíteros).

Sed fieles también a vuestro ministerio de santificar, pues habéis recibido "la fuerza del Espíritu Santo" (cf. Act 1,8) para ser testigos de Cristo e instrumentos de vida nueva. El Concilio Vaticano II afirma con insistencia que la

misión esencial del sacerdote se halla en la Eucaristía (cf. *Lumen gentium*, 28). A través de la Eucaristía la redención de Cristo toca el corazón de cada hombre transformando la historia del mundo. El misterio eucarístico, intensamente vivido, reforzará vuestra voluntad de servicio a los hermanos, os hará descubrir la importancia de los demás sacramentos y encontraréis fuerza para dedicaros a la confesión y a la dirección espiritual. Para cumplir adecuadamente este ministerio, es imprescindible vuestra misma experiencia personal del sacramento de la reconciliación, por medio de vuestra confesión frecuente. La gozosa experiencia de ser perdonados por Cristo alimenta el deseo de ofrecer a los otros su perdón.

El amor llevó a Jesús a entregarse en obligación por nosotros: "por ellos me consagro yo" (Jn 17,19). También nosotros, como Jesús y con El, hemos de dar la vida por los demás (Cf Jn 10,11). Por esto, la caridad pastoral del sacerdote, alimentada por la pobreza, la castidad y la obediencia, es como un signo sacramental del amor del Buen Pastor.

5. Vosotros, religiosos y religiosas, estáis llamados a ser signos luminosos de las realidades del Reino de Dios en su dimensión escatológica (Cf. *Perfectae caritatis*, 1) y testigos del espíritu radical de las bienaventuranzas: la pobreza de espíritu, la mansedumbre del corazón, las lágrimas del dolor y de la compasión, el hombre y la sed de justicia, la misericordia y la pureza de corazón, el compromiso por la paz verdadera e incluso la persecución por el nombre de Cristo.

En medio del Pueblo de Dios que peregrina en América Latina, tan cercano a la experiencia de las bienaventuranzas evangélicas, debéis ser heraldos de los ideales proclamados por Jesús en el sermón de la montaña. Sed luz que ilumine, sal que no pierda su sabor. Cuanto más intensa sea vuestra tarea apostólica, tanto más eficaz debe ser el testimonio de vuestra consagración a Cristo. Cuanto más comprometida sea vuestra animación de las realidades temporales, tanto más debéis aparecer en vuestras acciones como personas que han optado por un irrevocable seguimiento de Cristo, pobre, obediente y casto. Como se afirma en la Constitución *Lumen gentium*, "los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (n. 31). En efecto, ¿qué signo más profético e interpelante para el mundo que el de una existencia dedicada exclusivamente al Señor y a su mensaje?

6. En vosotros, además, se manifiesta la variedad de carismas del Espíritu en la vida de la Iglesia, las cuales representan una gran riqueza en las tareas de la nueva evangelización. ¡Permaneced fieles al espíritu de vuestros Fundadores! ¡Mantened una estrecha comunicación con los Obispos, sucesores de los Apóstoles y responsables de toda la acción pastoral en las diócesis!

Por otra parte, la colaboración entre los diversos Institutos no debe apagar ni desvirtuar la originalidad de los distintos carismas, pues todos ellos son de inestimable valor cuando se viven como expresión de unidad y complementariedad en el mismo Espíritu. De esta manera, ellos servirán para reforzar la ayuda mutua, la comunión afectiva con los Pastores, evitando cuidadosamente que vuestra actividad apostólica se desarrolle "al margen de la jerarquía o que ignore sus orientaciones pastorales" (Los caminos del evangelio, 22).

En vuestra acción apostólica no os dejéis deslumbrar por la idea de que todo queda resuelto con la denuncia de los males que obstaculizan o impiden el desarrollo social; ni siquiera con la noble voluntad de compartir la suerte de los desheredados, con lo que muchos religiosos y, sobre todo, religiosas se han ganado un justo reconocimiento. Seguid colaborando en la pastoral sanitaria, instrumento muy válido de evangelización por la particular cercanía con los enfermos y sus familiares, y que ha sido pionera de los mismos servicios hospitalarios públicos. ¡Valorad también el apostolado en vuestros centros de formación, en las escuelas y universidades para formar profesionales y dirigentes con sólidas convicciones y actitudes cristianas! Esta es también una forma de expresar el verdadero amor por los pobres.

Que no falte tampoco el aporte tan necesario de los Institutos Seculares, con su prometedora presencia y misión en América Latina, para ser fermento de renovación en medio de la sociedad y orientar hacia Dios las realidades pastorales.

7. Vuestra decidida voluntad de renovación personal y comunitaria os ha de llevar a una seria reflexión para conseguir la unidad de vida en la acción y en la contemplación. En medio del trabajo y de las tareas apostólicas habéis de sentir la necesidad de reservar tiempos especiales e irrenunciables a la intimidad con el Señor. La contemplación conduce a la acción apostólica y ésta ayuda a valorar la importancia de los momentos dedicados explícitamente a la plegaria. Jesús ha de ser buscado y encontrado allí donde El os espera: en la Eucaristía, en la Palabra, en los Sacramentos, en la vida

comunitaria, en los hermanos que servís con amor y con quienes se comparte la existencia según el espíritu de las bienaventuranzas.

¡Qué inestimable riqueza es para la Iglesia y para el mundo la oración intensa y callada de las almas contemplativas! En esta ocasión quiero dirigir un saludo especial a las Ordenes contemplativas de toda América Latina. Para consuelo de todos, puedo constatar que cuando visité por primera vez Santo Domingo, había un solo monasterio femenino de vida contemplativa. Ahora son ya siete, lo cual es un signo del resurgir de las vocaciones en el Continente y debe ser también una respuesta a mi invitación a colaborar en su implantación en otras Iglesias más necesitadas o más jóvenes, ya que los monasterios ofrecen "un preclaro testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, así como de unión con Cristo" (Redemptoris missio, 69; Ad gentes, 40). Os aliento, pues, en vuestro espíritu evangélico, que es eminentemente contemplativo y misionero. Unid vuestra oración perseverante a la de María Santísima. Haced de vuestros monasterios Cenáculos vivientes, donde se invoque la efusión del Espíritu, en un continuo Pentecostés sobre la Iglesia y el mundo. La historia salvífica de los quinientos años de fe en América Latina no hubiera sido tan rica de gracias sin la presencia de tantas vidas que, desde el silencio del claustro, han fecundado la acción evangelizadora de la Iglesia.

8. A todos los aquí presentes y a cuantos, en los diversos campos de la pastoral y de la acción apostólica en América Latina, colaboran estrechamente con los Obispos en la ingente tarea de la nueva evangelización, os exhorto a ser luz y sal que ilumine y dé sabor de virtudes cristianas a cuanto os rodea. Vuestra experiencia testimonial como sacerdotes o personas consagradas ha de ser siempre evangelizadora, para que los necesitados de la luz de la fe acojan con gozo la palabra de salvación; para que los marginados y abandonados experimenten el amor de Cristo; para que los sin voz se sientan escuchados; para que los tratados injustamente hallen defensa y ayuda.

Saludo, finalmente, a los jóvenes seminaristas y aspirantes a la vida religiosa de este país y de todo el Continente. Me alegra saber que aumenta el número de candidatos en los seminarios y en las casas de formación. A todos aliento a proseguir con generosa entrega el camino emprendido en plena fidelidad a la propia vocación a Cristo y a la Iglesia. Dedicados intensamente a vuestra formación; sed austeros, humildes, obedientes; cultivad las virtudes humanas, tan necesarias hoy en día para el ministerio

pastoral y, sobre todo, cimentad vuestra vocación sobre un gran amor personal a Cristo Eucaristía y una "fiel confianza en la Santísima Virgen María, a la que Cristo muriendo en la cruz, entregó como Madre al discípulo" (Optatam totius, 8).

A los diáconos permaentes deseo animarles a una generosa dedicación a las comunidades a las que sirven como discípulos del Señor Jesús.

9. "Vosotros sois piedras vivas...." (Cf 1 Pe 2,5). Las palabras del Apóstol resuenan en esta catedral con la intensidad del momento que estamos viviendo: la celebración eucarística por la Santa Iglesia de Dios. Vosotros sois piedras vivas de la Iglesia, escogidas y talladas por el Señor, unidas las unas a las otras en la firmeza de la verdad y en la comunión eclesial del amor, apoyadas en la piedra angular que es Jesucristo, fundamento último de vuestra fe y motivación suprema de vuestra vida.

Jesucristo y la Iglesia tienen que ser la pasión de vuestra existencia. No se puede amar y servir a Cristo si no se ama a su Iglesia, a sus pastores y a sus fieles. ¡Sed "piedras vivas" de la Iglesia de Latinoamérica!

Que la Virgen María, la primera evangelizadora del Continente, os confirme y aliente en el amor de Cristo para ser siempre testigos del Evangelio de las bienaventuranzas. Amén.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
Faro a Colón
Santa Misa

"Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz"

1. La conmemoración del V Centenario del comienzo de la evangelización del Nuevo Mundo, es un día grande para la Iglesia. Como Sucesor del Apóstol Pedro tengo la dicha de celebrar esta Eucaristía junto con mis Hermanos Obispos de toda América Latina, así como miembros de otros Episcopados invitados, en esta bendita tierra, que hace ahora quinientos años, recibió a Cristo, luz de las naciones, y fue marcada con el signo de la Cruz salvadora.

Desde Santo Domingo quiero hacer llegar a todos los amadísimos hijos de América mi saludo entrañable con las palabras del apóstol san Pablo: "Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (Gál 1,3). Al conmemorar el 12 de octubre de 1492, una de las fechas más importantes en la historia de la humanidad, mi pensamiento y mi afecto se dirigen a todas y cada una de las Iglesias particulares del continente americano. Que a pesar de la distancia llegue a todas mi voz y la cercanía de mi presencia.

2. Voz que abraza en el Señor a las Iglesias en el cono sur: Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay.

Voz de fraterno amor en Cristo a la Iglesia en Brasil, a las Iglesias de los Países andinos: Bolivia y Perú, Ecuador y Colombia.

Voz de afectuosa comunión en la fe a la Iglesia en Venezuela, en Surinam, en las Antillas, en República Dominicana y Haití, en Cuba, Jamaica y Puerto Rico.

Voz de paz en el Señor a las Iglesias de América Central y Panamá, de México y América del Norte.

Junto con el abrazo fraterno a mis Hermanos en el Episcopado, deseo presentar mi cordial y deferente saludo al Señor Presidente de la República y demás Autoridades que nos acompañan.

3. Las palabras de Isaías, proclamadas en la primera lectura, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz" (Is 60,1), nos presentan la gloria de la nueva Jerusalén. El profeta, a distancia de siglos, anuncia a Aquel que él ve como la luz del mundo. De Jerusalén viene la aurora que resplandecerá en la plenitud del Misterio divino diseñado desde toda la eternidad. Su claridad se extenderá a todas las naciones de la tierra.

En efecto, hoy, reunidos en torno al altar, celebramos en Santo Domingo, en rendida acción de gracias a Dios, la llegada de la luz que ha alumbrado con esplendor de vida y esperanza el caminar de los pueblos que, hace ahora quinientos años, nacieron a la fe cristiana. Con la fuerza del Espíritu Santo la obra redentora de Cristo se hacía presente por medio de aquella multitud de misioneros que, urgidos por el mandato del Señor de "predicar la Buena Nueva a toda criatura" (Mc 16,15), cruzaron el océano para anunciar a sus hermanos el mensaje de salvación. Junto con mis Hermanos Obispos de América, doy gracias a la Santísima Trinidad porque "los confines de la tierra han contemplado

la salvación de nuestro Dios" (Sal 98,3). Las palabras del profeta se han hecho verdad y vida en este continente de la esperanza; por ello, con gozo incontenible, podemos hoy proclamar de nuevo: América, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido" (Is 60,1).

4. Y ¿qué mayor timbre de gloria para América que el de poder presentar a todos aquellos testimonios de santidad que a lo largo de estos cinco siglos han hecho vida en el Nuevo Mundo el mensaje de Jesucristo? Ahí están esa admirable pléyade de santos y beatos que adornan la casi totalidad de la geografía americana, cuyas vidas representan los más sazonados frutos de la evangelización y son modelo y fuente de inspiración para los nuevos evangelizadores.

En este marco de santidad se sitúa la presente canonización del Beato Ezequiel Moreno, que en su vida y obra apostólica compendia admirablemente los elementos centrales de la efemérides que celebramos. En efecto, en la reseña de su vida santa, así como de los méritos y gracias celestiales con que el Señor quiso adornarle -que hemos oído hace unos momentos al solicitar oficialmente su cononización- aparecen España, Filipinas y América Latina como los lugares en que desarrolló su incansable labor misionera este hijo insigne de la Orden Agustina Recoleta. Como obispo de Pasto, en Colombia, se sintió particularmente urgido por el celo apostólico que, como hemos oído en la segunda lectura de esta celebración litúrgica, hace exclamar a San Pablo: "Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?" (Rom 10-14).

5. El nuevo Santo se nos presenta ante todo como modelo de evangelizador, cuyo incontenible deseo de anunciar a Cristo guió todos los pasos de su vida. En Casanare, Arauca, Pasto, Santafé de Bogotá y tantos otros lugares se entregó sin reserva a la predicación, al sacramento de la reconciliación, a la catequesis, a la asistencia a los enfermos. Su inquebrantable fe en Dios, alimentada en todo momento por una intensa vida interior, fue la gran fuerza que le sostuvo en su dedicación al servicio de todos, en particular de los más pobres y abandonados. Como Pastor profundamente espiritual y vigilante, dio vida a diversas asociaciones religiosas; y a donde no podía llegar en persona procuraba hacerse mediante la publicación, el periódico, la carta particular.

San Ezequiel Moreno, con su vida y obra de evangelizador, es modelo para los Pastores, especialmente de América Latina, que bajo la guía del Espíritu quieren responder con

nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana, la cual, llamada a la santidad, que es la más preciada riqueza del cristianismo, ha de proclamar sin descanso a "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8). El Señor Jesús, que fue anunciado por primera vez a los pueblos de este continente hace quinientos años, nos trae la salvación, pues sólo El tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,69). "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Es el Dios que ama al hombre hasta entregar su vida por él. Es el Dios encarnado, que muere y resucita. ¡Es el Dios Amor!

Hoy, junto con toda la Iglesia, elevamos nuestra acción de gracias por los cinco siglos de evangelización. En verdad se cumplen las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado "Se estremecerá y se ensanchará tu corazón: porque vendrán a ti los tesoros del mar" (Is 60,5). Son las riquezas de la fe, de la esperanza, del amor. Son "las riquezas de las naciones (Ibid): sus valores, sus conocimientos, su cultura. La Iglesia, que a lo largo de su historia ha conocido pruebas y divisiones, se siente enriquecida por Aquel que es el Señor de la historia.

6. América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo! Deja que la semilla plantada hace cinco siglos fecunde los ámbitos de tu vida: los individuos y las familias, la cultura y el trabajo, la economía y la política, el presente y el futuro.

En esta solemne efemérides, quiero dirigir mi mensaje de paz y esperanza a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que en este bendito continente caminan entre los gozos y las tristezas del presente y aspiran a un porvenir más justo y fraterno.

A quienes tienen la responsabilidad del gobierno de las Naciones, con deferencia y respeto hacia las funciones que ejercen, les invito a un renovado empeño en favor de la justicia y la paz, de la libertad y el desarrollo integral. Que no ahorren esfuerzos para potenciar los valores fundamentales de la convivencia social: el respeto a la verdad, los vínculos de solidaridad, la tutela de los derechos humanos, la honestidad, el diálogo, la participación de los ciudadanos a todos los niveles. Que el imperativo ético sea un constante punto de referencia en el ejercicio de sus funciones. Los principios cristianos que han informado la vida de sus pueblos, inspirando muchas de sus instituciones, serán factor determinante en la consecución de la deseada integración latinoamericana e

infundirán esperanza y nuevo dinamismo que les lleve a ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las Naciones.

7. A los representantes del mundo de la cultura, les aliento a una generosa puesta en común de inteligencias, voluntades y trabajo creador ante los retos con que se enfrenta América Latina en el momento actual. Motivando y estimulando la capacidad moral y espiritual de las personas, sois, en gran medida, corresponsables en la construcción de una nueva sociedad. América Latina ha de consolidar su identidad cultural y debe hacerlo desde sí misma, siendo fiel a sus raíces más genuinas en las que a lo largo de estos cinco siglos se han encarnado los valores cristianos. La cultura, como instrumento de acercamiento y participación, de comprensión y solidaridad, ha de abrir nuevos caminos de progreso y sentar las bases de un auténtico humanismo integral que eleve la dignidad del hombre a su verdadera e irrenunciable dimensión de hijo de Dios. Hago, pues, un apremiante llamado a los responsables de la cultura en América Latina para que intensifiquen sus esfuerzos en favor de la educación, que es llave maestra del futuro, alma del dinamismo social, derecho y deber de toda persona.

8. A los trabajadores y empresarios -desde sus respectivas responsabilidades en la sociedad- no puedo por menos de exhortarles a la solidaridad real y eficiente. Vuestro desafío en las actuales circunstancias ha de tener como objetivo común el de servir al hombre latinoamericano en sus impostergables necesidades: luchar contra la pobreza y el hambre, el desempleo y la ignorancia; transformar los recursos potenciales de la naturaleza con inteligencia, laboriosidad y constancia; aumentar la producción y promover el desarrollo; humanizar las relaciones laborales poniendo siempre a la persona humana, su dignidad y derechos, por encima de los egoísmos e intereses de grupo. Mirando el actual panorama de América Latina y, más aún, las perspectivas de futuro, se hace necesario sentar las bases para la creación de una economía solidaria. Hay que sentir la pobreza ajena como propia y convencerse de que los pobres no pueden esperar. Por su parte, los poderes públicos han de salir al paso de injustas diferencias que ofenden la condición humana de los hombres, hermanos e hijos de un mismo Padre y copartícipes de los dones que el Creador puso en manos de todos. Aunque la Iglesia no pretende en ningún momento ofrecer soluciones técnicas, sí alienta la creación de un proyecto económico a nivel continental que, superando los aislacionismo, pueda presentarse como interlocutor válido en la escena internacional y mundial. Por otra parte, no puedo por menos de dirigir un urgente llamado a las Naciones desarrolladas para que enfrenten su responsabilidad

moral ante la dramática situación de pobreza de millones de seres humanos en América Latina.

9. A las familias de América, santuarios del amor y de la vida, las exhorto a ser verdaderas "Iglesias domésticas", lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana, donde se construyan los sólidos fundamentos de una sociedad más íntegra, fraterna y solidaria. Que en su seno, los jóvenes, la gran fuerza y esperanza de América, puedan hallar ideales altos y nobles que satisfagan las ansias de sus corazones y les aparte de la tentación de una cultura insolidaria y sin horizontes que conduce irremediablemente al vacío y al desaliento. Deseo en esta ocasión rendir particular homenaje a la mujer latinoamericana que, generación tras generación, ha sido como el ángel custodio del alma cristiana de este Continente.

Finalmente, mi pensamiento y mi plegaria a Dios se dirige a los enfermos, a los ancianos, a los marginados, a las víctimas de la violencia, a los que no tienen empleo ni vivienda digna, a los desplazados y encarcelados; en una palabra, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. Que la conciencia del dolor y de las injusticias infligidas a tantos hermanos, sea, en este V Centenario, ocasión propicia para pedir humildemente perdón por las ofensas y crear las condiciones de vida individual, familiar y social que permitan un desarrollo integral y justo para todos, pero particularmente para los más abandonados y desposeídos. Vienen a mi mente aquellas palabras de Santo Toribio de Mogrovejo, Patrono del Episcopado Latinoamericano, en las que se declara profundamente dolido porque "no solo en tiempos pasados se les ha hecho a estos pobres indios tantos agravios y con tanto exceso, sino que reflejan estas palabras, pronunciadas por Santo Toribio en el III Concilio provincial de Lima de 1582, conservan hoy plena actualidad, queridos Hermanos Obispos de América Latina, que mañana iniciaréis los trabajos de la IV Conferencia General. Era el mandato del Señor, de predicar el evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) lo que movía al Santo Arzobispo a entregarse sin límites al anuncio del mensaje de salvación y a la defensa de los pobres. Hoy, los sucesores de los Apóstoles en esta tierra fértil, que recibió hace cinco siglos la palabra de Dios, se enfrentan a nuevos y apremiantes retos, pero sienten en su alma de Pastores los urgentes interrogantes de San Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿Cómo predicarán si no son enviados? (Rom 10,14-15).

10. Se trata, amadísimos Hermanos en el Episcopado, de interrogantes fundamentales que interpelan a los Pastores de la Iglesia de todas la épocas. Responder a tales urgencias y desafíos, antiguos y nuevos, es ciertamente vuestra tarea prioritaria en el Continente de la esperanza y el objetivo esencial de la importante reunión eclesial que os disponéis a celebrar. Estamos congregados frente a este Faro de Colón, que con su forma de cruz quiere simbolizar la Cruz de Cristo plantada en esta tierra en 1492. Con ello, se ha querido también rendir homenaje al gran Almirante que dejó escrito como voluntad suya: "Poned cruces en todos los caminos y senderos, para que Dios os bendiga".

¡"Jesucristo ayer, hoy y siempre! (Heb 13,8). El es nuestra vida y nuestro único guía. Sólo en El está puesta nuestra esperanza. Su Espíritu ilumina los senderos de la Iglesia, que hoy como ayer, le proclama Salvador del mundo y Señor de la historia. Nos sostiene la sólida certeza de que El no nos abandona: "Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo" (Mt 28,20), fueron sus últimas palabras antes de ascender a su gloria. Jesucristo, luz del mundo, "camino, verdad y vida" (Jn 14,6), nos guía por los senderos que pasan por el corazón de los hombres y por la historia de los pueblos para que en todo tiempo y todas las generaciones "vean la salvación de nuestro Dios" (Sal 97,3).
Amén.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
Faro a Colón
Angelus Domini

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Iglesia con el rezo del Angelus, nos invita amorosamente a recordar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y fijar nuestra mirada en la Virgen María. Durante los meses que han precedido a mi viaje apostólico a la República Dominicana, he querido peregrinar espiritualmente, con el rezo del Angelus, a los principales Santuarios marianos del Continente. En gozosa comunión orante con las Iglesias de América, he rendido homenaje a la Madre de Dios en estos lugares, que son vivos testimonios de fe cristiana y de profunda devoción mariana.

Hoy, al concluir la Santa Misa con la que hemos conmemorado los quinientos años de la Evangelización de las Américas y he tenido el gozo de canonizar a un Obispo de Colombia, el agustino recoleto Ezequiel Moreno, nuestro corazón se eleva hacia nuestra Madre del cielo. A este propósito, deseo dirigir un particular saludo a las religiosas y religiosos agustinos recoletos que, desde diversos países de América, de Europa y también de Asia, han venido a Santo Domingo para participar en la solemne ceremonia de canonización.

2. La llegada del Evangelio de Cristo a las Américas lleva el sello de la Virgen María. Su nombre y su imagen campeaban en la carabela de Cristóbal Colón, la "Santa María", que hace cinco siglos arribó al Nuevo Mundo. Ella fue "Estrella del mar" en la arriesgada y providencial travesía del océano que abrió insospechados horizontes a la humanidad. La tripulación de las tres carabelas, al despuntar el día del descubrimiento, la invocó con el canto de la Salve Regina. Era un 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, memoria tradicional de las primicias de la llegada del Evangelio a España, lo cual representaba el signo providencial de que la Evangelización de América se realizaba bajo la protección de la Madre de Dios.

Los quinientos años de historia cristiana de América están marcados por la presencia de María, que desde los albores de la evangelización, encarnó los valores culturales de los pueblos del Continente, como vemos en la Virgen del Tepeyac. Cada santuario y cada altar, con sus nombres entrañables y sus títulos pintorescos, con sus imágenes sencillas, cargadas de devoción y de misterio, son la memoria de una particular predilección de María por cada nación y cada pueblo. En cada santuario se renueva el pacto de amor de la Virgen con sus hijos de América. Esa profunda devoción a la Madre de Jesús es una nota distintiva de su catolicidad, es garantía de su perseverancia en la fe verdadera, de su comunión eclesial y de su unidad espiritual.

3. Mientras evocamos en el Angelus el misterio de la Encarnación redentora, aflora a nuestros labios la invocación que reconoce y venera el misterio de la Virgen: Dios te salve María...Y también la ardiente súplica que implora su protección: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...Desde hace quinientos años estas invocaciones resuenan en todas las latitudes del Continente de la esperanza, en el que María es Reina pero también Madre de los pobres, esperanza de los oprimidos, aurora de la civilización del amor, de la justicia y de la paz, que abre horizontes de verdadera hermandad entre todos sus pueblos.

Por ella el Verbo hecho carne ha habitado en medio de nosotros. Y en la hora de la nueva evangelización, María nos señala y nos ofrece a Jesucristo, el único Salvador del mundo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (cf. Heb 13,8). A Ella, que es Madre de la Iglesia, Estrella de la Evangelización, dulzura y esperanza nuestra, todos nosotros, pastores y fieles, dirigimos nuestra ferviente plegaria e invocamos su protección en los albores del tercer milenio de la historia cristiana.

 REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
 Nunciatura Apostólica
 Encuentro con el Cuerpo Diplomático

Excelencias,
 Señoras y Señores:

1. Es para mí motivo de particular satisfacción poder tener este encuentro con un grupo cualificado de personas como es el Cuerpo diplomático acreditado ante el Gobierno de la República Dominicana, así como con representantes de Organizaciones Inter-nacionales. A todos expreso mi más cordial saludo, que hago extensivo a los Gobiernos, Instituciones y pueblos que representáis.

Las altas funciones diplomáticas que desempeñáis os hacen acreedores del aprecio y atenta consideración de la Santa Sede, sobre todo por tratarse de una labor al servicio de la gran causa de la paz, del acercamiento y colaboración entre los pueblos y de un intercambio fructífero para lograr unas relaciones humanas y justas en el seno de la comunidad internacional.

La conmemoración del V Centenario de la Evangelización de América le da a nuestro encuentro un particular significado. En Efecto, esta fausta efemérides -que es motivo de acción de gracias a Dios porque la semilla del evangelio ha dado como fruto esta realidad viva y pujante que es la Iglesia latinoamericana- nos sitúa, a la vez, ante una hora crucial para los pueblos de este Continente que, junto con los cambios profundos que han tenido lugar en el ámbito internacional, especialmente en Europa, han de enfrentarse a desafíos socio-económicos urgentes y con características nuevas en su configuración actual.

2. Consciente de la importancia de este momento histórico, la Iglesia católica, tan cercana siempre al hombre

latinoamericano en sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias (cf. *Gaudium et spes*, 1), ha querido poner de relieve este evento celebrando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendré la dicha de inaugurar mañana en esta capital. La Sede Apostólica comparte vivamente los afanes pastorales de los Obispos de América Latina y confía en que la nueva evangelización reciba un gran impulso de esta Conferencia y se proyecte en la vida de las instituciones y de los pueblos, que hace 500 años recibieron luz de la fe.

Todo ello hace que este encuentro con el Cuerpo diplomático adquiera una relevancia especial. Mi mensaje va dirigido a todos los presentes, pero en esta singular ocasión, también y de modo particular, a los Gobernantes de las Naciones de este Continente.

3. La historia de estos cinco siglos ha ido figurando a los pueblos de América Latina como una comunidad de Naciones. El pasado, con sus luces y sombras, ilustra e ilumina la realidad del presente. Pero es el futuro de este Continente lo que ha de ser objeto del esfuerzo decidido y generoso de cuantos dedican sus vidas al servicio del bien común de la sociedad. Por ello, con todo respeto y deferencia, me dirijo a los responsables de los Gobiernos de América Latina para que den un decidido impulso al proceso de integración latinoamericana, que permita llevar a sus pueblos a ocupar el lugar que les corresponde en la escena mundial.

Son muchos y de gran importancia los factores a favor de esa integración. En efecto, constatamos, en primer lugar, la presencia de la religión católica, profesada por la mayoría de los latinoamericanos. Se trata de una componente que -por su propia naturaleza- se encuentra en un plano distinto y más profundo que el de la mera unidad sociopolítica. Sin embargo, al promover el amor, la fraternidad y la convivencia entre los hombres como algo sustancial de su propia misión, la Iglesia católica no puede dejar de favorecer la integración de unos pueblos que, por sus comunes raíces cristianas, se sienten hermanos (cf. *Gaudium et spes*, 42).

Junto a esta comunidad de fe constatamos también estrechos vínculos culturales y geográficos. América Latina constituye una de las realidades geoculturales más significativas del mundo contemporáneo. En efecto, el factor lingüístico favorece grandemente la comunicación y el acercamiento entre las diversas mentalidades. Por otra parte, la unidad geográfica es determinante en el proceso de configuración de las comunidades nacionales e internacionales. Por último, el pasado histórico, que en

gran medida es común a los diversos países de América Latina, constituye un ulterior elemento unificador.

4. Señoras y señores, la necesidad de la integración latinoamericana es convicción pacíficamente compartida por muchos y confirmada por las metas ya alcanzadas en materia de economía y de representación parlamentaria. Ahora bien, la integración exige esfuerzo, porque implica un cambio de mentalidad. En efecto, requiere, entre otras cosas, ver como un beneficio propio lo que une a todos. Para ello es necesario, en primer lugar, la superación de los diversos conflictos y tensiones, que enturbian la convivencia pacífica entre los países y generan desconfianzas y antagonismos recíprocos.

En este contexto quisiera hacer un apremiante llamado a la solución pacífica de las controversias. La posibilidad de cualquier enfrentamiento armado ha de ser desechada con firme decisión. Un país hermano vencido y humillado es, en cierta medida, un daño real inmediato también para el vencedor. Con mayor razón aún hay que rechazar firmemente la violencia armada dentro de una misma comunidad nacional. Si quien empuña las armas lo hace porque se siente despojado de su dignidad y lesionado en sus derechos ciudadanos, con la guerrilla, además de atentar a la vida de las personas y a los principios de la convivencia pacífica, está contribuyendo a perpetuar odios y venganzas durante generaciones.

En este contexto quisiera hacer una apremiante llamada a la solución pacífica de las controversias. La posibilidad de cualquier enfrentamiento armado ha de ser desechada con firme decisión. Un país hermano vencido y humillado es, en cierta medida, un daño real inmediato también para el vencedor. Con mayor razón aún hay que rechazar firmemente la violencia armada dentro de una misma comunidad nacional. Si quien empuña las armas lo hace porque se siente despojado de su dignidad y lesionado en sus derechos ciudadanos, con la guerrilla, además de atentar a la vida de las personas y a los principios de la convivencia pacífica, está contribuyendo a perpetuar odios y venganzas durante generaciones.

Señores embajadores: una política de pacificación y de integración tiene como requisito indispensable el respeto de los derechos humanos. En efecto, la solidaridad exige promover la inalienable dignidad de toda persona. Por eso, considero particularmente atinente repetir aquí una reflexión que hacía en la Encíclica Centesimus Annus: "Después de la caída del totalitarismo comunista y de otros muchos regímenes totalitarios pide 'seguridad nacional',

asistimos hoy al predominio, no sin contrastes, del ideal democrático junto con una viva atención y preocupación por los derechos humanos. Pero, precisamente por esto, es necesario que los pueblos que están reformando sus ordenamientos den a la democracia un auténtico y sólido fundamento, mediante el reconocimiento explícito de estos derechos" (n. 47).

5. Movido por mi solicitud pastoral, ante las graves consecuencias que para las poblaciones de América Latina conlleva el problema de la deuda externa, he dirigido apremiantes llamados para que se busquen soluciones justas a este dramático problema. Mas, en contradicción con los esfuerzos que se realizan para aliviar la crisis económica, se detectan fenómenos, como la fuga de capitales, la acumulación de riquezas en manos de pocos o el hecho de que considerables sumas y recursos sean dedicados a objetivos no relacionados directamente con el desarrollo que se desea, como es la tendencia actual del armamentismo en América Latina; esto hace que unos fondos que deberían destinarse a resolver tantas necesidades, como la educación, la salud o el grave problema de la vivienda, vengán desviados hacia el incremento del arsenal bélico, postergando ulteriormente tantas expectativas de los hombres y mujeres latinoamericanos. Vienen a mi mente los interrogantes que, a este propósito, se plantean en la Encíclica Sollicitudo Rei Socialis: "¿Cómo justificar el hecho de que grandes cantidades de dinero, que podrían y deberían destinarse a incrementar el desarrollo de los pueblos, son, por el contrario, utilizadas para el enriquecimiento de individuos o grupos, o bien asignados al aumento de arsenales, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vía de desarrollo, trastocando de este modo las verdaderas prioridades?" (n. 10; cf. n. 24).

En un continente donde no se logra contener el proceso de empobrecimiento, donde los índices de desempleo y subempleo son tan altos, y donde, por contraste, las posibilidades y recursos son abundantes, es impostergable una adecuada inversión del capital a disposición con el fin de crear nuevos puestos de trabajo y aumentar la producción. La pobreza, inhumana e injusta, debe ser erradicada. Para ello, ha de ser potenciado el recurso humano, que es el factor clave del progreso de un pueblo. En efecto, invertir en la educación de la niñez y de la juventud es asegurar un futuro mejor para todos.

¡Qué ancho campo hay aquí para la solidaridad de los pueblos y Gobiernos, así como para vuestros análisis y sugerencias de ayuda y apoyo! Que Dios conceda a los responsables del bien común clarividencia y sabiduría para acertar en las

medidas a tomar y voluntad tenaz para llevarlas a la práctica.

6. Señoras y Señores: Puedo asegurarles que en la Santa Sede encontrarán siempre un atento interlocutor en todo lo relativo a promover la fraternidad y la solidaridad entre los pueblos, así como en lo que favorezca a la paz, la justicia y el respeto de los derechos humanos.

Al finalizar este encuentro deseo agradecer vivamente vuestra presencia, a la vez que expreso mis más sinceros votos por la prosperidad de vuestros países, por consecución de los objetivos de las instituciones que representáis, por el éxito de vuestra misión y la felicidad de vuestros seres queridos.

Muchas gracias.

IV CONFERENCIA CELAM

REPUBLICA DOMINICANA - HIGUEY - 12.10.1992
Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia
Santa Misa

"Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gál 4,4)

1. Estas palabras del apóstol san Pablo, queridos hermanos y hermanas, nos introducen en el misterio de aquella Mujer, llena de gracia y de bondad a quien, generación tras generación, los dominicanos han venido a honrar a esta Basílica donde hoy nos congregamos

Desde el lejano 1514, la presencia vigilante y amorosa de Nuestra Señora de la Altagracia ha acompañado ininterrumpidamente a los queridos hijos de esta noble Nación, haciendo brotar en sus corazones, con la luz y la gracia de su divino Hijo, la inmensa riqueza de la vida cristiana.

En mi peregrinación a esta Basílica, quiero abrazar con el amor que irradia de nuestra Madre del cielo, a todos y cada uno de los aquí presentes y a cuantos están unidos espiritualmente a nosotros a lo largo y a lo ancho del país. Mi saludo fraterno se dirige a todos mis Hermanos en el Episcopado que me acompañan y en particular, a los queridos Obispos de la República Dominicana, que con tanta dedicación y premura han preparado mi visita pastoral.

Y desde esta Basílica mariana -que es como el corazón espiritual de esta isla, a la que hace quinientos años llegaron los predicadores del Evangelio- deseo expresar mi agradecimiento y afecto a los Pastores y fieles de cada una de las diócesis de la República, comenzando por la de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey, donde nos hallamos. Mi reconocimiento, hecho plegaria, va igualmente a la Arquidiócesis de Santo Domingo, a su pastor y Obispos Auxiliares. Mi saludo entrañable también a las diócesis de Bani, Barahona, La Vega, Mao-Monte Cristi con sus respectivos Obispos. Paz y bendición a los Pastores y fieles de San Francisco de Macorís, Santiago de los Caballeros y San Juan de la Maguana. Un recuerdo particular, lleno de afecto y agradecimiento, va a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y demás agentes de pastoral que, con generosidad y sacrificio, dedican sus vidas a la obra de la nueva evangelización.

2. Celebramos, amados hermanos y hermanas, la llegada del mensaje de salvación a este continente. Así estaba predestinado en el designio del Padre que, al llegar la plenitud de los tiempos, nos envió a su Hijo, nacido de mujer (Cf. Gál 4,4), como hemos oído en la segunda lectura de la Santa Misa.

Dios está fuera y por encima del tiempo, pues El es la eternidad misma en el misterio inefable de la Trinidad divina. Pero Dios, para hacerse cercano al hombre, ha querido entrar en el tiempo, en la historia humana; naciendo de una mujer se ha convertido en el Enmanuel, Dios-con-nosotros, como lo anunció el profeta Isaías. Y el apóstol Pablo concluye que, con la venidad de El Salvador, el tiempo humano llega a su plenitud, pues en Cristo la historia adquiere su dimensión de eternidad.

Como profesamos en el Credo, la segunda persona de la Santísima Trinidad "se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo". "El Espíritu Santo vendrá sobre ti -dice el ángel a María- y el poder del Altísimo te cubrirá con tu sombra" (Lc 1,35) con el "sí" de la Virgen de Nazaret llega a su plenitud y cumplimiento la profecía de Isaías sobre el Enmanuel, el Dios-con-nosotros, el Salvador del mundo.

Junto con el ángel Gabriel proclamamos a María llena de gracia en este Santuario de Higüey, que está bajo la advocación de la Altagracia, y que es el primer lugar de culto mariano conocido erigido en tierras de América. Todo cuanto se ve en el cuadro bendito que representa a nuestra Señora de la Altagracia es expresión limpia y pura de lo que el Evangelio nos dice sobre el misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

A la sombra de este templo se ha formado un pueblo en fusión de razas y culturas, de anhelos y esperanzas, de éxitos y de fracasos, de alegrías y tristezas. El pueblo dominicano ha nacido bajo el signo de la Virgen Madre, que lo ha protegido a lo largo de su caminar en la historia. Como consta en los anales de esta Nación, a este lugar santo han acudido a buscar valor y fuerza los forjadores de la nacionalidad; inspiración los poetas, los escritores y los sabios; aliento los hombres de trabajo; consuelo los afligidos, los enfermos, los abandonados; perdón los arrepentidos; gracia y virtud los que sienten la urgencia de ser santos. Y doto ellos, bajo el manto de la Altagracia, la llena de gracia.

3. Este Santuario, amadísimos dominicanos, es la casa donde la Santísima Virgen ha querido quedarse entre vosotros como madre llena de ternura, dispuesta siempre a compartir el dolor y el gozo de este pueblo. A su maternal protección encomiendo todas las familias de esta bendita tierra para que reine el amor y la paz entre todos sus miembros. La grandeza y la responsabilidad de la familia está en el ser la primera comunidad de vida y amor; el primer ambiente donde los jóvenes aprenden a amar y a sentirse amados. Cada familia ha recibido de Dios la misión de ser "la célula primera y vital de la sociedad" (Apostolicam Actuositatem, 11) y está llamada a construir día a día su felicidad en la comunión. Como en todo tejido vivo, la salud y el vigor de la sociedad depende de cómo sean las familias que la integran. Por ello, es también responsabilidad de los poderes públicos el favorecer la institución familiar, reforzando su estabilidad y tutelando sus derechos. Vuestro país no puede renunciar a su tradición de respeto y apoyo decidido a aquellos valores que, cultivados en el núcleo familiar, son factor

determinante en el desarrollo moral de sus relaciones sociales, y forma el tejido de una sociedad que pretende ser sólidamente humana y cristiana.

Es responsabilidad vuestra, padres y madres cristianos, formar y mantener hogares donde su cultiven y vivan los valores del Evangelio. Pero ¡cuántos signos de muerte y desamor marcan a nuestra sociedad! ¡Cuántos atentados a la felicidad matrimonial y al misterio de la vida!. No os dejéis seducir, esposos cristianos, por el fácil recurso al divorcio. No permitáis que se ultraje la llama de la vida. El auténtico amor dentro de la comunión matrimonial se manifiesta necesariamente en una actitud positiva ante la vida. El anticoncepcionismo es una falsificación del amor conyugal que convierte el don de participar en la acción creadora de Dios en una mera convergencia de egoísmos mezquinos (Cf. Familiaris Consortio, 30 y 32). Y ¿cómo no repetir una vez más en esta circunstancia que si no se pueden poner obstáculos a la vida, menos aún se puede eliminar impunemente a los aún no nacidos como se hace con el aborto?

Por su parte, los esposos cristianos, en virtud de su bautismo y confirmación y por la fuerza sacramental del matrimonio, tienen que transmitir la fe y ser fermento de transformación de la sociedad. Vosotros, padres y madres de familia, habéis de ser los primeros catequistas y educadores de vuestros hijos en el amor. Si no se aprende a amar y a orar en familia, difícilmente se podrá superar después ese vacío. ¡Con cuánto fervor imploro a Dios que las jóvenes y los jóvenes dominicanos encuentren en sus hogares el testimonio cristiano que avive su fe y les sostenga en los momentos de dificultad o de crisis!

4. ¡Jóvenes dominicanos!, pido a Nuestra Señora de la Altagracia que os fortalezca en la fe, que os conduzca a Jesucristo porque sólo en El encontraréis respuesta a vuestras inquietudes y anhelos; sólo El puede apagar la sed de vuestros corazones. La fe cristiana nos enseña que vale la pena trabajar por una sociedad más justa; que vale la pena defender al inocente, al oprimido y al pobre; que vale la pena sacrificarse para que triunfe la civilización del amor. Sois los jóvenes del continente de la esperanza. Que las dificultades que os tocan vivir no sean un obstáculo al amor, a la generosidad, sino más bien un desafío a la voluntad de servicio. Habéis de ser fuertes y valientes, lúcidos y perseverantes. No os dejéis seducir por el hedonismo, la evasión, la droga, la violencia y las mil razones que aparentan justificarlas. Sois los jóvenes que caminan hacia el tercer milenio cristiano y debéis prepararos para ser los hombres y mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales, económicas, culturales, políticas y eclesiales de vuestro país para que, informadas por el espíritu de Cristo y por vuestro ingenio en conseguir soluciones originales, contribuyáis a alcanzar un desarrollo cada vez más humano y más cristiano.

5. Encontrándome en esta zona rural de la República, mi pensamiento se dirige de modo particular a los hombres y mujeres del campo. Vosotros, queridos campesinos, colaboráis en la obra de la creación haciendo que la tierra produzca los frutos que servirán de alimento a

vuestras familias y a toda lacomunidad. Con vuestro sudor y esfuerzo ofrecéis a la sociedad unos bienes que son necesarios para su sustento. Apelo, por ello, al sentido de justicia y solidaridad de las personas responsables para que pongan todos los medios a su alcance en orden a aliviar los prolemas que hoy aquejan al sector rural, de tal manera que los hombres y las mujeres del campo y sus familias puedan vivir del modo digno que les corresponde a su condición de trabajadores e hijos de Dios. La devoción a la Santísima Virgen, tan arraigada en la religiosidad de los trabajadores del campo marca sus vidas con el sello una rica humanidad y una concepción cristiana de la existencia, pues en María se cifran las esperanzas de quienes ponen su confianza en Dios. Ella es como la síntesis de evangelio y "nos muestra que es por la fe y en la fe, según su ejemplo, como el pueblo deDios llega a ser capaz de expresar en palabras y de traducir en su vida el misterio del deseo de salvación y sus dimensiones liberadores en el plano de la existencia individual y social" (Inst. Libertatis conscientia,97).

6. "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gál 4,4).

María es la mujer que acogiendo con fe la palabra de Dios y uniendo indisolublemente su vida a la de su Hijo, se ha convertido en "la primera y más perfecta discípula de Cristo" (Marialis cultus, 35). Por ello, en unas circunstancias como las actuales, cuando el acoso secularizante tiende a sofocar la fe de los cristianos negando toda referencia al trascendente, la figura de María se yergue como ejemplo y estímulo para el creyente de hoy y le recuerda la apremiante necesidad de que su aceptación del Evangelio se traduzca en acciones concretas y eficaces en su vida familiar, profesional, social (Cf. Christifideles laici, 2). En efecto, el laico dominicano está llamado, como creyente, a hacer presente los valores evangélicos en los diversos ámbitos de la vida y de la cultura de su pueblo. Su propia vocación cristiana le compromete a vivir inmerso en las realidades temporales como constructores de paz y armonía colaborando siempre al bien común de la Nación. Todos deben promover la justicia y la solidaridad en los diversos campos de sus responsabilidades sociales concretas: en el mundo económico, en la acción sindical o política, en el campo cultural, en los medios de comunicación social, en la labor asistencial y educativa. Todos están llamados a colaborar en la gran tarea de la nueva evangelización.

Hoy como ayer María ha de ser también la Estrella de esa nueva evangelización a la que la Iglesia universal, y especialmente en América Latina, se siente llamada al celebrar sus quinientos años de fe cristiana. En efecto, el anuncio del evangelio en el Nuevo Mundo se llevó a cabo "presentando a la Virgen maría como su realización más completa" (Puebla, 466). Y a lo largo de estos cinco siglos la devoción mariana ha demostrado sobradamente ser un factor fundamentalmente de evangelización, pues María es el evangelio hecho vida. Ella es la más alta y perfecta realización del mensaje cristiano, el modelo que todos deben seguir. Como afirmaron los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla de los Angeles, "sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista" (Puebla, 301).

7. "Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso" (Lc1,49).

Así lo proclama María en el Magnificat. Ella, la Altagracia, nos entrega al Salvador del mundo y, como nueva Eva, viene a ser en verdad "la madre de todos los vivientes" (Gén 3,20). En la Madre de Dios comienza a tener cumplimiento la "plenitud de los tiempos" en que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, ... para que recibiéramos la filiación adoptiva" (ál 4,4-5). El Enmanuel, Dios-con-nosotros, sigue siendo una nueva y maravillosa realidad que nos permite dirigirnos a Dios como Padre, pues María nos entrega a Aquel que nos hace hijos adoptivos de Dios: "hijos en el Hijo".

"La prueba de que sois hijos -escribe san Pablo- es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios (Gál 4,6-7). Esta es la gran verdad que nos proclama el Apóstol en nuestra celebración eucarística: la filiación adoptiva al recibir la vida divina. Por eso nuestros labios pueden repetir las mismas palabras: "Padre... Padre nuestro", porque es el Espíritu Santo quien las inspira en nuestros corazones.

8. ¡Altagracia! La gracia que sobrepuja al pecado, al mal, a la muerte. El gran don de Dios se expande entre los pueblos del Nuevo Mundo, que hace cinco siglos oyeron las palabras de vida y recibieron la gracia bautismal. Un don que está destinado a todos sin excepción, por encima de razas, lengua o situación social. Y si algunos hubieran de ser privilegiado por Dios, éstos son precisamente los sencillos, los humildes, los pobres de espíritu.

Todos estamos llamados a ser hijos adoptivos de Dios; pues "para ser libres nos libertó Cristo" (Gál 5,1): ¡libres de la esclavitud del pecado!

¡Madre de Dios! ¡Virgen de la Altagracia! Muestra los caminos del Enmanuel, nuestro Salvador, a todos tus hijos e hijas en el Continente de la esperanza para que, en este V Centenario de la Evangelización, la fe recibida se haga fecunda en obras de justicia, de paz y de amor.

Amén.

REPUBLICA DOMINICANA - HIGÜEY - 12.10.1992

Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia

Acto de consagración a la Virgen María

1. Dios te salve, María, llena de gracia:

Te saludo, Virgen María, con las palabras del Angel. Me postro ante tu imagen, Patrona de la República Dominicana, para proclamar tu bendito nombre de la Altagracia. Tú eres la "llena de gracia", colmada de amor por el Altísimo, fecundada por la acción del Espíritu, para ser la Madre de Jesús, el Sol que nace de lo alto. Te contemplo, Virgen de la Altagracia, en el misterio que revela tu imagen: el Nacimiento de tu Hijo, Verbo encarnado, que ha querido habitar entre nosotros, al que tú adoras y nos muestras para que sea reconocido como Salvador del mundo. Tú nos precedes en la obra de la nueva Evangelización que es y será siempre anunciar y confesar a Cristo "Camino, Verdad y Vida".

2. Santa María, Madre de Dios:

Recuerdo ante tu imagen, en este 12 de Octubre de 1992, el cumplimiento de los quinientos años de la llegada del Evangelio de Cristo a los pueblos de América, con una nave que llevaba tu nombre y tu imagen: la "Santa María". Con toda la Iglesia de América entono el canto del "Magnificat", porque, por tu amor maternal, Dios vino a visitar a su pueblo en los hijos que habitaban estas tierras, para poner en medio de ellos su morada, comunicarles la plenitud de la salvación en Cristo y agregarlos, en un mismo Espíritu, a la Santa Iglesia Católica. Tú eres la Madre de la primera Evangelización de América, y el don precioso que Cristo nos trajo con el anuncio de la salvación.

3. Reina y Madre de América:

Te venero, con los pastores y fieles de este Continente, en todos los santuarios e imágenes que llevan tu nombre, en las catedrales, parroquias y capillas, en las ciudades y aldeas, junto a los océanos, ríos y lagos, en medio de la selva y en las altas montañas. Te invoco con los idiomas de todos sus habitantes y te expreso el amor filial de todos los corazones. Desde hace quinientos años estás presente a lo largo y ancho de estas tierras benditas que son tuyas, porque decir América es decir María. Tú eres la Madre solícita y amorosa de todos tus hijos que te aclaman como "vida, dulzura y esperanza nuestra".

4. Madre de Cristo y de la Iglesia:

Te presento y consagro, como Pastor de la Iglesia universal, a todos tus hijos de América: a los obispos, sacerdotes, diáconos y catequistas; religiosos y religiosas; a quienes viven su consagración en la vida contemplativa o la testimonian en medio del mundo. Te encomiendo a los niños y a los jóvenes, a los ancianos, a los pobres y a los enfermos, a cada una de las Iglesias locales, a todas las familias y comunidades cristianas.

Te ofrezco sus gozos y esperanzas, sus temores y angustias, sus plegarias y esfuerzos para que reine la justicia y la paz iluminados por el Evangelio de la verdad y la vida.

Tú, que ocupas un puesto tan cercano a Dios y a los hombres, con tu mediación maternal presenta a tu Hijo Jesucristo la ofrenda del Pueblo sacerdotal de las Américas; implora el perdón por las injusticias cometidas, acompaña con tu cántico de alabanza nuestra acción de gracias.

5. Virgen de la Esperanza y Estrella de la Evangelización:

Te pido que conserves y acrecientes el don de la fe y de la vida cristiana, que los pueblos de América recibieron hace cinco siglos. Intercede ante tu Hijo para que este Continente, sea tierra de paz y de esperanza, donde el amor venza al odio, la unidad a la rivalidad, la generosidad al egoísmo, la verdad a la mentira, la justicia a la iniquidad, la paz a la violencia. Haz que sea siempre respetada la vida y la dignidad de cada persona humana, la identidad de las minorías étnicas, los legítimos derechos de los indígenas, los genuinos valores de la familia y de las culturas autóctonas.

Tú, que eres Estrella de la Evangelización, impulsa en todos el ardor del anuncio y la Buena Nueva para que sea siempre conocido, amado y servido Jesucristo, fruto bendito de tu vientre, Revelador del Padre y Dador del Espíritu, "el mismo ayer, hoy y siempre". Amén.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992

Faro a Colón

Angelus Domini

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Iglesia con el rezo del Angelus, nos invita amorosamente a recordar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y fijar nuestra mirada en la Virgen María. Durante los meses que han precedido a mi viaje apostólico a la República Dominicana, he querido peregrinar espiritualmente, con el rezo del Angelus, a los principales Santuarios marianos del Continente. En gozosa comunión orante con las Iglesias de América, he rendido homenaje a la Madre de Dios en estos lugares, que son vivos testimonios de fe cristiana y de profunda devoción mariana.

Hoy, al concluir la Santa Misa con la que hemos conmemorado los quinientos años de la Evangelización de las Américas y he tenido el gozo de canonizar a un Obispo de Colombia, el agustino recoleto Ezequiel Moreno, nuestro corazón se eleva hacia nuestra Madre del cielo. A este propósito, deseo dirigir un particular saludo a las religiosas y religiosos agustinos recoletos que, desde diversos países de América, de Europa y

también de Asia, han venido a Santo Domingo para participar en la solemne ceremonia de canonización.

2. La llegada del Evangelio de Cristo a las Américas lleva el sello de la Virgen María. Su nombre y su imagen campeaban en la carabela de Cristóbal Colón, la "Santa María", que hace cinco siglos arribó al Nuevo Mundo. Ella fue "Estrella del mar" en la arriesgada y providencial travesía del océano que abrió insospechados horizontes a la humanidad. La tripulación de las tres carabelas, al despuntar el día del descubrimiento, la invocó con el canto de la Salve Regina. Era un 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, memoria tradicional de las primicias de la llegada del Evangelio a España, lo cual representaba el signo providencial de que la Evangelización de América se realizaba bajo la protección de la Madre de Dios.

Los quinientos años de historia cristiana de América están marcados por la presencia de María, que desde los albores de la evangelización, encarnó los valores culturales de los pueblos del Continente, como vemos en la Virgen del Tepeyac. Cada santuario y cada altar, con sus nombres entrañables y sus títulos pintorescos, con sus imágenes sencillas, cargadas de devoción y de misterio, son la memoria de una particular predilección de María por cada nación y cada pueblo. En cada santuario se renueva el pacto de amor de la Virgen con sus hijos de América. Esa profunda devoción a la Madre de Jesús es una nota distintiva de su catolicidad, es garantía de su perseverancia en la fe verdadera, de su comunión eclesial y de su unidad espiritual.

3. Mientras evocamos en el Angelus el misterio de la Encarnación redentora, aflora a nuestros labios la invocación que reconoce y venera el misterio de la Virgen: Dios te salve María...Y también la ardiente súplica que implora su protección: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...Desde hace quinientos años estas invocaciones resuenan en todas las latitudes del Continente de la esperanza, en el que María es Reina pero también Madre de los pobres, esperanza de los oprimidos, aurora de la civilización del amor, de la justicia y de la paz, que abre horizontes de verdadera hermandad entre todos sus pueblos.

Por ella el Verbo hecho carne ha habitado en medio de nosotros. Y en la hora de la nueva evangelización, María nos señala y nos ofrece a Jesucristo, el único Salvador del mundo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (cf. Heb 13,8). A Ella, que es Madre de la Iglesia, Estrella de la Evangelización, dulzura y esperanza nuestra, todos nosotros, pastores y fieles, dirigimos nuestra ferviente plegaria e invocamos su protección en los albores del tercer milenio de la historia cristiana.

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO
Santo Domingo, 12 de octubre de 1992

DISCURSO INAUGURAL DEL SANTO PADRE

Tema: "Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana. «Jesucristo ayer, hoy y siempre»" (Heb 13,8)".

Queridos Hermanos en el Episcopado,
amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos:

1. Bajo la guía del Espíritu, al que hemos invocado fervientemente para que ilumine los trabajos de esta importante asamblea eclesial, inauguramos la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, poniendo nuestros ojos y nuestro corazón en Jesucristo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8). El es el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega (Ap 21,6), la plenitud de la evangelización, "el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena" (Evangelii nuntiandi, 7).

En este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia. En su nombre se reunieron los Obispos de América Latina en las anteriores Asambleas -Río de Janeiro en 1955; Medellín en 1968; Puebla en 1979-, y en su mismo nombre nos reunimos ahora en Santo Domingo, para tratar el tema "Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana", que engloba las grandes cuestiones que, de cara al futuro, debe afrontar la Iglesia ante las nuevas situaciones que emergen en Latinoamérica y en el mundo.

Es ésta, queridos Hermanos, una hora de gracia para todos nosotros y para la Iglesia en América. En realidad, para la Iglesia universal, que nos acompaña con su plegaria, con esa comunión profunda de los corazones que el Espíritu Santo genera en todos los miembros del único cuerpo de Cristo. Hora de gracia y también de gran responsabilidad. Ante nuestros ojos se vislumbra ya el tercer milenio. Y si la Providencia nos ha convocado para dar gracias a Dios por los quinientos años de fe y de vida cristiana en el Continente americano, acaso podemos decir con más razón aún que nos ha convocado también a renovarnos interiormente, y a "escrutar los signos de los tiempos" (cf. Mt 16,3). En verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo una llamada a

la conversión. En efecto, mediante el testimonio de una Iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en Él la verdad de su vocación y su esperanza, el camino hacia una humanidad mejor.

Mirando a Cristo, "fijando los ojos en el que inicia y completa nuestra fe: Jesús" (Heb 12,2), seguimos el sendero trazado por el Concilio Vaticano II, del que ayer se cumplió el XXX aniversario de su solemne inauguración. Por ello, al inaugurar esta magna Asamblea, deseo recordar aquellas sentidas palabras pronunciadas por mi venerable predecesor, el Papa Pablo VI, en la apertura de la segunda sesión conciliar:

"¡Cristo!

Cristo, nuestro principio.

Cristo, nuestra vida y nuestro guía.

Cristo, nuestra esperanza y nuestro término...

Que no se cierna sobre esta asamblea otra luz

que no sea la de Cristo, luz del mundo.

Que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente fuera de las palabras del Señor, único Maestro.

Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles.

Que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que, mediante su palabra, conforta nuestra debilidad...".

I. JESUCRISTO AYER, HOY Y SIEMPRE

2. Esta Conferencia se reúne para celebrar a Jesucristo, para dar gracias a Dios por su presencia en estas tierras de América, donde hace ahora 500 años comenzó a difundirse el mensaje de la salvación; se reúne para celebrar la implantación de la Iglesia, que durante estos cinco siglos tan abundantes frutos de santidad y amor ha dado en el Nuevo Mundo.

Jesucristo es la Verdad eterna que se manifestó en la plenitud de los tiempos. Y precisamente, para transmitir la Buena Nueva a todos los pueblos, fundó su Iglesia con la misión específica de evangelizar: "Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda creatura" (Mc 16,15). Se puede decir que en estas palabras está contenida la proclama solemne de la evangelización. Así pues, desde el día en que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, la Iglesia inició la gran tarea de la evangelización. San Pablo lo expresa en una frase lapidaria y emblemática: "Evangelizare Iesum Christum", "anunciar a Jesucristo" (Gál 1,16). Esto es lo que han hecho los discípulos del Señor, en todos los tiempos y en todas la latitudes del mundo.

3. En este proceso singular el año 1492 marca una fecha clave. En efecto, el 12 de octubre -hace hoy exactamente cinco siglos-el Almirante Cristóbal Colón, con las tres carabelas procedentes de España, llegó a estas tierras y plantó en ellas la cruz de Cristo. La evangelización propiamente dicha, sin embargo, comenzó con el segundo viaje de los descubridores, a quienes acompañaban los primeros misioneros. Se iniciaba así la siembra del don precioso de la fe. Y ¿cómo no dar gracias a Dios por ello, junto con vosotros, queridos Hermanos Obispos, que hoy hacéis presentes en Santo Domingo a todas las Iglesias particulares de Latinoamérica? ¡Cómo no dar gracias por los abundantes frutos de la semilla plantada a lo largo de estos cinco siglos por tantos y tan intrépidos misioneros!

Con la llegada del Evangelio a América se ensancha la historia de la salvación, crece la familia de Dios, se multiplica "para gloria de Dios el número de los que dan gracias" (2 Cor 4,15). Los pueblos del Nuevo Mundo eran "pueblos nuevos... totalmente desconocidos para el Viejo Mundo hasta el año 1492", pero "conocidos por Dios desde toda la eternidad y por Él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado en la plenitud de los tiempos (cf. Gál 4,4)" (Homilía, 1 de enero 1992). En los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo, lo ha incorporado a su designio redentor, lo ha hecho partícipe de su Espíritu. Mediante la evangelización y la fe en Cristo, Dios ha renovado su alianza con América Latina.

Damos, pues, gracias a Dios por la pléyade de evangelizadores que dejaron su patria y dieron su vida para sembrar en el Nuevo Mundo la vida nueva de la fe, la esperanza y el amor. No los movía la leyenda de "El Dorado", o intereses personales, sino el urgente llamado a evangelizar unos hermanos que aún no conocían a Jesucristo. Ellos anunciaron "la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4) a unas gentes que ofrecían a sus dioses incluso sacrificios humanos. Ellos testimoniaron, con su vida y con su palabra, la humanidad que brota del encuentro con Cristo. Por su testimonio y su predicación, el número de hombres y mujeres que se abrían a la gracia de Cristo se multiplicaron "como las estrellas del cielo, incontables como las arenas de las orillas del mar" (Heb 11,12).

4. Desde los primeros pasos de la evangelización, la Iglesia católica, movida por la fidelidad al Espíritu de Cristo, fue defensora infatigable de los indios, protectora de los valores que había en sus culturas, promotora de humanidad frente a los abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos. La denuncia de las injusticias y atropellos por obra de Montesinos, Las Casas, Córdoba, fray Juan del Valle y tantos otros, fue como un clamor que propició una legislación

inspirada en el reconocimiento del valor sagrado de la persona. La conciencia cristiana afloraba con valentía profética en esa cátedra de dignidad y de libertad que fue, en la Universidad de Salamanca, la Escuela de Vitoria (cf. Discurso, 14 de mayo 1992), y en tantos eximios defensores de los nativos, en España y en América Latina. Nombres que son bien conocidos y que con ocasión del V Centenario han sido recordados con admiración y gratitud. Por mi parte, y para precisar los perfiles de la verdad histórica poniendo de relieve las raíces cristianas y la identidad católica del Continente, sugerí que se celebrara un Simposio Internacional sobre la Historia de la Evangelización de América, organizado por la Pontificia Comisión para América Latina. Los datos históricos muestran que se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella, se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma constituye una especie de tribunal de acusación para los responsables de aquellos abusos.

De la fecundidad de la semilla evangélica depositada en estas benditas tierras he podido ser testigo durante los viajes apostólicos que el Señor me ha concedido realizar a vuestras Iglesias particulares. ¡Cómo no manifestar abiertamente mi ardiente gratitud a Dios, porque me ha sido dado conocer de cerca la realidad viva de la Iglesia en América Latina! En mis viajes al Continente, así como durante vuestras visitas "ad Limina" y en otros diversos encuentros -que han robustecido los vínculos de la colegialidad episcopal y la corresponsabilidad en la solicitud pastoral por toda la Iglesia- he podido comprobar repetidamente la lozanía de la fe de vuestras comunidades eclesiales y también medir la amplitud de los desafíos para la Iglesia, ligada indisolublemente a la suerte misma de los pueblos del Continente.

5. La presente Conferencia General se reúne para perfilar las líneas maestras de una acción evangelizadora que ponga a Cristo en el corazón y en los labios de todos los latinoamericanos. Esta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo y la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad y la transformen (cf. Discurso a la Pont. Comisión para América Latina, 14 de junio 1991).

En sus deliberaciones y conclusiones, esta Conferencia ha de saber conjugar los tres elementos doctrinales y pastorales, que constituyen como las tres coordenadas de la nueva evangelización: Cristología, Eclesiología y Antropología. Contando con una profunda y sólida Cristología, basados en una sana antropología y con una clara y recta visión eclesiológica, hay que afrontar los

retos que se plantean hoy a la acción evangelizadora de la Iglesia en América.

A continuación deseo compartir con vosotros algunas reflexiones que, siguiendo la pauta del enunciado de la Conferencia y como signo de profunda comunión y corresponsabilidad eclesial, os ayuden en vuestro ministerio de Pastores entregados generosamente a la grey que el Señor os ha confiado. Se trata de presentar algunas prioridades doctrinales y pastorales desde la perspectiva de la nueva evangelización.

II. NUEVA EVANGELIZACION

6. La nueva evangelización es la idea central de toda la temática de esta Conferencia.

Desde mi encuentro en Haití con los Obispos del CELAM en 1983 he venido poniendo particular énfasis en esta expresión, para despertar así un nuevo fervor y nuevos afanes evangelizadores en América y en el mundo entero; esto es, para dar a la acción pastoral "un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización, en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y en el poder perennes de Pentecostés" (Evangelii nuntiandi, 2).

La nueva evangelización no consiste en un "nuevo evangelio", que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería "evangelio", sino mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo "de agradar a los hombres" o de "buscar su favor" (Gál 1,10), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida verdadera.

La nueva evangelización tiene, como punto de partida, la certeza de que en Cristo hay una "inescrutable riqueza" (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos (cf. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, Declaración final, 3). Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque El mismo es nuestra salvación. Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a El mediante la fe y la incorporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuesta a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas

en nuestro corazón desde la creación y desde la herida del pecado.

7. La novedad no afecta al contenido del mensaje evangélico que es inmutable, pues Cristo es "el mismo ayer, hoy y siempre". Por esto, el evangelio ha de ser predicado en plena fidelidad y pureza, tal como ha sido custodiado y transmitido por la Tradición de la Iglesia. Evangelizar es anunciar a una persona, que es Cristo. En efecto, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios" (Evangelii nuntiandi, 22). Por eso, las cristologías reductivas, de las que en diversas ocasiones he señalado sus desviaciones (cf. Discurso Inaugural de la Conferencia de Puebla, 28 de enero 1979, I,4), no pueden aceptarse como instrumentos de la nueva evangelización. Al evangelizar, la unidad de la fe de la Iglesia tiene que resplandecer no sólo en el magisterio auténtico de los Obispos, sino también en el servicio a la verdad por parte de los pastores de almas, de los teólogos, de los catequistas y de todos los que están comprometidos en la proclamación y predicación de la fe.

A este respecto, la Iglesia estimula, admira y respeta la vocación del teólogo, cuya "función es lograr una comprensión cada vez más profunda de la palabra de Dios contenida en la Escritura inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia" (Instrucción de la Congregación para la doctrina de la Fe sobre la vocación eclesial del teólogo, 24 de mayo 1990, 6). Esta vocación, noble y necesaria, surge en el interior de la Iglesia y presupone la condición de creyente en el mismo teólogo, con una actitud de fe que él mismo debe testimoniar en la comunidad. "La recta conciencia del teólogo católico supone consecuentemente la fe en la Palabra de Dios (...) el amor a la Iglesia de la que ha recibido su misión y el respeto al Magisterio asistido por Dios" (Ibid., 38). La teología está llamada, pues, a prestar un gran servicio a la nueva evangelización.

8. Ciertamente es la verdad la que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Pero no podemos por menos de constatar que existen posiciones inaceptables sobre lo que es la verdad, la libertad, la conciencia. Se llega incluso a justificar el disenso con el recurso "al pluralismo teológico, llevado a veces hasta un relativismo que pone en peligro la integridad de la fe". No faltan quienes piensan que "los documentos del Magisterio no serían sino el reflejo de una teología opinable" (Ibid., 34); y "surge así una especie de «magisterio paralelo» de los teólogos, en oposición y rivalidad con el Magisterio auténtico" (Ibid.). Por otra parte, no podemos soslayar el hecho de que las "actitudes de

oposición sistemática a la Iglesia, que llegan incluso a constituirse en grupos organizados", la contestación y la discordia, al igual que "acarrear graves inconvenientes a la comunión de la Iglesia", son también un obstáculo para la evangelización (cf. Ibid., 32).

La confesión de fe "Jesucristo ayer, hoy y siempre" de la Carta a los Hebreos -que es como el telón de fondo del tema de esta IV Conferencia- nos lleva a recordar las palabras del versículo siguiente: "No os dejéis seducir por doctrinas varias y extrañas" (Heb 13,9). Vosotros, amados Pastores, tenéis que velar sobre todo por la fe de la gente sencilla que, de lo contrario, se vería desorientada y confundida.

9. Todos los evangelizadores han de prestar también una atención especial a la catequesis. Al comienzo de mi Pontificado quise dar nuevo impulso a esta labor pastoral mediante la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae*, y recientemente he aprobado el Catecismo de la Iglesia Católica, que presento como el mejor don que la Iglesia puede hacer a sus Obispos y a todo el Pueblo de Dios. Se trata de un valioso instrumento para la nueva evangelización, donde se compendia toda la doctrina que la Iglesia ha de enseñar.

Confío asimismo que el movimiento bíblico continúe desplegando su benéfica labor en América Latina y que las Sagradas Escrituras nutran cada vez más la vida de los fieles, para lo cual se hace imprescindible que los agentes de pastoral profundicen incansablemente en la Palabra de Dios, viviéndola y transmitiéndola a los demás con fidelidad, es decir, "teniendo en muy cuenta la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe" (*Dei Verbum*, 12). Igualmente, el movimiento litúrgico ha de dar renovado impulso a la vivencia íntima de los misterios de nuestra fe, llevando al encuentro con Cristo Resucitado en la liturgia de la Iglesia. Es en la celebración de la Palabra y de los Sacramentos, pero sobre todo en la Eucaristía, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y de toda la evangelización, donde se realiza nuestro encuentro salvífico con Cristo, al que nos unimos místicamente formando su Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 7). Por ello os exhorto a dar un nuevo impulso a la celebración digna, viva y participada de las asambleas litúrgicas, con ese profundo sentido de la fe y de la contemplación de los misterios de la salvación, tan arraigado en vuestros pueblos.

10. La novedad de la acción evangelizadora a que hemos convocado afecta a la actitud, al estilo, al esfuerzo y a la programación o, como propuse en Haití, al ardor, a los métodos y a la expresión. (cf. Discurso a los Obispos del CELAM, 9 de marzo 1983). Una evangelización nueva en su

ardor supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la "parresía" que inflama el corazón del apóstol (cf. Act 5, 28-29; cf. Redemptoris missio, 45). Esta "parresía" ha de ser también el sello de vuestro apostolado en América. Nada puede haceros callar, pues sois heraldos de la verdad. La verdad de Cristo ha de iluminar las mentes y los corazones con la activa, incansable y pública proclamación de los valores cristianos.

Por otra parte, los nuevos tiempos exigen que el mensaje cristiano llegue al hombre de hoy mediante nuevos métodos de apostolado, y que sea expresado en lenguaje y formas accesibles al hombre latinoamericano, necesitado de Cristo y sediento del evangelio: ¿Cómo hacer accesible, penetrante, válida y profunda la respuesta al hombre de hoy, sin alterar o modificar en nada el contenido del mensaje evangélico? ¿cómo llegar al corazón de la cultura que queremos evangelizar? ¿cómo hablar de Dios en un mundo en el que está presente un proceso creciente de secularización?

11. Como lo habéis manifestado en los encuentros y conversaciones que hemos tenido a lo largo de estos años, tanto en Roma como en mis visitas a vuestras Iglesias particulares, hoy la fe sencilla de vuestros pueblos sufre el embate de la secularización, con el consiguiente debilitamiento de los valores religiosos y morales. En los ambientes urbanos crece una modalidad cultural que, confiando sólo en la ciencia y en los avances de la técnica, se presenta como hostil a la fe. Se transmiten unos "modelos" de vida en contraste con los valores del evangelio. Bajo la presión del secularismo, se llega a presentar la fe como si fuera una amenaza a la libertad y autonomía del hombre.

Sin embargo, no podemos olvidar que la historia reciente ha mostrado que cuando, al amparo de ciertas ideologías, se niegan la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, se hace imposible construir una sociedad de rostro humano. Con la caída de los regímenes del llamado «socialismo real» en Europa oriental cabe esperar que también en este continente se saquen las deducciones pertinentes en relación con el valor efímero de tales ideologías. La crisis del colectivismo marxista no ha tenido sólo raíces económicas, como he puesto de relieve en la Encíclica Centesimus annus (n. 41), pues la verdad sobre el hombre está íntima y necesariamente ligada a la verdad sobre Dios.

La nueva evangelización ha de dar, pues, una respuesta integral, pronta, ágil, que fortalezca la fe católica, en sus verdades fundamentales, en sus dimensiones individuales, familiares y sociales.

12. A ejemplo del Buen Pastor, habéis de apacentar el rebaño que os ha sido confiado y defenderlo de los lobos rapaces. Causa de división y discordia en vuestras comunidades eclesiales son -lo sabéis bien- las sectas y movimientos "pseudo-espirituales" de que habla el Documento de Puebla (n. 628), cuya expansión y agresividad urge afrontar.

Como muchos de vosotros habéis señalado, el avance de las sectas pone de relieve un vacío pastoral, que tiene frecuentemente su causa en la falta de formación, lo cual mina la identidad cristiana y hace que grandes masas de católicos sin una atención religiosa adecuada -entre otras razones, por falta de sacerdotes-, queden a merced de campañas de proselitismo sectario muy activas. Pero también puede suceder que los fieles no hallen en los agentes de pastoral aquel fuerte sentido de Dios que ellos deberían transmitir en sus vidas. "Tales situaciones pueden ser ocasión de que muchas personas pobres y sencillas, -como por desgracia está ocurriendo- se conviertan en fácil presa de las sectas, en las que buscan un sentido religioso de la vida que quizás no encuentran en quienes se lo tendrían que ofrecer a manos llenas" (Carta Apostólica Los Caminos del Evangelio, 20).

Por otra parte, no se puede infravalorar una cierta estrategia, cuyo objetivo es debilitar los vínculos que unen a los Países de América Latina y minar así las fuerzas que nacen de la unidad. Con este objeto se destinan importantes recursos económicos para subvencionar campañas proselitistas, que tratan de resquebrajar esta unidad católica.

Al preocupante fenómeno de las sectas hay que responder con una acción pastoral que ponga en el centro de todo a la persona, su dimensión comunitaria y su anhelo de una relación personal con Dios. Es un hecho que allí donde la presencia de la Iglesia es dinámica, como es el caso de las parroquias en las que se imparte una asidua formación en la Palabra de Dios, donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos, vemos que las sectas o los movimientos para-religiosos no logran instalarse o avanzar.

La arraigada religiosidad popular de vuestros fieles, con sus extraordinarios valores de fe y de piedad, de sacrificio y de solidaridad, convenientemente evangelizada y gozosamente celebrada, orientada en torno a los misterios de Cristo y de la Virgen María, puede ser, por sus raíces eminentemente católicas, un antídoto contra las sectas y una garantía de fidelidad al mensaje de la salvación.

III. PROMOCION HUMANA

13. Puesto que la Iglesia es consciente de que el hombre -no el hombre abstracto, sino el hombre concreto e histórico- "es el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión" (*Redemptor hominis*, 14), la promoción humana ha de ser consecuencia lógica de la evangelización, la cual tiende a la liberación integral de la persona (cf. *Evangelii nuntiandi*, nn. 29-39).

Mirando a ese hombre concreto, vosotros, Pastores de la Iglesia, constatáis la difícil y delicada realidad social por la que atraviesa hoy América Latina, donde existen amplias capas de población en la pobreza y la marginación. Por ello, solidarios con el clamor de los pobres, os sentís llamados a asumir el papel del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), pues el amor a Dios se muestra en el amor a la persona humana. Así nos lo recuerda el apóstol Santiago con aquellas graves palabras: "Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: «Idos en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?" (*Sant* 2, 15-16).

La preocupación por lo social "forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia" (*Sollicitudo rei socialis*, 41) y es también "parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador" (*Centesimus annus*, 5).

Como afirma el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, el problema de la promoción humana no se puede considerar al margen de la relación del hombre con Dios (cf. nn. 43, 45). En efecto, contraponer la promoción auténticamente humana y el proyecto de Dios sobre la humanidad es una grave distorsión, fruto de una cierta mentalidad de inspiración secularista. La genuina promoción humana ha de respetar siempre la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre; los derechos de Dios y los derechos del hombre.

14. Vosotros, amados Pastores, tocáis de cerca la situación angustiosa de tantos hermanos que carecen de lo necesario para una vida auténticamente humana. No obstante el avance registrado en algunos campos, persiste e incluso crece el fenómeno de la pobreza. Los problemas se agravan con la pérdida del poder adquisitivo del dinero, a causa de la inflación, a veces incontrolada, y del deterioro de los términos de intercambio, con la consiguiente disminución de los precios de ciertas materias primas y con el peso insoportable de la deuda internacional de la que se derivan

tremendas consecuencias sociales. La situación se hace todavía más dolorosa con el grave problema del desempleo creciente, que no permite llevar el pan al hogar e impide el acceso a otros bienes fundamentales (cf. *Laborem exercens*, 18).

Sintiendo vivamente la gravedad de esta situación, no he dejado de dirigir apremiantes llamados en favor de una activa, justa y urgente solidaridad internacional. Es éste un deber de justicia que afecta a toda la humanidad, pero sobre todo a los países ricos que no pueden eludir su responsabilidad hacia los países en vías de desarrollo. Esta solidaridad es una exigencia del bien común universal que ha de ser respetado por todos los integrantes de la familia humana (cf. *Gaudium et spes*, 26).

15. El mundo no puede sentirse tranquilo y satisfecho ante la situación caótica y desconcertante que se presenta ante nuestros ojos: naciones, sectores de población, familias e individuos cada vez más ricos y privilegiados frente a pueblos, familias y multitud de personas sumidas en la pobreza, víctimas del hambre y las enfermedades, carentes de vivienda digna, de servicios sanitarios, de acceso a la cultura. Todo ello es testimonio elocuente de un desorden real y de una injusticia institucionalizada, a lo cual se suman a veces el retraso en tomar medidas necesarias, la pasividad y la imprudencia, cuando no la transgresión de los principios éticos en el ejercicio de las funciones administrativas, como es el caso de la corrupción. Ante todo esto, se impone un "cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras" (*Centesimus annus*, 60), en orden a superar el abismo existente entre los países ricos y los países pobres (cf. *Laborem exercens*, 16; *Centesimus annus*, 14), así como las profundas diferencias existentes entre ciudadanos de un mismo país. En una palabra: hay que hacer valer el nuevo ideal de solidaridad frente a la caduca voluntad de dominio.

Por otra parte, es falaz e inaceptable la solución que propugna la reducción del crecimiento demográfico sin importarle la moralidad de los medios empleados para conseguirlo. No se trata de reducir a toda costa el número de invitados al banquete de la vida; lo que hace falta es aumentar los medios y distribuir con mayor justicia la riqueza para que todos puedan participar equitativamente de los bienes de la creación.

Hay que buscar soluciones a nivel mundial, instaurando una verdadera economía de comunión y participación de bienes, tanto en el orden internacional como nacional. A este propósito, un factor que puede contribuir notablemente a superar los apremiantes problemas que hoy afectan a este continente es la integración latinoamericana. Es grave responsabilidad de los gobernantes el favorecer el ya

iniciado proceso de integración de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia.

16. En continuidad con las Conferencias de Medellín y Puebla, la Iglesia reafirma la opción preferencial en favor de los pobres. Una opción no exclusiva ni excluyente, pues el mensaje de la salvación está destinado a todos. "Una opción, además, basada esencialmente en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que con frecuencia reducen a los pobres a categorías sociopolíticas económicas abstractas. Pero una opción firme e irrevocable" (Discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana, 21 diciembre 1984, 9).

Como afirma el Documento de Puebla, "acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó haciéndose hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso, el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como Hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (Puebla, 1145). Dichos criterios evangélicos de servicio al necesitado evitarán cualquier tentación de connivencia con los responsables de las causas de la pobreza, o peligrosas desviaciones ideológicas, incompatibles con la doctrina y misión de la Iglesia.

La genuina praxis de liberación ha de estar siempre inspirada por la doctrina de la Iglesia según se expone en las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe (*Libertatis nuntius*, 1984; *Libertatis conscientia*, 1986), que han de ser tenidas en cuenta cuando se aborda el tema de las teologías de la liberación. Por otra parte, la Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, lo cual es una de las primeras exigencias del evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios.

17. Como ya lo señaló la Conferencia de Puebla, existen grupos humanos particularmente sumidos en la pobreza; tal es el caso de los indígenas (cf. n. 1265). A ellos, y también a los afroamericanos, he querido dirigir un mensaje especial de solidaridad y cercanía, que entregaré mañana a un grupo de representantes de sus respectivas comunidades. Como gesto de solidaridad, la Santa Sede ha creado recientemente la Fundación «*Populorum Progressio*», que dispone de un fondo de ayuda en favor de los campesinos, indios y demás grupos humanos del sector rural, particularmente desprotegidos en América Latina.

En esta misma línea de solicitud pastoral por las categorías sociales más desprotegidas, esta Conferencia

General podría valorar la oportunidad de que, en un futuro no lejano, pueda celebrarse un Encuentro de representantes de los Episcopados de todos el Continente, -que podría tener también carácter sinodal-en orden a incrementar la cooperación entre las diversas Iglesias particulares en los distintos campos de la acción pastoral y en el que, dentro del marco de la nueva evangelización y como expresión de comunión episcopal, se afronten también los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre todas las Naciones de América. La Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio cristiano y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas, siente como un deber ineludible unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, impulsar un espíritu solidario entre todos ellos, que permita, en modo particular, encontrar vías de solución a las dramáticas situaciones de amplios sectores de población que aspiran a un legítimo progreso integral y a condiciones de vida más justas y dignas.

18. No existe auténtica promoción humana, verdadera liberación, ni opción preferencial por los pobres, si no se parte de los fundamentos mismos de la dignidad de la persona y del ambiente en que tiene que desarrollarse, según el proyecto del Creador. Por eso entre los temas y opciones que requieren toda la atención de la Iglesia no puedo dejar de recordar el de la familia y el de la vida: dos realidades que van estrechamente unidas, pues la "familia es como el santuario de la vida" (Centesimus annus, n. 39). En efecto, "el futuro de la humanidad se fragua en la familia; por consiguiente, es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuere por salvar y promover los valores y exigencias de la familia" (Familiaris consortio, 86).

No obstante los problemas que en nuestros días asedian al matrimonio y la institución familiar, ésta, como "célula primera y vital de la sociedad" (Apostolicam actuositatem, 11) puede generar grandes energías, que son necesarias para el bien de la humanidad. Por eso, hay que "anunciar con alegría y convicción la «buena nueva» sobre la familia" (cf. Familiaris consortio, 86). Hay que anunciarla aquí, en América Latina, donde, junto al aprecio que se tiene por la familia, proliferan por desgracia las uniones consensuales libres. Ante este fenómeno y ante las crecientes presiones divorcistas urge promover medidas adecuadas en favor del núcleo familiar, en primer lugar para asegurar la unión de vida y el amor estable dentro del matrimonio, según el plan de Dios, así como una idónea educación de los hijos.

En estrecha conexión con los problemas señalados se encuentra el grave fenómeno de los niños que viven permanentemente en la calles de las grandes ciudades

latinoamericanas, minados por el hambre y la enfermedad, sin protección alguna, sujetos a tantos peligros, no excluida la droga y la prostitución. He aquí otra cuestión que ha de apremiar vuestra solicitud pastoral, recordando las palabras de Jesús: "Dejad que los niños vengan a mí" (Mt 19,14).

La vida, desde su concepción en el seno materno hasta su término natural, ha de ser defendida con decisión y valentía. Es necesario, pues, crear en América una cultura de la vida que contrarreste la anticultura de la muerte, la cual -a través del aborto, la eutanasia, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo y otras formas de violencia o explotación- intenta prevalecer en algunas naciones. En este espectro de atentados a la vida ocupa un lugar de primer orden el narcotráfico, que las instancias competentes han de contrarrestar con todos los medios lícitos a disposición.

19. ¿Quién nos librará de estos signos de muerte? La experiencia del mundo contemporáneo ha mostrado más y más que las ideologías son incapaces de derrotar aquel mal que tiene al hombre sujeto a servidumbre. El único que puede librar de este mal es Cristo. Al celebrar el V Centenario de la Evangelización, volvemos los ojos, conmovidos, a aquel momento de gracia en el que Cristo nos ha sido dado de una vez para siempre. La dolorosa situación de tantas hermanas y hermanos latinoamericanos no nos lleva a la desesperanza. Al contrario, hace más urgente la tarea que tiene la Iglesia ante sí: reavivar en el corazón de cada bautizado la gracia recibida. "Te recomiendo -escribía san Pablo a Timoteo- que reavives la gracia de Dios que está en ti" (2 Tim 1,6).

Como de la acogida del Espíritu en Pentecostés nació el pueblo de la Nueva Alianza, sólo esta acogida hará surgir un pueblo capaz de generar hombres renovados y libres, conscientes de su dignidad. No podemos olvidar que la promoción integral del hombre es de capital importancia para el desarrollo de los pueblos de Latinoamérica. Pues, "el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica" (Redemptoris missio, 58). La mayor riqueza de Latinoamérica son sus gentes. La Iglesia, "despertando las conciencias con el Evangelio", contribuye a despertar las energías dormidas para disponerlas a trabajar en la construcción de una nueva civilización (cf. Ibid.).

IV. CULTURA CRISTIANA

20. Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En verdad, la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el "ethos" de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras (cf. Discurso a los intelectuales y al mundo universitario, Medellín 5 de julio 1986, 2).

El tema "cultura" ha sido objeto de particular estudio y reflexión por parte del CELAM en los últimos años. También la Iglesia toda dirige su atención a esta importante materia "ya que la nueva evangelización ha de proyectarse sobre la cultura «adveniente», sobre todas las culturas, incluidas las culturas indígenas" (cf. Angelus, 28 de junio 1992). Anunciar a Jesucristo en todas las culturas es la preocupación central de la Iglesia y objeto de su misión. En nuestros días, esto exige, en primer lugar, el discernimiento de las culturas como realidad humana a evangelizar y, consiguientemente, la urgencia de un nuevo tipo de colaboración entre todos los responsables de la obra evangelizadora.

21. En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Es cierto que el sustrato cultural de actual presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos fruto de la evangelización; pero, al mismo tiempo, ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano.

La ausencia de esos valores cristianos fundamentales en la cultura de la modernidad no solamente ha ofuscado la dimensión de lo trascendente, abocando a muchas personas hacia el indiferentismo religioso -también en América Latina-, sino que, a la vez, es causa determinante del desencanto social en que se ha gestado la crisis de esta cultura. Tras la autonomía introducida por el racionalismo, hoy se tiende a basar los valores sobre todo en consensos sociales subjetivos que, no raramente, llevan a posiciones contrarias incluso a la misma ética natural. Piénsese en el drama del aborto, los abusos en ingeniería genética, los atentados a la vida y a la dignidad de la persona.

Frente a la pluralidad de opciones que hoy se ofrecen, se requiere una profunda renovación pastoral mediante el discernimiento evangélico sobre los valores dominantes, las actitudes, los comportamientos colectivos, que frecuentemente representan un factor decisivo para optar

tanto por el bien como por el mal. En nuestros días se hace necesario un esfuerzo y un tacto especial para inculturar el mensaje de Jesús, de tal manera que los valores cristianos puedan transformar los diversos núcleos culturales, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el afianzamiento de una cultura cristiana que renueve, amplíe y unifique los valores históricos pasados y presentes, para responder así en modo adecuado a los desafíos de nuestro tiempo (cf. *Redemptoris missio*, 52). Uno de estos retos a la evangelización es el de intensificar el diálogo entre las ciencias y la fe, en orden a crear un verdadero humanismo cristiano. Se trata de mostrar que la ciencia y la técnica contribuyen a la civilización y a la humanización del mundo en la medida en que están penetradas por la sabiduría de Dios. A este propósito, deseo alentar vivamente a las Universidades y Centros de estudios superiores, especialmente los que dependen de la Iglesia, a renovar su empeño en el diálogo entre fe y ciencia.

22. La Iglesia mira con preocupación la fractura existente entre los valores evangélicos y las culturas modernas, pues éstas corren el riesgo de encerrarse dentro de sí en una especie de involución agnóstica y sin referencia a la dimensión moral (cf. Discurso al Pont. Consejo para la Cultura, 18 de enero 1983). A este respecto, conservan pleno vigor aquellas palabras del Papa Pablo VI: "La ruptura entre evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Éstas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva" (*Evangelii nuntiandi*, n. 20).

La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (cf. *Redemptor hominis*, 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura. Frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana. Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿quién puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el evangelio de Cristo?

En este hito histórico del medio milenio de la evangelización de vuestros pueblos, os invito pues, queridos Hermanos, a que, con el ardor de la nueva evangelización, animados por el Espíritu del Señor Jesús, hagáis presente la Iglesia en la encrucijada cultural de nuestro tiempo, para impregnar con los valores cristianos las raíces mismas de la cultura «adveniente» y de todas las culturas ya existentes. A este respecto, particular atención habréis de prestar a las culturas indígenas y afroamericanas, asimilando y poniendo de relieve todo lo que en ellas hay de

profundamente humano y humanizante. Su visión de la vida, que reconoce la sacralidad del ser humano, su profundo respeto a la naturaleza, la humildad, la sencillez, la solidaridad son valores que han de estimular el esfuerzo por llevar a cabo una auténtica evangelización inculturada, que sea también promotora de progreso y conduzca siempre a la adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23). Mas, el reconocimiento de dichos valores no os exime de proclamar en todo momento que "Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios" (Redemptoris missio, 5).

"La evangelización de la cultura es un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el evangelio. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna" (Discurso al mundo de la cultura, Lima 15 de mayo 1988, 5). Pero este esfuerzo de comprensión e iluminación debe estar siempre acompañado del anuncio de la Buena Nueva (cf. Redemptoris missio, 46), de tal manera que la penetración del evangelio en las culturas no sea una simple adaptación externa, sino un "proceso profundo y global que abarque tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia" (Ibid., 52), respetando siempre las características y la integridad de la fe.

23. Al ser la comunicación entre las personas un importante elemento generador de cultura, los modernos medios de comunicación social revisten en este terreno una importancia de primer orden. Intensificar la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación ha de ser ciertamente una de vuestras prioridades. Vienen a mi mente las graves palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI: "La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más" (Evangelii nuntiandi, 45).

Por otra parte, se ha de vigilar también sobre el uso de los medios de comunicación social en la educación de la fe y en la difusión de la cultura religiosa. Una responsabilidad que incumbe sobre todo a las casas editoriales dependientes de instituciones católicas que deben "ser objeto de particular solicitud por parte de los Ordinarios del lugar, a fin de que sus publicaciones sean siempre conformes a la doctrina de la Iglesia y contribuyan eficazmente al bien de las almas" (Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos relativos al uso de los instrumentos de comunicación social en la promoción de la doctrina de la fe, 30 de marzo 1992, 15, 2).

Ejemplos de inculturación del evangelio lo constituyen también ciertas manifestaciones socio-culturales que están surgiendo en defensa del hombre y de su entorno, y que han de ser iluminadas por la luz de la fe. Es el caso del

movimiento ecologista en favor del respeto debido a la naturaleza y contra la explotación desordenada de sus recursos, con el consiguiente deterioro de la calidad de vida. La convicción de que "Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todo el género humano" (*Gaudium et spes*, 69) ha de inspirar un sistema de gestión de los recursos más justo y mejor coordinado a nivel mundial. La Iglesia hace suya la preocupación por el medio ambiente e insta a los gobiernos para que protejan este patrimonio según los criterios del bien común (cf. Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero 1992).

24. El desafío que representa la cultura «adveniente», no debilita sin embargo nuestra esperanza, y damos gracias a Dios porque en América Latina el don de la fe católica ha penetrado en lo más hondo de sus gentes, conformando en estos quinientos años el alma cristiana del Continente e inspirando muchas de sus instituciones. En efecto, la Iglesia en Latinoamérica ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción.

Se nos presenta ahora el reto formidable de la continua inculturación del evangelio en vuestros pueblos, tema que habréis de abordar con clarividencia y profundidad durante los próximos días. América Latina, en Santa María de Guadalupe, ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada. En efecto, en la figura de María -desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz del evangelio de Jesús- se encarnaron auténticos valores culturales indígenas. En el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac se resume el gran principio de la inculturación: la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante la integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las varias culturas (cf. *Redemptoris missio*, 52).

V. UNA NUEVA ERA BAJO EL SIGNO DE LA ESPERANZA

25. He ahí, queridos hermanos y hermanas, algunos de los desafíos que se presentan a la Iglesia en esta hora de la nueva evangelización. Ante este panorama cargado de interrogantes, pero también grávido de promesas, hemos de preguntarnos cuál es el camino que debe seguir la Iglesia en América Latina para que su misión dé en la próxima etapa de su historia los frutos que espera el Dueño de la mies (cf. Lc 10,2; Mc 4,20). Vuestra Asamblea habrá de delinear el rostro de una Iglesia viva y dinámica que crece en la fe, se santifica, ama, sufre, se compromete y espera en su Señor,

como nos recuerda el Concilio Ecuménico Vaticano II, punto obligado de referencia en la vida y misión de todo Pastor (cf. *Gaudium et spes*, 2).

La tarea que os aguarda durante las próximas jornadas es ardua, pero marcada por el signo de la esperanza que viene de Cristo Resucitado. Misión vuestra es la de ser heraldos de la esperanza, de que nos habla el apóstol Pedro (cf. *1Pe* 3,15): esperanza que se apoya en las promesas de Dios, en la fidelidad a su palabra y que tiene como certeza inquebrantable la resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre el pecado y la muerte, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana, que no puede por menos de ser la cultura de la resurrección y de la vida, vivificada por el soplo del Espíritu de Pentecostés.

Amados Hermanos en el Episcopado, en la unidad de la Iglesia local, que brota de la Eucaristía, se encuentra todo el Colegio Episcopal con el Sucesor de Pedro a la cabeza, como perteneciente a la misma esencia de la Iglesia particular (cf. Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión, 14). En torno al Obispo y en perfecta comunión con él tienen que florecer las parroquias y comunidades cristianas como células pujantes de vida eclesial. Por eso, la nueva evangelización requiere una vigorosa renovación de toda la vida diocesana. Las parroquias, los movimientos apostólicos y asociaciones de fieles, y todas las comunidades eclesiales en general, han de ser siempre evangelizadas y evangelizadoras. En particular, las Comunidades eclesiales de base deben caracterizarse siempre por una decidida proyección universalista y misionera, que les infunda un renovado dinamismo apostólico (cf. *Evangelii nuntiandi*, 58; Puebla, 640-642). Ellas, -que han de estar marcadas por una clara identidad eclesial-deben tener en la Eucaristía, que preside el sacerdote, el centro de la vida y comunión de sus miembros, en estrecha unión con sus pastores y en plena sintonía con el Magisterio de la Iglesia.

26. Condición indispensable para la nueva evangelización es poder contar con evangelizadores numerosos y cualificados. Por ello, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, así como de otros agentes de pastoral, ha de ser una prioridad de los Obispos y un compromiso de todo el Pueblo de Dios. Hay que dar, en toda América Latina, un impulso decisivo a la pastoral vocacional y afrontar, con criterios acertados y con esperanza, lo referente a los Seminarios y Centros de formación de los religiosos y religiosas, así como el problema de la formación permanente del Clero y de una mejor distribución de los sacerdotes entre las diversas Iglesias locales, en

las que hay que considerar también la apreciada labor de los diáconos permanentes. Para todo esto se encuentran orientaciones apropiadas en la Exhortación Apostólica Postsinodal Pastores dabo vobis.

Por lo que se refiere a los religiosos y religiosas, que en América Latina llevan el peso de una parte considerable de la acción pastoral, deseo hacer mención de la Carta Apostólica Los Caminos del Evangelio, que les dirigí con fecha 29 de junio de 1990. También quiero recordar aquí a los Institutos Seculares, con su pujante vitalidad en medio del mundo, y a los miembros de las Sociedades de Vida Apostólica, que desarrollan una gran actividad misionera.

En la hora presente, los miembros de los Institutos religiosos, tanto masculinos como femeninos, han de centrarse más en la labor específicamente evangelizadora desplegando toda la riqueza de iniciativas y tareas pastorales que brotan de sus diversos carismas. Fieles al espíritu de sus Fundadores, les debe caracterizar un profundo sentido de Iglesia y el testimonio de una estrecha y fiel colaboración en la pastoral, cuya dirección compete a los Ordinarios diocesanos y, en determinados aspectos, a las Conferencias Episcopales.

Como recordé en mi Carta a las contemplativas de América Latina (12 de diciembre 1989), la acción evangelizadora de la Iglesia está sostenida por esos santuarios de la vida contemplativa, tan numerosos en todo el Continente, que constituyen un testimonio de la radicalidad de la consagración a Dios, que tiene que ocupar siempre el primer puesto en nuestras opciones.

27. En la Exhortación Apostólica Postsinodal *Christifideles laici* sobre la "vocación y la misión de los laicos en la Iglesia", he querido poner particularmente de relieve que en la "grande, comprometedor y magnífica empresa" de la nueva evangelización es indispensable la labor de los seglares, en especial de los catequistas y "delegados de la Palabra". La Iglesia espera mucho de todos aquellos laicos que, con entusiasmo y eficacia evangélica, operan a través de los nuevos movimientos apostólicos, que han de estar coordinados en la pastoral de conjunto y que responden a la necesidad de una mayor presencia de la fe en la vida social. En esta hora en que he convocado a todos a trabajar con ardor apostólico en la viña del Señor, sin que nadie quede excluido, "los fieles laicos han de sentirse parte viva y responsable de esta empresa (de la nueva evangelización), llamados como están a anunciar y a vivir el evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad" (n. 64). Digna de todo elogio, como trasmisora de la fe, es la mujer latinoamericana, cuyo papel en la Iglesia y en la sociedad hay que poner debidamente de relieve (cf. Carta Apostólica *Mulieris dignitatem*).

Particular solicitud pastoral se ha de prestar a los enfermos, en vista también de la fuerza evangelizadora del sufrimiento (cf. Carta Apostólica Salvifici doloris, sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, 11 de febrero 1984).

Hago una llamada especial a los jóvenes de América Latina. Ellos -tan numerosos en un Continente joven- habrán de ser protagonistas en la vida de la sociedad y de la Iglesia en el nuevo milenio cristiano ya a las puertas. A ellos hay que presentar en su propio lenguaje la belleza de la vocación cristiana y ofrecerles ideales altos y nobles, que les sostengan en sus aspiraciones de una sociedad más justa y fraterna.

28. Todos están llamados a construir la civilización del amor en este Continente de la esperanza. Es más, América Latina, que ha sido receptora de la fe transmitida por las Iglesias del Viejo Mundo, ha de prepararse a difundir el mensaje de Cristo en el mundo entero dando "desde su pobreza" (cf. Mensajes al III y IV Congresos Misioneros Latinoamericanos, Santafé de Bogotá 1987 y Lima 1991). "Ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión ad gentes. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos" (Redemptoris missio, 3). Este momento ha llegado también para América Latina. "¡La fe se fortalece dándola! La nueva evangelización de los pueblos cristianos", también en las Iglesias de América, "hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal" (Ibid., 2). Para América Latina, que recibió a Cristo hace ahora quinientos años, el mayor signo del agradecimiento por el don recibido, y de su vitalidad cristiana, es empeñarse ella misma en la misión.

29. Queridos Hermanos en el Episcopado, como sucesores de los Apóstoles debéis dedicar todos vuestros desvelos a la grey "en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo para pastorear la Iglesia de Dios" (Act 20,28). Por otra parte, como miembros del Colegio Episcopal, en estrecha unidad afectiva y efectiva con el Sucesor de Pedro, estáis llamados a mantener la comunión y preocupación por toda la Iglesia. Y, en esta circunstancia, como miembros de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, os incumbe una responsabilidad histórica.

En virtud de la misma fe, de la Palabra revelada, de la acción del Espíritu y por medio de la Eucaristía que preside el Obispo, la Iglesia particular tiene con la Iglesia Universal una peculiar relación de mutua interioridad, porque en ella se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo que es Una, Santa, Católica y Apostólica

(cf. *Christus Dominus*, 11). En ella ha de resplandecer la santidad de vida a la que todo evangelizador está llamado, dando testimonio de una intensa vivencia del misterio de Jesucristo, sentido y experimentado fuertemente en la Eucaristía, en la asidua escucha de la Palabra, en la oración, en el sacrificio, en la entrega generosa al Señor, que en los sacerdotes y las demás personas consagradas se expresa de modo especial mediante el celibato.

No hay que olvidar que la primera forma de evangelización es el testimonio (cf. *Redemptoris missio*, 42-43), es decir, la proclamación del mensaje de salvación mediante las obras y la coherencia de vida, llevando a cabo así su encarnación en la historia cotidiana de los hombres. La Iglesia, desde los orígenes, se hizo presente y operante no sólo mediante el anuncio explícito del evangelio de Cristo sino también, y sobre todo, mediante la irradiación de la vida cristiana. Por eso la nueva evangelización exige coherencia de vida, testimonio compacto de la caridad, bajo el signo de la unidad, para que el mundo crea (cf. *Jn* 17, 23).

30. Jesucristo, el Testigo fiel, el Pastor de los pastores, está en medio de nosotros, pues nos hemos reunido en su nombre (cf. *Mt* 18,20). Con nosotros está el Espíritu del Señor que guía la Iglesia a la plenitud de la verdad y la rejuvenece con la palabra revelada, como en un nuevo Pentecostés.

En la comunión de los Santos velan sobre los trabajos de este importante encuentro eclesial una pléyade de Santos y Santas latinoamericanos, que evangelizaron este Continente con su palabra y sus virtudes, y -muchos de ellos- lo fecundaron con su sangre. Ellos son los frutos más excelsos de la evangelización.

Como en el Cenáculo de Pentecostés nos acompaña la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia. Su presencia entrañable en todos los rincones de Latinoamérica y en los corazones de sus hijos es garantía del sentido profético y del ardor evangélico que deben acompañar vuestros trabajos.

31. ¡"Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"! (*Lc* 1,45). Estas palabras, que Isabel dirige a María, portadora de Cristo, son aplicables a la Iglesia, de la que la Madre del Redentor es tipo y modelo. ¡Dichosa tú, América, Iglesia de América, portadora de Cristo también, que has recibido el anuncio de la salvación y has creído en "lo que te ha dicho el Señor"! La fe es tu dicha, la fuente de tu alegría. ¡Dichosos vosotros, hombres y mujeres de América Latina, adultos y jóvenes, que habéis conocido al Redentor! Junto con toda la Iglesia, y con María, vosotros podéis decir que el Señor "ha puesto los ojos en la humildad de su sierva" (*Lc* 1,48), ¡Dichosos

vosotros, los pobres de la tierra, porque ha llegado a vosotros el Reino de Dios!

"Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". ¡Sé fiel a tu bautismo, reaviva en este Centenario la inmensa gracia recibida, vuelve tu corazón y tu mirada al centro, al origen, a Aquel que es fundamento de toda dicha, plenitud de todo! ¡brete a Cristo, acoge el Espíritu, para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés! Y surgirá de ti una humanidad nueva, dichosa; y experimentarás de nuevo el brazo poderoso del Señor, y "lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Lo que te ha dicho, América, es su amor por ti, es su amor por tus hombres, por tus familias, por tus pueblos. Y ese amor se cumplirá en ti, y te hallarás de nuevo a ti misma, hallarás tu rostro, "te proclamarán bienaventurada todas las generaciones" (Lc 1,48).

Iglesia de América, el Señor pasa hoy a tu lado. Te llama. En esta hora de gracia, pronuncia de nuevo tu nombre, renueva su alianza contigo. ¡Ojalá escuchases su voz, para que conozcas la dicha verdadera y plena, y entres en su descanso! (cf. Sal 94, 7.11).

Terminemos invocando a María, Estrella de la primera y de la nueva evangelización. A Ella, que siempre esperó, confiamos nuestra esperanza. En sus manos ponemos nuestros afanes pastorales y todas las tareas de esta Conferencia, encomendando a su corazón de Madre el éxito y la proyección de la misma sobre el futuro del Continente. Que Ella nos ayude a anunciar a su Hijo:

¡ "Jesucristo ayer, hoy y siempre"!
Amén.

Santo Domingo, 12 de Outubro de 1992

DISCURSO INAUGURAL DO SANTO PADRE

Tema: «Nova Evangelização, Promoção humana, Cultura cristã. "Jesus Cristo ontem, hoje e sempre" (Heb. 13,8)».

Queridos Irmãos no Episcopado,

Amados Sacerdotes, religiosos, religiosas e leigos:

1. Sob a guia do Espírito Santo, a quem acabamos de invocar fervorosamente para que ilumine os trabalhos desta importante Assembléia eclesial, inauguramos esta IV Conferência Geral do Episcopado Latino-americano, pondo nossos olhos e nosso coração em Jesus Cristo, "o mesmo ontem, hoje e por toda a eternidade" (Heb 13,8). Ele é o Princípio e o Fim, o Alfa e o Ômega (Ap 21,6; cf. 1,8; 22,13), a plenitude da Evangelização, "o primeiro e o maior dos evangelizadores. Ele foi isso mesmo até ao fim, até a perfeição, até ao sacrifício da sua vida terrena" (Evangelii nuntiandi, 7).

Sentimos muito viva nesta celebração a presença de Jesus Cristo, Senhor da História. Em Seu nome se reuniram os Bispos da América Latina nas Assembléias anteriores - Rio de Janeiro em 1955; Medellín em 1968; Puebla em 1979 -, e em Seu mesmo nome nos reunimos agora em Santo Domingo, para tratar o tema "Nova Evangelização, Promoção humana, Cultura cristã", que engloba as grandes questões que, de aqui para o futuro, deve enfrentar a Igreja diante das novas situações que emergem na América Latina e no mundo.

Esta, queridos Irmãos, é uma hora de graça para todos nós e para a Igreja que peregrina na América. Na verdade, para a Igreja universal que nos acompanha com sua oração, com essa comunhão profunda de corações que o Espírito Santo gera em todos os membros do único Corpo de Cristo. Hora de graça e também de grande responsabilidade. Diante dos nossos olhos já se vislumbra o terceiro milênio. E se a Providência divina nos convocou para Lhe dar graças a pelos quinhentos anos de fé e de vida cristã no Continente americano, por maior razão podemos dizer que nos convocou também para renovar-nos interiormente, e para "distinguir os sinais dos

tempos" (Cf. Mt 16,3). Na verdade, a chamada à nova evangelização, é antes de tudo, uma chamada à conversão. De fato, mediante o testemunho de uma Igreja cada vez mais fiel à sua identidade e mais viva em todas as suas manifestações, os homens e os povos poderão seguir encontrando a Jesus Cristo e n'Ele, a verdade da sua vocação e da sua esperança, o caminho em direção a uma humanidade melhor.

Olhando a Cristo, "com o olhar fixo no autor e consumidor de nossa fé, Jesus" (Heb 12,2), seguimos a senda percorrida pelo Concílio Vaticano II, cujo XXX aniversário da sua inauguração foi ontem lembrado. Daí que, ao inaugurar esta magna Assembléia, desejo recordar aquelas expressivas palavras pronunciadas pelo meu venerável predecessor, o Papa Paulo VI, na abertura da segunda sessão conciliar:

"Cristo!

Cristo, nosso princípio.

Cristo, nossa vida e nosso guia.

Cristo, nossa esperança e nosso termo...

Que não desça sobre esta Assembléia outra luz

a não ser a luz de Cristo, luz do mundo.

Que nenhuma outra verdade atraia a nossa mente

fora das palavras do Senhor, único Mestre.

Que não tenhamos outra aspiração que de ser-Lhe absolutamente fiéis.

Que nenhuma outra esperança nos sustente, a não ser aquela que, mediante a Sua palavra, conforta a nossa debilidade...

I. JESUS CRISTO, ONTEM, HOJE E SEMPRE

2. Esta Conferência reúne-se para celebrar a Jesus Cristo, para celebrar Sua presença nestas terras americanas, donde hoje, fazem 500 anos, começou a difundir-se a mensagem da salvação; reúne-se para celebrar a implantação da Igreja, que durante estes cinco séculos tão abundantes frutos de santidade e de amor deu ao Novo Mundo.

Jesus Cristo é a verdade eterna que se manifestou na plenitude dos tempos. E precisamente, para transmitir a Boa Nova a todos os povos, fundou a Sua Igreja com a missão específica de evangelizar: "Ide por todo o mundo, pregai o Evangelho a toda a criatura" (Mc 16,15). Pode-se dizer que nestas palavras está contida a solene proclamação da evangelização. São Paulo o exprime numa frase lapidar e emblemática: "Evangelizare Iesum Christum", "anunciar a Jesus Cristo" (Gal 1,16). Foi o que fizeram os discípulos do Senhor, em todos os tempos e em todas as latitudes do mundo.

3. Neste singular processo, o ano de 1492 encerra uma data chave. Com efeito, o dia 12 de outubro - faz hoje exatamente cinco séculos - o Almirante Cristóvão Colombo, com suas três caravelas procedentes da Espanha, chegou a estas terras e nelas fincou a cruz de Cristo.

No entanto, a evangelização propriamente dita começou com a segunda viagem dos descobridores, que vieram acompanhados dos primeiros missionários. Iniciava-se assim a sementeira do dom precioso da fé. E como não dar graças a Deus por ela, junto convosco, queridos Irmãos Bispos, que hoje tornais presentes aqui em Santo Domingo todas as Igrejas particulares da América Latina? Como não dar graças pela semente plantada ao longo destes cinco séculos por tantos e tão intrépidos missionários!

Com a chegada do Evangelho na América, a história da salvação se expande, cresce a família de Deus, multiplica-se "para a glória de Deus o número dos que Lhe dão graças" (2 Cor 4,15). Os povos do Novo Mundo eram "povos novos...totalmente desconhecidos para o Velho Mundo até o ano de 1492", porém "eram conhecidos desde toda a eternidade por Deus, e por Ele sempre abraçados com a paternidade que o Filho revelou na plenitude dos tempos" (Gal 4,4) (Homilia, 1 de janeiro de 1992). Nos povos da América, Deus escolheu para si um novo povo, o incorporou ao Seu desígnio redentor, fazendo-o participar do Seu Espírito. Mediante a evangelização e a fé em Cristo, Deus renovou Sua aliança com a América Latina.

Demos pois graças a Deus pela plêiade de evangelizadores que deixaram sua pátria e deram sua vida para semear no Novo Mundo a vida nova da fé, da esperança e do amor. O seu móbil não era a lenda do "Eldorado", nem mesmo interesses pessoais, mas a chamada urgente a evangelizar a uns irmãos que não conheciam a Jesus Cristo. Eles anunciaram "a bondade de Deus nosso Salvador e o seu amor pelos homens" (Tit 3,4) a povos que ofereciam aos seus deuses inclusive sacrifícios humanos. Eles testemunharam, com sua vida e com sua palavra, a humanidade que brota do encontro com Cristo. Pelo seu testemunho e sua pregação, o número de homens e de mulheres que se abriam à graça de Cristo se multiplicaram "como as estrelas do céu e inumerável como as areias das praias" (Heb 11,12).

4. Desde os primeiros passos da evangelização, a Igreja Católica, movida pela fidelidade ao Espírito de Cristo, foi defensora infatigável dos índios, protetora dos valores que haviam em suas culturas, promotora de humanidade diante dos abusos de colonizadores, às vezes sem escrúpulos. A denúncia das injustiças e dos espezinhamentos feita por Montesinos, Las Casas, Cordoba, Frei Juan del Valle e muitos outros, foi como um clamor que propiciou uma legislação inspirada no reconhecimento do valor sagrado da pessoa. A consciência cristã aflorava com valentia profética nessa

cátedra de dignidade e de liberdade que foi, na Universidade de Salamanca, a Escola de Vitória (Cf. Discurso, 14 de maio de 1992), e em tantos outros exímios defensores dos nativos, na Espanha e na América Latina. Nomes que são bem conhecidos e que com a ocasião do V Centenário, foram lembrados com admiração e gratidão graças à sua valentia profética. De minha parte, e para precisar os perfis da verdade histórica pondo de relevo as raízes cristãs e a identidade católica do Continente, sugeri que se celebrasse um Simpósio Internacional sobre a História da Evangelização da América, organizado pela Pontifícia Comissão para América Latina. Os dados históricos mostram que foi levada a cabo uma válida, fecunda e admirável obra evangelizadora e que, através dela, foi aberto na América o caminho a uma tal verdade sobre Deus e sobre o homem, que, de fato, ela mesma constitui uma espécie de tribunal de acusação dos responsáveis daqueles abusos.

Da fecundidade da semente evangélica depositada nestas terras abençoadas, pude ser testemunha durante as viagens apostólicas que o Senhor me permitiu realizar nas vossas Igrejas particulares. Como não manifestar abertamente minha ardente gratidão a Deus, por ter-me concedido conhecer a realidade viva da Igreja na América Latina! Nas minhas viagens ao Continente, assim como durante as vossas visitas "ad Limina", e em outros diversos encontros - que fortaleceram os vínculos da colegialidade episcopal e a co-responsabilidade na solicitude pastoral por toda a Igreja - pude comprovar repetidamente a louçania da fé das vossas comunidades eclesiais e também medir a dimensão dos desafios para a Igreja, ligada indissolúvelmente à mesma sorte dos povos do Continente.

5. Essa Conferência Geral reúne-se para preparar as linhas mestras de uma estratégia evangelizadora que ponha a Cristo no coração e nos lábios de todos os latino-americanos. Esta é a nossa tarefa: fazer que verdade sobre Cristo e a verdade sobre o homem penetrem ainda mais profundamente em todos os segmentos da sociedade e a transformem (Cf. Discurso à Pontifícia Comissão para a América Latina, 14 de junho de 1991).

Nas suas deliberações e conclusões, deverá saber conjugar os três elementos doutrinários e pastorais, que constituem como as três coordenadas de nova evangelização: Cristologia, Antropologia e Eclesiologia. Contando com uma profunda e adequada Cristologia (Cf. Discurso à II Assembléia Plenária da Pontifícia Comissão para a América Latina, 3), baseadas numa sadia antropologia e com uma clara e reta visão eclesiológica, é preciso ver com intuição certa quais são os desafios que a ação evangelizadora se propõe hoje a Igreja na América.

A continuação desejo compartilhar convosco algumas reflexões que, seguindo a pauta do enunciado de Conferência e com sinal de profunda comunhão e corresponsabilidade eclesial, vos ajudem na vossa solicitude de Pastores dedicados generosamente ao serviço do rebanho que os Senhor vos confiou. Trata-se de apresentar algumas prioridades desde a perspectiva de nova evangelização.

II. NOVA EVANGELIZAÇÃO

6. A nova evangelização é a idéia central de toda a temática desta Conferência.

Desde o meu encontro, no Haiti, com os Bispos do CELAM em 1983 (mil novecentos e oitenta e três), venho pondo uma particular ênfase nesta expressão, para despertar assim um novo ardor e novos esforços evangelizadores na América e no mundo inteiro; ou seja, para dar à ação pastoral "um novo impulso, capaz de suscitar, numa Igreja ainda mais arraigada na perene força e na potência do Pentecostes, tempos novos de evangelização" (Evangelii nuntiandi, 2).

A nova evangelização não consiste num "novo evangelho", que surgiria sempre de nós mesmos, da nossa cultura ou da nossa análise sobre as necessidades do homem. Por isso, não seria "evangelho", mas pura invenção humana, e a salvação e não se encontraria nele. Nem mesmo consiste em retirar do Evangelho tudo aquilo que parece dificilmente assimilável. Não é a cultura a medida do Evangelho, mas Jesus Cristo, a medida de toda a cultura e de toda obra humana. Não, a nova evangelização não nasce do desejo de "agradar aos homens" ou de "procurar o seu favor" (Cf. Gal 1,10), mas da responsabilidade pelo dom que Deus nos fez em Cristo, pelo qual temos acesso à verdade sobre Deus e sobre o homem, e à possibilidade da vida verdadeira.

A nova evangelização tem, como ponto de partida, a certeza de que em Cristo há uma "riqueza insondável" (Ef 3,8), que não esgota nenhuma cultura de qualquer época, e à qual nós homens sempre poderemos recorrer para enriquecer-nos (Cf. Assembléia especial para a Europa do Sínodo dos Bispos, Declaração final, 3). Essa riqueza é, antes de tudo, o próprio Cristo, sua pessoa, porque Ele mesmo é a nossa salvação. Nós homens de qualquer época e de qualquer cultura, aproximando-nos d'Ele mediante a fé e a incorporação no Seu Corpo, que é a Igreja, podemos encontrar a resposta àquelas perguntas, sempre antigas e sempre novas, que se deparam no mistério da nossa existência, e que de modo indelével levamos gravadas em nosso coração desde a criação e da ferida do pecado.

7. A novidade não afeta o conteúdo da mensagem evangélica que não muda, pois Cristo é "sempre o mesmo: ontem, hoje i sempre". Por isso, o evangelho há-de ser proclamado em total fidelidade e pureza, assim como foi conservado e transmitido pela Tradição da Igreja. Evangelizar é anunciar uma pessoa, que é Cristo. De fato, "não haverá nunca evangelização verdadeira se o nome, a doutrina, a vida, as promessas, o Reino, o mistério de Jesus de Nazaré Filho de Deus, não forem anunciadas" (Evangelii nuntiandi, 22). Por isso, as cristologias redutivas, cujos desvios assinali em diversas ocasiões (cf. Discurso Inaugural da Conferência de Puebla, 28 de janeiro de 1979, I,4), não podem aceitar-se como instrumentos da nova evangelização. Ao evangelizar, a unidade da fé da Igreja tem que resplandecer não somente no magistério autêntico dos Bispos, mas também no serviço à verdade por parte dos pastores de almas, dos teólogos, dos catequistas, e de todos os que estão comprometidos na proclamação e pregação da fé.

A este respeito, a Igreja estimula, admira e respeita a vocação do teólogo, cuja "função é de adquirir uma compreensão sempre mais profunda da Palavra de Deus contida na Escritura inspirada e transmitida pela Tradição viva da Igreja", (Instrução sobre a vocação eclesial do teólogo, n.6). Esta vocação, nobre e necessária, surge no interior da Igreja e pressupõe a condição de crente no próprio teólogo, com uma atitude de fé que ele mesmo deve testemunhar na comunidade. "A reta consciência do teólogo católico supõe, portanto, a fé na Palavra de Deus (...) o amor à Igreja, da qual ele recebe a sua missão, e o respeito pelo Magistério divinamente assistido" (Ibid., 38). A teologia está chamada a prestar um grande serviço à nova evangelização.

8. Certamente é a verdade que nos torna livres (Jo 8,32). Existem, porém posições inaceitáveis sobre o que é a verdade, a liberdade, a consciência; Chega-se, inclusive, a justificar a dissensão recorrendo "ao pluralismo teológico, levado às vezes até um relativismo que põe em perigo a integridade da fé". Não faltam os que pensam que "os documentos do Magistério não seriam nada mais que o reflexo de uma teologia opinável" (Ibid., 34); e "surge assim uma espécie de «magistério paralelo» dos teólogos em oposição e em concorrência com o Magistério autêntico" (Ibid.). Por outro lado, não podemos passar por cima do fato de que "os comportamentos de oposição sistemática à Igreja, que chegam até mesmo a constituir-se em grupos organizados", a contestação e a discórdia, da mesma forma que "causam graves inconvenientes para a comunhão da Igreja", são também um obstáculo para la evangelização (Cfr. Ibid., 32).

A confissão da fé - "Jesus Cristo é sempre o mesmo: ontem, hoje i sempre" (Heb 13,8) - que é como o pano de fundo do tema desta IV Conferência, nos leva a recordar o seguinte versículo: "Não vos deixeis seduzir pela diversidade de doutrinas estranhas"

(Heb 13,9). Vós, amados Pastores, deveis zelar sobretudo pela fé da gente simples que, em caso contrário, se veria desorientada e confundida.

9. Todos os evangelizadores deverão dar também uma especial atenção à catequese. No início do meu Pontificado quis dar um novo impulso a esta tarefa pastoral mediante a Exortação Apostólica Catechesi tradendae, e recentemente aprovei o Catecismo da Igreja Católica, que recomendo como o melhor dom que a Igreja pode fazer aos seus Bispos e ao Povo de Deus. Trata-se de um valioso instrumento para a nova evangelização, onde se compendia toda a doutrina que a Igreja deve ensinar.

Confio igualmente, que o Movimento Bíblico continue desenvolvendo sua benéfica tarefa na América Latina e que as Sagradas Escrituras nutram cada vez mais a vida dos fiéis, para o qual faz-se imprescindível que os agentes da pastoral aprofundem incansavelmente na Palavra de Deus, vivendo-a e transmitindo-a aos demais com fidelidade, ou seja "tendo em conta a Tradição viva de toda a Igreja e a analogia da fé." (Dei Verbum, 12). Da mesma forma, o Movimento litúrgico deverá dar um renovado impulso à vivência íntima dos mistérios da nossa fé, levando ao encontro de Cristo Ressuscitado na liturgia da Igreja. É na celebração da Palavra e dos Sacramentos, mas sobretudo na celebração da Eucaristia, fonte e coroa da vida da Igreja e de toda a Evangelização, onde se realiza nosso encontro salvífico com Cristo, a quem nos unimos misticamente formando a sua Igreja (cf. Lumen gentium, 7). Por isso, vos exorto a dar um novo impulso à celebração digna, viva e participada das assembléias litúrgicas, com esse profundo sentido da fé e da contemplação dos mistérios da salvação, tão enraizado em vossos povos.

10. A "novidade" da ação evangelizadora que temos convocado, afeta à atitude, ao estilo, ao esforço e a programação ou, como o propus em Haiti, ao ardor, aos métodos, e à expressão. (Cf. Discurso aos Bispos do CELAM, 9 de março de 1983). Uma evangelização nova no seu ardor, supõe uma fé sólida, uma caridade pastoral intensa e uma fidelidade à toda a prova que, sob o influxo do Espírito, gerem uma mística, um incontido entusiasmo na tarefa de anunciar o Evangelho. Na linguagem neotestamentária é a "parresia" que inflama o coração do apóstolo (Cf. At 5,28-29; Cf. Redemptoris missio, 45). Esta "parresia" há-de ser também o selo do vosso apostolado na América. Nada pode vos fazer calar. Sois arautos da verdade. A verdade de Cristo há-de iluminar as mentes e os corações com a ativa, incansável e pública proclamação dos valores cristãos. Por outra parte, os novos tempos exigem que a mensagem cristã chegue ao homem de hoje mediante novos métodos de apostolado, e que seja expressado numa linguagem e formas acessíveis ao homem latino-americano, necessitado de Cristo e sedento do Evangelho: Como tornar acessível, penetrante, válida e profunda a

resposta ao homem de hoje, sem alterar ou modificar em nada o conteúdo da mensagem evangélica? como chegar ao coração da cultura que queremos evangelizar? como falar de Deus num mundo em que está presente um processo crescente de secularização?

11. Como o manifestastes nos encontros e nos colóquios que mantivemos ao longo destes anos, tanto em Roma como nas minhas visitas a vossas Igrejas particulares, hoje a fé simples de vossa gente sofre o enfrentamento da secularização, com o conseqüente enfraquecimento dos valores religiosos e morais. Nos ambientes urbanos, cresce uma modalidade cultural que, confiando somente na ciência e nos adiantamentos da técnica, apresenta-se como hostil à fé. Se transmitem uns "modelos" de vida em contraste com os valores do Evangelho. Sob a pressão do secularismo, chega-se a apresentar a fé como se fosse uma ameaça à liberdade e a autonomia do homem.

No entanto, não podemos esquecer que a história recente mostrou que quando, ao amparo de certas ideologias, negam-se a verdade sobre Deus e a verdade sobre o homem, é impossível construir uma sociedade de rosto humano. Com a queda dos regimes do chamado "socialismo real" na Europa oriental, é de se esperar que também neste continente tirem-se as conclusões pertinentes com relação ao valor efêmero de tais ideologias. A crise do coletivismo marxista não teve somente raízes econômicas, como o pus de relevo na Encíclica Centesimus annus (n. 41), visto que a verdade sobre o homem está íntima e necessariamente ligada à verdade sobre Deus.

A nova evangelização há-de dar assim uma resposta integral, pronta, ágil, que fortaleça a fé católica, nas suas verdades fundamentais, nas suas dimensões individuais, familiares e sociais.

12. A exemplo do Bom Pastor, deveis apascentar o rebanho que vos foi confiado e defendê-lo dos lobos vorazes. As seitas e os movimentos "pseudo espirituais", de que fala o Documento de Puebla (n.628), são causa de divisão e de discórdia nas vossas comunidades eclesiais, e cuja expansão e agressividade urge enfrentar.

Como muitos de vós tivestes ocasião de assinalar, o avanço de seitas põe em evidência um vazio pastoral, que tem freqüentemente sua causa na falta de formação, que dissolve a identidade cristã fazendo que grandes massas de católicos sem uma adequada atenção religiosa -entre outras razões por falta de sacerdotes -, fiquem à mercê de campanhas de proselitismo sectário muito ativas. Mas, pode também acontecer que os fiéis não encontrem entre os agentes da pastoral aquele forte sentido de Deus que eles deveriam transmitir em suas vidas. "Tais situações podem ser ocasião de que muitas pessoas pobres e simples, como desgraçadamente está acontecendo, convertam-se em presa fácil das seitas, nas que buscam um sentido religioso da vida que, quem

sabe, não encontram naqueles que deveriam oferecer-lhes a mãos cheias" (Los Caminos de Evangelio, 20).

Por outra parte, não se pode menosprezar uma certa estratégia, cujo objetivo é enfraquecer os fatores que unem aos Países da América Latina, dissolvendo assim as forças que nascem da unidade. Com este objetivo, se destinam importantes recursos econômicos para subvencionar campanhas proselitistas, que buscam desestruturar esta unidade católica.

Ao preocupante fenômeno das seitas, deve-se responder com uma ação pastoral que ponha no centro de toda a pessoa, sua dimensão comunitária e seu anseio de uma relação pessoal com Deus. É um fato que ali onde a presença da Igreja é dinâmica, como no caso das paróquias em que se promove uma assídua formação na Palavra de Deus, onde existe uma liturgia ativa e participada, uma sólida piedade mariana, uma efetiva solidariedade no campo social, uma marcada solicitude pastoral pela família, os jovens, os doentes, as seitas ou os movimentos parareligiosos não conseguem se instalar ou progredir.

A forte religiosidade popular de vossos fiéis, com seus extraordinários valores de fé e de piedade, de sacrifício e de solidariedade, convenientemente evangelizada e alegremente celebrada, orientada em torno dos mistérios de Cristo e da Virgem Maria, pode ser, pelas suas raízes eminentemente católicas, um antídoto contra as seitas e uma garantia de fidelidade à mensagem da salvação.

III. PROMOÇÃO HUMANA

13. Levando-se em conta que a Igreja está consciente de que o homem - não o homem abstrato, mas o homem concreto e histórico - "é o primeiro caminho que a Igreja deve percorrer no cumprimento da sua missão" (Redemptor hominis, 14), a promoção humana há-de ser consequência lógica da evangelização, para a qual tende a libertação integral da pessoa (Cf. Evangelii nuntiandi, nn. 29-39).

Olhando para este homem concreto, vós, Pastores da Igreja, constatais a difícil e delicada realidade social pela qual atravessa hoje a América Latina, onde existem amplas camadas de população na pobreza e na marginalização. Por isso, solidários com o clamor dos pobres, vos sentis chamados a assumir o papel do bom samaritano (Cf. Lc 10, 25-37), onde o amor a Deus se demonstra no amor à pessoa humana. É o que nos lembra o Apóstolo Tiago com aquelas sérias palavras: "Se um irmão ou uma irmã estiverem nus e precisarem do alimento cotidiano, algum de vós lhes disser. «Ide em

paz, aquecei-vos e saciai-vos», porém não lhe der as coisas necessárias ao corpo, de que lhes aproveitará?" (Tg 2, 15-16).

A preocupação pelo social "forma parte da missão evangelizadora da Igreja" (Sollicitudo rei socialis, 41). "Efetivamente, para a Igreja, ensinar e difundir a doutrina social pertence à sua missão evangelizadora e faz parte essencial da mensagem cristã, porque essa doutrina propõe as suas conseqüências diretas na vida da sociedade e enquadra o trabalho diário e as lutas pela justiça no testemunho de Cristo Salvador" (Centesimus annus, 5).

Como afirma o Concílio Vaticano II na Constituição pastoral "Gaudium et spes", o problema da promoção humana não pode ser posto à margem da relação do homem com Deus (Cf. nn. 43,45). De fato, contrapor a promoção autenticamente humana e o projeto de Deus sobre a humanidade, é uma grave distorção, fruto de uma certa mentalidade de inspiração secularista. A genuína promoção humana, há-de respeitar sempre a verdade sobre Deus e a verdade sobre o homem, os direitos de Deus e os direitos do homem.

14. Vós, amados Pastores, tocais de perto a situação angustiosa de tantos irmãos que carecem do mais necessário para uma vida autenticamente humana. Apesar do progresso registrado em alguns campos, persiste e inclusive cresce o fenômeno da pobreza. Os problemas agravam-se com a perda do poder aquisitivo da moeda, devido à inflação, às vezes descontrolada, e da deterioração das relações de intercâmbio, com a conseqüente diminuição dos preços de certas matérias primas e com o peso insuportável de dívida externa da que derivam desastrosas conseqüências sociais. A situação faz-se ainda mais dolorosa com o grave problema da crescente desocupação, que não permite o acesso a outros bens fundamentais (Cf. Laborem exercens, 18).

Sentindo vivamente a gravidade desta situação, não deixei de dirigir instantes apelos a favor de uma ativa, justa e urgente solidariedade internacional. É um dever de justiça que afeta a toda a humanidade, mas sobretudo os países ricos que não podem eludir sua responsabilidade em relação aos países em vias de desenvolvimento. Esta solidariedade é uma exigência do bem comum universal que deve ser respeitado por todos os integrantes da família humana (Cf. Gaudium et spes, 26).

15. O mundo não pode ficar tranqüilo e satisfeito diante da situação caótica e desconcertante que se apresenta diante dos nossos olhos: nações, setores da população, famílias e indivíduos cada vez mais ricos e privilegiados diante de povos, famílias e multidões de pessoas submergidas na pobreza, vítimas da fome e das doenças, carentes de moradias dignas, de assistência sanitária, de acesso à cultura. Tudo isso

70
é testemunho eloqüente de uma desordem real e de uma injustiça institucionalizada, à qual somam-se, às vezes, o atraso em tomar medidas necessárias, a passividade e a imprudência, bem como a falta de uma seria moral administrativa. Diante de tudo isso, impõe-se uma "mudança de mentalidade, de comportamentos e de estruturas" (Centesimus annus, 60), a fim de superar o abismo existente entre os países ricos e os países pobres (Cf. Laborem exercens, 16; Centesimus annus, 14), bem como as profundas diferenças existentes entre cidadãos de um mesmo país. Numa palavra: é preciso fazer valer o novo ideal de solidariedade diante do decadente ideal de domínio.

Por outra parte, é desumana e falaz a solução que propõe a redução do crescimento demográfico, sem se importar com a moralidade dos meios usados para o conseguir. Não se trata de reduzir a todo o custo o número de convidados ao banquete da vida; o que é preciso, é aumentar os meios e distribuir com maior justiça a riqueza para que todos possam participar equitativamente dos bens da criação.

São necessárias soluções à nível mundial, instaurando uma verdadeira economia de comunhão e participação de bens, tanto na ordem internacional como nacional. A este respeito, um fator que pode contribuir notavelmente a superar os problemas urgentes que afetam hoje a este continente, é a integração latino-americana. É grave responsabilidade dos governantes favorecer o já iniciado processo de integração de alguns povos cuja mesma geografia, a fé cristã, a língua e a cultura uniram definitivamente no caminho da história.

16. Em continuidade com as Conferências de Medellin e de Puebla, a Igreja reafirma a opção preferencial pelos pobres. Uma opção não exclusiva nem excludente, pois a mensagem da salvação está destinada a todos. "Uma opção, além disso, baseada essencialmente na Palavra de Deus e não em critérios retirados das ciências humanas ou em ideologias contrárias entre si, que freqüentemente reduzem aos pobres em categorias sociopolíticas econômicas abstratas. Mas uma opção firme e irrevogável" (Discurso aos Cardeais e Prelados da Cúria Romana, 21 de dezembro de 1984, 9).

Como afirma o Documento de Puebla, "ao aproximar-nos do pobre para acompanhá-lo e servi-lo, fazemos o que Cristo nos ensinou, quando se fez irmão nosso, pobre como nós. Por isso o serviço dos pobres é medida privilegiada, embora não exclusiva, de nosso seguimento de Cristo. O melhor serviço do irmão é a evangelização que o dispõe a realizar-se como filho de Deus, o liberta das injustiças e o promove integralmente" (Puebla, 1145). Ditos critérios evangélicos de serviço ao necessitado, evitarão qualquer tentação de convivência com os responsáveis das causas da pobreza, ou perigosos desvios ideológicos, incompatíveis com a doutrina e a missão da Igreja.

A genuína práxis de libertação há-de estar sempre inspirada pela doutrina da Igreja, como se explica nas Instruções da Congregação para a Doutrina da Fé (Libertatis nuntius, 1984, Libertatis conscientia, 1986), que conservam todo o seu valor e que devem ser tidas em conta quando trata do tema das teologias de libertação. Por outro lado, a Igreja não pode de maneira nenhuma deixar-se arrebatar por qualquer ideologia ou corrente política a bandeira da justiça, que é uma das primeiras exigências do Evangelho e, ao mesmo tempo, fruto da chegada do Reino de Deus. 71

17. Como já assinalou a Conferência de Puebla, existem grupos humanos particularmente submergidos na pobreza: é o caso dos índios (Cf. 1265). A eles, e também aos afro-americanos, quis dirigir uma mensagem especial de solidariedade e de simpatia que entregarei amanhã a um grupo de representantes de suas respectivas comunidades. Como gesto de solidariedade, a Santa Sé criou recentemente a Fundação Populorum progressio, que dispõe de um fundo de ajuda a favor dos camponeses, dos índios e demais grupos humanos do setor rural, particularmente desprotegidos na América Latina.

Nesta mesma linha de solicitude pastoral pela situação das categorias sociais mais carentes, esta Conferência Geral poderia considerar a oportunidade de que, num futuro não remoto, possa realizar-se um Encontro de representantes dos Episcopados de todo o Continente americano, com representantes dos Episcopados de todo o Continente, visando incrementar a cooperação entre as diversas Igrejas particulares e em que, no âmbito da nova evangelização e como expressão da comunhão episcopal, se enfrentem também os problemas relativos à justiça e à solidariedade entre todas as nações da América. A Igreja, no limiar já do terceiro milênio da era cristã e numa época em que caíram muitas barreiras e fronteiras ideológicas, sente como um dever iniludível de unir espiritualmente ainda mais a todos os povos que formam este grande Continente e, ao mesmo tempo, desde a missão religiosa que lhe é própria, incentivar um espírito solidário entre todos eles, que permita encontrar vias de solução para as dramáticas situações de amplos setores de populações que aspiram a um legítimo progresso integral e a condições de vida mais justas e mais dignas.

18. Não existe autêntica promoção humana, nem verdadeira libertação, nem opção preferencial pelos pobres, se não se parte dos mesmos fundamentos da dignidade da pessoa e do ambiente em que deve que se desenvolver, de acordo com o projeto do Criador. Por isso, não posso não recordar, entre os temas e as opções que requerem toda atenção da Igreja, o da família e o da vida: duas realidades que vão estreitamente unidas, dado que "a família é como o santuário da vida" (Centesimus annus, n. 39).

Com efeito "o futuro da humanidade passa pela família! É pois indispensável e urgente que cada homem de boa vontade se empenhe em salvar e promover os valores e as exigências da família (Familiaris consortio, 86).

Apesar dos problemas que afligem hoje em dia ao matrimônio e à instituição familiar, esta., como "célula primeira e vital da sociedade" (Apostolicam actuositatem, 11), pode gerar energias formidáveis (Cf. n.43), necessárias para o bem da humanidade. Por isso, é preciso "anunciar com alegria e convicção a «boa nova» acerca da família (Cf. Familiaris consortio, 86). É preciso anunciá-la aqui, na América Latina, onde, junto ao apreço que se tem pela família, alicerçada no matrimônio, proliferam, desgraçadamente, as uniões livres. Diante desse fenômeno e das crescentes pressões divorcistas, é urgente promover medidas adequadas a favor do núcleo familiar, em primeiro lugar para garantir a união de vida e de amor estável dentro do matrimônio, conforme o plano de Deus, bem como a serena educação dos filhos.

Em estreita conexão com os problemas apontados, está o grave problema das crianças que vivem permanentemente nas ruas das grandes cidades latino-americanas, extenuados pela fome e pelas doenças, sem qualquer proteção, sujeitas a tantos perigos, não excluía a droga e a prostituição. Eis aqui outra questão que deve fazer urgir vossa solicitude pastoral, lembrando as palavras de Jesus. "Deixai que as crianças venham a mim" (Mt 19,14).

A vida, desde a sua concepção no seio materno até a sua natural conclusão, deve ser defendida com decisão e valentia. É necessário criar na América uma cultura da vida que freie a anticultura da morte, que, através do aborto, da eutanásia, da guerra, da guerrilha, do seqüestro, do terrorismo e de outras formas de violência ou exploração, pretende dominar em algumas nações. Neste espectro de atentados à vida, ocupa um lugar de destaque o tráfego de entorpecentes, que há-de ser reprimido com todos os meios lícitos a disposição.

19. Quem nos libertará destes sinais de morte? A experiência do mundo contemporâneo tem mostrado cada vez mais que as ideologias são incapazes de derrotar aquele mal que escraviza o homem. O único que pode libertar este mal é Cristo. A celebrar o V Centenário da Evangelização, dirigimos, comovidos, nossos olhares àquele momento de graça em que Cristo nos foi dado de uma vez para sempre. A dolorosa situação de tantas irmãs e irmãos latino-americanos não nos leva ao desespero. Pelo contrário, torna mais urgente a tarefa que a Igreja tem diante de si: reviver no coração de cada batizado a graça recebida. "Te recomendo - escrevia São Paulo a Timóteo - que reanimes a graça de Deus, que está em ti" (2Tim 1,6).

93
Como da acolhida do Espírito em Pentecostes nasceu o povo da nova Aliança, somente esta acolhida fará surgir um povo capaz de gerar homens renovados e livres, conscientes da sua dignidade. Não podemos esquecer que a promoção integral do homem é de importância capital para o desenvolvimento dos povos da América Latina. Pois, "o progresso de um povo, não deriva primariamente do dinheiro, nem dos auxílios materiais, nem das estruturas técnicas, mas sobretudo da formação das consciências, do amadurecimento das mentalidades e dos costumes. O homem é que é o protagonista do desenvolvimento, não o dinheiro ou a técnica" (*Redemptoris missio*, 58). A maior riqueza da América Latina são suas gentes. A Igreja, "despertando as consciências com o Evangelho", contribui para despertar as energias adormecidas para dispô-las a trabalhar na construção de uma nova civilização. (Cf. *Ibid.*)

IV. CULTURA CRISTÃ

20. Embora o Evangelho não se identifique com nenhuma cultura em particular, antes, deve inspirá-las, para, desta maneira, as transformar a partir de dentro, enriquecendo-as com aqueles valores cristãos que derivam da fé. Na verdade, a evangelização das culturas representa a forma mais profunda e global de evangelizar uma sociedade, porque, através dela, a mensagem de Cristo penetra nas consciências das pessoas e projeta-se no "ethos" de um povo, nas suas atitudes vitais, nas suas instituições e em todas as estruturas (cf. *Discurso aos intelectuais e ao mundo universitário*, Medellín, 5 de julho de 1986, 2).

O tema "cultura" foi objeto de particular estudo e reflexão por parte do CELAM, nos últimos anos. Também a Igreja inteira concentra a sua atenção sobre esta importante matéria, "já que a nova evangelização deverá projetar-se sobre a cultura «emergente», sobre todas as culturas, inclusive as culturas indígenas (Cf. *Angelus*, 28 de junho de 1992). Anunciar Jesus Cristo a todas as culturas é a preocupação central da Igreja e objeto da sua missão. Nos nossos dias, isto exige, em primeiro lugar, o discernimento das culturas como realidade humana a evangelizar e, conseqüentemente, a urgência de um novo tipo e alto nível de colaboração entre todos os responsáveis pela obra evangelizadora.

21. Hoje em dia percebe-se uma crise cultural de proporções inimagináveis. Certo é que o substrato cultural atual apresenta um bom número de valores positivos, muitos deles fruto da evangelização e que são perfeitamente compatíveis com o Evangelho; ao

mesmo tempo, porém, foram eliminados valores religiosos fundamentais e foram introduzidas concepções insidiosas que são inaceitáveis do ponto de vista cristão. 7A

A ausência desses valores fundamentais cristãos na cultura moderna, não apenas tem ofuscado a dimensão transcendente, arrastando muitas pessoas para a indiferença religiosa – também na América Latina –, mas é ainda causa determinante do desencanto social, no qual se gerou a crise desta cultura. Após a autonomia introduzida pelo racionalismo, tende-se hoje a assentar os valores, sobretudo, em consensos sociais subjetivos que, não raro, conduzem a posições contrárias inclusive à própria ética natural. Pense-se no drama do aborto, nos abusos no âmbito da engenharia genética, nos atentados à vida e dignidade da pessoa.

Face à pluralidade de opções que hoje se oferecem, requer-se uma profunda renovação pastoral, mediante o discernimento evangélico sobre os valores dominantes, as atitudes, os comportamentos coletivos, que freqüentemente representam um fator decisivo para optar tanto pelo bem como pelo mal. Nos nossos dias, torna-se necessário um esforço e um tato especial para inculturar a mensagem de Jesus, de tal modo que os valores cristãos possam transformar os diversos núcleos culturais, purificando-os, se necessário for, e possibilitando a consolidação de uma cultura cristã que renove, amplie, e unifique os valores históricos, passados e presentes, para assim responder de modo adequado aos desafios do nosso tempo (cf. Redemptoris missio), 52). Um destes desafios à evangelização é o de intensificar o diálogo entre as ciências e a fé, em ordem a criar um verdadeiro humanismo cristão. Trata-se de mostrar que as ciências e a técnica contribuem para a civilização e a humanização do mundo, na medida em que estão penetradas pela sabedoria de Deus. A este propósito, desejo encorajar vivamente as Universidades e Centros de estudos superiores, especialmente os que dependem da Igreja, a renovar o seu empenhamento no diálogo entre fé e ciência.

22. A Igreja olha com preocupação a fratura existente entre os valores evangélicos e as culturas modernas, pois estas correm o risco de fechar-se dentro de si mesmas, numa espécie de involução agnóstica e sem referência à dimensão moral (cf. Discurso ao Pontifício Conselho para a Cultura, 18 de janeiro de 1983). A este respeito, conservam pleno vigor as palavras do Papa Paulo VI: "A ruptura entre o Evangelho e a cultura é sem dúvida o drama da nossa época, como o foi também de outras épocas. Assim, importa envidar todos os esforços no sentido de uma generosa evangelização da cultura, ou mais exatamente das culturas. Estas devem ser regeneradas mediante o impacto da Boa Nova" (Evangelii nuntiandi, n. 20).

A Igreja, que considera o homem como seu "caminho" (cf. Redemptor hominis, 14), há-de dar uma resposta adequada à atual crise da cultura. Frente ao complexo fenômeno

da modernidade, é necessário dar vida a uma alternativa cultural plenamente cristã. Se 25
a verdadeira cultura é a que exprime os valores universais da pessoa, quem pode
projetar mais luz sobre a realidade do homem, sobre a sua dignidade e razão de ser,
sobre a sua liberdade e destino que o evangelho de Cristo?

Neste marco histórico do meio milênio da evangelização dos vossos povos, convidovos, pois, queridos Irmãos, a que, com o ardor da nova evangelização, animados pelo Espírito do Senhor Jesus, torneis a Igreja presente na encruzilhada cultural do nosso tempo, para impregnar com os valores cristãos as próprias raízes da cultura emergente e de todas as culturas já existentes. Particular atenção haveis de prestar às culturas indígenas e afro-americanas, assimilando e pondo em relevo tudo o que nelas há de profundamente humano e humanizador. A sua visão da vida, que reconhece a sacralidade do ser humano e do mundo, o seu respeito profundo pela natureza, a humildade, a simplicidade, a solidariedade são valores que hão-de estimular o esforço em levar a cabo uma autêntica evangelização inculturada, que seja também promotora de progresso e conduza sempre à adoração de Deus "em espírito e verdade" (Jo 4, 23). Mas, o reconhecimento dos ditos valores não vos exime de proclamar em todo o momento que "Cristo é o único salvador de todos, o único capaz de revelar e de conduzir a Deus" (Redemptoris missio, 5).

"A evangelização da cultura é um esforço por compreender as mentalidades e as atitudes do mundo atual e iluminá-las a partir do evangelho. É a vontade de chegar a todos os níveis da vida humana para a tornar mais digna" (Discurso ao mundo da cultura, Lima, 15 de maio de 1988, 5). Porém este esforço de compreensão e iluminação deve ser sempre acompanhado pelo anúncio da Boa Nova (cf. Redemptoris missio, 46), de tal maneira que a penetração do evangelho nas culturas não seja uma simples adaptação externa, mas um processo profundo e abrangente que englobe tanto a mensagem cristã, como a reflexão e a práxis da Igreja, respeitando sempre as características e a integridade da fé (cf. Ibid., 52).

23. Sendo a comunicação entre as pessoas um admirável elemento gerador de cultura, os modernos meios de comunicação social revestem neste campo uma importância de primeira grandeza. Intensificar a presença da Igreja no mundo da comunicação há-de ser certamente uma das vossas prioridades. Vêem-me à mente as graves palavras do meu venerando predecessor o Papa Paulo VI: "A Igreja viria a sentir-se culpável diante do seu Senhor, se ela não lançasse mão destes meios potentes que a inteligência humana torna cada dia mais aperfeiçoados" (Evangelii nuntiandi, 45).

Por outro lado, ocorre também vigiar sobre o uso dos meios de comunicação social na educação da fé e na difusão da cultura religiosa. Uma responsabilidade que toca

76
sobretudo às casas editoriais dependentes de Instituições Católicas que devem "ser objeto de particular solicitude por parte dos Ordinários locais, para que as suas publicações sejam sempre conformes à doutrina da Igreja e contribuam eficazmente para o bem das almas" (Instrução sobre alguns aspectos do uso dos instrumentos de comunicação social na promoção da doutrina da fé, 15, 2).

Exemplos de inculturação do evangelho são—no também certas manifestações sócio-culturais que se estão levantando em defesa do homem e do seu ambiente, e que têm de ser iluminadas pela luz da fé. É o caso do movimento ecológico a favor do respeito devido à natureza e contra a exploração desordenada dos seus recursos, com a consequente deterioração da qualidade de vida. A convicção de que "Deus destinou a terra com tudo o que ela contém para uso de todos os homens e povos" (Gaudium et spes, 69) há-de inspirar um sistema de gestão dos recursos mais justo e melhor coordenado a nível mundial. A Igreja faz sua a preocupação pelo meio ambiente e convida aos governos para que protejam este património segundo os critérios do bem comum (Cf. Mensagem para XXV Jornada Mundial da Paz, 1 de janeiro de 1992).

24. O desafio que representa a cultura "emergente", não enfraquece, no entanto, nossa esperança, e damos graças a Deus porque na América Latina o dom da fé católica penetrou no âmago dos seus povos, conformando nestes quinhentos anos as alma cristã do Continente e inspirando muitas das suas instituições. De fato, a Igreja na América Latina logrou impregnar a cultura do povo, soube situar a mensagem evangélica na base do seu pensamento, nos seus princípios fundamentais de vida, nos seus critérios de juízo, nas suas normas de ação.

Agora, nos é apresentado o desafio formidável da contínua inculturação do evangelho nos vossos povos, tema que tereis de abordar com clarividência e profundidade durante os próximos dias. A América Latina, em Santa Maria de Guadalupe, oferece um grande exemplo de evangelização perfeitamente inculturada. De fato, na figura de Maria — desde os começos da cristianização do Novo Mundo, e à luz do Evangelho de Jesus — se encarnaram autênticos valores culturais indígenas. No rosto mestiço da Virgem de Tepeyac se resume o grande princípio da inculturação: a íntima transformação dos autênticos valores culturais mediante a integração no cristianismo e o enraizamento do cristianismo nas várias culturas (Cf. Redemptoris missio, 52).

25. Eis aqui, queridos irmãos e irmãs, alguns dos desafios que se apresentam à Igreja nesta hora da nova evangelização. Diante deste panorama, cheio de interrogações, mas também repleto de promessas, devemos perguntar-nos qual é o caminho que deve seguir a Igreja na América Latina, para que a sua missão dê, na próxima etapa da sua história, os frutos que espera o Dono da messe (cf. Lc 10,2; Mc 4, 20;). Vossa Assembléia deverá delinear a fisionomia de uma Igreja viva e dinâmica que cresce na fé, se santifica, ama, sofre, se compromete e espera no seu Senhor, como nos lembra o Concílio Ecumênico Vaticano II, ponto de referência obrigatório na vida e na missão de todo o Pastor (cf. Gaudium et spes, 2).

A tarefa que vos espera nos próximos dias é árdua, mas está marcada pelo signo da esperança que vem de Cristo Ressuscitado. Vossa missão é a de ser arautos da esperança, de que nos fala o apóstolo Pedro (cf. 1 Pe 3,15): esperança que se apoia nas promessas de Deus, na fidelidade à sua palavra e que tem como certeza inquebrantável a ressurreição de Cristo, sua vitória definitiva sobre o pecado e a morte, primeiro anúncio e raiz de toda a evangelização, fundamento de toda a promoção humana, princípio de toda a autêntica cultura cristã, que não pode deixar de ser a cultura da ressurreição e da vida, vivificada pelo sopro do Espírito de Pentecostes.

Amados Irmãos no Episcopado, na unidade da Igreja local, que tem origem na Eucaristia, encontra-se todo o Colégio Episcopal com o Sucessor de Pedro à cabeça, como pertencente à própria essência da Igreja particular (cf. Carta da Congregação para a Doutrina da Fé sobre alguns aspectos da Igreja entendida como Comunhão, 14). Em torno do Bispo e em perfeita comunhão com ele, devem florescer as paróquias e as comunidades cristãs, como células vivas e pujantes de vida eclesial. Por isso, a nova evangelização requer uma vigorosa renovação de toda a vida diocesana. As paróquias, os movimentos apostólicos e associações laicais, e todas as comunidades eclesiais em geral, não-de ser sempre evangelizadas e evangelizadoras. De modo particular, as Comunidades eclesiais de base devem se caracterizar por uma decidida projeção universalista e missionária, que lhes infunda um renovado dinamismo apostólico (cf. Evangelii nuntiandi, 58; Puebla, 640-642). Elas, que devem estar sempre marcadas por uma clara identidade eclesial, não-de ter na Eucaristia, que preside o sacerdote, o centro da vida e da comunhão dos seus membros, em estreita união com os seus pastores e em plena sintonia com o Magistério da Igreja.

26. Condição indispensável para a nova evangelização é poder contar com evangelizadores numerosos e qualificados. Por isso, a promoção da vocações sacerdotais e religiosas, bem como de outros agentes de pastoral, há-de ser uma prioridade dos bispos e um compromisso de todo o Povo de Deus. É preciso dar, em toda a América

Latina, um impulso decisivo à Pastoral vocacional e enfrentar, com critérios acertados e com esperança, o que se relacionar com os Seminários e Centros de formação dos religiosos e religiosas, bem como o problema da formação permanente do Clero e de uma melhor distribuição dos sacerdotes entre as diversas Igrejas locais, em que deve-se ter em conta também o apreciável trabalho dos diáconos permanentes. Para tudo isto, existem orientações apropriadas na Exortação Apostólica Pós-sinodal Pastores dabo vobis.

No que diz respeito aos religiosos e às religiosas, que na América Latina levam o peso de uma parte considerável da ação pastoral, desejo mencionar a Carta Apostólica Os Caminhos do Evangelho, que lhes dirigi com data de 29 de junho de 1990. Também quero lembrar aqui aos Institutos Seculares, com sua pujante vitalidade no meio do mundo, e aos membros das Sociedades de Vida Apostólica, que desenvolvem uma grande atividade missionária.

Na hora presente, os membros dos Institutos de Vida Consagrada e das Sociedades de Vida Apostólica, tanto masculinos como femininos, devem concentrar-se mais na tarefa especificamente evangelizadora, explanando toda a riqueza de iniciativas e tarefas pastorais que brotam dos seus diversos carismas. Fiéis ao espírito dos seus Fundadores, devem se caracterizar por um profundo sentido de Igreja e pelo testemunho de uma estreita colaboração e submissão na pastoral, cuja direção compete aos Ordinários das dioceses e, a nível nacional, às Conferências Episcopais.

Como recordei na minha Carta às contemplativas da América Latina (12 de dezembro de 1989), a ação evangelizadora da Igreja está sustentada por esses santuários da vida contemplativa, tão numerosos em toda a América, que constituem um testemunho da radicalidade da consagração a Deus, que tem de ocupar sempre o primeiro lugar em nossas opções.

27. Na Exortação Apostólica Pós-sinodal Christifideles laici sobre a "vocação e a missão dos leigos na Igreja", quis por em particular evidência que na "grande, comprometedora e magnífica empresa" da nova evangelização é indispensável o trabalho dos leigos, especialmente dos catequistas e "delegados da Palavra". A Igreja espera muito de todos aqueles leigos que, com entusiasmo e eficácia evangélica, agem através dos novos movimentos apostólicos, que hão-de estar coordenados na pastoral de conjunto e que respondem à necessidade de uma maior presença da fé na vida social. Nesta hora em que convoquei a todos para trabalhar com ardor apostólico na vinha do Senhor, sem que ninguém ficasse excluído, "os fiéis leigos devem sentir-se parte viva e responsável desta tarefa, chamados como são a anunciar e a viver o Evangelho ao serviço dos valores e das exigências e da sociedade" (n.64). Digna de todo elogio, como transmissora da

fé, é a mulher latino-americana, cujo papel na Igreja e na sociedade deve ser posto na devida evidência (Cf. Carta Apostólica Mulieris dignitatem). Particular solicitude pastoral deve-se prestar aos doentes, tendo em vista também a força evangelizadora do sofrimento (cf. Carta Apostólica Salvifici doloris, sobre o sentido cristão do sofrimento humano, 11 de fevereiro de 1984).

Lanço um apelo especial aos jovens da América Latina. Por um lado, eles - tão numerosos num Continente jovem - são os sujeitos da nova evangelização, mas deverão ser, além disso, os protagonistas do anúncio no novo milênio, já à porta. Eles são os jovens a quem temos de apresentar Jesus Cristo e a beleza da vocação cristã, mas são também aqueles a quem há que libertar das ilusões do consumismo e sobretudo oferecer-lhes ideais altos e nobres, que os apoiem nas suas aspirações de uma sociedade mais justa e fraterna.

28. Todos são chamados a construir a civilização do amor neste Continente da esperança. Mais ainda, a América Latina, que recebeu a fé transmitida pelas Igrejas do Velho Mundo, tem de preparar-se para difundir a mensagem de Cristo pelo mundo inteiro dando "da sua pobreza" (cf. Mensagem ao III e IV Congressos Missionários Latino-americanos, Santa Fé de Bogotá 1987 e Lima 1991). "Chegou o momento de empenhar todas as forças eclesiais na nova evangelização e na missão ad gentes. Nenhum crente em Cristo, nenhuma instituição da Igreja se pode esquivar deste dever supremo: anunciar Cristo a todos os povos" (Redemptoris missio, 3) Este momento chegou também para a América Latina. "É dando a fé que ela se fortalece! A nova evangelização dos povos cristãos" também nas Igrejas da América "encontrará inspiração e apoio no empenho pela missão universal" (Ibid. 2). Para a América Latina, que recebeu a Cristo agora há já quinhentos anos, o maior sinal de agradecimento pelo dom recebido, e da sua vitalidade cristã, é empenhar-se ela mesma na missão.

29. Amados Irmãos no Episcopado, como sucessores dos Apóstolos, deveis dedicar todo o desvelo à vossa grei "no meio da qual vos colocou o Espírito Santo para apascentardes a Igreja de Deus" (At 20, 28). Por outro lado, como membros do Colégio Episcopal, em estreita unidade afetiva e efetiva com o Sucessor de Pedro, sois chamados a conservar a comunhão e solicitude por toda a. E, nesta circunstância, como membros da IV Conferência Geral do Episcopado Latino-americano, vos incumbe uma responsabilidade histórica.

Em virtude da mesma fé, da Palavra revelada, da ação do Espírito e por meio da Eucaristia à qual preside o Bispo, a Igreja particular, mantém com a Igreja Universal uma peculiar relação de mútua interioridade, porque nela encontra-se e opera

20

verdadeiramente a Igreja de Cristo que é Una, Santa, Católica e Apostólica (cf. Christus Dominus, 11). Nela deve resplandecer a santidade de vida, a que todo o evangelizador é chamado, dando testemunho de uma intensa vivência do mistério de Jesus Cristo, sentido e experimentado fortemente na Eucaristia, na escuta assídua da Palavra, na oração, no sacrifício, na entrega generosa ao Senhor, que nos sacerdotes e demais pessoas consagradas se exprime de modo especial pelo celibato.

Não se pode esquecer que a primeira forma de evangelização é o testemunho (cf. Redemptoris missio, 42-43), isto é, a proclamação da mensagem da salvação através das obras e da coerência de vida, levando assim a cabo a sua encarnação na história quotidiana dos homens. A Igreja, desde o princípio da sua história, fez-se presente e operante não apenas mediante o anúncio explícito do evangelho de Cristo, mas também, e sobretudo, através da irradiação da vida cristã. Por isso, a nova evangelização exige coerência de vida, testemunho sólido e unitário de caridade, sob o signo da unidade, para que o mundo creia (cf. Jo 17,23).

30. Jesus Cristo, a Testemunha fiel, o Pastor dos pastores, está no vosso meio, pois vos reunistes em Seu nome (cf. Mt 18,20). Conosco está o Espírito do Senhor que guia a Igreja para a plenitude da verdade e a rejuvenesce com a Palavra do Evangelho, como em novo Pentecostes.

Na comunhão dos Santos, velam sobre os vossos trabalhos uma plêiade de Santos e Santas latino-americanos, que evangelizaram este Continente com a sua palavra e as suas virtudes, e muitos deles o fecundaram com o seu sangue. Eles são os frutos mais excelsos da Evangelização.

Como no Cenáculo do Pentecostes, acompanha-vos a Mãe de Jesus, a Mãe da Igreja. A sua presença entranhável em todos os rincões da América Latina e nos corações dos seus filhos é garantia do sentido profético e do ardor evangélico que deve acompanhar os vossos trabalhos.

31. "Bem-aventurada a que acreditou, porque se hão de cumprir as coisas que da parte do Senhor te foram ditas" (Lc 1,45). estas palavras, que Isabel dirige a Maria, portadora de Cristo, são aplicáveis à Igreja, que a Mãe do Redentor é tipo e modelo. Feliz és tu. América, Igreja da América, portadora de Cristo também, que recebestes o anúncio da salvação e crêste "as coisas que ter foram ditas da parte do Senhor"! A fé é o teu gozo, a fonte da tua alegria. Felizes vós, homens e mulheres da América Latina, adultos e jovens, que conhecestes o Redentor! Junto a toda a Igreja, e com Maria, podeis dizer que o Senhor "pôs os Seus olhos na humildade da sua serva" (Lc 1,48). Felizes vós, os pobres da terra, porque chegou para vós o Reino de Deus!

"O que o Senhor te disse, se cumprirá". Sê fiel ao teu batismo, reaviva neste Centenário a imensa graça recebida, dirige o teu coração e o teu olhar ao centro, à origem, a Aquele que é o fundamento de toda a felicidade, a plenitude de tudo! Abre-te a Cristo, acolhe o Espírito, para que em todas as tuas comunidades tenha lugar um novo Pentecostes! E surgirá de ti uma humanidade nova, bem-aventurada; e experimentarás de novo o braço poderoso do Senhor, e "o que o Senhor te disse se cumprirá". O que te disse, América, é o Seu amor por ti, é o Seu amor pelos teus homens, por tuas famílias, pelos teus povos. E esse amor se cumprirá em ti, e te encontrarás de novo a ti mesma, encontrarás o teu rosto, "te proclamam bemaventurada todas as gerações" (Lc 1,48).

Igreja da América, o Senhor passa hoje ao teu lado. Te chama. Nesta hora de graça, pronuncia de novo o teu nome, renova sua aliança contigo. Oxalá ouças hoje a sua voz, para que conheças a verdadeira e plena felicidade, e entres no seu descanso! (Cf. Sal 94, 7.11).

Terminemos, invocando a Maria, a Estrela da primeira e da nova evangelização. A Ela, que sempre esperou, confiamos a nossa esperança. Em suas mãos, colocamos os nossos cuidados pastorais e todos os trabalhos desta Conferência, encomendando ao seu coração de Mãe o êxito e a projeção da mesma sobre o futuro do Continente. Que Ela nos ajude a anunciar o Seu Filho:

"Jesus Cristo ontem, hoje e sempre"!

Amem.

Santo Domingo 13.10.1992
Amelía a los seminaristas

82

Queridos seminaristas :

Siento un gran gozo al estar con vosotros en este seminario, centro de formación sacerdotal, corazón que alienta la religiosidad de esta Arquidiócesis y de toda la República. Todos vosotros os preparáis al sacerdocio y queréis indentificaros con el Evangelio de Jesús y con el misterio de su Iglesia, para ser signos visibles del Buen Pastor, "ungido y enviado" (Lc 4,18), dispuestos a entregar vuestras vidas al servicio de los hombres vuestros hermanos. En el seguimiento sacerdotal de Cristo habéis oído la llamada a hacer presente la obra salvífica del Redentor, como signos del amor de Dios a toda la humanidad. "Tu eres sacerdote para siempre, según el orden de Melchisedech" (Heb 5,6).

El concilio Vaticano II no duda en afirmar que "los Seminarios mayores son necesarios para la formación sacerdotal" (Optatam totius, 4), porque el ambiente de piedad, de seriedad litúrgica y personal, de estudio, de disciplina, de convivencia fraterna y de iniciación pastoral que debe caracterizar al seminario, es el modo más apto para la preparación al sacerdocio (Ibid. 4). Considerad, pues, el seminario como vuestro propio y específico hogar, y como la primera escuela de fidelidad a Cristo y a la Iglesia.

En la lectura del evangelio de san Lucas que ha sido proclamada se nos narra la vocación del apóstol Pedro y sus compañeros, que tras la pesca milagrosa, dejaron todo para seguir al Maestro. Ellos oyeron la llamada de Cristo y se convirtieron en pescadores de hombres. También vosotros, queridos seminaristas, habéis oído el "sígueme" de Jesús, el cual tiene un doble aspecto indiviso y a la vez complementa-

rio: encuentro con Cristo y misión. Uno y otro aspecto se postulan e integran mutuamente. En efecto, la vocación se nos presenta como un don de Dios, y se ha de responder a ella asumiendo también todas sus exigencias de entrega al seguimiento de Cristo y a la acción evangelizadora. Es así como se expresa el afecto de Cristo "a los suyos" (Jn 13,1), como vocación, que es declaración de amor; y sólo en pos de este amor se comprende perfectamente los dos aspectos complementarios entre sí de la vocación: "Llamando a los que quiso, vinieron a El, y designó a doce para que estuvieran con El y para enviarlos a predicar" nos dice el evangelista Marcos (3, 13-14).

El seguimiento de Cristo os vincula indisolublemente a El, no sólo para participar en su ser o en su "unción", sino también para prolongar su "misión" y para adentraros en su amor redentor. ¡Como no recordar la escena conmovedora del lago, cuando Pedro y sus compañeros dejan en la orilla las redes y la barca y siguen a Jesús que los había mirado en lo profundo de sus almas! Vosotros, queridos seminaristas, también sentisteis un día la llamada de Jesús que os invitaba a seguirle. Sabéis muy bien que, con la vocación al sacerdocio y a la vida consagrada, habéis sido llamados a correr la suerte de Cristo, a "beber el caliz" (Mc 10,38), a compartir la vida con El. Esta llamada no sólo os sostiene y os prepara para las dificultades, según las palabras del Señor: "vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en las pruebas" (Jn 15,14), sino que conlleva además una gozosa participación en la amistad de Cristo: "Vosotros sois mis amigos" (Jn 15,14). En la vivencia de esta amistad consiste precisamente el secreto de la misión: "Vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio" (Jn 15,27).

84

A la luz de las palabras de Jesús a Pedro: "No tengas miedo, desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5,10) podemos enfocar correctamente los acontecimientos y las preocupaciones de nuestra vida. Os puedo asegurar, amados seminaristas, que mi corazón vive día a día vuestras inquietudes espirituales y vuestros afanes apostólicos. ¡Como no pensar en la necesidad y urgencia de numerosas y selectas vocaciones! ¡Como no acompañaros en vuestros deseos de una más auténtica vivencia del sacerdocio como signo personal y comunitario de Cristo Sacerdote y Buen Pastor!

Antes de terminar, deseo alentaros nuevamente a continuar con generosa entrega el camino de vuestra preparación al sacerdocio y a la vida consagrada. Dedicáos intensamente a vuestra formación espiritual, teológica, pastoral, humana. En la Exhortación Apostólica Pastores dabo vobis podréis encontrar preciosas orientaciones a este respecto.

Que María, la cual dedicó su vida al crecimiento y a la formación de Jesús (cf. Lc 2, 51-52), sea vuestra protectora en todo momento.

En este día, en que celebramos el 75 Aniversario de la aparición de Nuestra Señora de Fátima, os encomiendo a su amor maternal.

Con estos fervientes deseos bendigo de todo corazón a vosotros, queridos seminaristas, así como a vuestros profesores y formadores, que con generosa entrega dedican lo mejor de sí a la preparación de los santos y sabios sacerdotes que la Iglesia necesita.

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO
SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA
OCTUBRE 12-28 DE 1992

OFICINA DE INFORMATICA - OFICINA DE PRENSA

CONTENIDO:

1. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con una representación de Indígenas
2. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Mensaje a los Indígenas
3. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con una representación de Afroamericanos
4. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Mensaje a los Afroamericanos
5. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con los Obispos y fieles de Haití
6. REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 14.10.1992
Aeropuerto internacional "Las Américas"
Ceremonia de despedida
7. BOLETIN DE PRENSA No. 3

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con una representación de Indígenas

Es para mí motivo de particular gozo daros mi más cordial y afectuosa bienvenida, representantes de diversas etnias indígenas del continente americano, que habéis querido venir a Santo Domingo para tener este encuentro con el Papa.

Mi ferviente deseo era el de celebrar el V Centenario de la llegada del Evangelio al Nuevo Mundo reunido con multitud de hermanos y hermanas indígenas en Yucatán, cuna de gloriosas civilizaciones de vuestros antepasados. Pero por razones que os son bien conocidas, ha sido necesario reducir los actos de la programación inicial, confiando que el Señor me permita en un

futuro no lejano poder encontrarme con los hijos e hijas de los nobles pueblos indígenas para, juntos, celebrar una vez más la fe cristiana que inspira a vuestras comunidades y alienta vuestros esfuerzos por lograr condiciones de vida más digna y justa.

En esta tierra, donde fue plantada la cruz de Cristo hace ahora cinco siglos, os hago entrega del Mensaje de paz y amor que dirijo a todas las personas y grupos étnicos amerindios. Sed, pues, portadores de mis palabras de aliento y del profundo afecto que siento por todos los hermanos y hermanas indígenas, a quienes encomiendo a la maternal protección de Nuestra Señora de Guadalupe para que la efemérides que conmemoramos les corrobore en su fe cristiana y sostenga sus legítimas aspiraciones por conseguir el puesto que les corresponde en la sociedad y en la Iglesia.

A los aquí presentes, a vuestras familias, a vuestros pueblos y Naciones bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO-13.10.1992

Nunciatura Apostólica
Mensaje a los Indígenas

Amadísimos hermanos y hermanas indígenas del Continente americano:

1. En el marco de la conmemoración del V Centenario del inicio de la evangelización del Nuevo Mundo, lugar preferente en el corazón y el afecto del Papa ocupan los descendientes de los hombres y mujeres que poblaban este continente cuando la cruz de Cristo fue plantada aquel 12 de octubre de 1492.

Desde la República Dominicana, donde he tenido el gozo de encontrarme con algunos de vuestros representantes, dirijo mi mensaje de paz y amor a todas las personas y grupos étnicos indígenas, desde la península de Alaska hasta la Tierra del Fuego. Sois continuadores de los pueblos tupi-guaraní, aymara, mayam quechua, chibcha, nahuatl, mixeco, araucano, yanomani, guajiro, inuit, apache y tantísimos otros que se distinguen por su nobleza de espíritu, que se han destacado en sus valores autóctonos culturales, como las civilizaciones azteca, inca, amaya, y que pueden gloriarse de poseer una visión de la vida que reconoce la sacralidad del mundo y del ser humano. La sencillez, la humildad, el amor a la libertad, la hospitalidad, la solidaridad, el apego a la familia, la cercanía a la tierra y el sentido de la contemplación son otros tantos valores que la memoria indígena de América ha conservado hasta nuestros días y constituyen una portación que se palpa en el alma latinoamericana.

2. Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes, y sin que acaso lo sospecharan, el Dios vivo y verdadero estaba presente iluminando sus caminos. El apóstol san Juan nos dice que el Verbo, el Hijo de Dios, "es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo" (Jn 1,9). En efecto, las "semillas del Verbo" estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador de todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Pero a la luz de la Buena Nueva, ellos descubrieron que todas aquellas maravillas de la creación no eran sino un pálido reflejo de su Autor y que la persona humana, por ser imagen y semejanza del Creador, es muy superior al mundo material y está llamada a un destino

trascendente y eterno. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección nos ha liberado del pecado, haciéndonos hijos adoptivos de Dios y abriéndonos el camino hacia la vida que no tiene fin. El mensaje de Jesucristo les hizo ver que todos los hombres son hermanos porque tienen un Padre común: Dios. Y todos están llamados a formar parte de la única Iglesia que el Señor ha fundado con su sange (cf. Act 20,28).

A la luz de la revelación cristiana las virtudes ancestrales de vuestros antepasados como la hospitalidad, la solidaridad, el espíritu generoso, hallaron su plenitud en el gran mandamiento del amor, que ha de ser la suprema ley del cristiano. La persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida abrió el corazón a Jesús que es "el camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6).

Todo esto que los Padres de la Iglesia llaman las "semillas del Verbo", fue purificado, profundizado y completado con el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia. Jesús llamó bienavenrutados a los que tienen sed de justicia (cf. Mt 5,6). Qué otro motivo sino la predicación de los ideales evangélicos movió a tantos misioneros a denunciar los atropellos cometidos contra los indios en la época de la conquista? Ahí están para demostrarlo la acción apostólica y los escritos de Bartolomé de Las Casas, Fray -Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel de Nóbrega y de tantos otros hombres y mujeres que dedicaron generosamente su vida a los nativos, y a los que el documento de Puebla llama "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la Paz" (n.8).

3. En esta conmemoración del V Centenario, deseo repetir cuanto os dije durante mi primer viaje pastoral a América Latina: "El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto en el porvenir"(Discurso en Cuilapan, 29.I.1979, n.5) Por eso, quiero también hacerme eco y portavoz de vuestros más profundos anhelos.

Sé que queréis ser respetados como personas y como ciudadanos. Por su parte, la Iglesia hace suya esta legítima aspiración, ya que vuestra dignidad no es menor que la de cualquier otra persona o raza. Todo hombre o mujer ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26,27). Y Jesús, que mostró siempre su predilección por los pobres y abandonados, nos dice que todo lo que hagamos o dejemos de hacer "a uno de estos mis hermanos menores", a él se lo hicimos (f Mt 25,40). Nadie que se precie del nombre de cristiano puede despreciar o discriminar por motivos de raza o cultura. El apóstol Pablo nos amonesta al respecto: "Porque en un mismo espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres" (Cor 12,13).

La fe, queridos hermanos y hermanas, supera las diferencias entre los hombres. La fe y el bautismo dan vida a un nuevo pueblo: el pueblo de los hijos de Dios. Sin embargo, aún superando las diferencias, la fe no las destruye sino que las respeta. La unidad de todos nosotros en Cristo no significa, desde el punto de vista humano, uniformidad. Por el contrario, las comunidades eclesiales se sienten enriquecidas al acoger la múltiple diversidad y variedad de todos sus miembros.

4. Por eso, la Iglesia alienta a los indígenas a que conserven y promuevan con legítimo orgullo la cultura de sus pueblos: las sanas tradiciones y costumbres, el idioma y los valores propios. Al defender vuestra identidad, no sólo ejercéis un derecho, sino que cumplís también el deber de transmitir vuestra cultura a las generaciones venideras, enriqueciendo de este modo a toda la sociedad. Esta dimensión cultural, con miras a la evangelización, será una de las prioridades de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se desarrolla en Santo Domingo y que he tenido el gozo de inaugurar como acto preeminente de mi viaje con ocasión del V Centenario.

La tutela y respeto de las culturas, valorando todo lo que de positivo hay en ellas, no significa, sin embargo, que la Iglesia renuncia a su misión de elevar las costumbres, rechazando todo aquello que se opone o contradice la moral evangélica. "La Iglesia -afirma el documento de Puebla- tiene la misión de dar testimonio del 'verdadero Dios y único Señor'. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar las falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (nn.405-406).

Elemento central en las culturas indígenas es el apego y cercanía a la madre tierra. Amáis la tierra y queréis permanecer en contacto con la naturaleza. Uno mi voz a la de cuantos demandan la puesta en acto de estrategias y medios eficaces para proteger y conservar la naturaleza creada por Dios. El respeto debido al medio ambiente ha de ser siempre tutelado por encima de intereses exclusivamente económicos o de la abusiva explotación de recursos en tierras y mares.

5. Entre los problemas que aquejan a muchas de las comunidades indígenas están relacionados con la tenencia de la tierra. Me consta que los Pastores de la Iglesia, desde las exigencias del Evangelio y consonancia con el magisterio social, no han dejado de apoyar vuestros legítimos derechos favoreciendo adecuadas reformas agrarias y exhortando a la solidaridad como camino que conduce a la justicia. También conozco las dificultades con que tenéis que enfrentaros en temas como la seguridad social, el derecho de asociación, la capacitación agrícola, la participación en la vida nacional, la formación integral de vuestros hijos, la educación, la salud, la vivienda y tantas otras cuestiones que os preocupan. A este propósito, vienen a mi mente las palabras que, hace algunos años, dirigí a los indígenas en el inolvidable encuentro de Quetzaltenango: "La Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones. Por ello, al cumplir su tarea evangelizadora, ella quiere estar cerca de vosotros y elevar su voz de condena cuando se viole vuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios; quiere acompañaros pacíficamente como lo exige el Evangelio, pero con decisión y energía, en el logro del reconocimiento y promoción de vuestra dignidad y de vuestros derechos como personas" (Discurso en Quetzaltenango, 7.III.1983, n.4).

Dentro de la misión religiosa que le es propia, la Iglesia no ahorrará esfuerzos en continuar fomentando todas aquellas iniciativas encaminadas a promover el bien común y el desarrollo integral de vuestras comunidades. Muestra de esta decidida voluntad de colaboración y asistencia es la reciente erección por parte de la Santa Sede de la Fundación "Populorum Progressio", que dispone de un fondo de ayuda para los grupos indígenas y poblaciones campesinas menos favorecidas de América Latina.

Os aliento, pues, a un renovado empeño a ser también protagonistas de vuestra propia elevación espiritual y humana mediante el trabajo digno y constante, la fidelidad a vuestras mejores tradiciones, la práctica de las virtudes. Para ello contáis con los genuinos valores de vuestra cultura, acrisolada a lo largo de las generaciones que os han precedido en esta bendita tierra. Pero, sobre todo, contáis con la mayor riqueza que, por la gracia de Dios, habéis recibido: vuestra fe católica. Siguiendo las enseñanzas del Evangelio, lograréis que vuestros pueblos, fieles a sus legítimas tradiciones, progresen tanto en lo material como en lo espiritual. Iluminados por la fe en Jesucristo, veréis en los demás hombres, por encima de cualquier diferencia de raza o cultura, a hermanos vuestros. La fe agrandará vuestro corazón para que quepan en él todos vuestros conciudadanos. Y esa misma fe llevará a los demás a amaros, a respetar vuestra idiosincrasia y a unirse con vosotros en la construcción de un futuro en el que todos sean parte activa y responsable, como corresponde a la dignidad cristiana.

6. Acerca del puesto que os corresponde en la Iglesia exhorto a todos a fomentar aquellas iniciativas pastorales que favorezcan una mayor integración y participación de las comunidades indígenas en la vida eclesial. Para ello, habrá que hacer un renovado esfuerzo en lo que se refiere a la inculturación del Evangelio, pues "una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente

acogida, ni totalmente pensada, ni fielmente vivida"(Discurso al mundo de la cultura, Lima 15. V.1988). Se trata, en definitiva, de conseguir que los católicos indígenas se conviertan en los protagonistas de su propia promoción y evangelización. Y ello, en todos los terrenos, incluidos los diversos ministerios. Qué Inmenso gozo el día en que vuestras comunidades puedan estar servidas por misioneros y misineras, para sacerdotes y obispos que hayan salido de vuestras propias familias y os guíen en la adoración a Dios "en espíritu y en verdad". (Jn 4,23)!

El mensaje que hoy os entrego en tierras americanas, conmemorando cinco siglos de presencia del Evangelio entre vosotros, quiere ser una llamada a la esperanza. La Iglesia, que durante estos quinientos años os ha acompañado en vuestro caminar, hará cuanto esté en su mano para que los descendientes de los antiguos pobladores de América ocupen en la sociedad y en las comunidades eclesiales el puesto que les corresponde. Soy consciente de los graves problemas y dificultades con que habéis de enfrentaros. Pero estad seguros de que nunca os va a faltar el auxilio de Dios y la protección de su Santísima Madre, como un día, en la colina de Tepeyac le fue prometido al indio Juan Diego, un insigne hijo de vuestra misma sangre a quien tuve el gozo de exaltar al honor de los altares: "Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad ni otra enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿no estás bajo mi sombra? ¿no soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?" (Nican Mopohua).

Que Nuestra Señora de Guadalupe os proteja a todos, mientras os bendigo de corazón en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Santo Domingo, el día 12 de octubre de 1992, V Centenario de la Evangelización de América.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con una representación de Afroamericanos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Me es muy grato poder tener este encuentro con vosotros, representantes de las comunidades afroamericanas de este continente, con motivo de cumplirse el V Centenario de la llegada del Evangelio.

Como bien sabéis, era mi ferviente deseo haber tenido una celebración litúrgica especialmente dedicada a los descendientes de aquellos hombres y mujeres que, tras el descubrimiento de América, fueron forzados a abandonar el continente africano y trasladados a las nuevas tierras.

Por vuestro medio, deseo hacer llegar mi Mensaje de saludo y aliento a todas las personas y comunidades afroamericanas del Nuevo Mundo, en especial a los hijos e hijas de la Iglesia católica, que en acción de gracias a Dios, conmemora los quinientos años de presencia de la fe cristiana en el continente de la esperanza.

Os agradezco vivamente vuestra visita y os ruego que, junto con mi palabra, seáis portadores de mi saludo entrañable a vuestras familias y comunidades en todo el Caribe, en Brasil, en las costas atlánticas y pacífica, en todo el continente. Decidles que el Papa les ama y que quiere estar

cercano a quienes más lo necesitan: a los pobres, a los enfermos, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

Sed en todo momento fieles a la Iglesia de Cristo, al mandamiento del amor fraterno. Que en vuestras manifestaciones de religiosidad y piedad popular, plenamente inculturadas en vuestra idiosincrasia, resplandezca siempre la vitalidad del mensaje cristiano, la pureza de su doctrina, la devoción eucarística y mariana. Todo ello será garantía de profunda y sólida vida cristiana y os defenderá también del proselitismo de las sectas.

Mientras encomiendo a todos a la maternal protección de la Santísima Virgen, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Mensaje a los Afroamericanos

Amadísimos hermanos y hermanas Afroamericanos:

1. El V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo es ocasión propicia para dirigiros, desde la ciudad de Santo Domingo, mi mensaje de aliento que acreciente vuestra esperanza y sostenga vuestro empeño cristiano en dar renovada vitalidad a vuestras comunidades, a las que, como Sucesor de Pedro, envío un saludo entrañable y afectuoso con las palabras del apóstol san Pablo: "Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo" (Gál 1,3).

La evangelización de América es motivo de profunda acción de gracias a Dios que, en su infinita misericordia, quiso que el mensaje de salvación llegara a los habitantes de estas benditas tierras, fecundadas por la cruz de Cristo, que ha marcado la vida y la historia de sus gentes, y que tan abundantes frutos de santidad y virtudes ha dado a lo largo de estos cinco siglos.

La fecha del 12 de octubre de 1492 señala el inicio del encuentro de razas y culturas que configurarían la historia de estos quinientos años, en los que la penetrante mirada cristiana nos permite descubrir la intervención amorosa de Dios, a pesar de las limitaciones e infidelidades de los hombres. En efecto, en el cauce de la historia se da una confluencia misteriosa de pecado y de gracia, pero, a lo largo de la misma, la gracia triunfa sobre el poder del pecado. Como nos dice san Pablo: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5,20).

2. En las celebraciones de este V Centenario no podía faltar mi mensaje de cercanía y vivo afecto a las poblaciones afroamericanas, que representan una parte relevante en el conjunto del continente y que con sus valores humanos y cristianos, y también con su cultura, enriquecen a la Iglesia y a la sociedad en tantos países. A este propósito, vienen a mi mente aquellas palabras de Simón Bolívar afirmando que "América es el resultado de la unión de Europa y África con elementos aborígenes. Por eso, en ella no caben los prejuicios de raza y, si cupiesen, América volvería al caos primitivo".

De todos es conocida la gravísima injusticia cometida contra aquellas poblaciones negras del continente africano, que fueron arrancadas con violencia de sus tierras, de sus culturas y de sus tradiciones, y traídos como esclavos a América. En mi reciente viaje apostólico a Senegal no quise dejar de visitar la isla de Gorea, donde se desarrolló parte de aquel ignominioso comercio, y quise dejar constancia del firme repudio de la Iglesia con las palabras que ahora deseo recordar

nuevamente: "La visita a la Casa de los Esclavos nos trae a la memoria esa trata de negros que Pío II, en una carta dirigida a un misionero que partía hacia Guinea calificaba de "crimen enorme". Durante todo un período de la historia del continente africano, hombres, mujeres y niños fueron traídos aquí, arrancados de su tierra y separados de sus familias para ser vendidos como mercancía. Estos hombres y mujeres han sido víctimas de un vergonzoso comercio en el que han tomado parte personas bautizadas que no han vivido según su fe. ¿Cómo olvidar los enormes sufrimientos infligidos a la población deportada del continente africano, despreciando los derechos humanos más elementales? ¿Cómo olvidar las vidas humanas aniquiladas por la esclavitud? Hay que confesar con toda verdad y humildad este pecado del hombre contra el hombre" (Discurso en la Isla de Gorea, 21.II.1992).

3. Mirando la realidad actual del Nuevo Mundo, vemos pujantes y vivas comunidades afroamericanas que, sin olvidar su pasado histórico, aportan la riqueza de su cultura a la variedad multiforme del continente. Con tenacidad no exenta de sacrificios contribuyen al bien común integrándose en el conjunto social pero manteniendo su identidad, usos y costumbres. Esta fidelidad a su propia ser y patrimonio espiritual es algo que la Iglesia no sólo respeta sino que alienta y quiere potenciar, pues siendo el hombre -todo hombre- creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26-27), toda realidad auténticamente humana es expresión de dicha imagen, que Cristo ha regenerado con su sacrificio redentor.

Gracias a la redención de Cristo, amados hermanas y hermanos afroamericanos, todos los hombres hemos pasado de las tinieblas a la luz, de ser "no-mi-pueblo" a llamarnos "hijos-de-Dios-vivo" (cf. Os 2,1). Como "elegidos de Dios" formamos un solo cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 3,12-15) en la cual, en palabras de san Pablo, "no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo en todos" (Col 3,11). En efecto, la fe supera las diferencias entre los hombres y da vida a un pueblo nuevo que es el pueblo de los hijos de Dios. Sin embargo, aún superando las diferencias en la común condición de cristianos, la fe no las destruye sino que las respeta y dignifica.

Por eso, en esta conmemoración del V Centenario, os aliento a defender vuestra identidad, a ser conscientes de vuestros valores y hacerlos fructificar. Pero, como Pastor de la Iglesia, os exhorto sobre todo a ser conscientes del gran tesoro que, por la gracia de Dios, habéis recibido: vuestra fe católica. A la luz de Cristo, lograréis que vuestras comunidades crezcan y progresen tanto en lo espiritual como en lo material, difundiendo así los dones que Dios os ha otorgado. Iluminados por la fe cristiana, veréis a los demás hombres, por encima de cualquier diferencia de raza o cultura, como a hermanos vuestros, hijos del mismo Padre.

4. La solicitud de la Iglesia por vosotros y vuestras comunidades con miras a la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana, será puesta de manifiesto en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que ayer tuvo la dicha de inaugurar. Sin olvidar que muchos valores evangélicos han penetrado y enriquecido la cultura, la mentalidad y la vida de los afroamericanos, se desea potenciar la atención pastoral y favorecer los elementos específicos de las comunidades eclesiales con rostro propio.

La obra evangelizadora no destruye, sino que se encarna en vuestros valores, los consolida y fortalece; hace crecer las semillas esparcidas por el "Verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitularlo todo en El, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Gaudium et spes, 57). La Iglesia, fiel a la universalidad de su misión, anuncia a Jesucristo e invita a los hombres de todas las razas y condición a aceptar su mensaje. Como afirmaron los Obispos latinoamericanos en la Conferencia General de Puebla de los Angeles, "la Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero Dios y del único Señor. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (n. 406). En efecto, con la evangelización, la Iglesia renueva las culturas, combate los errores, purifica y eleva

la moral de los pueblos, fecunda las tradiciones las consolida y restaura en Cristo (cf. Gaudium et spes, 58).

5. Sé que la vida de muchos afroamericanos en los diversos países no está exenta de dificultades y problemas. La Iglesia, bien consciente de ello, comparte vuestros sufrimientos y os acompaña y apoya en vuestras legítimas aspiraciones a una vida más justa y digna para todos. A este propósito, no puedo por menos de expresar viva gratitud y alentar la acción apostólica de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas que ejercen su ministerio con los más pobres y necesitados. Pido a Dios que en vuestras comunidades cristianas surjan también numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas, para que los afroamericanos del continente puedan contar con ministros que hayan salido de vuestras propias familias.

Mientras os encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen, cuya devoción está tan arraigada en la vida y prácticas cristianas de los católicos afroamericanos, os bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Santo Domingo, el día 12 de octubre de 1992, V Centenario de la Evangelización de América.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con los Obispos y fieles de Haití

Chers Frères dans l'épiscopat,

Chers Frères et Soeurs,

1. Les célébrations du cinquième centenaire de l'évangélisation de votre continent ont dirigé une fois encore mes pas vers le nouveau monde et j'en ressens une sincère émotion.

Je suis très touché que vous soyez venus à ma rencontre; votre geste constitue un témoignage éloquent de la vivacité des liens d'affection qui unissent l'Eglise en Haïti au Successeur de Pierre. Je vous remercie vivement de m'avoir apporté le salut du peuple haïtien.

A plusieurs reprises déjà, et dans un passé récent, je n'ai pas manqué de vous faire savoir combien je demeure proche de vous, alors que votre pays n'en finit pas d'aller de période douloureuse en période douloureuse, vous jetant dans l'inquiétude et dans l'angoisse. Comme le Bon Samaritain de l'Evangile, m'arrêtant sur le chemin, je voudrais vous exprimer une fois encore ma profonde compassion et vous apporter du réconfort, à vous qui êtes atteints par de cruelles épreuves que, -de mon côté, avec mes collaborateurs, je cherche à adoucir.

Devant Dieu, je porte les souffrances des uns et des autres: je prie pour ceux qui sont poussés à fuir vers d'autres lieux, pour ceux qui se sentent persécutés, pour ceux qui sont dans le désarroi, sans travail ou sans sécurité, et pour toutes les personnes dont les droits sont bafoués. Je demande au Seigneur de soutenir l'action de ceux qui, restant sur place, s'efforcent, avec les moyens dont ils disposent, de renoncer à la logique de la violence et d'établir un climat de tolérance et de paix, pour plus de justice. Je souhaite que, loin de vous sentir abandonnés, vous soyez assurés de la sollicitude du Pape qui voudrait tant que vous ne perdiez pas le goût de vivre, mais que vous poursuiviez votre engagement pour sauvegarder votre sol, pour procurer à vos enfants l'indispensable scolarité qui les aidera à faire face à la vie et à devenir eux-mêmes les artisans de leur développement.

2. En cette année 1992, qui marque les cinq cents ans de l'arrivée chez vous de la Bonne <nouvelle du Christ, vous êtes invités, avec vos frères et soeurs d'Amerique latine, à porter un regard neuf sur la personne de notre Rédempteur, Sauveur des hommes et Sauveur des hommes et Source de vie. Comme l'exprime le thème de la quatrième conférence générale de l'episcopat latino-américain, que j'ai eu la joie d'inaugurer hier, "Jésus Christ est le même hier, aujourd'hui et toujours" (He 13, 8). Il vous aime et il dirige vos vies dans son mystérieux dessein.

Sous la conduite de vos pasteurs, vous êtes encouragés à faire preuve d'un élan nouveau pour mieux accueillir et mieux connaître la Parole de Dieu, afin qu'elle soit votre règle de vie. Ainsi, vous consoliderez l'oeuvre d'évangélisation commencée voici cinq siècles par les premiers missionnaires. Vous êtes appelés à mettre vos pas dans les pas du Christ pour répandre la lumière de la foi dans vos diocèses d'Haïti et pour la faire rayonner au-delà.

3. Vous le savez: c'est le Christ qui libère l'homme et lui fait atteindre sa pleine stature et samaturité. Je Souhaite qu'en Haïti, à l'instar des autres pays latino-américains, se déploient une grande impulsion apostolique et une vaste créativité catéchétique afin que les baptisés connaissent mieux la foi chrétienne et donnent de réels fruits de sainteté. Je souhaite aussi que se développe un souci profond de l'homme, que l'on s'applique à incarner l'Evangile dans la culture populaire, notamment que l'on s'aide mutuellement à entretenir des relations vraiment humaines. Dieu veut que ses enfants vivent dans la paix et qu'ils obtiennent ce dont ils ont besoin pour mener leur existence dans le respect et dans la dignité. Il veut que nous changions notre regard sur les autres, que nous reconnaissons dans nos frères et soeurs des personnes créées à l'image de Dieu, appelées à vivre avec le Père. En définitive, il s'agit d'obtenir que les fils et les filles de cette terre haïtienne témoignent activement de l'Evangile et sachent rendre compte de l'espérance qui est en eux. (cf. 1 P 3, 15).

4. Vous avez, vous chrétiens, le désir de travailler en commun, dans le dialogue. Pourquoi ne pas en finir avec les divisions stériles? Pourquoi ne pas rassembler vos énergies en vue de poursuivre l'édification d'une Eglise qui, par sa cohésion, sème l'espoir autour d'elle? En vivant la communion ecclésiale, vous contribuerez, par voie de conséquence, à la construction d'une société de solidarité, de vérité, de justice, de fraternité et d'amour, dont Haïti a besoin. Dans le sillage des évangélistes du passé, vous serez alors vous-mêmes les messagers de la Bonne Nouvelle pour le monde d'aujourd'hui.

D'une manière qui se voudrait pressante, je vous exhorte à rester unis autour de vos évêques; je partage avec eux le souci de votre Eglise et ils ont toute ma confiance. <je laisse à votre méditation ces fortes recommandations de saint Ignace d'Antioche: "De même donc que le Seigneur n'a rien fait, ni par lui-même, ni par ses Apôtres, sans son Père, avec qui il ne fait qu'un, ainsi vous-mêmes ne faites rien sans l'évêque et les presbytres. N'essayez pas de donner une apparence de raison à vos activités privées, mais faites tout en commun: une seule prière, une seule supplication, un seul esprit, une seule espérance dans le charité, dans la joie irréprochable; cela, c'est Jésus Christ, qui est au-dessus de tout" (Lettre aux Magnésiens, VII, 1).

5. L'année 1992 marque également pour vous le cinquantième anniversaire de la consécration de votre cher pays à Notre-Dame du Perpétuel Secours. Puissiez-vous renouveler à Marie votre offrande en tant que peuple, avec son histoire, sa culture, ses talents, ainsi que ses durs labeurs et ses espérances! Que Marie continue à être présente dans vos vies et qu'elle vous aide à cheminer dans la foi vers Jésus son Fils!

En concluant, je forme le voeu que l'Eglise en Haïti soit plus que jamais une force spirituelle à l'influence grandissante, et cela grâce à son inébranlable unité. Pour vous encourager dans cet important dessein, de grand coeur je vous donne ainsi qu'à tous vos frères et soeurs du

pays, et très particulièrement à ceux et à celles qui souffrent dans leur chair ou dans leur esprit, ma Bénédiction apostolique.

REPUBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 14.10.1992

Aeropuerto internacional "Las Américas"

Ceremonia de despedida

Señor Presidente,
Amados Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Queridos hijos e hijas de la República Dominicana:

1. Llega ya a su fin mi visita pastoral que, en el nombre del Señor, he tenido el gozo de realizar, cumpliendo así mi ferviente deseo de asociarme, desde este pórtico de las Américas, a las celebraciones del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo.

En estos momentos de despedida mi pensamiento hecho plegaria se dirige a Dios, rico en misericordia, que me ha concedido la gracia de compartir estas jornadas de intensa comunión y esperanza, durante las cuales he tenido ocasión de sentir la presencia y cercanía de los pueblos de América Latina, que agradecen profundamente al Señor de la historia el don de la fe y el haber sido escogidos para formar parte de su Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica.

Doy las gracias al Señor Presidente de la República y a todas las Autoridades, que tanto han cooperado para el buen desarrollo de mi visita pastoral, dándome en todo momento muestras de exquisita cortesía.

Expreso viva gratitud a mis Hermanos Obispos de esta Nación, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a tantos laicos que, con no poco esfuerzo y sacrificio, han contribuido eficaz e ilusionadamente a la preparación y realización de las diversas celebraciones. Por causas bien conocidas, y ajenas a mi voluntad, no ha sido posible en esta ocasión realizar los encuentros que, en un primer momento, habían sido programados en la Vega y Azua. Pero mi espíritu ha estado siempre muy cercano a todos y cada uno de los dominicanos: familias, jóvenes y niños, campesinos y obreros, intelectuales y dirigentes, minorías étnicas, pobres y enfermos. A todos llevo en mi corazón y de todos guardaré un imborrable recuerdo.

2. Ha sido motivo de profunda satisfacción encontrarme con una Iglesia viva, en la que sus pastores están generosamente entregados a las tareas de la nueva evangelización, compartiendo las alegrías y tristezas de la gente y cooperando en la promoción de la justicia y de la fraternidad entre todos. Animados por la gran esperanza que viene de una fe firme y operante, seguid anunciando a Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Heb 13,8). Que este lema de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se haga vida en los individuos, en las familias, en la sociedad dominicana.

A mis Hermanos Obispos y demás participantes en la Conferencia de Santo Domingo les aliento en sus trabajos y les acompaño con mi plegaria intensa, asidua, esperanzada. Quiera Dios que el fruto de sus reflexiones infunda un renovado dinamismo apostólico en todas las diócesis, parroquias, comunidades, asociaciones y movimientos de la Iglesia latinoamericana.

3. América Latina -continente de la esperanza- debe entrar gallarda y decididamente en el tercer milenio cristiano irradiando en el mundo la luz de la fe que recibió hace cinco siglos. El futuro se

presenta, ciertamente, como un gran desafío a la capacidad creadora y a la voluntad de entendimiento de los pueblos que integran la gran familia latinoamericana. Por ello, es más necesario aún que, cimentados en las raíces cristianas que han configurado su ser histórico, den nueva vitalidad a los valores morales como factor de cohesión social, solidaridad y progreso. Pido a Dios que este V Centenario sea un hito en el proceso de integración latinoamericana que lleve a las Naciones del Continente a ocupar el puesto que les corresponde en la escena mundial.

¡Adelante, América Latina! Que tu fe cristiana te acompañe siempre en los arduos caminos que tendrás que recorrer. ¡Animo, Continente de la esperanza! ¡No tengas miedo! ¡Abre de par en par las puertas a Cristo!

¡Que Dios bendiga a la República Dominicana!

¡Que Dios bendiga a todos los hijos e hijas de América!

¡Alabado sea Jesucristo!

IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO SANTO DOMINGO. 12-28 DE OCTUBRE DE 1992

BOLETIN No. 3

13 de Octubre de 1992

Los trabajos de la mañana comenzaron con la oración de Laudes, que presidió el Obispo de Orán, Argentina, Gerardo Sueldo. Para la oración litúrgica de todos los días durante la IV Conferencia los participantes recibieron un libro que contiene los textos de las celebraciones eucarísticas así como de las oraciones de laudes y vísperas.

Las dos sesiones de la mañana fueron presididas por el Card. Angelo Sodano.

El Secretario General Dom Raimundo Damasceno presentó las estadísticas de los participantes: 356 en total, de los cuales 307 son miembros, 24 son invitados, 20 peritos y 5 observadores. Informó que se registraron algunos cambios con respecto a la lista original por motivo de suplencia (un caso en cada una de las siguientes Conferencias Episcopales: Antillas, Colombia y Perú; dos casos en México y tres en Paraguay), de adición (uno en cada uno de los siguientes países: Brasil, Guatemala, Chile y Colombia), de ausencias no suplidas y la suplencia del Card. Joseph Ratzinger en cuyo lugar ha venido Mons. Alberto Bovone, secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

El Secretario General Mons. Jorge A. Medina presentó a continuación el Reglamento General de la IV Conferencia, así como las Normas Internas para el Debate. Ambos textos se encuentran en el Manual del participante que fue entregado a todos los participantes en el momento de su inscripción.

Comentando el esquema general del desarrollo de la IV Conferencia Mons. Medina señaló que al final del evento no se prevé una "Proclamación de las conclusiones" sin que éstas sean antes aprobadas por el Santo Padre.

Dom Raimundo Damasceno pidió al Padre Jorge Jiménez que presentara la dinámica que se propone para la IV Conferencia General, y que se encuentra descrita en el Manual del Participante.

Luego del receso de media mañana comenzó la segunda sesión a las diez y media con intervenciones individuales acerca de la metodología general que se propone para la IV Conferencia. Se presentaron sugerencias y opiniones diversas acerca de dinámica, debates, comisiones, documento final, conclusiones, etc. Intervinieron los siguientes obispos y participantes: Sergio Contreras, Ivo Lorscheider, José Luis Azcona, Emilio Bianchi, Justo Laguna, Clemente J. Isnard, Luciano Mendes, Sinésio Bohn, Card. Primatesta, Carmelo Juan Giaquinta, Dr. Vial Correa, Jayme Chemelo, Sergio Bello y Edmundo Abastoflor.

Al terminar las intervenciones individuales el Cardenal Sodano precisó que en esta IV Conferencia General no se encuentran las Conferencias Episcopales en cuanto tales, de manera que no puede hablarse en sentido estricto a nombre de dichas Conferencias.

Dom Raimundo Damasceno presentó en seguida las ventajas del correo electrónico que se encuentra instalado en la Casa San Pablo al servicio de los participantes de la IV Conferencia, así como del Banco de Datos que contiene 129 documentos que han servido para la preparación de la IV Conferencia General, y que se encuentra también disponible en el Centro de Computos de la Casa San Pablo.

La Eucaristía de hoy fue celebrada al mediodía. Presidió y predicó el Card. Bernardin Gantin, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina y Prefecto de la Congregación para los Obispos.

Los trabajos de la tarde comenzarán a las cuatro con la ponencia del Arzobispo de Paraná, Argentina, Mons. Estanislao Karlic, sobre "Jesucristo: ayer, hoy y siempre".

Se espera que el Santo Padre Juan Pablo II presida la sesión de toda la tarde, que será plenaria y terminará alrededor de las siete de la noche.

Luego de la ponencia de Mons. Karlic se abrirá un espacio para intervenciones individuales sobre las expectativas y los criterios inspiradores de la IV Conferencia a la luz del discurso inaugural del Papa y de la Ponencia.

Posteriormente se comenzará a tratar el tema de la Realidad Eclesial y Social de América Latina con una orientación metodológica y un espacio para intervenciones individuales sobre el tema.

Al terminar los trabajos de la tarde los participantes harán la oración vespertina, tomarán la cena y saldrán a sus lugares de alojamiento.

Se facilitará la presencia de la prensa durante la sesión de la tarde en el Auditorio San Pablo.



99

**PASTORAL VISIT
OF JOHN PAUL II
TO SANTO DOMINGO
9-14.10.1992**

**DISTRIBUTION OF THE DISCOURSES
OF THE HOLY FATHER
IN THE DOMINICAN PRESS CENTERS**

DISCOURSES

DISTRIBUTION

1	09.10 17:15 CP DOM
2	10.10 15:00 CP DOM
3	11.10 07:00 CP DOM
4	11.10 07:00 CP DOM
5	11.10 16:00 CP DOM
6	12.10 07:00 CP DOM-HIG
7	12.10 07:00 CP DOM-HIG
8	12.10 16:00 CP DOM
9	13.10 07:00 CP DOM
10	13.10 07:00 CP DOM
11	13.10 07:00 CP DOM
12	13.10 07:00 CP DOM
13	13.10 07:00 CP DOM
14	14.10 07:00 CP DOM



1
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 09.10.1992
Aeropuerto internacional "Las Américas"
Cerimonia de llegada

2
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 10.10.1992
Catedral
Santa Misa

3
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
Faro a Colón
Santa Misa

4
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
Faro a Colón
Angelus Domini

5
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con el Cuerpo Diplomático

6
REPÚBLICA DOMICANA - HIGÜEY - 12.10.1992
Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia
Santa Misa

7
REPÚBLICA DOMICANA - HIGÜEY - 12.10.1992
Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia
Acto de consagración a la Virgen María

8
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 12.10.1992
Casa San Pablo
Apertura IV Conferencia General Episcopado Latinoamericano

9
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Encuentro con una representación de Indígenas

10
REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992
Nunciatura Apostólica
Mensaje a los Indígenas



99

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 07.10.1992

MENSAJE RADIOTELEVISADO EN VISPERAS DE LA LLEGADA

Amadísimos hermanos y hermanas:

Con el favor de la Divina Providencia, tendré el gozo de volver a visitar dentro de unos días la tierra bendita que hace cinco siglos recibió la Buena Nueva del mensaje de la salvación y quedó marcada con la Cruz de Cristo. Desde Roma, centro de la catolicidad, envío a todos, por medio de la radio y la televisión, un entrañable saludo con las palabras del Apóstol Pablo: "Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo" (Gál 1,3).

Mi pensamiento, lleno de estima, se dirige ya desde ahora a los Obispos, sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, a todos los dominicanos sin distinción, hombres y mujeres, por los quienes rezo cada día y a los que bendigo con gran afecto en el Señor.

Vuelvo a la República Dominicana al cumplirse nueve años de mi anterior visita con la que inauguré el período de preparación a la fecha gloriosa que ahora vamos a celebrar: el V Centenario de la llegada del Evangelio al Nuevo Mundo. En la mente y en el corazón de todos, pero especialmente de los latinoamericanos, está presente aquel 12 de octubre de 1492 cuando las naves españolas, al mando del Almirante Cristóbal Colón, arribaron a las tierras del nuevo continente, que después se llamaría América.

Con este viaje pastoral deseo, antes todo, celebrar el nacimiento de esa espléndida realidad que es la Iglesia en América. La semilla que fue sembrada hace cinco siglos ha dado frutos tan abundantes que, en la actualidad, los católicos del Nuevo Mundo representan casi la mitad de la Iglesia universal.

Por ello, mi visita, que por razones bien conocidas y ajenas a mi voluntad, se ve circunscrita a la República Dominicana, donde se fundó la primera diócesis de América, quiere también abarcar espiritualmente a todos y cada uno de los Países del continente que hace quinientos años acogió el mensaje de Jesucristo, el Evangelio de Dios. Y esta dimensión universalista, católica, viene subrayada por un acontecimiento eclesial de gran transcendencia: la celebración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendré la dicha de inaugurar el día 12 de octubre.

Invito, pues, a los católicos de la República Dominicana y de toda América a elevar fervientes plegarias al Señor para que el encuentro eclesial de Santo Domingo, que tendrá como lema *Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana*, ponga el nombre de *Jesucristo ayer, hoy y siempre* (Heb 13,8) en los labios y en el corazón de todos los latinoamericanos.

Deseo manifestar mi vivo aprecio por la espléndida labor que tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, bajo la guía de los Obispos, están desarrollando para que la visita del Papa produzca frutos copiosos que ayuden a renovar vuestra vida cristiana, impulse la nueva evangelización e infunda aliento y esperanza en todos, particularmente en los más pobres y necesitados.

Desde Roma, sede del apóstol Pedro, me uno espiritualmente a todos los dominicanos y os pido que me acompañéis con vuestras oraciones para que mi próxima peregrinación constituya un nuevo impulso a la misión de la Iglesia en vuestro País y en toda América Latina, que en profunda acción de gracias va a conmemorar el V Centenario de la evangelización del continente.

A la Santísima Virgen de la Altagracia, a cuyos pies tendré el gozo de postrarme, encomiendo mi peregrinación apostólica, mientras, en señal de benevolencia os bendigo a todos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.



100

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 09.10.1992

Aeropuerto internacional "Las Américas"

Cerimonia de llegada

Señor Presidente de la República,
Venerables Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Me llena de gozo encontrarme nuevamente en esta tierra generosa, que en los designios de Dios fue predestinada para recibir, hace ahora cinco siglos, la Cruz de Cristo, que alargando sus brazos de misericordia y amor, llegaría a abarcar la totalidad de aquel mundo nuevo que un 12 de octubre de 1492 apareció radiante a los ojos atónitos de Cristóbal Colón y sus compañeros.

Saludo muy cordialmente al Señor Presidente de la República, que acaba de recibirme, en nombre también del Gobierno y del pueblo de esta querida Nación, y le expreso mi viva gratitud por las amables palabras de bienvenida que ha tenido a bien dirigirme, así como por la invitación a visitar este noble País en fecha tan señalada. Saludo igualmente a las demás Autoridades civiles y militares aquí presentes, a quienes manifiesto también mi reconocimiento por la amabilidad de venir a recibirme.

Mis expresiones de gratitud se hacen abrazo de paz a mis Hermanos Obispos, miembros del Episcopado Dominicano y Presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, quienes con tanto amor y dedicación cuidan y sirven al Pueblo de Dios en esta vasta porción de la Iglesia. En este saludo, mi corazón abraza también con particular afecto a los queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles cristianos, a los que me debo en el Señor como Pastor de la Iglesia universal.

2. Como peregrino de la Evangelización vengo a este pórtico de las Américas, donde, como aquellos misioneros que acompañaban a los descubridores, tuve la dicha de celebrar mi primera Misa en el primer viaje pastoral de mi Pontificado. Posteriormente, el 12 de octubre de 1984, en el Estadio Olímpico de Santo Domingo, pude inaugurar la novena de años con la que la Iglesia se ha preparado a la magna efemérides que ahora celebramos. Y, recordando las palabras que pronuncié en aquella ocasión, reitero que "la Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este V Centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores; solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro" (n. 3).

Con este viaje apostólico vengo a celebrar, ante todo, a Jesucristo, el primero y más grande evangelizador, que confió a su Iglesia la tarea de proclamar en todo el mundo su mensaje de salvación. Vengo como heraldo de Cristo y en cumplimiento de la misión confiada al apóstol Pedro y a sus Sucesores de confirmar en la fe a los hermanos (cf. Lc 22,32). Vengo también para compartir vuestra fe, vuestros afanes, alegrías y sufrimientos.

3. Movido por la solicitud pastoral por toda la Iglesia, y en íntima comunión con mis Hermanos Obispos del Continente, he querido convocar la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendré la dicha de inaugurar el próximo día 12, cuando se cumplen 500 años de la implantación de la cruz de Cristo en el Nuevo Mundo.

La Iglesia, que durante este medio milenio ha acompañado en su caminar a los pueblos latinoamericanos compartiendo sus gozos y anhelos, y que hoy se hallan en una encrucijada de su historia al tenerse que enfrentar a urgentes y arduos problemas, se siente interpelada ante la dramática situación de tantos de sus hijos que buscan en ella una palabra de aliento y esperanza. Por ello, junto con los Pastores de la Iglesia convocados en esta Asamblea de Santo Domingo, deseo reafirmar nuestra irrenunciable vocación de servicio al hombre latinoamericano y proclamar su inalienable dignidad como hijo de Dios, redimido por Jesucristo.

Con la confianza puesta en el Señor, y sintiéndome muy unido a los amados hijos de la República Dominicana y de toda América Latina, inicio mi peregrinación apostólica que encomiendo a la maternal protección de Nuestra Señora de la Altagracia -cuyo Santuario en Higüey tendré la dicha de visitar- mientras bendigo a todos, pero de modo particular a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

¡Alabado sea Jesucristo!



2

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 10.10.1992

Catedral
Santa Misa

1. "Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Pe 2,9).

Amados sacerdotes, religiosos, religiosas,
miembros de vida consagrada y contemplativa:

Reunidos en torno al altar en esta catedral primada os saludo en el Señor con estas palabras del apóstol san Pedro, dirigidas a los primeros cristianos. En efecto, todos estáis llamados a anunciar con vuestra vida y ministerio a Jesucristo, el que ha iluminado con la luz de la verdad a los pueblos de América, haciendo de ellos un sacerdocio real y una nación santa por medio del bautismo.

Nos encontramos en este templo ante la "Cruz de la Evangelización" y ante el primer cuadro de la Santísima Virgen traído a América: Nuestra Señora de la Antigua. Es como si estuviésemos en el Cenáculo de Jerusalén, donde los discípulos se reunieron con María la Madre de Jesús (Act 1,14), "para implorar al Espíritu y obtener fuerzas y valor para cumplir el mandato misionero" (Redemptoris missio, 92).

En vosotros, queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, saludo a cuantos en América Latina dedican generosamente su vida a la edificación del Reino de Dios. Abrazo con afecto a todos los ministros de la evangelización, hombres y mujeres, que en los lugares más remotos de este Continente de la esperanza hacen presente el mensaje de salvación, sembrado hace cinco siglos en el alma noble de los pueblos de América. Al mismo tiempo, deseo manifestar a todos mi gratitud por la labor sacrificada con la que, "como piedras vivas" (1 Pe 2,5), construís día a día la Iglesia, difundiendo la Palabra de Dios y administrando los sacramentos que santifican. Gracias por vuestra labor pastoral en los diversos campos, como son la catequesis, la educación, la salud, la promoción humana, la pastoral familiar, las vocaciones, la enseñanza, los asilos, los hospitales y allí donde hacéis tangible y cercana la presencia de la Iglesia entre los más pobres y abandonados.

Mi saludo fraterno se dirige igualmente a todos los Señores Obispos aquí presentes y, en especial, al Episcopado de este entrañable país que nos acoge para conmemorar el V Centenario de la Evangelización del Continente.

2. Las palabras del Evangelio nos han recordado los comienzos de la predicación de Jesús, el anuncio del Reino, el sermón de la montaña. Un anuncio de felicidad y de gozo: las bienaventuranzas, código del seguimiento de Cristo, expresión de la novedad que el Hijo de Dios, como nuevo Moisés, proclama con autoridad. Junto al Maestro estaban sus discípulos que, dejándolo todo, le habían seguido. Ellos acogían sus palabras como primeros destinatarios de la Buena Noticia que habían de anunciar por todo el mundo.

Hoy se cumple también esta Escritura. Junto al Señor, presente en medio de nosotros, estamos reunidos para escuchar las palabras de vida que nos convocan a la misión. Estoy firmemente convencido de que el futuro de la nueva evangelización en América Latina depende principalmente de la entrega y fidelidad de los sacerdotes y religiosos, que a imitación de los discípulos del Señor, "lo dejaron todo y le siguieron" (Lc 5,11) para "estar con él y para ser enviados a predicar" (Mc 3,14).

El programa de vida - para el discípulo del Señor son las bienaventuranzas que hemos proclamado - exige una renovación espiritual fundada en el seguimiento radical de Cristo Sacerdote, Maestro y Buen Pastor. Se trata de hacer de la propia vida un don, una oblación a Dios, que nos llama a construir el edificio espiritual que es la Iglesia.

Este es el sentido de la exhortación de san Pedro contenida en la primera lectura : "Vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo" (1 Pe 2,5).

3. Estas palabras, dirigidas a los cristianos de la Iglesia naciente, vinieron a ser una realidad para los habitantes de estas tierras, cuando hace cinco siglos el mensaje de salvación fue anunciado por primera vez. Todos ellos fueron llamados a formar parte del edificio espiritual que es la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo Jesús. El Evangelio fue proclamado por abnegados misioneros -la mayor parte de ellos pertenecientes a órdenes religiosas- y lo que antes eran sólo "semillas del Verbo" (Cf. Lumen gentium 16; Ad gentes, 2) se convirtió por la acción del Espíritu, en un árbol frondoso, que hunde sus raíces en el corazón de los hombres y de los pueblos latinoamericanos.

Hasta este Continente llegó el Evangelio de las bienaventuranzas, el anuncio de Cristo Crucificado y Resucitado, de su dolor solidario y liberador, camino hacia un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá más lágrimas, ni muerte (Cf. Ap 21,1 y 4). "La bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Ti 3,4) han sido proclamados en estas tierras. En los surcos abiertos de su historia, la semilla del Evangelio, regada por la sangre de los mártires, fructificó en un pueblo creyente que acogió al Señor de la Vida, y "la fe pasó a ser constitutiva de su ser y de su identidad" (Puebla, 412), como lo demuestran cinco siglos de vida cristiana.

Hoy la Iglesia tiene que afrontar nuevos desafíos a los que tiene que dar una respuesta desde el evangelio. Por ello, con amor de padre y pastor, me atrevo a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo, queridos sacerdotes, para que este V Centenario sea un tiempo de gracia en el que el mensaje de salvación penetre profundamente en la vida de los individuos, de las familias, de la sociedad? ¿Cómo estáis contribuyendo, amados religiosos y religiosas, a las tareas de la nueva evangelización con vuestro testimonio de seguimiento radical a Cristo en la práctica de los consejos evangélicos?

4. Vosotros, sacerdotes, estáis llamados a dar la Palabra de vida, los sacramentos, el amor y la gracia de Cristo. Esto es lo que esperan los fieles y la Iglesia os pide: que seáis sacerdotes íntegros. En palabras de san Pablo: "que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios" (1 Cor 4,1). Vuestra fidelidad se enmarca, pues, en el misterio de la Iglesia en la que Jesús está presente y operante para la salvación del mundo. El nos ha llamado a ser sus ministros, nos ha consagrado en modo peculiar y nos envía a predicar (Cf. Mt 28,19; Mc 3,13-14). Por ello, el ministerio de la Palabra es nuestro primer deber, nuestra obligación más apremiante, "lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal" (Evangelii nuntiandi, 68).

Os exhorto, pues, a que vuestra predicación se inspire siempre en la Palabra de Dios, transmitida por la Tradición y propuesta autorizadamente por el Magisterio de la Iglesia. Hablad con valentía, predicad con fe profunda y alentando a la esperanza, como testigos del Señor Resucitado. No os consideréis maestros al margen de Cristo (Cf. Mt 23,8) sino testigos y servidores que, como nos lo recuerdan las palabras del Pontifical Romano en la ordenación de los presbíteros, "creen lo que anuncian, enseñan lo que creen y practican lo que enseñan" (cf. Pontifical Romano. Ordenación de los presbíteros).

Sed fieles también a vuestro ministerio de santificar, pues habéis recibido "la fuerza del Espíritu Santo" (cf. Act 1,8) para ser testigos de Cristo e instrumentos de la vida nueva. El Concilio Vaticano II afirma con insistencia que la misión esencial del sacerdote se halla en la Eucaristía (cf. Lumen gentium, 28). A través de la Eucaristía la redención de Cristo toca el corazón de cada hombre transformando la historia del mundo. El misterio eucarístico, intensamente vivido, reforzará vuestra voluntad de servicio a los hermanos, os hará descubrir la importancia de los demás sacramentos y encontraréis fuerza para dedicaros a la confesión y a la dirección espiritual. Para cumplir adecuadamente este ministerio, es imprescindible vuestra misma experiencia personal del sacramento de la reconciliación, por medio de vuestra confesión frecuente. La gozosa experiencia de ser perdonados por Cristo alimenta el deseo de ofrecer a los otros su perdón.

El amor llevó a Jesús a entregarse en oblación por nosotros: "por ellos me consagro yo" (Jn 17,19). También nosotros, como Jesús y con El, hemos de dar la vida por los demás (Cf. Jn 10,11). Por esto, la caridad pastoral del sacerdote, alimentada por la pobreza, la castidad y la obediencia, es como un signo sacramental del amor del Buen Pastor.

5. Vosotros, religiosos y religiosas, estáis llamados a ser signos luminosos de las realidades del Reino de Dios en su dimensión escatológica (Cf. Perfectae caritatis, 1) y testigos del espíritu radical de las bienaventuranzas: la pobreza de espíritu, la mansedumbre del corazón, las lágrimas del dolor y de la compasión, el hambre y la sed de justicia, la misericordia y la pureza de corazón, el compromiso por la paz verdadera e incluso la persecución por el nombre de Cristo.

En medio del Pueblo de Dios que peregrina en América latina, tan cercano a la experiencia de las bienaventuranzas evangélicas, debéis ser heraldos de los ideales proclamados por Jesús en el sermón de la montaña. Sed luz que ilumine, sal que no pierda su sabor. Cuanto más intensa sea vuestra tarea apostólica, tanto más eficaz debe ser el testimonio de vuestra consagración a Cristo. Cuanto más comprometida sea vuestra animación de las realidades temporales, tanto más debéis aparecer en vuestras acciones como personas que han optado por un irrevocable seguimiento de Cristo, pobre, obediente y casto. Como se afirma en la Constitución Lumen gentium, "los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas" (n.31). En efecto, ¿qué signo más profético e interpelante para el mundo que el de una existencia dedicada exclusivamente al Señor y a su mensaje?

6. En vosotros, además, se manifiesta la variedad de carismas del Espíritu en la vida de la Iglesia, los cuales representan una gran riqueza en las tareas de la nueva evangelización. ¡Permaneced fieles al espíritu de vuestros Fundadores! ¡Mantened una estrecha comunión con los Obispos, sucesores de los Apóstoles y responsables de toda la acción pastoral en las diócesis!

Por otra parte, la colaboración entre los diversos Institutos no debe apagar ni desvirtuar la originalidad de los distintos carismas, pues todos ellos son de inestimable valor cuando se viven como expresión de unidad y complementariedad en el mismo Espíritu. De esta manera, ellos servirán para reforzar la ayuda mutua, la comunión afectiva y efectiva con los Pastores, evitando cuidadosamente que vuestra actividad apostólica se desarrolle "al margen de la jerarquía o que ignore sus orientaciones pastorales" (Los caminos del evangelio, 22).

En vuestra acción apostólica no os dejéis deslumbrar por la idea de que todo queda resuelto con la denuncia de los males que obstaculizan o impiden el desarrollo social; ni siquiera con la noble voluntad de compartir la suerte de los desheredados, con lo que muchos religiosos y, sobre todo, religiosas se han ganado un justo reconocimiento. Seguid colaborando en la pastoral sanitaria, instrumento muy válido de evangelización por la particular cercanía con los enfermos y sus familiares, y que ha sido pionera de los mismos servicios hospitalarios públicos. ¡Valorad también el apostolado en vuestros centros de formación, en las escuelas y universidades para formar profesionales y dirigentes con sólidas convicciones y actitudes cristianas! Esta es también una forma de expresar el verdadero amor por los pobres.

Que no falte tampoco el aporte tan necesario de los Institutos Seculares, con su prometedora presencia y misión en América Latina, para ser fermento de renovación en medio de la sociedad y orientar hacia Dios las realidades temporales.

7. Vuestra decidida voluntad de renovación personal y comunitaria os ha de llevar a una seria reflexión para conseguir la unidad de vida en la acción y en la contemplación. En medio del trabajo y de las tareas apostólicas habéis de sentir la necesidad de reservar tiempos especiales e irrenunciables a la intimidad con el Señor. La contemplación conduce a la acción apostólica y ésta ayuda a valorar la importancia de los momentos dedicados explícitamente a la plegaria. Jesús ha de ser buscado y encontrado allí donde El os espera: en la Eucaristía, en la Palabra, en los Sacramentos, en la vida comunitaria, en los hermanos y hermanas que servís con amor y con quienes se comparte la existencia según el espíritu de las bienaventuranzas.

¡Qué inestimable riqueza es para la Iglesia y para el mundo la oración intensa y callada de las almas contemplativas! En esta ocasión quiero dirigir un saludo especial a las Ordenes contemplativas de toda América Latina. Para consuelo de todos, puedo constatar que cuando visité por primera vez Santo Domingo, había un solo monasterio femenino de vida contemplativa. Ahora son ya siete, lo cual es un signo del resurgir de las vocaciones en el Continente y debe ser también una respuesta a mi invitación a colaborar en su implantación en otras Iglesias más necesitadas o más jóvenes, ya que los monasterios ofrecen "un preclaro testimonio entre los no cristianos de la majestad y de la caridad de Dios, así como de unión con Cristo" (*Redemptoris missio*, 69; *Ad gentes*, 40). Os aliento, pues, en vuestro espíritu evangélico, que es eminentemente contemplativo y misionero. Unid vuestra oración perseverante a la de María Santísima. Haced de vuestros monasterios Cenáculos vivientes, donde se invoque la efusión del Espíritu, en un continuo Pentecostés sobre la Iglesia y el mundo. La historia salvífica de los quinientos años de fe en América Latina no hubiera sido tan rica de gracias sin la presencia de tantas vidas que, desde el silencio del claustro, han fecundado la acción evangelizadora de la Iglesia.

8. A todos los aquí presentes y a cuantos, en los diversos campos de la pastoral y de la acción apostólica en América Latina, colaboran estrechamente con los Obispos en la ingente tarea de la nueva evangelización, os exhorto a ser luz y sal que ilumine y dé sabor de virtudes cristianas a cuanto os rodea. Vuestra experiencia testimonial como sacerdotes o personas consagradas ha de ser siempre evangelizadora, para que los necesitados de la luz de la fe acojan con gozo la palabra de salvación; para que los pobres y los más olvidados sientan la cercanía de la solidaridad fraterna; para que los marginados y abandonados experimenten el amor de Cristo; para que los sin voz se sientan escuchados; para que los tratados injustamente hallen defensa y ayuda.

Saludo, finalmente, a los jóvenes seminaristas y aspirantes a la vida religiosa de este país y de todo el Continente. Me alegra saber que aumenta el número de candidatos en los seminarios y en las casas de formación. A todos aliento a proseguir con generosa entrega el camino emprendido en plena fidelidad a la propia vocación a Cristo y a la Iglesia. Dedicados intensamente a vuestra formación; sed austeros, humildes, obedientes; cultivad las virtudes humanas, tan necesarias hoy en día para el ministerio pastoral y, sobre todo, cimentad vuestra vocación sobre un gran amor personal a Cristo Eucaristía y una "fiel confianza en la Santísima Virgen María, a la que Cristo muriendo en la cruz, entregó como Madre al discípulo" (*Optatam totius*, 8).

A los diáconos permanentes deseo animarles a una generosa dedicación a las comunidades a las que sirven como discípulos del Señor Jesús.

9. "Vosotros sois piedras vivas..." (Cf. *1 Pe* 2,5). Las palabras del Apóstol resuenan en esta catedral con la intensidad del momento que estamos viviendo: la celebración eucarística por la Santa Iglesia de Dios. Vosotros sois piedras vivas de la Iglesia, escogidas y talladas por el Señor, unidas las unas a las otras en la firmeza de la verdad y en la comunión eclesial del amor, apoyadas en la piedra angular que es Jesucristo, fundamento último de vuestra fe y motivación suprema de vuestra vida.

Jesucristo y la Iglesia tienen que ser la pasión de vuestra existencia. No se puede amar y servir a Cristo si no se ama a su Iglesia, a sus pastores y a sus fieles. ¡Sed "piedras vivas" de la Iglesia de Latinoamérica!

Que la Virgen María, la primera evangelizadora del Continente, os confirme y aliente en el amor de Cristo para ser siempre testigos del Evangelio de las bienaventuranzas. Amén.



3

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992

Faro a Colón
Santa Misa

"Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz" (Is 60,1).

1. La conmemoración del V Centenario del comienzo de la evangelización del Nuevo Mundo, es un día grande para la Iglesia. Como Sucesor del Apóstol Pedro tengo la dicha de celebrar esta Eucaristía junto con mis Hermanos Obispos de toda América Latina, así como miembros de otros Episcopados invitados, en esta bendita tierra, que hace ahora quinientos años, recibió a Cristo, luz de las naciones, y fue marcada con el signo de la Cruz salvadora.

Desde Santo Domingo quiero hacer llegar a todos los amadísimos hijos de América mi saludo entrañable con las palabras del apóstol san Pablo: "Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (Gál 1,3). Al conmemorar el 12 de octubre de 1492, una de las fechas más importantes en la historia de la humanidad, mi pensamiento y mi afecto se dirigen a todas y cada una de las Iglesias particulares del continente americano. Que a pesar de la distancia llegue a todas mi voz y la cercanía de mi presencia.

2. Voz que abraza en el Señor a las Iglesias en el cono sur: Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay.

Voz de fraterno amor en Cristo a la Iglesia en Brasil, a las Iglesias de los Países andinos: Bolivia y Perú, Ecuador y Colombia.

Voz de afectuosa comunión en la fe a la Iglesia en Venezuela, en Surinam, en las Antillas, en República Dominicana y Haití, en Cuba, Jamaica y Puerto Rico.

Voz de paz en el Señor a las Iglesias de América Central y Panamá, de México y América del Norte.

Junto con el abrazo fraterno a mis Hermanos en el Episcopado, deseo presentar mi cordial y deferente saludo al Señor Presidente de la República y demás Autoridades que nos acompañan.

3. Las palabras de Isaías, proclamadas en la primera lectura, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz" (Is 60,1), nos presentan la gloria de la nueva Jerusalén. El profeta, a distancia de siglos, anuncia a Aquel que él ve como la Luz del mundo. De Jerusalén viene la aurora que resplandecerá en la plenitud del Misterio divino diseñado desde toda la eternidad. Su claridad se extenderá a todas las naciones de la tierra.

En efecto, hoy, reunidos en torno al altar, celebramos en Santo Domingo, en rendida acción de gracias a Dios, la llegada de la luz que ha alumbrado con esplendor de vida y esperanza el caminar de los pueblos que, hace ahora quinientos años, nacieron a la fe cristiana. Con la fuerza del Espíritu Santo la obra redentora de Cristo se hacía presente por medio de aquella multitud de misioneros que, urgidos por el mandato del Señor de "predicar la Buena Nueva a toda criatura" (Mc 16,15), cruzaron el océano para anunciar a sus hermanos el mensaje de salvación. Junto con mis Hermanos Obispos de América, doy gracias a la Santísima Trinidad porque "los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios" (Sal 98,3). Las palabras del profeta se han hecho verdad y vida en este continente de la esperanza; por ello, con gozo incontenible, podemos hoy proclamar de nuevo: América, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido" (Is 60,1).

4. Y ¿qué mayor timbre de gloria para América que el de poder presentar a todos aquellos testimonios de santidad que a lo largo de estos cinco siglos han hecho vida en el Nuevo Mundo el mensaje de Jesucristo? Ahí están esa admirable pléyade de santos y beatos que adornan la casi totalidad de la geografía americana, cuyas vidas representan los más sazonados frutos de la evangelización y son modelo y fuente de inspiración para los nuevos evangelizadores.

En este marco de santidad se sitúa la presente canonización del Beato Ezequiel Moreno, que en su vida y obra apostólica compendia admirablemente los elementos centrales de la efemérides que celebramos. En efecto, en la reseña de su vida santa, así como de los méritos y gracias celestiales con que el Señor quiso adornarle -que hemos oído hace unos momentos al solicitar oficialmente su canonización- aparecen España, Filipinas y América Latina como los lugares en que desarrolló su incansable labor misionera este hijo insigne de la Orden Agustina Recoleta. Como obispo de Pasto, en Colombia, se sintió particularmente urgido por el celo apostólico que, como hemos oído en la segunda lectura de esta celebración litúrgica, hace exclamar a san Pablo: "Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?" (Rom 10,14).

5. El nuevo Santo se nos presenta ante todo como *modelo de evangelizador*, cuyo incontenible deseo de anunciar a Cristo guió todos los pasos de su vida. En Casanare, Arauca, Pasto, Santaafé de Bogotá y tantos otros lugares se entregó sin reserva a la predicación, al sacramento de la reconciliación, a la catequesis, a la asistencia a los enfermos. Su inquebrantable fe en Dios, alimentada en todo momento por una intensa vida interior, fue la gran fuerza que le sostuvo en su dedicación al servicio de todos, en particular de los más pobres y abandonados. Como Pastor profundamente espiritual y vigilante, dio vida a diversas asociaciones religiosas; y a donde no podía llegar en persona procuraba hacerse presente mediante la publicación, el periódico, la carta particular.

San Ezequiel Moreno, con su vida y obra de evangelizador, es modelo para los Pastores, especialmente de América Latina, que bajo la guía del Espíritu quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana, la cual, llamada a la santidad, que es la más preciada riqueza del cristianismo, ha de proclamar sin descanso a "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8). El Señor Jesús, que fue anunciado por primera vez a los pueblos de este continente hace quinientos años, nos trae la salvación, pues sólo El tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,69). "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16). Es el Dios que ama al hombre hasta entregar su vida por él. Es el Dios encarnado, que muere y resucita. ¡Es el Dios Amor!

Hoy, junto con toda la Iglesia, elevamos nuestra acción de gracias por los cinco siglos de evangelización. En verdad se cumplen las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado: "Se estremecerá y se ensanchará tu corazón porque vendrán a ti los tesoros del mar" (Is 60,5). Son las riquezas de la fe, de la esperanza, del amor. Son "las riquezas de las naciones" (Ibid.): sus valores, sus conocimientos, su cultura. La Iglesia, que a lo largo de su historia ha conocido pruebas y divisiones, se siente enriquecida por Aquel que es el Señor de la historia.

6. América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo! Deja que la semilla plantada hace cinco siglos fecunde todos los ámbitos de tu vida: los individuos y las familias, la cultura y el trabajo, la economía y la política, el presente y el futuro.

En esta solemne efemérides, quiero dirigir mi mensaje de paz y esperanza a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que en este bendito continente caminan entre los gozos y las tristezas del presente y aspiran a un porvenir más justo y fraterno.

A quienes tienen la responsabilidad del gobierno de las Naciones, con deferencia y respeto hacia las funciones que ejercen, les invito a un renovado empeño en favor de la justicia y la paz, de la libertad y el desarrollo integral. Que no ahorren esfuerzos para potenciar los valores fundamentales de la convivencia social: el respeto a la verdad, los vínculos de solidaridad, la tutela de los derechos

humanos, la honestidad, el diálogo, la participación de los ciudadanos a todos los niveles. Que el imperativo ético sea un constante punto de referencia en el ejercicio de sus funciones. Los principios cristianos que han informado la vida de sus pueblos, inspirando muchas de sus instituciones, serán factor determinante en la consecución de la deseada integración latinoamericana e infundirán viva esperanza y nuevo dinamismo que les lleve a ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las Naciones.

7. A los representantes del mundo de la cultura, les aliento a una generosa puesta en común de inteligencias, voluntades y trabajo creador ante los retos con que se enfrenta América Latina en el momento actual. Motivando y estimulando la capacidad moral y espiritual de las personas, sois, en gran medida, corresponsables en la construcción de una nueva sociedad. América Latina ha de consolidar su identidad cultural y debe hacerlo desde sí misma, siendo fiel a sus raíces más genuinas en las que a lo largo de estos cinco siglos se han encarnado los valores cristianos. La cultura, como instrumento de acercamiento y participación, de comprensión y solidaridad, ha de abrir nuevos caminos de progreso y sentar las bases de un auténtico humanismo integral que eleve la dignidad del hombre a su verdadera e irrenunciable dimensión de hijo de Dios. Hago, pues, un apremiante llamado a los responsables de la cultura en América Latina para que intensifiquen sus esfuerzos en favor de la educación, que es llave maestra del futuro, alma del dinamismo social, derecho y deber de toda persona.

8. A los trabajadores y empresarios -desde sus respectivas responsabilidades en la sociedad- no puedo por menos de exhortarles a la *solidaridad real y eficiente*. Vuestro desafío en las actuales circunstancias ha de tener como objetivo común el de servir al hombre latinoamericano en sus impostergables necesidades: luchar contra la pobreza y el hambre, el desempleo y la ignorancia; transformar los recursos potenciales de la naturaleza con inteligencia, laboriosidad y constancia; aumentar la producción y promover el desarrollo; humanizar las relaciones laborales poniendo siempre a la persona humana, su dignidad y derechos, por encima de los egoísmos e intereses de grupo. Mirando el actual panorama de América Latina y, más aún, las perspectivas de futuro, se hace necesario sentar las bases para la creación de una *economía solidaria*. Hay que sentir la pobreza ajena como propia y convencerse de que los pobres no pueden esperar. Por su parte, los poderes públicos han de salir al paso de injustas diferencias que ofenden la condición humana de los hombres, hermanos e hijos de un mismo Padre y copartícipes de los dones que el Creador puso en manos de todos. Aunque la Iglesia no pretende en ningún momento ofrecer soluciones técnicas, sí alienta la creación de un proyecto económico a nivel continental que, superando los aislacionismos, pueda presentarse como interlocutor válido en la escena internacional y mundial. Por otra parte, no puedo por menos de dirigir un urgente llamado a las Naciones desarrolladas para que enfrenten su *responsabilidad moral* ante la dramática situación de pobreza de millones de seres humanos en América Latina.

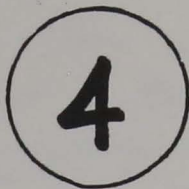
9. A las familias de América, santuarios del amor y de la vida, les exhorto a ser verdaderas "iglesias domésticas", lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana, donde se construyan los sólidos fundamentos de una sociedad más íntegra, fraterna y solidaria. Que en su seno, los jóvenes, la gran fuerza y esperanza de América, puedan hallar ideales altos y nobles que satisfagan las ansias de sus corazones y les aparte de la tentación de una cultura insolidaria y sin horizontes que conduce irremediablemente al vacío y al desaliento. Deseo en esta ocasión rendir particular homenaje a la mujer latinoamericana que, generación tras generación, ha sido como el ángel custodio del alma cristiana de este Continente.

Finalmente, mi pensamiento y mi plegaria a Dios se dirige a los enfermos, a los ancianos, a los marginados, a las víctimas de la violencia, a los que no tienen empleo ni vivienda digna, a los desplazados y encarcelados; en una palabra, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. Que la conciencia del dolor y de las injusticias infligidas a tantos hermanos, sea, en este V Centenario, ocasión propicia para pedir humildemente perdón por las ofensas y crear las condiciones de vida individual, familiar y social que permitan un desarrollo integral y justo para todos, pero particularmente para los más abandonados y desposeídos. Vienen a mi mente aquellas palabras de Santo Toribio de Mogrovejo, Patrono del Episcopado Latinoamericano, en las que se declara profundamente dolido porque "no sólo en tiempos pasados se les ha hecho a estos pobres indios tantos agravios y con tanto exceso, sino que también en el día de hoy muchos procuran hacer lo mismo". Los sentimientos y la solicitud pastoral que reflejan estas palabras, pronunciadas por Santo Toribio en el III Concilio provincial de Lima de 1582, conservan hoy plena actualidad, queridos Hermanos Obispos de América Latina, que mañana iniciaréis los trabajos de la IV Conferencia General. Era el mandato del Señor, de predicar el evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) lo que movía al Santo Arzobispo a entregarse sin límites al anuncio del mensaje de salvación y a la defensa de los pobres. Hoy, los sucesores de los Apóstoles en esta tierra fértil, que recibió hace cinco siglos la palabra de Dios, se enfrentan a nuevos y apremiantes retos, pero sienten en su alma de Pastores los urgentes interrogantes de san Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?" (Rom 10,14-15).

10. Se trata, amadísimos Hermanos en el Episcopado, de interrogantes fundamentales que interpelan a los Pastores de la Iglesia de todas las épocas. Responder a tales urgencias y desafíos, antiguos y nuevos, es ciertamente vuestra tarea prioritaria en el Continente de la esperanza y el objetivo esencial de la importante reunión eclesial que os disponéis a celebrar. Estamos congregados frente a este Faro de Colón, que con su forma de cruz quiere simbolizar la Cruz de Cristo plantada en esta tierra en 1492. Con ello, se ha querido también rendir homenaje al gran Almirante que dejó escrito como voluntad suya: "Poned cruces en todos los caminos y senderos, para que Dios os bendiga".

¡Jesucristo ayer, hoy y siempre"! (Heb 13,8). El es nuestra vida y nuestro único guía. Sólo en El está puesta nuestra esperanza. Su Espíritu ilumina los senderos de la Iglesia, que hoy como ayer, le proclama Salvador del mundo y Señor de la historia. Nos sostiene la sólida certeza de que El no nos abandona: "Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo" (Mt 28,20), fueron sus últimas palabras antes de ascender a su gloria. Jesucristo, luz del mundo, "camino, verdad y vida" (Jn 14,6), nos guía por los senderos que pasan por el corazón de los hombres y por la historia de los pueblos para que en todo tiempo y todas las generaciones "vean la salvación de nuestro Dios" (Sal 97,3).

Amén.



110

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992

Faro a Colón

Angelus Domini

Queridos hermanos y hermanas:

1. La Iglesia, con el rezo del *Angelus*, nos invita amorosamente a recordar el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y fijar nuestra mirada en la Virgen María. Durante los meses que han precedido a mi viaje apostólico a la República Dominicana, he querido peregrinar espiritualmente, con el rezo del *Angelus*, a los principales Santuarios marianos del Continente. En gozosa comunión orante con las Iglesias de América, he rendido homenaje a la Madre de Dios en estos lugares, que son vivos testimonios de fe cristiana y de profunda devoción mariana.

Hoy, al concluir la Santa Misa con la que hemos conmemorado los quinientos años de la Evangelización de las Américas y he tenido el gozo de canonizar a un Obispo de Colombia, el agustino recoleto Ezequiel Moreno, nuestro corazón se eleva hacia nuestra Madre del cielo. A este propósito, deseo dirigir un particular saludo a las religiosas y religiosos agustinos recoletos que, desde diversos países de América, de Europa y también de Asia, han venido a Santo Domingo para participar en la solemne ceremonia de canonización.

2. La llegada del Evangelio de Cristo a las Américas lleva el sello de la Virgen María. Su nombre y su imagen campeaban en la carabela de Cristóbal Colón, la «Santa María», que hace cinco siglos arribó al Nuevo Mundo. Ella fue «Estrella del mar» en la arriesgada y providencial travesía del océano que abrió insospechados horizontes a la humanidad. La tripulación de las tres carabelas, al despuntar el día del descubrimiento, la invocó con el canto de la *Salve Regina*. Era un 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, memoria tradicional de las primicias de la llegada del Evangelio a España, lo cual representaba el signo providencial de que la Evangelización de América se realizaba bajo la protección de la Madre de Dios.

Los quinientos años de historia cristiana de América están marcados por la presencia de María, que desde los albores de la evangelización, encarnó los valores culturales de los pueblos del Continente, como vemos en la Virgen del Tepeyac. Cada santuario y cada altar, con sus nombres entrañables y sus títulos pintorescos, con sus imágenes sencillas, cargadas de devoción y de misterio, son la memoria de una particular predilección de María por cada nación y cada pueblo. En cada santuario se renueva el pacto de amor de la Virgen con sus hijos de América. Esa profunda devoción a la Madre de Jesús es una nota distintiva de su catolicidad, es garantía de su perseverancia en la fe verdadera, de su comunión eclesial y de su unidad espiritual.

3. Mientras evocamos en el *Angelus* el misterio de la Encarnación redentora, aflora a nuestros labios la invocación que reconoce y venera el misterio de la Virgen: *Dios te salve María... Y también la ardiente súplica que implora su protección: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores...* Desde hace quinientos años estas invocaciones resuenan en todas las latitudes del Continente de la esperanza, en el que María es Reina pero también Madre de los pobres, esperanza de los oprimidos, aurora de la civilización del amor, de la justicia y de la paz, que abre horizontes de verdadera hermandad entre todos sus pueblos.

Por ella el Verbo hecho carne ha habitado en medio de nosotros. Y en la hora de la nueva evangelización, María nos señala y nos ofrece a Jesucristo, el único Salvador del mundo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (cf. *Heb 13,8*). A Ella, que es Madre de la Iglesia, Estrella de la Evangelización, dulzura y esperanza nuestra, todos nosotros, pastores y fieles, dirigimos nuestra ferviente plegaria e invocamos su protección en los albores del tercer milenio de la historia cristiana.

Cristo y por vuestro ingenio en conseguir soluciones originales, contribuyáis a alcanzar un desarrollo cada vez más humano y más cristiano.

5. Encontrándome en esta zona rural de la República, mi pensamiento se dirige de modo particular a los hombres y mujeres del campo. Vosotros, queridos campesinos, colaboráis en la obra de la creación haciendo que la tierra produzca los frutos que servirán de alimento a vuestras familias y a toda la comunidad. Con vuestro sudor y esfuerzo ofrecéis a la sociedad unos bienes que son necesario para su sustento. Apelo, por ello, al sentido de justicia y solidaridad de las personas responsables para que pongan todos los medios a su alcance en orden a aliviar los problemas que hoy aquejan al sector rural, de tal manera que los hombres y las mujeres del campo y sus familias puedan vivir del modo digno que les corresponde a su condición de trabajadores e hijos de Dios. La devoción a la Santísima Virgen, tan arraigada en la religiosidad de los trabajadores del campo, marca sus vidas con el sello una rica humanidad y una concepción cristiana de la existencia, pues en María se cifran las esperanzas de quienes ponen su confianza en Dios. Ella es como la síntesis de evangelio y "nos muestra que es por la fe y en la fe, según su ejemplo, como el pueblo de Dios llega a ser capaz de expresar en palabras y de traducir en su vida el misterio del deseo de salvación y sus dimensiones liberadores en el plano de la existencia individual y social" (Inst. *Libertatis conscientia*, 97).

6. "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gál 4,4).

María es la mujer que acogiendo con fe la palabra de Dios y uniendo indisolublemente su vida a la de su Hijo, se ha convertido en "la primera y más perfecta discípula de Cristo" (*Mariæ cultus*, 35). Por ello, en unas circunstancias como las actuales, cuando el acoso secularizante tiende a sofocar la fe de los cristianos negando toda referencia al trascendente, la figura de María se yergue como ejemplo y estímulo para el creyente de hoy y le recuerda la apremiante necesidad de que su aceptación del Evangelio se traduzca en acciones concretas y eficaces en su vida familiar, profesional, social (Cf. *Christifideles laici*, 2). En efecto, el laico dominicano está llamado, como creyente, a hacer presente los valores evangélicos en los diversos ámbitos de la vida y de la cultura de su pueblo. Su propia-vocación cristiana le compromete a vivir inmerso en las realidades temporales como constructores de paz y armonía colaborando siempre al bien común de la Nación. Todos deben promover la justicia y la solidaridad en los diversos campos de sus responsabilidades sociales concretas: en el mundo económico, en la acción sindical o política, en el campo cultural, en los medios de comunicación social, en la labor asistencial y educativa. Todos están llamados a colaborar en la gran tarea de la nueva evangelización.

Hoy como ayer María ha de ser también la Estrella de esa nueva evangelización a la que la Iglesia universal, y especialmente en América Latina, se siente llamada al celebrar sus quinientos años de fe cristiana. En efecto, el anuncio del evangelio en el Nuevo Mundo se llevó a cabo "presentando a la Virgen María como su realización más completa" (*Puebla*, 466). Y a lo largo de estos cinco siglos la devoción mariana ha demostrado sobradamente ser un factor fundamental de evangelización, pues María es el evangelio hecho vida. Ella es la más alta y perfecta realización del mensaje cristiano, el modelo que todos deben seguir. Como afirmaron los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla de los Angeles, "sin María, el Evangelio se desencarna, se desfigura y se transforma en ideología, en racionalismo espiritualista" (*Puebla*, 301).

7. "Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso" (Lc 1,49).

Así lo proclama María en el Magnificat. Ella, la Altagracia, nos entrega al Salvador del mundo y, como nueva Eva, viene a ser en verdad "la madre de todos los vivientes" (Gén 3,20). En la Madre de Dios comienza a tener cumplimiento la "plenitud de los tiempos" en que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer,...para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Gál 4,4-5). El Enmanuel, Dios-con-nosotros, sigue siendo una nueva y maravillosa realidad que nos permite dirigirnos a Dios como Padre, pues María nos entrega a Aquel que nos hace hijos adoptivos de Dios: "hijos en el Hijo".

"La prueba de que sois hijos -escribe san Pablo- es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios" (Gál 4,6-7). Esta es la gran verdad que nos proclama el Apóstol en nuestra celebración eucarística: la filiación adoptiva al recibir la vida divina. Por eso, nuestros labios pueden repetir las mismas palabras: "Padre...Padre nuestro", porque es el Espíritu Santo quien las inspira en nuestros corazones.

8. ¡Altagracia! La gracia que sobrepuja al pecado, al mal, a la muerte. El gran don de Dios se expande entre los pueblos del Nuevo Mundo, que hace cinco siglos oyeron las palabras de vida y recibieron la gracia bautismal. Un don que está destinado a todos sin excepción, por encima de razas, lengua o situación social. Y si algunos hubieran de ser privilegiado por Dios, éstos son precisamente los sencillos, los humildes, los pobres de espíritu.

Todos estamos llamados a ser hijos adoptivos de Dios; pues "para ser libres nos libertó Cristo" (Gal 5,1): ¡libres de la esclavitud del pecado!

¡Madre de Dios! ¡Virgen de la Altagracia! Muestra los caminos del Enmanuel, nuestro Salvador, a todos tus hijos e hijas en el Continente de la esperanza para que, en este V Centenario de la Evangelización, la fe recibida se haga fecunda en obras de justicia, de paz y de amor.

Amén.

de la Altagracia es expresión limpia y pura de lo que el Evangelio nos dice sobre el misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

A la sombra de este templo se ha formado un pueblo en fusión de razas y culturas, de anhelos y esperanzas, de éxitos y de fracasos, de alegrías y tristezas. El pueblo dominicano ha nacido bajo el signo de la Virgen Madre, que lo ha protegido a lo largo de su caminar en la historia. Como consta en los anales de esta Nación, a este lugar santo han acudido a buscar valor y fuerza los forjadores de la nacionalidad; inspiración los poetas, los escritores y los sabios; aliento los hombres de trabajo; consuelo los afligidos, los enfermos, los abandonados; perdón los arrepentidos; gracia y virtud los que sienten la urgencia de ser santos. Y todo ellos, bajo el manto de la Altagracia, la llena de gracia.

3. Este Santuario, amadísimos dominicanos, es la casa donde la Santísima Virgen ha querido quedarse entre vosotros como madre llena de ternura, dispuesta siempre a compartir el dolor y el gozo de este pueblo. A su maternal protección encomiendo todas las familias de esta bendita tierra para que reine el amor y la paz entre todos sus miembros. La grandeza y la responsabilidad de la familia están en ser la primera comunidad de vida y amor; el primer ambiente donde los jóvenes aprenden a amar y a sentirse amados. Cada familia ha recibido de Dios la misión de ser "la célula primera y vital de la sociedad" (*Apostolicam actuositatem*, 11) y está llamada a construir día a día su felicidad en la comunión. Como en todo tejido vivo, la salud y el vigor de la sociedad depende de cómo sean las familias que la integran. Por ello, es también responsabilidad de los poderes públicos el favorecer la institución familiar, reforzando su estabilidad y tutelando sus derechos. Vuestro país no puede renunciar a su tradición de respeto y apoyo decidido a aquellos valores que, cultivados en el núcleo familiar, son factor determinante en el desarrollo moral de sus relaciones sociales, y forman el tejido de una sociedad que pretende ser sólidamente humana y cristiana.

Es responsabilidad vuestra, padres y madres cristianos, formar y mantener hogares donde se cultiven y vivan los valores del Evangelio. Pero ¡cuántos signos de muerte y desamor marcan a nuestra sociedad! ¡cuántos atentados a la fidelidad matrimonial y al misterio de la vida! No os dejéis seducir, esposos cristianos, por el fácil recurso al divorcio. No permitáis que se ultraje la llama de la vida. El auténtico amor dentro de la comunión matrimonial se manifiesta necesariamente en una actitud positiva ante la vida. El anticoncepcionismo es una falsificación del amor conyugal que convierte el don de participar en la acción creadora de Dios en una mera convergencia de egoísmos mezquinos (Cf. *Familialis consortio*, 30 y 32). Y cómo no repetir una vez más en esta circunstancia que si no se pueden poner obstáculos a la vida, menos aún se puede eliminar impunemente a los aún no nacidos, como se hace con el aborto?

Por su parte, los esposos cristianos, en virtud de su bautismo y confirmación y por la fuerza sacramental del matrimonio, tienen que transmitir la fe y ser fermento de transformación en la sociedad. Vosotros, padres y madres de familia, habéis de ser los primeros catequistas y educadores de vuestros hijos en el amor. Si no se aprende a amar y a orar en familia, difícilmente se podrá superar después ese vacío. ¡Con cuánto fervor imploro a Dios que las jóvenes y los jóvenes dominicanos encuentren en sus hogares el testimonio cristiano que avive su fe y les sostenga en los momentos de dificultad o de crisis!

4. ¡Jóvenes dominicanos!!, pido a Nuestra Señora de la Altagracia que os fortalezca en la fe, que os conduzca a Jesucristo porque sólo en El encontraréis respuesta a vuestras inquietudes y anhelos; sólo El puede apagar la sed de vuestros corazones. La fe cristiana nos enseña que vale la pena trabajar por una sociedad más justa; que vale la pena defender al inocente, al oprimido y al pobre; que vale la pena sacrificarse para que triunfe la civilización del amor. Sois los jóvenes del continente de la esperanza. Que las dificultades que os toca vivir no sean un obstáculo al amor, a la generosidad, sino más bien un desafío a vuestra voluntad de servicio. Habéis de ser fuertes y valientes, lúcidos y perseverantes. No os dejéis seducir por el hedonismo, la evasión, la droga, la violencia y las mil razones que aparentan justificarlas. Sois los jóvenes que caminan hacia el tercer milenio cristiano y debéis prepararos para ser los hombres y mujeres del futuro, responsables y activos en las estructuras sociales, económicas, culturales, políticas y eclesiales de vuestro país para que, informados por el espíritu de



5

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 11.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con el Cuerpo Diplomático

Excelencias,
Señoras y Señores:

1. Es para mí motivo de particular satisfacción poder tener este encuentro con un grupo cualificado de personas como es el Cuerpo diplomático acreditado ante el Gobierno de la República Dominicana, así como con representantes de Organizaciones Inter-nacionales. A todos expreso mi más cordial saludo, que hago extensivo a los Gobiernos, Instituciones y pueblos que representáis.

Las altas funciones diplomáticas que desempeñáis os hacen acreedores del aprecio y atenta consideración de la Santa Sede, sobre todo por tratarse de una labor al servicio de la gran causa de la paz, del acercamiento y colaboración entre los pueblos y de un intercambio fructífero para lograr unas relaciones más humanas y justas en el seno de la comunidad internacional.

La conmemoración del V Centenario de la Evangelización de América le da a nuestro encuentro un particular significado. En efecto, esta fausta efemérides -que es motivo de acción de gracias a Dios porque la semilla del evangelio ha dado como fruto esta realidad viva y pujante que es la Iglesia latinoamericana- nos sitúa, a la vez, ante una hora crucial para los pueblos de este Continente que, junto con los cambios profundos que han tenido lugar en el ámbito internacional, especialmente en Europa, han de enfrentarse a desafíos socio-económicos urgentes y con características nuevas en su configuración actual.

2. Consciente de la importancia de este momento histórico, la Iglesia católica, tan cercana siempre al hombre latinoamericano en sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias (cf. *Gaudium et spes*, 1), ha querido poner de relieve este evento celebrando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tendrá la dicha de inaugurar mañana en esta capital. La Sede Apostólica comparte vivamente los afares pastorales de los Obispos de América Latina y confía en que la nueva evangelización reciba un gran impulso de esta Conferencia y se proyecte en la vida de las instituciones y de los pueblos, que hace 500 años recibieron la luz de la fe.

Todo ello hace que este encuentro con el Cuerpo diplomático adquiera una relevancia especial. Mi mensaje va dirigido a todos los presentes, pero en esta singular ocasión, también y de modo particular, a los Gobernantes de las Naciones de este Continente.

3. La historia de estos cinco siglos ha ido configurando a los pueblos de América Latina como una comunidad de Naciones. El pasado, con sus luces y sombras, ilustra e ilumina la realidad del presente. Pero es el futuro de este Continente lo que ha de ser objeto del esfuerzo decidido y generoso de cuantos dedican sus vidas al servicio del bien común de la sociedad. Por ello, con todo respeto y deferencia, me dirijo a los responsables de los Gobiernos de América Latina para que den un decidido impulso al proceso de integración latinoamericana, que permita llevar a sus pueblos a ocupar el lugar que les corresponde en la escena mundial.

Son muchos y de gran importancia los factores a favor de esa integración. En efecto, constatamos, en primer lugar, la presencia de la religión católica, profesada por la mayoría de los latinoamericanos. Se trata de una componente que -por su propia naturaleza- se encuentra en un plano distinto y más profundo que el de la mera unidad sociopolítica. Sin embargo, al promover el amor, la fraternidad y la convivencia entre los hombres como algo sustancial de su propia misión, la Iglesia católica no puede dejar de favorecer la integración de unos pueblos que, por sus comunes raíces cristianas, se sienten hermanos (cf. *Gaudium et spes*, 42).

Junto a esta comunidad de fe constatamos también estrechos vínculos culturales y geográficos. América Latina constituye una de las realidades geoculturales más significativas del mundo contemporáneo. En efecto, el factor lingüístico favorece grandemente la comunicación y el acercamiento entre las diversas mentalidades. Por otra parte, la unidad geográfica es determinante en el proceso de configuración de las comunidades nacionales e internacionales. Por último, el pasado histórico, que en gran medida es común a los diversos países de América Latina, constituye un ulterior elemento unificador.

4. Señoras y señores, la necesidad de la integración latinoamericana es convicción pacíficamente compartida por muchos y confirmada por las metas ya alcanzadas en materia de economía y de representación parlamentaria. Ahora bien, la integración exige esfuerzo, porque implica un cambio de mentalidad. En efecto, requiere, entre otras cosas, ver como un beneficio propio lo que une a todos. Para ello es necesario, en primer lugar, la superación de los diversos conflictos y tensiones, que enturbian la convivencia pacífica entre los países y generan desconfianzas y antagonismos recíprocos.

En este contexto quisiera hacer un apremiante llamado a la solución pacífica de las controversias. La posibilidad de cualquier enfrentamiento armado ha de ser desechada con firme decisión. Un país hermano vencido y humillado es, en cierta medida, un daño real e inmediato también para el vencedor. Con mayor razón aún hay que rechazar firmemente la violencia armada dentro de una misma comunidad nacional. Si quien empuña las armas lo hace porque se siente despojado de su dignidad y lesionado en sus derechos ciudadanos, con la guerrilla, además de atentar a la vida de las personas y a los principios de la convivencia pacífica, está contribuyendo a perpetuar odios y venganzas durante generaciones.

Señores Embajadores: una política de pacificación y de integración tiene como requisito indispensable el respeto de los derechos humanos. En efecto, la solidaridad exige promover la inalienable dignidad de toda persona. Por eso, considero particularmente atinente repetir aquí una reflexión que hacía en la Encíclica Centesimus annus: "Después de la caída del totalitarismo comunista y de otros muchos regímenes totalitarios y de «seguridad nacional», asistimos hoy al predominio, no sin contrastes, del ideal democrático junto con una viva atención y preocupación por los derechos humanos. Pero, precisamente por esto, es necesario que los pueblos que están reformando sus ordenamientos den a la democracia un auténtico y sólido fundamento, mediante el reconocimiento explícito de estos derechos" (n. 47).

5. Movido por mi solicitud pastoral, ante las graves consecuencias que para las poblaciones de América Latina conlleva el problema de la deuda externa, he dirigido apremiantes llamados para que se busquen soluciones justas a este dramático problema. Mas, en contradicción con los esfuerzos que se realizan para aliviar la crisis económica, se detectan fenómenos, como la fuga de capitales, la acumulación de riquezas en manos de pocos o el hecho de que considerables sumas y recursos sean dedicados a objetivos no relacionados directamente con el desarrollo que se desea, como es la tendencia actual al armamentismo en América Latina; esto hace que unos fondos que deberían destinarse a resolver tantas necesidades, como la educación, la salud o el grave problema de la vivienda, vengán desviados hacia el incremento del arsenal bélico, postergando ulteriormente tantas expectativas de los hombres y mujeres latinoamericanos. Vienen a mi mente los interrogantes que, a este propósito, se plantean en la Encíclica Sollicitudo rei socialis: "¿Cómo justificar el hecho de que grandes cantidades de dinero, que podrían y deberían destinarse a incrementar el desarrollo de los pueblos, son, por el contrario, utilizadas para el enriquecimiento de individuos o grupos, o bien asignados al aumento de arsenales, tanto en los países desarrollados como en aquellos en vía de desarrollo, trastocando de este modo las verdaderas prioridades?" (n. 10; cf. n. 24).

En un Continente donde no se logra contener el proceso de empobrecimiento, donde los índices de desempleo y subempleo son tan altos, y donde, por contraste, las posibilidades y recursos son abundantes, es impostergable una adecuada inversión del capital a disposición con el fin de crear nuevos puestos de trabajo y aumentar la producción. La pobreza, inhumana e injusta, debe ser erradicada. Para ello, ha de ser potenciado el recurso humano, que es el factor clave del progreso de un pueblo. En efecto, invertir en la educación de la niñez y de la juventud es asegurar un futuro mejor para todos.

¡Qué ancho campo hay aquí para la solidaridad de los pueblos y Gobiernos, así como para vuestros análisis y sugerencias de ayuda y apoyo! Que Dios conceda a los responsables del bien común clarividencia y sabiduría para acertar en las medidas a tomar y voluntad tenaz para llevarlas a la práctica.

6. Señoras y Señores: puedo asegurarles que en la Santa Sede encontrarán siempre un atento interlocutor en todo lo relativo a promover la fraternidad y la solidaridad entre los pueblos, así como en lo que favorezca la paz, la justicia y el respeto de los derechos humanos.

Al finalizar este encuentro deseo agradecer vivamente vuestra presencia, a la vez que expreso mis más sinceros votos por la prosperidad de vuestros países, por la consecución de los objetivos de las instituciones que representáis, por el éxito de vuestra misión y la felicidad de vuestros seres queridos.

Muchas gracias.



EMBARGO

116

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - HIGÜEY - 12.10.1992
Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia
Santa Misa

"Al llegar la plenitud de los tiempos. Dios envió a su Hijo, nacido de mujer" (Gál 4,4)

1. Estas palabras del apóstol san Pablo, queridos hermanos y hermanas, nos introducen en el misterio de aquella Mujer, llena de gracia y de bondad a quien, generación tras generación, los dominicanos han venido a honrar a esta Basílica donde hoy nos congregamos.

Desde el lejano 1514, la presencia vigilante y amorosa de Nuestra Señora de la Altagracia ha acompañado ininterrumpidamente a los queridos hijos de esta noble Nación, haciendo brotar en sus corazones, con la luz y la gracia de su divino Hijo, la inmensa riqueza de la vida cristiana.

En mi peregrinación a esta Basílica, quiero abrazar con el amor que irradia de nuestra Madre del cielo, a todos y cada uno de los aquí presentes y a cuantos están unidos espiritualmente a nosotros a lo largo y a lo ancho del País. Mi saludo fraterno se dirige a todos mis Hermanos en el Episcopado que me acompañan y, en particular, a los queridos Obispos de la República Dominicana, que con tanta dedicación y premura han preparado mi visita pastoral.

Y desde esta Basílica mariana -que es como el corazón espiritual de esta isla, a la que hace quinientos años llegaron los predicadores del Evangelio- deseo expresar mi agradecimiento y afecto a los Pastores y fieles de cada una de las diócesis de la República, comenzando por la de Nuestra Señora de la Altagracia en Higüey, donde nos hallamos. Mi reconocimiento, hecho plegaria, va igualmente a la Arquidiócesis de Santo Domingo, a su Pastor y Obispos Auxiliares. Mi saludo entrañable también a las diócesis de Bani, Barahona, La Vega, Mao-Monte Cristi con sus respectivos Obispos. Paz y bendición a los Pastores y fieles de San Francisco de Macorís, Santiago de los Caballeros y San Juan de la Maguana. Un recuerdo particular, lleno de afecto y agradecimiento, va a todos los sacerdotes, religiosos y demás agentes de pastoral que, con generosidad y sacrificio, dedican sus vidas a la obra de la nueva evangelización.

2. Celebramos, amados hermanos y hermanas, la llegada del mensaje de salvación a este continente. Así estaba predestinado en el designio del Padre que, al llegar la plenitud de los tiempos, nos envió a su Hijo, nacido de mujer (Cf. Gál 4,4), como hemos oído en la segunda lectura de la Santa Misa.

Dios está fuera y por encima del tiempo, pues El es la eternidad misma en el misterio inefable de la Trinidad divina. Pero Dios, para hacerse cercano al hombre, ha querido entrar en el tiempo, en la historia humana; naciendo de una mujer se ha convertido en el Emmanuel, Dios-con-nosotros, como lo anunció el profeta Isaías. Y el apóstol Pablo concluye que, con la venida del Salvador, el tiempo humano llega a su plenitud, pues en Cristo la historia adquiere su dimensión de eternidad.

Como profesamos en el Credo, la segunda persona de la Santísima Trinidad "se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo". "El Espíritu Santo vendrá sobre ti -dice el ángel a María- y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1,35). Con el "sí" de la Virgen de Nazaret llega a su plenitud y cumplimiento la profecía de Isaías sobre el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, el Salvador del mundo.

Junto con el ángel Gabriel proclamamos a María llena de gracia en este Santuario de Higüey, que está bajo la advocación de la Altagracia, y que es el primer lugar de culto mariano conocido erigido en tierras de América. Todo cuanto se ve en el cuadro bendito que representa a nuestra Señora



EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - HIGÜEY - 12.10.1992
Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia
Acto de consagración a la Virgen María

1. Dios te salve, María, llena de gracia:

Te saludo, Virgen María, con las palabras del Ángel.
Me postro ante tu imagen, Patrona de la República Dominicana,
para proclamar tu bendito nombre de la Altagracia.
Tú eres la «llena de gracia», colmada de amor por el Altísimo,
fecundada por la acción del Espíritu,
para ser la Madre de Jesús, el Sol que nace de lo alto.
Te contemplo, Virgen de la Altagracia,
en el misterio que revela tu imagen:
el Nacimiento de tu Hijo, Verbo encarnado,
que ha querido habitar entre nosotros,
al que tú adoras y nos muestras
para que sea reconocido como Salvador del mundo.
Tú nos precedes en la obra de la nueva Evangelización
que es y será siempre anunciar y confesar a Cristo «Camino, Verdad y Vida».

2. Santa María, Madre de Dios:

Recuerdo ante tu imagen, en este 12 de octubre de 1992,
el cumplimiento de los quinientos años
de la llegada del Evangelio de Cristo a los pueblos de América,
con una nave que llevaba tu nombre y tu imagen: la «Santa María».
Con toda la Iglesia de América entono el canto del «Magnificat»,
porque, por tu amor maternal, Dios vino a visitar a su pueblo
en los hijos que habitaban estas tierras,
para poner en medio de ellos su morada,
comunicarles la plenitud de la salvación en Cristo
y agregarlos, en un mismo Espíritu, a la Santa Iglesia Católica.
Tú eres la Madre de la primera Evangelización de América,
y el don precioso que Cristo nos trajo
con el anuncio de la salvación.

3. Reina y Madre de América:

Te venero, con los pastores y fieles de este Continente,
en todos los santuarios e imágenes que llevan tu nombre,
en las catedrales, parroquias y capillas,
en las ciudades y aldeas, junto a los océanos, ríos y lagos,
en medio de la selva y en las altas montañas.
Te invoco con los idiomas de todos sus habitantes
y te expreso el amor filial de todos los corazones.
Desde hace quinientos años estás presente
a lo largo y ancho de estas tierras benditas que son tuyas,
porque decir América es decir María.
Tú eres la Madre solícita y amorosa de todos tus hijos
que te aclaman como «vida, dulzura y esperanza nuestra».

4. *Madre de Cristo y de la Iglesia:*

Te presento y consagro, como Pastor de la Iglesia universal,
a todos tus hijos de América:

a los obispos, sacerdotes, diáconos y catequistas;
religiosos y religiosas;

a quienes viven su consagración en la vida contemplativa
o la testimonian en medio del mundo.

Te encomiendo a los niños y a los jóvenes,

a los ancianos, a los pobres y a los enfermos,

a cada una de las Iglesias locales,

a todas las familias y comunidades cristianas.

Te ofrezco sus gozos y esperanzas, sus temores y angustias,
sus plegarias y esfuerzos para que reine la justicia y la paz,
iluminados por el Evangelio de la verdad y la vida.

Tú, que ocupas un puesto tan cercano a Dios y a los hombres,

con tu mediación maternal presenta a tu Hijo Jesucristo

la ofrenda del Pueblo sacerdotal de las Américas;

implora el perdón por las injusticias cometidas,

acompaña con tu cántico de alabanza nuestra acción de gracias.

5. *Virgen de la Esperanza y Estrella de la Evangelización:*

Te pido que conserves y acrecientes el don de la fe

y de la vida cristiana,

que los pueblos de América recibieron hace cinco siglos.

Intercede ante tu Hijo para que este Continente,

sea tierra de paz y de esperanza,

donde el amor venza al odio, la unidad a la rivalidad,

la generosidad al egoísmo, la verdad a la mentira,

la justicia a la iniquidad, la paz a la violencia.

Haz que sea siempre respetada la vida

y la dignidad de cada persona humana,

la identidad de las minorías étnicas,

los legítimos derechos de los indígenas,

los genuinos valores de la familia y de las culturas autóctonas.

Tú, que eres Estrella de la Evangelización,

impulsa en todos el ardor del anuncio de la Buena Nueva

para que sea siempre conocido, amado y servido

Jesucristo, fruto bendito de tu vientre,

Revelador del Padre y Dador del Espíritu,

"el mismo ayer, hoy y siempre". Amén.



119

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 12.10.1992
Casa San Pablo
Apertura IV Conferencia General Episcopado Latinoamericano

Tema: "Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana. «Jesucristo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8)".

Queridos Hermanos en el Episcopado,
amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos:

1. Bajo la guía del Espíritu, al que hemos invocado fervientemente para que ilumine los trabajos de esta importante asamblea eclesial, inauguramos la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, poniendo nuestros ojos y nuestro corazón en Jesucristo, "el mismo ayer, hoy y siempre" (Heb 13,8). El es el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega (Ap 21,6), la plenitud de la evangelización, "el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena" (Evangelii nuntiandi, 7).

En este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia. En su nombre se reunieron los Obispos de América Latina en las anteriores Asambleas - Río de Janeiro en 1955; Medellín en 1968; Puebla en 1979-, y en su mismo nombre nos reunimos ahora en Santo Domingo, para tratar el tema "Nueva Evangelización, Promoción humana, Cultura cristiana", que engloba las grandes cuestiones que, de cara al futuro, debe afrontar la Iglesia ante las nuevas situaciones que emergen en Latinoamérica y en el mundo.

Es ésta, queridos Hermanos, una hora de gracia para todos nosotros y para la Iglesia en América. En realidad, para la Iglesia universal, que nos acompaña con su plegaria, con esa comunión profunda de los corazones que el Espíritu Santo genera en todos los miembros del único cuerpo de Cristo. Hora de gracia y también de gran responsabilidad. Ante nuestros ojos se vislumbra ya el tercer milenio. Y si la Providencia nos ha convocado para dar gracias a Dios por los quinientos años de fe y de vida cristiana en el Continente americano, acaso podemos decir con más razón aún que nos ha convocado también a renovarnos interiormente, y a "escrutar los signos de los tiempos" (cf. Mt 16,3). En verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo una llamada a la conversión. En efecto, mediante el testimonio de una Iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en Él la verdad de su vocación y su esperanza, el camino hacia una humanidad mejor.

Mirando a Cristo, "fijando los ojos en el que inicia y completa nuestra fe: Jesús" (Heb 12,2), seguimos el sendero trazado por el Concilio Vaticano II, del que ayer se cumplió el XXX aniversario de su solemne inauguración. Por ello, al inaugurar esta magna Asamblea, deseo recordar aquellas sentidas palabras pronunciadas por mi venerable predecesor, el Papa Pablo VI, en la apertura de la segunda sesión conciliar:

"¡Cristo!

Cristo, nuestro principio.

Cristo, nuestra vida y nuestro guía.

Cristo, nuestra esperanza y nuestro término...

Que no se cierne sobre esta asamblea otra luz que no sea la de Cristo, luz del mundo.

Que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente fuera de las palabras del Señor, único Maestro.

Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles.

Que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que, mediante su palabra, conforta nuestra debilidad..."

I. JESUCRISTO AYER, HOY Y SIEMPRE

2. Esta Conferencia se reúne para celebrar a Jesucristo, para dar gracias a Dios por su presencia en estas tierras de América, donde hace ahora 500 años comenzó a difundirse el mensaje de la salvación; se reúne para celebrar la implantación de la Iglesia, que durante estos cinco siglos tan abundantes frutos de santidad y amor ha dado en el Nuevo Mundo.

Jesucristo es la Verdad eterna que se manifestó en la plenitud de los tiempos. Y precisamente, para transmitir la Buena Nueva a todos los pueblos, fundó su Iglesia con la misión específica de evangelizar: "Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda creatura" (Mc 16,15). Se puede decir que en estas palabras está contenida la proclama solemne de la evangelización. Así pues, desde el día en que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, la Iglesia inició la gran tarea de la evangelización. San Pablo lo expresa en una frase lapidaria y emblemática: "Evangelizare Iesum Christum", "anunciar a Jesucristo" (Gál 1,16). Esto es lo que han hecho los discípulos del Señor, en todos los tiempos y en todas las latitudes del mundo.

3. En este proceso singular el año 1492 marca una fecha clave. En efecto, el 12 de octubre -hace hoy exactamente cinco siglos- el Almirante Cristóbal Colón, con las tres carabelas procedentes de España, llegó a estas tierras y plantó en ellas la cruz de Cristo. La evangelización propiamente dicha, sin embargo, comenzó con el segundo viaje de los descubridores, a quienes acompañaban los primeros misioneros. Se iniciaba así la siembra del don precioso de la fe. Y ¿cómo no dar gracias a Dios por ello, junto con vosotros, queridos Hermanos Obispos, que hoy hacéis presentes en Santo Domingo a todas las Iglesias particulares de Latinoamérica? ¿Cómo no dar gracias por los abundantes frutos de la semilla plantada a lo largo de estos cinco siglos por tantos y tan intrépidos misioneros!

Con la llegada del Evangelio a América se ensancha la historia de la salvación, crece la familia de Dios, se multiplica "para gloria de Dios el número de los que dan gracias" (2 Cor 4,15). Los pueblos del Nuevo Mundo eran "pueblos nuevos... totalmente desconocidos para el Viejo Mundo hasta el año 1492", pero "conocidos por Dios desde toda la eternidad y por Él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado en la plenitud de los tiempos (cf. Gál 4,4)" (Homilía, 1 de enero 1992). En los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo, lo ha incorporado a su designio redentor, lo ha hecho partícipe de su Espíritu. Mediante la evangelización y la fe en Cristo, Dios ha renovado su alianza con América Latina.

Damos, pues, gracias a Dios por la pléyade de evangelizadores que dejaron su patria y dieron su vida para sembrar en el Nuevo Mundo la vida nueva de la fe, la esperanza y el amor. No los movía la leyenda de "El Dorado", o intereses personales, sino el urgente llamado a evangelizar unos hermanos que aún no conocían a Jesucristo. Ellos anunciaron "la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4) a unas gentes que ofrecían a sus dioses incluso sacrificios humanos. Ellos testimoniaron, con su vida y con su palabra, la humanidad que brota del encuentro con Cristo. Por su testimonio y su predicación, el número de hombres y mujeres que se abrían a la gracia de Cristo se multiplicaron "como las estrellas del cielo, incontables como las arenas de las orillas del mar" (Heb 11,12).

4. Desde los primeros pasos de la evangelización, la Iglesia católica, movida por la fidelidad al Espíritu de Cristo, fue defensora infatigable de los indios, protectora de los valores que había en sus culturas, promotora de humanidad frente a los abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos. La denuncia de las injusticias y atropellos por obra de Montesinos, Las Casas, Córdoba, fray Juan del Valle y tantos otros, fue como un clamor que propició una legislación inspirada en el reconocimiento del valor sagrado de la persona. La conciencia cristiana afloraba con valentía profética en esa cátedra de dignidad y de libertad que fue, en la Universidad de Salamanca, la Escuela de Vitoria (cf. Discurso, 14 de mayo 1992), y en tantos eximios defensores de los nativos, en España y en América Latina. Nombres que son bien conocidos y que con ocasión del V Centenario han sido recordados con admiración y gratitud. Por mi parte, y para precisar los perfiles de la verdad histórica poniendo de relieve las raíces cristianas y la identidad católica del Continente, sugeri que se celebrara un Simposio Internacional sobre la Historia de la Evangelización de América, organizado por la Pontificia Comisión para América Latina. Los datos históricos muestran que se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella, se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma constituye una especie de tribunal de acusación para los responsables de aquellos abusos.

De la fecundidad de la semilla evangélica depositada en estas benditas tierras he podido ser testigo durante los viajes apostólicos que el Señor me ha concedido realizar a vuestras Iglesias particulares. ¿Cómo no manifestar abiertamente mi ardiente gratitud a Dios, porque me ha sido dado conocer de cerca la realidad viva de la Iglesia en América Latina! En mis viajes al Continente, así

como durante vuestras visitas "ad Limina" y en otros diversos encuentros -que han robustecido los vínculos de la colegialidad episcopal y la corresponsabilidad en la solicitud pastoral por toda la Iglesia- he podido comprobar repetidamente la lozanía de la fe de vuestras comunidades eclesiales y también medir la amplitud de los desafíos para la Iglesia, ligada indisolublemente a la suerte misma de los pueblos del Continente.

5. La presente Conferencia General se reúne para perfilar las líneas maestras de una acción evangelizadora que ponga a Cristo en el corazón y en los labios de todos los latinoamericanos. Esta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo y la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad y la transformen (cf. Discurso a la Pont. Comisión para América Latina, 14 de junio 1991).

En sus deliberaciones y conclusiones, esta Conferencia ha de saber conjugar los tres elementos doctrinales y pastorales, que constituyen como las tres coordenadas de la nueva evangelización: Cristología, Ecclesiología y Antropología. Contando con una profunda y sólida Cristología, basados en una sana antropología y con una clara y recta visión ecclesiológica, hay que afrontar los retos que se plantean hoy a la acción evangelizadora de la Iglesia en América.

A continuación deseo compartir con vosotros algunas reflexiones que, siguiendo la pauta del enunciado de la Conferencia y como signo de profunda comunión y corresponsabilidad eclesial, os ayuden en vuestro ministerio de Pastores entregados generosamente a la grey que el Señor os ha confiado. Se trata de presentar algunas prioridades doctrinales y pastorales desde la perspectiva de la nueva evangelización.

II. NUEVA EVANGELIZACION

6. La nueva evangelización es la idea central de toda la temática de esta Conferencia.

Desde mi encuentro en Haití con los Obispos del CELAM en 1983 he venido poniendo particular énfasis en esta expresión, para despertar así un nuevo fervor y nuevos afanes evangelizadores en América y en el mundo entero; esto es, para dar a la acción pastoral "un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización, en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y en el poder perennes de Pentecostés" (Evangelii nuntiandi, 2).

La nueva evangelización no consiste en un "nuevo evangelio", que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería "evangelio", sino mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo "de agradar a los hombres" o de "buscar su favor" (Gál 1,10), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida verdadera.

La nueva evangelización tiene, como punto de partida, la certeza de que en Cristo hay una "inescrutable riqueza" (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos (cf. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, Declaración final, 3). Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque El mismo es nuestra salvación. Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a El mediante la fe y la incorporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuesta a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas en nuestro corazón desde la creación y desde la herida del pecado.

7. La novedad no afecta al contenido del mensaje evangélico que es inmutable, pues Cristo es "el mismo ayer, hoy y siempre". Por esto, el evangelio ha de ser predicado en plena fidelidad y pureza, tal como ha sido custodiado y transmitido por la Tradición de la Iglesia. Evangelizar es anunciar a una persona, que es Cristo. En efecto, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios" (Evangelii nuntiandi, 22). Por eso, las cristologías reductivas, de las que en diversas ocasiones he señalado sus desviaciones (cf. Discurso Inaugural de la Conferencia de Puebla, 28 de enero 1979, 1,4), no pueden aceptarse como instrumentos de la nueva evangelización. Al evangelizar, la unidad de la fe de la Iglesia tiene que resplandecer no sólo en el magisterio auténtico de los Obispos, sino también en el servicio a la verdad por parte de los pastores de almas, de los teólogos, de los catequistas y de todos los que están comprometidos en la proclamación y predicación de la fe.

A este respecto, la Iglesia estimula, admira y respeta la vocación del teólogo, cuya "función es lograr una comprensión cada vez más profunda de la palabra de Dios contenida en la Escritura

inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia" (Instrucción de la Congregación para la doctrina de la Fe sobre la vocación eclesial del teólogo, 24 de mayo 1990, 6). Esta vocación, noble y necesaria, surge en el interior de la Iglesia y presupone la condición de creyente en el mismo teólogo, con una actitud de fe que él mismo debe testimoniar en la comunidad. "La recta conciencia del teólogo católico supone consecuentemente la fe en la Palabra de Dios (...) el amor a la Iglesia de la que ha recibido su misión y el respeto al Magisterio asistido por Dios" (*Ibid.*, 38). La teología está llamada, pues, a prestar un gran servicio a la nueva evangelización.

8. Ciertamente es la verdad la que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Pero no podemos por menos de constatar que existen posiciones inaceptables sobre lo que es la verdad, la libertad, la conciencia. Se llega incluso a justificar el disenso con el recurso "al pluralismo teológico, llevado a veces hasta un relativismo que pone en peligro la integridad de la fe". No faltan quienes piensan que "los documentos del Magisterio no serían sino el reflejo de una teología opinable" (*Ibid.*, 34); y "surge así una especie de «magisterio paralelo» de los teólogos, en oposición y rivalidad con el Magisterio auténtico" (*Ibid.*). Por otra parte, no podemos soslayar el hecho de que las "actitudes de oposición sistemática a la Iglesia, que llegan incluso a constituirse en grupos organizados", la contestación y la discordia, al igual que "acarrear graves inconvenientes a la comunión de la Iglesia", son también un obstáculo para la evangelización (cf. *Ibid.*, 32).

La confesión de fe "Jesucristo ayer, hoy y siempre" de la Carta a los Hebreos -que es como el telón de fondo del tema de esta IV Conferencia- nos lleva a recordar las palabras del versículo siguiente: "No os dejéis seducir por doctrinas varias y extrañas" (Heb 13,9). Vosotros, amados Pastores, tenéis que velar sobre todo por la fe de la gente sencilla que, de lo contrario, se vería desorientada y confundida.

9. Todos los evangelizadores han de prestar también una atención-especial a la catequesis. "Al comienzo de mi Pontificado quise dar nuevo impulso a esta labor pastoral mediante la Exhortación Apostólica Catechesi tradendae, y recientemente he aprobado el Catecismo de la Iglesia Católica, que presento como el mejor don que la Iglesia puede hacer a sus Obispos y a todo el Pueblo de Dios. Se trata de un valioso instrumento para la nueva evangelización, donde se compendia toda la doctrina que la Iglesia ha de enseñar.

Confío asimismo que el movimiento bíblico continúe desplegando su benéfica labor en América Latina y que las Sagradas Escrituras nutran cada vez más la vida de los fieles, para lo cual se hace imprescindible que los agentes de pastoral profundicen incansablemente en la Palabra de Dios, viviéndola y transmitiéndola a los demás con fidelidad, es decir, "teniendo en muy cuenta la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe" (Dei Verbum, 12). Igualmente, el movimiento litúrgico ha de dar renovado impulso a la vivencia íntima de los misterios de nuestra fe, llevando al encuentro con Cristo Resucitado en la liturgia de la Iglesia. Es en la celebración de la Palabra y de los Sacramentos, pero sobre todo en la Eucaristía, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y de toda la evangelización, donde se realiza nuestro encuentro salvífico con Cristo, al que nos unimos místicamente formando su Iglesia (cf. Lumen gentium, 7). Por ello os exhorto a dar un nuevo impulso a la celebración digna, viva y participada de las asambleas litúrgicas, con ese profundo sentido de la fe y de la contemplación de los misterios de la salvación, tan arraigado en vuestros pueblos.

10. La novedad de la acción evangelizadora a que hemos convocado afecta a la actitud, al estilo, al esfuerzo y a la programación o, como propuse en Haití, al ardor, a los métodos y a la expresión. (cf. Discurso a los Obispos del CELAM, 9 de marzo 1983). Una evangelización nueva en su ardor supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontinente entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la "parresía" que inflama el corazón del apóstol (cf. Act 5, 28-29; cf. Redemptoris missio, 45). Esta "parresía" ha de ser también el sello de vuestro apostolado en América. Nada puede haceros callar, pues sois heraldos de la verdad. La verdad de Cristo ha de iluminar las mentes y los corazones con la activa, incansable y pública proclamación de los valores cristianos.

Por otra parte, los nuevos tiempos exigen que el mensaje cristiano llegue al hombre de hoy mediante nuevos métodos de apostolado, y que sea expresado en lenguaje y formas accesibles al hombre latinoamericano, necesitado de Cristo y sediento del evangelio: ¿Cómo hacer accesible, penetrante, válida y profunda la respuesta al hombre de hoy, sin alterar o modificar en nada el contenido del mensaje evangélico? ¿cómo llegar al corazón de la cultura que queremos evangelizar? ¿cómo hablar de Dios en un mundo en el que está presente un proceso creciente de secularización?

11. Como lo habéis manifestado en los encuentros y conversaciones que hemos tenido a lo largo de estos años, tanto en Roma como en mis visitas a vuestras Iglesias particulares, hoy la fe sencilla de vuestros pueblos sufre el embate de la secularización, con el consiguiente debilitamiento de los valores religiosos y morales. En los ambientes urbanos crece una modalidad cultural que, confiando sólo en la ciencia y en los avances de la técnica, se presenta como hostil a la fe. Se transmiten unos "modelos" de vida en contraste con los valores del evangelio. Bajo la presión del secularismo, se llega a presentar la fe como si fuera una amenaza a la libertad y autonomía del hombre.

Sin embargo, no podemos olvidar que la historia reciente ha mostrado que cuando, al amparo de ciertas ideologías, se niegan la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, se hace imposible construir una sociedad de rostro humano. Con la caída de los regímenes del llamado «socialismo real» en Europa oriental cabe esperar que también en este continente se saquen las deducciones pertinentes en relación con el valor efímero de tales ideologías. La crisis del colectivismo marxista no ha tenido sólo raíces económicas, como he puesto de relieve en la Encíclica *Centesimus annus* (n. 41), pues la verdad sobre el hombre está íntima y necesariamente ligada a la verdad sobre Dios.

La nueva evangelización ha de dar, pues, una respuesta integral, pronta, ágil, que fortalezca la fe católica, en sus verdades fundamentales, en sus dimensiones individuales, familiares y sociales.

12. A ejemplo del Buen Pastor, habéis de apacentar el rebaño que os ha sido confiado y defenderlo de los lobos rapaces. Causa de división y discordia en vuestras comunidades eclesiales son -lo sabéis bien- las sectas y movimientos "pseudo-espirituales" de que habla el Documento de Puebla (n. 628), cuya expansión y agresividad urge afrontar.

Como muchos de vosotros habéis señalado, el avance de las sectas pone de relieve un vacío pastoral, que tiene frecuentemente su causa en la falta de formación, lo cual mina la identidad cristiana y hace que grandes masas de católicos sin una atención religiosa adecuada -entre otras razones, por falta de sacerdotes-, queden a merced de campañas de proselitismo sectario muy activas. Pero también puede suceder que los fieles no hallen en los agentes de pastoral aquel fuerte sentido de Dios que ellos deberían transmitir en sus vidas. Tales situaciones pueden ser ocasión de que muchas personas pobres y sencillas, -como por desgracia está ocurriendo- se conviertan en fácil presa de las sectas, en las que buscan un sentido religioso de la vida que quizás no encuentren en quienes se lo tendrían que ofrecer a manos llenas" (Carta Apostólica *Los Caminos del Evangelio*, 20).

Por otra parte, no se puede infravalorar una cierta estrategia, cuyo objetivo es debilitar los vínculos que unen a los Países de América Latina y minar así las fuerzas que nacen de la unidad. Con este objeto se destinan importantes recursos económicos para subvencionar campañas proselitistas, que tratan de resquebrajar esta unidad católica.

Al preocupante fenómeno de las sectas hay que responder con una acción pastoral que ponga en el centro de todo a la persona, su dimensión comunitaria y su anhelo de una relación personal con Dios. Es un hecho que allí donde la presencia de la Iglesia es dinámica, como es el caso de las parroquias en las que se imparte una asidua formación en la Palabra de Dios, donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos, vemos que las sectas o los movimientos para-religiosos no logran instalarse o avanzar.

La arraigada religiosidad popular de vuestros fieles, con sus extraordinarios valores de fe y de piedad, de sacrificio y de solidaridad, convenientemente evangelizada y gozosamente celebrada, orientada en torno a los misterios de Cristo y de la Virgen María, puede ser, por sus raíces eminentemente católicas, un antídoto contra las sectas y una garantía de fidelidad al mensaje de la salvación.

III. PROMOCION HUMANA

13. Puesto que la Iglesia es consciente de que el hombre -no el hombre abstracto, sino el hombre concreto e histórico- "es el primer camino que ella debe recorrer en el cumplimiento de su misión" (*Redemptor hominis*, 14), la promoción humana ha de ser consecuencia lógica de la evangelización, la cual tiende a la liberación integral de la persona (cf. *Evangelii nuntiandi*, nn. 29-39).

Mirando a ese hombre concreto, vosotros, Pastores de la Iglesia, constatais la difícil y delicada realidad social por la que atraviesa hoy América Latina, donde existen amplias capas de población en la pobreza y la marginación. Por ello, solidarios con el clamor de los pobres, os sentís llamados a asumir el papel del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), pues el amor a Dios se muestra en el amor a la persona humana. Así nos lo recuerda el apóstol Santiago con aquellas graves palabras: "Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: «Idos en paz, calentaos y hartaos», pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?" (*Santi* 2,15-16).

La preocupación por lo social "forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia" (*Sollicitudo rei socialis*, 41) y es también "parte esencial del mensaje cristiano, ya que esta doctrina expone sus consecuencias directas en la vida de la sociedad y encuadra incluso el trabajo cotidiano y las luchas por la justicia en el testimonio de Cristo Salvador" (*Centesimus annus*, 5).

Como afirma el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, el problema de la promoción humana no se puede considerar al margen de la relación del hombre con Dios (cf. nn. 43, 45). En efecto, contraponer la promoción auténticamente humana y el proyecto de Dios sobre la humanidad es una grave distorsión, fruto de una cierta mentalidad de inspiración secularista. La genuina promoción humana ha de respetar siempre la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, los derechos de Dios y los derechos del hombre.

14. Vosotros, amados Pastores, tocáis de cerca la situación angustiosa de tantos hermanos que carecen de lo necesario para una vida auténticamente humana. No obstante el avance registrado en algunos campos, persiste e incluso crece el fenómeno de la pobreza. Los problemas se agravan por la pérdida del poder adquisitivo del dinero, a causa de la inflación, a veces incontrolada, y del deterioro de los términos de intercambio, con la consiguiente disminución de los precios de ciertas materias primas y con el peso insostenible de la deuda internacional de la que se derivan tremendas consecuencias sociales. La situación se hace todavía más dolorosa con el grave problema del desempleo creciente, que no permite llevar el pan al hogar e impide el acceso a otros bienes fundamentales (cf. *Laborem exercens*, 18).

Sintiendo vivamente la gravedad de esta situación, no he dejado de dirigir apremiantes llamados en favor de una activa, justa y urgente solidaridad internacional. Es éste un deber de justicia que afecta a toda la humanidad, pero sobre todo a los países ricos que no pueden eludir su responsabilidad hacia los países en vías de desarrollo. Esta solidaridad es una exigencia del bien común universal que ha de ser respetado por todos los integrantes de la familia humana (cf. *Gaudium et spes*, 26).

15. El mundo no puede sentirse tranquilo y satisfecho ante la situación caótica y desconcertante que se presenta ante nuestros ojos: naciones, sectores de población, familias e individuos cada vez más ricos y privilegiados frente a pueblos, familias y multitud de personas sumidas en la pobreza, víctimas del hambre y las enfermedades, carentes de vivienda digna, de servicios sanitarios, de acceso a la cultura. Todo ello es testimonio elocuente de un desorden real y de una injusticia institucionalizada, a lo cual se suman a veces el retraso en tomar medidas necesarias, la pasividad y la imprudencia, cuando no la transgresión de los principios éticos en el ejercicio de las funciones administrativas, como es el caso de la corrupción. Ante todo esto, se impone un "cambio de mentalidad, de comportamiento y de estructuras" (*Centesimus annus*, 60), en orden a superar el abismo existente entre los países ricos y los países pobres (cf. *Laborem exercens*, 16; *Centesimus annus*, 14), así como las profundas diferencias existentes entre ciudadanos de un mismo país. En una palabra: hay que hacer valer el nuevo ideal de solidaridad frente a la caduca voluntad de dominio.

Por otra parte, es falaz e inaceptable la solución que propugna la reducción del crecimiento demográfico sin importarle la moralidad de los medios empleados para conseguirlo. No se trata de reducir a toda costa el número de invitados al banquete de la vida; lo que hace falta es aumentar los medios y distribuir con mayor justicia la riqueza para que todos puedan participar equitativamente de los bienes de la creación.

Hay que buscar soluciones a nivel mundial, instaurando una verdadera economía de comunión y participación de bienes, tanto en el orden internacional como nacional. A este propósito, un factor que puede contribuir notablemente a superar los apremiantes problemas que hoy afectan a este continente es la integración latinoamericana. Es grave responsabilidad de los gobernantes el favorecer el ya iniciado proceso de integración de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia.

16. En continuidad con las Conferencias de Medellín y Puebla, la Iglesia reafirma la opción preferencial en favor de los pobres. Una opción no exclusiva ni excluyente, pues el mensaje de la salvación está destinado a todos. "Una opción, además, basada esencialmente en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que con frecuencia reducen a los pobres a categorías sociopolíticas económicas abstractas. Pero una opción firme e irrevocable" (*Discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana*, 21 diciembre 1984, 9).

Como afirma el Documento de Puebla, "acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó haciéndose hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso, el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como Hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (Puebla, 1145). Dichos criterios evangélicos de

servicio al necesitado evitarán cualquier tentación de connivencia con los responsables de las causas de la pobreza, o peligrosas desviaciones ideológicas, incompatibles con la doctrina y misión de la Iglesia.

La genuina praxis de liberación ha de estar siempre inspirada por la doctrina de la Iglesia según se expone en las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe (Libertatis nuntius, 1984; Libertatis conscientia, 1986), que han de ser tenidas en cuenta cuando se aborda el tema de las teologías de la liberación. Por otra parte, la Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, lo cual es una de las primeras exigencias del evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios.

17. Como ya lo señaló la Conferencia de Puebla, existen grupos humanos particularmente sumidos en la pobreza: tal es el caso de los indígenas (cf. n. 1265). A ellos, y también a los afroamericanos, he querido dirigir un mensaje especial de solidaridad y cercanía, que entregaré mañana a un grupo de representantes de sus respectivas comunidades. Como gesto de solidaridad, la Santa Sede ha creado recientemente la Fundación «Populorum Progressio», que dispone de un fondo de ayuda en favor de los campesinos, indios y demás grupos humanos del sector rural, particularmente desprotegidos en América Latina.

En esta misma línea de solicitud pastoral por las categorías sociales más desprotegidas, esta Conferencia General podría valorar la oportunidad de que, en un futuro no lejano, pueda celebrarse un Encuentro de representantes de los Episcopados de todo el Continente americano, -que podría tener también carácter sinodal- en orden a incrementar la cooperación entre las diversas Iglesias particulares en los distintos campos de la acción pastoral y en el que, dentro del marco de la nueva evangelización y como expresión de comunión episcopal, se afronten también los problemas relativos a la justicia y la solidaridad entre todas las Naciones de América. La Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio cristiano y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas, siente como un deber ineludible unir espiritualmente aún más a todos los pueblos que forman este gran Continente y, a la vez, desde la misión religiosa que le es propia, impulsar un espíritu solidario entre todos ellos, que permita, en modo particular, encontrar vías de solución a las dramáticas situaciones de amplios sectores de población que aspiran a un legítimo progreso integral y a condiciones de vida más justas y dignas.

18. No existe auténtica promoción humana, verdadera liberación, ni opción preferencial por los pobres, si no se parte de los fundamentos mismos de la dignidad de la persona y del ambiente en que tiene que desarrollarse, según el proyecto del Creador. Por eso entre los temas y opciones que requieren toda la atención de la Iglesia no puedo dejar de recordar el de la familia y el de la vida: dos realidades que van estrechamente unidas, pues la "familia es como el santuario de la vida" (Centesimus annus, n. 39). En efecto, "el futuro de la humanidad se fragua en la familia; por consiguiente, es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia" (Familiaris consortio, 86).

No obstante los problemas que en nuestros días asedian al matrimonio y la institución familiar, ésta, como "célula primera y vital de la sociedad" (Apostolicam actuositatem, 11) puede generar grandes energías, que son necesarias para el bien de la humanidad. Por eso, hay que "anunciar con alegría y convicción la «buena nueva» sobre la familia" (cf. Familiaris consortio, 86). Hay que anunciarla aquí, en América Latina, donde, junto al aprecio que se tiene por la familia, proliferan por desgracia las uniones consensuales libres. Ante este fenómeno y ante las crecientes presiones divorcistas urge promover medidas adecuadas en favor del núcleo familiar, en primer lugar para asegurar la unión de vida y el amor estable dentro del matrimonio, según el plan de Dios, así como una idónea educación de los hijos.

En estrecha conexión con los problemas señalados se encuentra el grave fenómeno de los niños que viven permanentemente en las calles de las grandes ciudades latinoamericanas, minados por el hambre y la enfermedad, sin protección alguna, sujetos a tantos peligros, no excluida la droga y la prostitución. He aquí otra cuestión que ha de apremiar vuestra solicitud pastoral, recordando las palabras de Jesús: "Dejad que los niños vengan a mí" (Mt 19,14).

La vida, desde su concepción en el seno materno hasta su término natural, ha de ser defendida con decisión y valentía. Es necesario, pues, crear en América una cultura de la vida que contrarreste la anticultura de la muerte, la cual -a través del aborto, la eutanasia, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo y otras formas de violencia o explotación- intenta prevalecer en algunas naciones. En este espectro de atentados a la vida ocupa un lugar de primer orden el narcotráfico, que las instancias competentes han de contrarrestar con todos los medios lícitos a disposición.

19. ¿Quién nos librará de estos signos de muerte? La experiencia del mundo contemporáneo ha mostrado más y más que las ideologías son incapaces de derrotar aquel mal que tiene al hombre sujeto a servidumbre. El único que puede liberar de este mal es Cristo. Al celebrar el V Centenario de la Evangelización, volvemos los ojos, conmovidos, a aquel momento de gracia en el que Cristo nos ha sido dado de una vez para siempre. La dolorosa situación de tantas hermanas y hermanos latinoamericanos no nos lleva a la desesperanza. Al contrario, hace más urgente la tarea que tiene la Iglesia ante sí: reavivar en el corazón de cada bautizado la gracia recibida. "Te recomiendo -escribía san Pablo a Timoteo- que reavives la gracia de Dios que está en ti" (2 Tim 1,6).

Como de la acogida del Espíritu en Pentecostés nació el pueblo de la Nueva Alianza, sólo esta acogida hará surgir un pueblo capaz de generar hombres renovados y libres, conscientes de su dignidad. No podemos olvidar que la promoción integral del hombre es de capital importancia para el desarrollo de los pueblos de Latinoamérica. Pues, "el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica" (Redemptoris missio, 58). La mayor riqueza de Latinoamérica son sus gentes. La Iglesia, "despertando las conciencias con el Evangelio", contribuye a despertar las energías dormidas para disponerlas a trabajar en la construcción de una nueva civilización (cf. Ibid.).

IV. CULTURA CRISTIANA

20. Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En verdad, la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el "ethos" de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras (cf. Discurso a los intelectuales y al mundo universitario, Medellín 5 de julio 1986, 2).

El tema "cultura" ha sido objeto de particular estudio y reflexión por parte del CELAM en los últimos años. También la Iglesia toda dirige su atención a esta importante materia "ya que la nueva evangelización ha de proyectarse sobre la cultura «adveniente», sobre todas las culturas, incluidas las culturas indígenas" (cf. Angelus, 28 de junio 1992). Anunciar a Jesucristo en todas las culturas es la preocupación central de la Iglesia y objeto de su misión. En nuestros días, esto exige, en primer lugar, el discernimiento de las culturas como realidad humana a evangelizar y, consiguientemente, la urgencia de un nuevo tipo de colaboración entre todos los responsables de la obra evangelizadora.

21. En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Es cierto que el sustrato cultural de actual presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos fruto de la evangelización; pero, al mismo tiempo, ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano.

La ausencia de esos valores cristianos fundamentales en la cultura de la modernidad no solamente ha ofuscado la dimensión de lo trascendente, abocando a muchas personas hacia el indiferentismo religioso -también en América Latina-, sino que, a la vez, es causa determinante del desencanto social en que se ha gestado la crisis de esta cultura. Tras la autonomía introducida por el racionalismo, hoy se tiende a basar los valores sobre todo en consensos sociales subjetivos que, no raramente, llevan a posiciones contrarias incluso a la misma ética natural. Piénsese en el drama del aborto, los abusos en ingeniería genética, los atentados a la vida y a la dignidad de la persona.

Frente a la pluralidad de opciones que hoy se ofrecen, se requiere una profunda renovación pastoral mediante el discernimiento evangélico sobre los valores dominantes, las actitudes, los comportamientos colectivos, que frecuentemente representan un factor decisivo para optar tanto por el bien como por el mal. En nuestros días se hace necesario un esfuerzo y un tacto especial para inculturar el mensaje de Jesús, de tal manera que los valores cristianos puedan transformar los diversos núcleos culturales, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el afianzamiento de una cultura cristiana que renueve, amplíe y unifique los valores históricos pasados y presentes, para responder así en modo adecuado a los desafíos de nuestro tiempo (cf. Redemptoris missio, 52). Uno de estos retos a la evangelización es el de intensificar el diálogo entre las ciencias y la fe, en orden a crear un verdadero humanismo cristiano. Se trata de mostrar que la ciencia y la técnica contribuyen a la civilización y a la humanización del mundo en la medida en que están penetradas por la sabiduría de Dios. A este propósito, deseo alentar vivamente a las Universidades y Centros de estudios superiores, especialmente los que dependen de la Iglesia, a renovar su empeño en el diálogo entre fe y ciencia.

22. La Iglesia mira con preocupación la fractura existente entre los valores evangélicos y las culturas modernas, pues éstas corren el riesgo de encerrarse dentro de sí en una especie de involución

agnóstica y sin referencia a la dimensión moral (cf. Discurso al Pont. Consejo para la Cultura, 18 de enero 1983). A este respecto, conservan pleno vigor aquellas palabras del Papa Pablo VI: "La ruptura entre evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva" (Evangelii nuntiandi, n. 20).

La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (cf. Redemptor hominis, 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura. Frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana. Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿quién puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el evangelio de Cristo?

En este hito histórico del medio milenio de la evangelización de vuestros pueblos, os invito pues, queridos Hermanos, a que, con el ardor de la nueva evangelización, animados por el Espíritu del Señor Jesús, hagáis presente la Iglesia en la encrucijada cultural de nuestro tiempo, para impregnar con los valores cristianos las raíces mismas de la cultura «adveniente» y de todas las culturas ya existentes. A este respecto, particular atención habréis de prestar a las culturas indígenas y afroamericanas, asimilando y poniendo de relieve todo lo que en ellas hay de profundamente humano y humanizante. Su visión de la vida, que reconoce la sacralidad del ser humano, su profundo respeto a la naturaleza, la humildad, la sencillez, la solidaridad son valores que han de estimular el esfuerzo por llevar a cabo una auténtica evangelización inculturada, que sea también promotora de progreso y conduzca siempre a la adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23). Mas, el reconocimiento de dichos valores no os exime de proclamar en todo momento que "Cristo es el único Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios" (Redemptoris missio, 5).

"La evangelización de la cultura es un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el evangelio. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna" (Discurso al mundo de la cultura, Lima 15 de mayo 1988, 5). Pero este esfuerzo de comprensión e iluminación debe estar siempre acompañado del anuncio de la Buena Nueva (cf. Redemptoris missio, 46), de tal manera que la penetración del evangelio en las culturas no sea una simple adaptación externa, sino un "proceso profundo y global" que abarque tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia (Ibid., 52), respetando siempre las características y la integridad de la fe.

23. Al ser la comunicación entre las personas un importante elemento generador de cultura, los modernos medios de comunicación social revisten en este terreno una importancia de primer orden. Intensificar la presencia de la Iglesia en el mundo de la comunicación ha de ser ciertamente una de vuestras prioridades. Vienen a mi mente las graves palabras de mi venerado predecesor el Papa Pablo VI: "La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más" (Evangelii nuntiandi, 45).

Por otra parte, se ha de vigilar también sobre el uso de los medios de comunicación social en la educación de la fe y en la difusión de la cultura religiosa. Una responsabilidad que incumbe sobre todo a las casas editoriales dependientes de instituciones católicas que deben "ser objeto de particular solicitud por parte de los Ordinarios del lugar, a fin de que sus publicaciones sean siempre conformes a la doctrina de la Iglesia y contribuyan eficazmente al bien de las almas" (Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos relativos al uso de los instrumentos de comunicación social en la promoción de la doctrina de la fe, 30 de marzo 1992, 15, 2).

Ejemplos de inculturación del evangelio lo constituyen también ciertas manifestaciones socio-culturales que están surgiendo en defensa del hombre y de su entorno, y que han de ser iluminadas por la luz de la fe. Es el caso del movimiento ecologista en favor del respeto debido a la naturaleza y contra la explotación desordenada de sus recursos, con el consiguiente deterioro de la calidad de vida. La convicción de que "Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todo el género humano" (Gaudium et spes, 69) ha de inspirar un sistema de gestión de los recursos más justo y mejor coordinado a nivel mundial. La Iglesia hace suya la preocupación por el medio ambiente e insta a los gobiernos para que protejan este patrimonio según los criterios del bien común (cf. Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero 1992).

24. El desafío que representa la cultura «adveniente», no debilita sin embargo nuestra esperanza, y damos gracias a Dios porque en América Latina el don de la fe católica ha penetrado en lo más hondo de sus gentes, conformando en estos quinientos años el alma cristiana del Continente e inspirando muchas de sus instituciones. En efecto, la Iglesia en Latinoamérica ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción.

Se nos presenta ahora el reto formidable de la continua inculturación del evangelio en vuestros pueblos, tema que habréis de abordar con clarividencia y profundidad durante los próximos días. América Latina, en Santa María de Guadalupe, ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada. En efecto, en la figura de María -desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz del evangelio de Jesús- se encarnaron auténticos valores culturales indígenas. En el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac se resume el gran principio de la inculturación: la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante la integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las varias culturas (cf. Redemptoris missio, 52).

V. UNA NUEVA ERA BAJO EL SIGNO DE LA ESPERANZA

25. He ahí, queridos hermanos y hermanas, algunos de los desafíos que se presentan a la Iglesia en esta hora de la nueva evangelización. Ante este panorama cargado de interrogantes, pero también grávido de promesas, hemos de preguntarnos cuál es el camino que debe seguir la Iglesia en América Latina para que su misión dé en la próxima etapa de su historia los frutos que espera el Dueño de la mies (cf. Lc 10,2; Mc 4,20). Vuestra Asamblea habrá de delinear el rostro de una Iglesia viva y dinámica que crece en la fe, se santifica, ama, sufre, se compromete y espera en su Señor, como nos recuerda el Concilio Ecuménico Vaticano II, punto obligado de referencia en la vida y misión de todo Pastor (cf. Gaudium et spes, 2).

La tarea que os aguarda durante las próximas jornadas es ardua, pero marcada por el signo de la esperanza que viene de Cristo Resucitado. Misión vuestra es la de ser heraldos de la esperanza, de que nos habla el apóstol Pedro (cf. 1Pe 3,15): esperanza que se apoya en las promesas de Dios, en la fidelidad a su palabra y que tiene como certeza inquebrantable la resurrección de Cristo, su victoria definitiva sobre el pecado y la muerte, primer anuncio y raíz de toda evangelización, fundamento de toda promoción humana, principio de toda auténtica cultura cristiana, que no puede por menos de ser la cultura de la resurrección y de la vida, vivificada por el soplo del Espíritu de Pentecostés.

Amados Hermanos en el Episcopado, en la unidad de la Iglesia local, que brota de la Eucaristía, se encuentra todo el Colegio Episcopal con el Sucesor de Pedro a la cabeza, como perteneciente a la misma esencia de la Iglesia particular (cf. Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión, 14). En torno al Obispo y en perfecta comunión con él tienen que florecer las parroquias y comunidades cristianas como células pujantes de vida eclesial. Por eso, la nueva evangelización requiere una vigorosa renovación de toda la vida diocesana. Las parroquias, los movimientos apostólicos y asociaciones de fieles, y todas las comunidades eclesiales en general, han de ser siempre evangelizadas y evangelizadoras. En particular, las Comunidades eclesiales de base deben caracterizarse siempre por una decidida proyección universalista y misionera, que les infunda un renovado dinamismo apostólico (cf. Evangelii nuntiandi, 58; Puebla, 640-642). Ellas, -que han de estar marcadas por una clara identidad eclesial- deben tener en la Eucaristía, que preside el sacerdotado, el centro de la vida y comunión de sus miembros, en estrecha unión con sus pastores y en plena sintonía con el Magisterio de la Iglesia.

26. Condición indispensable para la nueva evangelización es poder contar con evangelizadores numerosos y cualificados. Por ello, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas, así como de otros agentes de pastoral, ha de ser una prioridad de los Obispos y un compromiso de todo el Pueblo de Dios. Hay que dar, en toda América Latina, un impulso decisivo a la pastoral vocacional y afrontar, con criterios acertados y con esperanza, lo referente a los Seminarios y Centros de formación de los religiosos y religiosas, así como el problema de la formación permanente del Clero y de una mejor distribución de los sacerdotes entre las diversas Iglesias locales, en las que hay que considerar también la apreciada labor de los diáconos permanentes. Para todo esto se encuentran orientaciones apropiadas en la Exhortación Apostólica Postsinodal Pastores dabo vobis.

Por lo que se refiere a los religiosos y religiosas, que en América Latina llevan el peso de una parte considerable de la acción pastoral, deseo hacer mención de la Carta Apostólica Los Caminos del Evangelio, que les dirige con fecha 29 de junio de 1990. También quiero recordar aquí a los Institutos Seculares, con su pujante vitalidad en medio del mundo, y a los miembros de las Sociedades de Vida Apostólica, que desarrollan una gran actividad misionera.

En la hora presente, los miembros de los Institutos religiosos, tanto masculinos como femeninos, han de centrarse más en la labor específicamente evangelizadora desplegando toda la riqueza de iniciativas y tareas pastorales que brotan de sus diversos carismas. Fieles al espíritu de sus Fundadores, les debe caracterizar un profundo sentido de Iglesia y el testimonio de una estrecha y fiel colaboración en la pastoral, cuya dirección compete a los Ordinarios diocesanos y, en determinados aspectos, a las Conferencias Episcopales.

Como recordé en mi Carta a las contemplativas de América Latina (12 de diciembre 1989), la acción evangelizadora de la Iglesia está sostenida por esos santuarios de la vida contemplativa, tan numerosos en todo el Continente, que constituyen un testimonio de la radicalidad de la consagración a Dios, que tiene que ocupar siempre el primer puesto en nuestras opciones.

27. En la Exhortación Apostólica Postsinodal Christifideles laici sobre la "vocación y la misión de los laicos en la Iglesia", he querido poner particularmente de relieve que en la "grande, comprometedor y magnífica empresa" de la nueva evangelización es indispensable la labor de los seglares, en especial de los catequistas y "delegados de la Palabra". La Iglesia espera mucho de todos aquellos laicos que, con entusiasmo y eficacia evangélica, operan a través de los nuevos movimientos apostólicos, que han de estar coordinados en la pastoral de conjunto y que responden a la necesidad de una mayor presencia de la fe en la vida social. En esta hora en que he convocado a todos a trabajar con ardor apostólico en la viña del Señor, sin que nadie quede excluido, "los fieles laicos han de sentirse parte viva y responsable de esta empresa (de la nueva evangelización), llamados como están a anunciar y a vivir el evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad" (n. 64). Digna de todo elogio, como transmisora de la fe, es la mujer latinoamericana, cuyo papel en la Iglesia y en la sociedad hay que poner debidamente de relieve (cf. Carta Apostólica Mulieris dignitatem). Particular solicitud pastoral se ha de prestar a los enfermos, en vista también de la fuerza evangelizadora del sufrimiento (cf. Carta Apostólica Salvifici doloris, sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, 11 de febrero 1984).

Hago una llamada especial a los jóvenes de América Latina. Ellos -tan numerosos en un Continente joven- habrán de ser protagonistas en la vida de la sociedad y de la Iglesia en el nuevo milenio cristiano ya a las puertas. A ellos hay que presentar en su propio lenguaje la belleza de la vocación cristiana y ofrecerles ideales altos y nobles, que les sostengan en sus aspiraciones de una sociedad más justa y fraterna.

28. Todos están llamados a construir la civilización del amor en este Continente de la esperanza. Es más, América Latina, que ha sido receptora de la fe transmitida por las Iglesias del Viejo Mundo, ha de prepararse a difundir el mensaje de Cristo en el mundo entero dando "desde su pobreza" (cf. Mensajes al III y IV Congresos Misioneros Latinoamericanos, Santafé de Bogotá 1987 y Lima 1991). "Ha llegado el momento de dedicar todas las fuerzas eclesiales a la nueva evangelización y a la misión ad gentes. Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos" (Redemptoris missio, 3). Este momento ha llegado también para América Latina. "la fe se fortalece dándola". La nueva evangelización de los pueblos cristianos", también en las Iglesias de América, "hallará inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal" (*Ibid.*, 2). Para América Latina, que recibió a Cristo hace ahora quinientos años, el mayor signo del agradecimiento por el don recibido, y de su vitalidad cristiana, es empeñarse ella misma en la misión.

29. Queridos Hermanos en el Episcopado, como sucesores de los Apóstoles debéis dedicar todos vuestros desvelos a la grey "en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo para pastorear la Iglesia de Dios" (Act 20,28). Por otra parte, como miembros del Colegio Episcopal, en estrecha unidad afectiva y efectiva con el Sucesor de Pedro, estáis llamados a mantener la comunión y preocupación por toda la Iglesia. Y, en esta circunstancia, como miembros de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, os incumbe una responsabilidad histórica.

En virtud de la misma fe, de la Palabra revelada, de la acción del Espíritu y por medio de la Eucaristía que preside el Obispo, la Iglesia particular tiene con la Iglesia Universal una peculiar relación de mutua interioridad, porque en ella se encuentra y opera verdaderamente la Iglesia de Cristo que es Una, Santa, Católica y Apostólica (cf. Christus Dominus, 11). En ella ha de resplandecer la santidad de vida a la que todo evangelizador está llamado, dando testimonio de una intensa vivencia del misterio de Jesucristo, sentido y experimentado fuertemente en la Eucaristía, en la asidua escucha de la Palabra, en la oración, en el sacrificio, en la entrega generosa al Señor, que en los sacerdotes y las demás personas consagradas se expresa de modo especial mediante el celibato.

No hay que olvidar que la primera forma de evangelización es el testimonio (cf. Redemptoris missio, 42-43), es decir, la proclamación del mensaje de salvación mediante las obras y la coherencia de vida, llevando a cabo así su encarnación en la historia cotidiana de los hombres. La Iglesia, desde los orígenes, se hizo presente y operante no sólo mediante el anuncio explícito del evangelio de Cristo sino también, y sobre todo, mediante la irradiación de la vida cristiana. Por eso la nueva evangelización exige coherencia de vida, testimonio compacto de la caridad, bajo el signo de la unidad, para que el mundo crea (cf. Jn 17, 23).

30. Jesucristo, el Testigo fiel, el Pastor de los pastores, está en medio de nosotros, pues nos hemos reunido en su nombre (cf. Mt 18,20). Con nosotros está el Espíritu del Señor que guía la Iglesia a la plenitud de la verdad y la rejuvenece con la palabra revelada, como en un nuevo Pentecostés.

En la comunión de los Santos velan sobre los trabajos de este importante encuentro eclesial una pléyade de Santos y Santas latinoamericanos, que evangelizaron este Continente con su palabra y sus virtudes, y -muchos de ellos- lo fecundaron con su sangre. Ellos son los frutos más excelsos de la evangelización.

Como en el Cenáculo de Pentecostés nos acompaña la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia. Su presencia entrañable en todos los rincones de Latinoamérica y en los corazones de sus hijos es garantía del sentido profético y del ardor evangélico que deben acompañar vuestros trabajos.

31. ¡"Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá"! (Lc 1,45). Estas palabras, que Isabel dirige a María, portadora de Cristo, son aplicables a la Iglesia, de la que la Madre del Redentor es tipo y modelo. ¡Dichosa tú, América, Iglesia de América, portadora de Cristo también, que has recibido el anuncio de la salvación y has creído en "lo que te ha dicho el Señor"! La fe es tu dicha, la fuente de tu alegría. ¡Dichosos vosotros, hombres y mujeres de América Latina, adultos y jóvenes, que habéis conocido al Redentor! Junto con toda la Iglesia, y con María, vosotros podéis decir que el Señor "ha puesto los ojos en la humildad de su sierva" (Lc 1,48), ¡Dichosos vosotros, los pobres de la tierra, porque ha llegado a vosotros el Reino de Dios!

"Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". ¡Sé fiel a tu bautismo, reaviva en este Centenario la inmensa gracia recibida, vuelve tu corazón y tu mirada al centro, al origen, a Aquel que es fundamento de toda dicha, plenitud de todo! ¡Ábrete a Cristo, acoge el Espíritu, para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés! Y surgirá de ti una humanidad nueva, dichosa; y experimentarás de nuevo el brazo poderoso del Señor, y "lo que te ha dicho el Señor se cumplirá". Lo que te ha dicho, América, es su amor por ti, es su amor por tus hombres, por tus familias, por tus pueblos. Y ese amor se cumplirá en ti, y te hallarás de nuevo a ti misma, hallarás tu rostro, "te proclamarán bienaventurada todas las generaciones" (Lc 1,48).

Iglesia de América, el Señor pasa hoy a tu lado. Te llama. En esta hora de gracia, pronuncia de nuevo tu nombre, renueva su alianza contigo. ¡Ojalá escuchases su voz, para que conozcas la dicha verdadera y plena, y entres en su descanso! (cf. Sal 94, 7.11).

Terminemos invocando a María, Estrella de la primera y de la nueva evangelización. A Ella, que siempre esperó, confiamos nuestra esperanza. En sus manos ponemos nuestros afanes pastorales y todas las tareas de esta Conferencia, encomendando a su corazón de Madre el éxito y la proyección de la misma sobre el futuro del Continente. Que Ella nos ayude a anunciar a su Hijo:

¡ "Jesucristo ayer, hoy y siempre"!

Amén.



131

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con una representación de Indígenas

Es para mí motivo de particular gozo daros mi más cordial y afectuosa bienvenida, representantes de diversas etnias indígenas del continente americano, que habéis querido venir a Santo Domingo para tener este encuentro con el Papa.

Mi ferviente deseo era el de celebrar el V Centenario de la llegada del Evangelio al Nuevo Mundo reunido con multitud de hermanos y hermanas indígenas en Yucatán, cuna de gloriosas civilizaciones de vuestros antepasados. Pero por razones que os son bien conocidas, ha sido necesario reducir los actos de la programación inicial, confiando que el Señor me permita en un futuro no lejano poder encontrarme con los hijos e hijas de los nobles pueblos indígenas para, juntos, celebrar una vez más la fe cristiana que inspira a vuestras comunidades y alienta vuestros esfuerzos por lograr condiciones de vida más digna y justa.

En esta tierra, donde fue plantada la cruz de Cristo hace ahora cinco siglos, os hago entrega del Mensaje de paz y amor que dirijo a todas las personas y grupos étnicos amerindios. Sed, pues, portadores de mis palabras de aliento y del profundo afecto que siento por todos los hermanos y hermanas indígenas, a quienes encomiendo a la maternal protección de Nuestra Señora de Guadalupe para que la efemérides que conmemoramos les corrobore en su fe cristiana y sostenga sus legítimas aspiraciones por conseguir el puesto que les corresponde en la sociedad y en la Iglesia.

A los aquí presentes, a vuestras familias, a vuestros pueblos y Naciones bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.



10

EMBARGO

132

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica
Mensaje a los Indígenas

Amadísimos hermanos y hermanas indígenas del Continente americano:

1. En el marco de la conmemoración del V Centenario del inicio de la evangelización del Nuevo Mundo, lugar preferente en el corazón y el afecto del Papa ocupan los descendientes de los hombres y mujeres que poblaban este continente cuando la cruz de Cristo fue plantada aquel 12 de octubre de 1492.

Desde la República Dominicana, donde he tenido el gozo de encontrarme con algunos de vuestros representantes, dirijo mi mensaje de paz y amor a todas las personas y grupos étnicos indígenas, desde la península de Alaska hasta la Tierra del Fuego. Sois continuadores de los pueblos tupi-guaraní, aymara, maya, quechua, chibcha, nahuatl, mixteco, araucano, yanomani, guajiro, inuit, apaches y tantísimos otros que se distinguen por su nobleza de espíritu, que se han destacado en sus valores autóctonos culturales, como las civilizaciones azteca, inca, maya, y que pueden gloriarse de poseer una visión de la vida que reconoce la sacralidad del mundo y del ser humano. La sencillez, la humildad, el amor a la libertad, la hospitalidad, la solidaridad, el apego a la familia, la cercanía a la tierra y el sentido de la contemplación son otros tantos valores que la memoria indígena de América ha conservado hasta nuestros días y constituyen una aportación que se palpa en el alma latinoamericana.

2. Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes, y sin que acaso lo sospecharan, el Dios vivo y verdadero estaba presente iluminando sus caminos. El apóstol san Juan nos dice que el Verbo, el Hijo de Dios, "es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo" (Jn 1,9). En efecto, las "semillas del Verbo" estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Pero, a la luz de la Buena Nueva, ellos descubrieron que todas aquellas maravillas de la creación no eran sino un pálido reflejo de su Autor y que la persona humana, por ser imagen y semejanza del Creador, es muy superior al mundo material y está llamada a un destino trascendente y eterno. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del pecado, haciéndonos hijos adoptivos de Dios y abriéndonos el camino hacia la vida que no tiene fin. El mensaje de Jesucristo les hizo ver que todos los hombres son hermanos porque tienen un Padre común: Dios. Y todos están llamados a formar parte de la única Iglesia que el Señor ha fundado con su sangre (cf. Act 20,28).

A la luz de la revelación cristiana las virtudes ancestrales de vuestros antepasados como la hospitalidad, la solidaridad, el espíritu generoso, hallaron su plenitud en el gran mandamiento del amor, que ha de ser la suprema ley del cristiano. La persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida les abrió el corazón a Jesús que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6).

Todo esto, que los Padres de la Iglesia llaman las "semillas del Verbo", fue purificado, profundizado y completado por el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia. Jesús llamó bienaventurados a los que tienen sed de justicia (cf. Mt 5,6). ¿Qué otro motivo sino la predicación de los ideales evangélicos movió a tantos misioneros a denunciar los atropellos cometidos contra los indios en la época de la conquista? Ahí están para demostrarlo la acción apostólica y los escritos de Bartolomé de Las Casas, Fray Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel de Nóbrega y de tantos otros hombres y mujeres que dedicaron generosamente su vida a los nativos, y a los que el documento de Puebla llama "intrépidos luchadores por la justicia, evangelizadores de la paz" (n. 8).

3. En esta conmemoración del V Centenario, deseo repetir cuanto os dije durante mi primer viaje pastoral a América Latina: "El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto en el porvenir" (*Discurso en Cuilapan*, 29.I.1979, n.5). Por eso, quiero también hacermeco y portavoz de vuestros más profundos anhelos.

Sé que queréis ser respetados como personas y como ciudadanos. Por su parte, la Iglesia hace suya esta legítima aspiración, ya que vuestra dignidad no es menor que la de cualquier otra persona o raza. Todo hombre o mujer ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gén* 1,26-27). Y Jesús, que mostró siempre su predilección por los pobres y abandonados, nos dice que todo lo que hagamos o dejemos de hacer "a uno de estos mis hermanos menores", a él se lo hicimos (cf. *Mt* 25,40). Nadie que se precie del nombre de cristiano puede despreciar o discriminar por motivos de raza o cultura. El apóstol Pablo nos amonesta al respecto: "Porque en un mismo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres" (*1Cor* 12,13).

La fe, queridos hermanos y hermanas, supera las diferencias entre los hombres. La fe y el bautismo dan vida a un nuevo pueblo: el pueblo de los hijos de Dios. Sin embargo, aún superando las diferencias, la fe no las destruye sino que las respeta. La unidad de todos nosotros en Cristo no significa, desde el punto de vista humano, uniformidad. Por el contrario, las comunidades eclesiales se sienten enriquecidas al acoger la múltiple diversidad y variedad de todos sus miembros.

4. Por eso, la Iglesia alienta a los indígenas a que conserven y promuevan con legítimo orgullo la cultura de sus pueblos: las sanas tradiciones y costumbres, el idioma y los valores propios. Al defender vuestra identidad, no sólo ejercéis un derecho, sino que cumplís también el deber de transmitir vuestra cultura a las generaciones venideras, enriqueciendo de este modo a toda la sociedad. Esta dimensión cultural, con miras a la evangelización, será una de las prioridades de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se desarrolla en Santo Domingo y que he tenido el gozo de inaugurar como acto preeminente de mi viaje con ocasión del V Centenario.

La tutela y respeto de las culturas, valorando todo lo que de positivo hay en ellas, no significa, sin embargo, que la Iglesia renuncia a su misión de elevar las costumbres, rechazando todo aquello que se opone o contradice la moral evangélica. "La Iglesia -afirma el Documento de Puebla- tiene la misión de dar testimonio del «verdadero Dios y único Señor». Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar las falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (nn.405-406).

Elemento central en las culturas indígenas es el apego y cercanía a la madre tierra. Amáis la tierra y queréis permanecer en contacto con la naturaleza. Uno mi voz a la de cuantos demandan la puesta en acto de estrategias y medios eficaces para proteger y conservar la naturaleza creada por Dios. El respeto debido al medio ambiente ha de ser siempre tutelado por encima de intereses exclusivamente económicos o de la abusiva explotación de recursos en tierras y mares.

5. Entre los problemas que aquejan a muchas de las comunidades indígenas están los relacionados con la tenencia de la tierra. Me consta que los Pastores de la Iglesia, desde las exigencias del Evangelio y en consonancia con el magisterio social, no han dejado de apoyar vuestros legítimos derechos favoreciendo adecuadas reformas agrarias y exhortando a la solidaridad como camino que conduce a la justicia. También conozco las dificultades con que tenéis que enfrentaros en temas como la seguridad social, el derecho de asociación, la capacitación agrícola, la participación en la vida nacional, la formación integral de vuestros hijos, la educación, la salud, la vivienda y tantas otras cuestiones que os preocupan. A este propósito, vienen a mi mente las palabras que, hace algunos años, dirigí a los indígenas en el inolvidable encuentro de Quetzaltenango: "La Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones. Por ello, al cumplir su tarea evangelizadora, ella quiere estar cerca de vosotros y elevar su voz de condena cuando se viole vuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios; quiere acompañaros pacíficamente como lo exige el Evangelio, pero con decisión y energía, en el logro del reconocimiento y promoción de vuestra dignidad y de vuestros derechos como personas" (*Discurso en Quetzaltenango*, 7.III.1983, n.4).

Dentro de la misión religiosa que le es propia, la Iglesia no ahorrará esfuerzos en continuar fomentando todas aquellas iniciativas encaminadas a promover el bien común y el desarrollo integral de vuestras comunidades. Muestra de esta decidida voluntad de colaboración y asistencia es la reciente erección por parte de la Santa Sede de la Fundación «*Populorum Progressio*», que dispone de un fondo de ayuda para los grupos indígenas y poblaciones campesinas menos favorecidas de América Latina.

Os aliento, pues, a un renovado empeño a ser también protagonistas de vuestra propia elevación espiritual y humana mediante el trabajo digno y constante, la fidelidad a vuestras mejores tradiciones, la práctica de las virtudes. Para ello contáis con los genuinos valores de vuestra cultura, acrisolada a lo largo de las generaciones que os han precedido en esta bendita tierra. Pero, sobre todo, contáis con la mayor riqueza que, por la gracia de Dios, habéis recibido: vuestra fe católica. Siguiendo las enseñanzas del Evangelio, lograréis que vuestros pueblos, fieles a sus legítimas tradiciones, progresen tanto en lo material como en lo espiritual. Iluminados por la fe en Jesucristo, veréis en los demás hombres, por encima de cualquier diferencia de raza o cultura, a hermanos vuestros. La fe agrandará vuestro corazón para que quepan en él todos vuestros conciudadanos. Y esa misma fe llevará a los demás a amaros, a respetar vuestra idiosincrasia y a unirse con vosotros en la construcción de un futuro en el que todos sean parte activa y responsable, como corresponde a la dignidad cristiana.

6. Acerca del puesto que os corresponde en la Iglesia exhorto a todos a fomentar aquellas iniciativas pastorales que favorezcan una mayor integración y participación de las comunidades indígenas en la vida eclesial. Para ello, habréis que hacer un renovado esfuerzo en lo que se refiere a la inculturación del Evangelio, pues "una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, ni totalmente pensada, ni fielmente vivida" (*Discurso al mundo de la cultura*, Lima 15.V.1988). Se trata, en definitiva, de conseguir que los católicos indígenas se conviertan en los protagonistas de su propia promoción y evangelización. Y ello, en todos los terrenos, incluidos los diversos ministerios. ¡Qué inmenso gozo el día en que vuestras comunidades puedan estar servidas por misioneros y misioneras, por sacerdotes y obispos que hayan salido de vuestras propias familias y os guíen en la adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (*Jn 4,23*)!

El mensaje que hoy os entrego en tierras americanas, conmemorando cinco siglos de presencia del Evangelio entre vosotros, quiere ser una llamada a la esperanza. La Iglesia, que durante estos quinientos años os ha acompañado en vuestro caminar, hará cuanto esté en su mano para que los descendientes de los antiguos pobladores de América ocupen en la sociedad y en las comunidades eclesiales el puesto que les corresponde. Soy consciente de los graves problemas y dificultades con que habéis de enfrentaros. Pero estad seguros de que nunca os va a faltar el auxilio de Dios y la protección de su Santísima Madre, como un día, en la colina del Tepeyac le fue prometido al indio Juan Diego, un insigne hijo de vuestra misma sangre a quien tuve el gozo de exaltar al honor de los altares: "Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no temas esa enfermedad ni otra enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?" (*Nican Mopohua*).

Que Nuestra Señora de Guadalupe os proteja a todos, mientras os bendigo de corazón en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. *Amén*.

Dado en Santo Domingo, el día 12 de octubre de 1992, V Centenario de la Evangelización de América.



10A

135

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Mensaje a los Indígenas

En el Mensaje que el Papa entregó esta mañana a los Indígenas, Juan Pablo II añadió algunas palabras. Se entrega a los periodistas el Mensaje definitivo firmado por el Santo Padre. Este texto tiene la numeración 10 a.

Amadísimos hermanos y hermanas indígenas del Continente americano:

1. En el marco de la conmemoración del V Centenario del inicio de la evangelización del Nuevo Mundo, lugar preferente en el corazón y el afecto del Papa ocupan los descendientes de los hombres y mujeres que poblaban este continente cuando la cruz de Cristo fue plantada aquel 12 de octubre de 1492.

Desde la República Dominicana, donde he tenido el gozo de encontrarme con algunos de vuestros representantes, dirijo mi mensaje de paz y amor a todas las personas y grupos étnicos indígenas, desde la península de Alaska hasta la Tierra del Fuego. Sois continuadores de los pueblos tupi-guaraní, aymara, maya, quechua, chibcha, nahualt, mixteco, araucano, yanomani, guajiro, inuit, apaches y tantísimos otros que se distinguen por su nobleza de espíritu, que se han destacado en sus valores autóctonos culturales, como las civilizaciones azteca, inca, maya, y que pueden gloriarse de poseer una visión de la vida que reconoce la sacralidad del mundo y del ser humano. La sencillez, la humildad, el amor a la libertad, la hospitalidad, la solidaridad, el apego a la familia, la cercanía a la tierra y el sentido de la contemplación son otros tantos valores que la memoria indígena de América ha conservado hasta nuestros días y constituyen una aportación que se palpa en el alma latinoamericana.

2. Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes, y sin que acaso lo sospecharan, el Dios vivo y verdadero estaba presente iluminando sus caminos. El apóstol san Juan nos dice que el Verbo, el Hijo de Dios, "es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo" (Jn 1,9). En efecto, las "semillas del Verbo" estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Pero, a la luz de la Buena Nueva, ellos descubrieron que todas aquellas maravillas de la creación no eran sino un pálido reflejo de su Autor y que la persona humana, por ser imagen y semejanza del Creador, es muy superior al mundo material y está llamada a un destino trascendente y eterno. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del pecado, haciéndonos hijos adoptivos de Dios y abriéndonos el camino hacia la vida que no tiene fin. El mensaje de Jesucristo les hizo ver que todos los hombres son hermanos porque tienen un Padre común: Dios. Y todos están llamados a formar parte de la única Iglesia que el Señor ha fundado con su sangre (cf. Act 20,28).

A la luz de la revelación cristiana las virtudes ancestrales de vuestros antepasados como la hospitalidad, la solidaridad, el espíritu generoso, hallaron su plenitud en el gran mandamiento del amor, que ha de ser la suprema ley del cristiano. La persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida les abrió el corazón a Jesús que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14,6).

Todo esto, que los Padres de la Iglesia llaman las "semillas del Verbo", fue purificado, profundizado y completado por el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia. Jesús llamó bienaventurados a los que tienen sed de justicia (cf. Mt 5,6). ¿Qué otro motivo sino la predicación de los ideales evangélicos movió a tantos misioneros a denunciar los atropellos cometidos contra los indios a la llegada de los conquistadores? Ahí están para demostrarlo la acción apostólica y los escritos de intrépidos evangelizadores españoles como Bartolomé de las Casas, Fray Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcér, José de Anchieta, Manuel de Nóbrega y de tantos otros hombres y mujeres que dedicaron generosamente su vida a los nativos. La iglesia, que con sus religiosos, sacerdotes y obispos ha estado siempre al lado de los indígenas, ¿cómo podría olvidar en este V Centenario los enormes sufrimientos infligidos a los pobladores de este Continente durante la época de la conquista y la colonización? Hay que reconocer con toda verdad los abusos cometidos debido a la falta de amor de aquellas personas que no supieron ver en los indígenas hermanos e hijos del mismo Padre Dios.

3. En esta conmemoración del V Centenario, deseo repetir cuanto os dije durante mi primer viaje pastoral a América Latina: "El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones; admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto en el porvenir" (Discurso en Cuilapan, 29.I.1979, n.5). Por eso, quiero también hacerme eco y portavoz de vuestros más profundos anhelos.

Sé que queréis ser respetados como personas y como ciudadanos. Por su parte, la Iglesia hace suya esta legítima aspiración, ya que vuestra dignidad no es menor que la de cualquier otra persona o raza. Todo hombre o mujer ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26-27). Y Jesús, que mostró siempre su predilección por los pobres y abandonados, nos dice que todo lo que hagamos o dejemos de hacer "a uno de estos mis hermanos menores", a él se lo hicimos (cf. Mt 25,40). Nadie que se precie del nombre de cristiano puede despreciar o discriminar por motivos de raza o cultura. El apóstol Pablo nos amonesta al respecto: "Porque en un mismo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y gentes, esclavos y libres" (1Cor 12,13).

La fe, queridos hermanos y hermanas, supera las diferencias entre los hombres. La fe y el bautismo dan vida a un nuevo pueblo: el pueblo de los hijos de Dios. Sin embargo, aún superando las diferencias, la fe no las destruye sino que las respeta. La unidad de todos nosotros en Cristo no significa, desde el punto de vista humano, uniformidad. Por el contrario, las comunidades eclesiales se sienten enriquecidas al acoger la múltiple diversidad y variedad de todos sus miembros.

4. Por eso, la Iglesia alienta a los indígenas a que conserven y promuevan con legítimo orgullo la cultura de sus pueblos: las sanas tradiciones y costumbres, el idioma y los valores propios. Al defender vuestra identidad, no sólo ejercéis un derecho, sino que cumplís también el deber de transmitir vuestra cultura a las generaciones venideras, enriqueciendo de este modo a toda la sociedad. Esta dimensión cultural, con miras a la evangelización, será una de las prioridades de la IV Conferencia General del

Episcopado Latinoamericano, que se desarrolla en Santo Domingo y que he tenido el gozo de inaugurar como acto preeminente de mi viaje con ocasión del V Centenario.

La tutela y respeto de las culturas, valorando todo lo que de positivo hay en ellas, no significa, sin embargo, que la Iglesia renuncia a su misión de elevar las costumbres, rechazando todo aquello que se opone o contradice la moral evangélica. "La Iglesia -afirma el Documento de Puebla- tiene la misión de dar testimonio del «verdadero Dios y Único Señor». Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar las falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (nn.405-406).

Elemento central en las culturas indígenas es el apego y cercanía a la madre tierra. Amas la tierra y queréis permanecer en contacto con la naturaleza. Uno mi voz a la de cuantos demandan la puesta en acto de estrategias y medios eficaces para proteger y conservar la naturaleza creada por Dios. El respeto debido al medio ambiente ha de ser siempre tutelado por encima de intereses exclusivamente económicos o de la abusiva explotación de recursos en tierras y mares.

5. Entre los problemas que aquejan a muchas de las comunidades indígenas están los relacionados con la tenencia de la tierra. Me consta que los Pastores de la Iglesia, desde las exigencias del Evangelio y en consonancia con el magisterio social, no han dejado de apoyar vuestros legítimos derechos favoreciendo adecuadas reformas agrarias y exhortando a la solidaridad como camino que conduce a la justicia. También conozco las dificultades con que

tenéis que enfrentaros en temas como la seguridad social, el derecho de asociación, la capacitación agrícola, la participación en la vida nacional, la formación integral de vuestros hijos, la educación, la salud, la vivienda y tantas otras cuestiones que os preocupan. A este propósito, vienen a mi mente las palabras que, hace algunos años, dirigí a los indígenas en el inolvidable encuentro de Quetzaltenango: "La Iglesia conoce, queridos hijos, la marginación que sufrís; las injusticias que soportáis; las serias dificultades que tenéis para defender vuestras tierras y vuestros derechos; la frecuente falta de respeto hacia vuestras costumbres y tradiciones. Por ello, al cumplir su tarea evangelizadora, ella quiere estar cerca de vosotros y elevar su voz de condena cuando se viola vuestra dignidad de seres humanos e hijos de Dios; quiere acompañaros pacíficamente como lo exige el Evangelio, pero con decisión y energía, en el logro del reconocimiento y promoción de vuestra dignidad y de vuestros derechos como personas" (Discurso en Quetzaltenango, 7.III.1983, n.4).

Dentro de la misión religiosa que le es propia, la Iglesia no ahorrará esfuerzos en continuar fomentando todas aquellas iniciativas encaminadas a promover el bien común y el desarrollo integral de vuestras comunidades, así como alentar legislaciones que respeten y tutelen adecuadamente los auténticos valores y derechos de los indígenas. Muestra de esta decidida voluntad de colaboración y asistencia es la reciente erección por parte de la Santa Sede de la Fundación «*Populorum Progressio*», que dispone de un fondo de ayuda para los grupos indígenas y poblaciones campesinas menos favorecidas de América Latina.

Os aliento, pues, a un renovado empeño a ser también protagonistas de vuestra propia elevación espiritual y humana mediante

el trabajo digno y constante, la fidelidad a vuestras mejores tradiciones, la práctica de las virtudes. Para ello contáis con los genuinos valores de vuestra cultura, acrisolada a lo largo de las generaciones que os han precedido en esta bendita tierra. Pero, sobre todo, contáis con la mayor riqueza que, por la gracia de Dios, habéis recibido: vuestra fe católica. Siguiendo las enseñanzas del Evangelio, lograréis que vuestros pueblos, fieles a sus legítimas tradiciones, progresen tanto en lo material como en lo espiritual. Iluminados por la fe en Jesucristo, veréis en los demás hombres, por encima de cualquier diferencia de raza o cultura, a hermanos vuestros. La fe agrandará vuestro corazón para que quepan en él todos vuestros conciudadanos. Y esa misma fe llevará a los demás a amaros, a respetar vuestra idiosincrasia y a unirse con vosotros en la construcción de un futuro en el que todos sean parte activa y responsable, como corresponde a la dignidad cristiana.

6. Acerca del puesto que os corresponde en la Iglesia exhorto a todos a fomentar aquellas iniciativas pastorales que favorezcan una mayor integración y participación de las comunidades indígenas en la vida eclesial. Para ello, habrá que hacer un renovado esfuerzo en lo que se refiere a la inculturación del Evangelio, pues "una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, ni totalmente pensada, ni fielmente vivida" (*Discurso al mundo de la cultura*, Lima 15.V.1988). Se trata, en definitiva, de conseguir que los católicos indígenas se conviertan en los protagonistas de su propia promoción y evangelización. Y ello, en todos los terrenos, incluidos los diversos ministerios. ¡Qué inmenso gozo el día en que vuestras comunidades puedan estar servidas por misioneros y misioneras, por sacerdotes y obispos que hayan salido de vuestras propias familias y os guíen en la

10A/8

adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23)!

El mensaje que hoy os entrego en tierras americanas, conmemorando cinco siglos de presencia del Evangelio entre vosotros, quiere ser una llamada a la esperanza y al perdón. En la oración que Jesucristo nos enseñó decimos: "Padre nuestro...perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Jesús "tiene palabras de vida eterna" (Jn 6,68); El sabe lo que hay "en el corazón del hombre" (cf Jn 2,25). En nombre de Jesucristo, como Pastor de la Iglesia os pido que "perdonéis a quienes os han ofendido"; que perdonéis a todos aquellos que durante estos quinientos años han sido causa de dolor y sufrimiento para vuestros antepasados y para vosotros. Cuando perdonamos ponemos en las manos de Dios las "ofensas" que el hombre ha hecho, sabiendo que el Señor es la Justicia más santa y la más justa Misericordia. El es el único dueño de la historia, creador del mundo y redentor del hombre. Al perdonar, nosotros mismos nos renovamos en el espíritu y nuestra voluntad se fortalece. El mundo tiene siempre necesidad del perdón y de la reconciliación entre las personas y entre los pueblos. Solamente sobre estos fundamentos se podrá construir una sociedad más justa y fraterna. Por ello, en este solemne Centenario, y en nombre del Señor Jesús, os dirijo mi apremiante llamado a perdonar "a los que os han ofendido" -como decimos en el Padrenuestro- todas las ofensas e injusticias que os han sido infligidas, muchas de las cuales solamente Dios conoce.

La Iglesia, que durante estos quinientos años os ha acompañado en vuestro caminar, hara cuanto esté en su mano para que los descendientes de los antiguos pobladores de América ocupen en la sociedad y en las comunidades eclesiales el puesto que les

•/•

corresponde. Soy consciente de los graves problemas y dificultades con que habéis de enfrentaros. Pero estad seguros de que nunca os va a faltar el auxilio de Dios y la protección de su Santísima Madre, como un día, en la colina del Tepeyac le fue prometido al indio Juan Diego, un insigne hijo de vuestra misma sangre a quien tuve el gozo de exaltar al honor de los altares: "Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige; no se turbe tu corazón; no tomas esa enfermedad ni otra enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo?" (Nican Mopohua).

Que Nuestra Señora de Guadalupe os proteja a todos, mientras os bendigo de corazón en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Santo Domingo, el día 12 de octubre de 1992, V Centenario de la Evangelización de América.



144
EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con una representación de Afroamericanos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Me es muy grato poder tener este encuentro con vosotros, representantes de las comunidades afroamericanas de este continente, con motivo de cumplirse el V Centenario de la llegada del Evangelio.

Como bien sabéis, era mi ferviente deseo haber tenido una celebración litúrgica especialmente dedicada a los descendientes de aquellos hombres y mujeres que, tras el descubrimiento de América, fueron forzados a abandonar el continente africano y trasladados a las nuevas tierras.

Por vuestro medio, deseo hacer llegar mi Mensaje de saludo y aliento a todas las personas y comunidades afroamericanas del Nuevo Mundo, en especial a los hijos e hijas de la Iglesia católica, que en acción de gracias a Dios, conmemora los quinientos años de presencia de la fe cristiana en el continente de la esperanza.

Os agradezco vivamente vuestra visita y os ruego que, junto con mi palabra, seáis portadores de mi saludo entrañable a vuestras familias y comunidades en todo el Caribe, en Brasil, en las costas atlántica y pacífica, en todo el continente. Decidles que el Papa les ama y que quiere estar cercano a quienes más lo necesitan: a los pobres, a los enfermos, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu.

Sed en todo momento fieles a la Iglesia de Cristo, al mandamiento del amor fraterno. Que en vuestras manifestaciones de religiosidad y piedad popular, plenamente inculturadas en vuestra idiosincrasia, resplandezca siempre la vitalidad del mensaje cristiano, la pureza de su doctrina, la devoción eucarística y mariana. Todo ello será garantía de profunda y sólida vida cristiana y os defenderá también del proselitismo de las sectas.

Mientras encomiendo a todos a la maternal protección de la Santísima Virgen, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.



12

EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

145

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Mensaje a los Afroamericanos

Amadísimos hermanos y hermanas Afroamericanos:

1. El V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo es ocasión propicia para dirigiros, desde la ciudad de Santo Domingo, mi mensaje de aliento que acreciente vuestra esperanza y sostenga vuestro empeño cristiano en dar renovada vitalidad a vuestras comunidades, a las que, como Sucesor de Pedro, envío un saludo entrañable y afectuoso con las palabras del apóstol san Pablo: "Que la gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo" (Gál 1,3).

La evangelización de América es motivo de profunda acción de gracias a Dios que, en su infinita misericordia, quiso que el mensaje de salvación llegara a los habitantes de estas benditas tierras, fecundadas por la cruz de Cristo, que ha marcado la vida y la historia de sus gentes, y que tan abundantes frutos de santidad y virtudes ha dado a lo largo de estos cinco siglos.

La fecha del 12 de octubre de 1492 señala el inicio del encuentro de razas y culturas que configurarían la historia de estos quinientos años, en los que la penetrante mirada cristiana nos permite descubrir la intervención amorosa de Dios, a pesar de las limitaciones e infidelidades de los hombres. En efecto, en el cauce de la historia se da una confluencia misteriosa de pecado y de gracia, pero, a lo largo de la misma, la gracia triunfa sobre el poder del pecado. Como nos dice san Pablo: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5,20).

2. En las celebraciones de este V Centenario no podía faltar mi mensaje de cercanía y vivo afecto a las poblaciones afroamericanas, que representan una parte relevante en el conjunto del continente y que con sus valores humanos y cristianos, y también con su cultura, enriquecen a la Iglesia y a la sociedad en tantos países. A este propósito, vienen a mi mente aquellas palabras de Simón Bolívar afirmando que "América es el resultado de la unión de Europa y África con elementos aborígenes. Por eso, en ella no caben los prejuicios de raza y, si cupiesen, América volvería al caos primitivo".

De todos es conocida la gravísima injusticia cometida contra aquellas poblaciones negras del continente africano, que fueron arrancadas con violencia de sus tierras, de sus culturas y de sus tradiciones, y traídas como esclavos a América. En mi reciente viaje apostólico a Senegal no quise dejar de visitar la isla de Gorea, donde se desarrolló parte de aquel ignominioso comercio, y quise dejar constancia del firme repudio de la Iglesia con las palabras que ahora deseo recordar nuevamente: "La visita a la Casa de los Esclavos nos trae a la memoria esa trata de negros que Pío II, en una carta dirigida a un misionero que partía hacia Guinea califica de «crimen enorme». Durante todo un período de la historia del continente africano, hombres, mujeres y niños fueron traídos aquí, arrancados de su tierra y separados de sus familias para ser vendidos como mercancía. Estos hombres y mujeres han sido víctimas de un vergonzoso comercio en el que han tomado parte personas bautizadas que no han vivido según su fe. ¿Cómo olvidar los enormes sufrimientos infligidos a la población deportada del continente africano, despreciando los derechos humanos más elementales? ¿Cómo olvidar las vidas humanas aniquiladas por la esclavitud? Hay que confesar con toda verdad y humildad este pecado del hombre contra el hombre" (Discurso en la Isla de Gorea, 21.II.1992).

3. Mirando la realidad actual del Nuevo Mundo, vemos pujantes y vivas comunidades afroamericanas que, sin olvidar su pasado histórico, aportan la riqueza de su cultura a la variedad multiforme del continente. Con tenacidad no exenta de sacrificios contribuyen al bien común integrándose en el conjunto social pero manteniendo su identidad, usos y costumbres. Esta fidelidad a su propio ser y patrimonio espiritual es algo que la Iglesia no sólo respeta sino que alienta y quiere potenciar, pues siendo el hombre -todo hombre- creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26-27), toda realidad auténticamente humana es expresión de dicha imagen, que Cristo ha regenerado con su sacrificio redentor.

Gracias a la redención de Cristo, amados hermanas y hermanos afroamericanos, todos los hombres hemos pasado de las tinieblas a la luz, de ser "no-mi-pueblo" a llamarnos "hijos-de-Dios-vivo" (cf. Os 2,1). Como "elegidos de Dios" formamos un solo cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 3,12-15) en la cual, en palabras de san Pablo, "no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo en todos" (Col 3,11). En efecto, la fe supera las diferencias entre los hombres y da vida a un pueblo nuevo que es el pueblo de los hijos de Dios. Sin embargo, aún superando las diferencias en la común condición de cristianos, la fe no las destruye sino que las respeta y dignifica.

Por eso, en esta conmemoración del V Centenario, os aliento a defender vuestra identidad, a ser conscientes de vuestros valores y hacerlos fructificar. Pero, como Pastor de la Iglesia, os exhorto sobre todo a ser conscientes del gran tesoro que, por la gracia de Dios, habéis recibido: vuestra fe católica. A la luz de Cristo, lograréis que vuestras comunidades crezcan y progresen tanto en lo espiritual como en lo material, difundiendo así los dones que Dios os ha otorgado. Iluminados por la fe cristiana, veréis a los demás hombres, por encima de cualquier diferencia de raza o cultura, como a hermanos vuestros, hijos del mismo Padre.

4. La solicitud de la Iglesia por vosotros y vuestras comunidades con miras a la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana, será puesta de manifiesto en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que ayer tuve la dicha de inaugurar. Sin olvidar que muchos valores evangélicos han penetrado y enriquecido la cultura, la mentalidad y la vida de los afroamericanos, se desea potenciar la atención pastoral y favorecer los elementos específicos de las comunidades eclesiales con rostro propio.

La obra evangelizadora no destruye, sino que se encarna en vuestros valores, los consolida y fortalece; hace crecer las semillas esparcidas por el "Verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitularlo todo en El, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Gaudium et spes, 57). La Iglesia, fiel a la universalidad de su misión, anuncia a Jesucristo e invita a los hombres de todas las razas y condición a aceptar su mensaje. Como afirmaron los Obispos latinoamericanos en la Conferencia General de Puebla de los Angeles, "la Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero Dios y del único Señor. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (n. 406). En efecto, con la evangelización, la Iglesia renueva las culturas, combate los errores, purifica y eleva la moral de los pueblos, fecunda las tradiciones las consolida y restaura en Cristo (cf. Gaudium et spes, 58).

5. Sé que la vida de muchos afroamericanos en los diversos países no está exenta de dificultades y problemas. La Iglesia, bien consciente de ello, comparte vuestros sufrimientos y os acompaña y apoya en vuestras legítimas aspiraciones a una vida más justa y digna para todos. A este propósito, no puedo por menos de expresar viva gratitud y alentar la acción apostólica de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas que ejercen su ministerio con los más pobres y necesitados. Pido a Dios que en vuestras comunidades cristianas surjan también numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas para que los afroamericanos del continente puedan contar con ministros que hayan salido de vuestras propias familias.

Mientras os encomiendo a la maternal protección de la Santísima Virgen, cuya devoción está tan arraigada en la vida y prácticas cristianas de los católicos afroamericanos, os bendigo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dado en Santo Domingo, el día 12 de octubre de 1992, V Centenario de la Evangelización de América.



EMBARGO

jusqu'à ce que le discours
ne soit prononcé

REPÚBLICA DOMICANA - SANTO DOMINGO - 13.10.1992

Nunciatura Apostólica

Encuentro con los Obispos y fieles de Haití

Chers Frères dans l'épiscopat,

Chers Frères et Soeurs,

Les célébrations du cinquième centenaire de l'évangélisation de votre continent ont dirigé une fois encore mes pas vers le nouveau monde et j'en ressens une sincère émotion.

Je suis très touché que vous soyez venus à ma rencontre: votre geste constitue un témoignage éloquent de la vivacité des liens d'affection qui unissent l'Église en Haïti au Successeur de Pierre. Je vous remercie vivement de m'avoir apporté le salut du Peuple haïtien.

A plusieurs reprises déjà, et dans un passé récent, je n'ai pas manqué de vous faire savoir combien je demeure proche de vous, alors que votre pays n'en finit pas d'aller de période douloureuse en période douloureuse, vous jetant dans l'inquiétude et dans l'angoisse. Comme le Bon Samaritain de l'Évangile, m'arrêtant sur le chemin, je voudrais vous exprimer une fois encore ma profonde compassion et vous apporter du réconfort, à vous qui êtes atteints par de cruelles épreuves que, de mon côté, avec mes collaborateurs, je cherche à adoucir.

Devant Dieu, je porte les souffrances des uns et des autres: je prie pour ceux qui sont poussés à fuir vers d'autres lieux, pour ceux qui se sentent persécutés, pour ceux qui sont dans le désarroi, sans travail ou sans sécurité, et pour toutes les personnes dont les droits sont bafoués. Je demande au Seigneur de soutenir l'action de ceux qui, restant sur place, s'efforcent, avec les moyens dont ils disposent, de renoncer à la logique de la violence et d'établir un climat de tolérance et de paix, pour plus de justice. Je souhaite que, loin de vous sentir abandonnés, vous soyez assurés de la sollicitude du Pape qui voudrait tant que vous ne perdiez pas le goût de vivre, mais que vous poursuiviez votre engagement pour sauvegarder votre sol, pour procurer à vos enfants l'indispensable scolarité qui les aidera à faire face à la vie et à devenir eux-mêmes les artisans de leur développement.

2. En cette année 1992, qui marque les cinq cents ans de l'arrivée chez vous de la Bonne Nouvelle du Christ, vous êtes invités, avec vos frères et soeurs d'Amérique latine, à porter un regard neuf sur la personne de notre Rédempteur, Sauveur des hommes et Source de vie. Comme l'exprime le thème de la quatrième conférence générale de l'épiscopat latino-américain, que j'ai eu la joie d'inaugurer hier, «Jésus Christ est le même hier, aujourd'hui et toujours» (He 13, 8). Il vous aime et il dirige vos vies dans son mystérieux dessein.

Sous la conduite de vos pasteurs, vous êtes encouragés à faire preuve d'un élan nouveau pour mieux accueillir et mieux connaître la Parole de Dieu, afin qu'elle soit votre règle de vie. Ainsi, vous consolidez l'oeuvre d'évangélisation commencée voici cinq siècles par les premiers missionnaires. Vous êtes appelés à mettre vos pas dans les pas du Christ pour répandre la lumière de la foi dans vos diocèses d'Haïti et pour la faire rayonner au-delà.

3. Vous le savez: c'est le Christ qui libère l'homme et lui fait atteindre sa pleine stature et sa maturité. Je souhaite qu'en Haïti, à l'instar des autres pays latino-américains, se déploie une grande impulsion apostolique et une vaste créativité catéchétique afin que les baptisés connaissent mieux la foi chrétienne et donnent de réels fruits de sainteté. Je souhaite aussi que se développe un souci profond de l'homme, que l'on s'applique à incarner l'Évangile dans la culture populaire, notamment que l'on s'aide mutuellement à établir et à entretenir des relations vraiment humaines. Dieu veut que ses enfants vivent dans la paix et qu'ils obtiennent ce dont ils ont besoin pour mener leur existence dans le respect et dans la dignité. Il veut que nous changions notre regard sur les autres, que nous reconnaissons dans nos frères et soeurs des personnes créées à l'image de Dieu, appelées à vivre avec le Père. En définitive, il s'agit d'obtenir que les fils et les filles de cette terre haïtienne témoignent activement de l'Évangile et sachent rendre compte de l'espérance qui est en eux (cf. 1 P 3, 15).

4. Vous avez, vous chrétiens, le désir de travailler en commun, dans le dialogue. Pourquoi ne pas en finir avec les divisions stériles? Pourquoi ne pas rassembler vos énergies en vue de poursuivre l'édification d'une Église qui, par sa cohésion, sème l'espoir autour d'elle? En vivant la communion ecclésiale, vous contribuerez, par voie de conséquence, à la construction d'une société de solidarité, de vérité, de justice, de fraternité et d'amour, dont Haïti a besoin. Dans le sillage des évangélistes du passé, vous serez alors vous-mêmes les messagers de la Bonne Nouvelle pour le monde d'aujourd'hui.

D'une manière qui se voudrait pressante, je vous exhorte à rester unis autour de vos évêques; je partage avec eux le souci de votre Église et ils ont toute ma confiance. Je laisse à votre méditation ces fortes recommandations de saint Ignace d'Antioche: «De même donc que le Seigneur n'a rien fait, ni par lui-même, ni par ses Apôtres, sans son Père, avec qui il ne fait qu'un, ainsi vous-mêmes ne faites rien sans l'évêque et les presbytres. N'essayez pas de donner une apparence de raison à vos activités privées, mais faites tout en commun: une seule prière, une seule supplication, un seul esprit, une seule espérance dans la charité, dans la joie irréprochable; cela, c'est Jésus Christ, qui est au-dessus de tout» (Lettre aux Magnésiens, VII,1).

5. L'année 1992 marque également pour vous le cinquantième anniversaire de la consécration de votre cher pays à Notre-Dame du Perpétuel Secours. Puissiez-vous renouveler à Marie votre offrande en tant que peuple, avec son histoire, sa culture, ses talents, ainsi que ses durs labeurs et ses espérances! Que Marie continue à être présente dans vos vies et qu'elle vous aide à cheminer dans la foi vers Jésus son Fils!

En concluant, je forme le vœu que l'Église en Haïti soit plus que jamais une force spirituelle à l'influence grandissante, et cela grâce à son inébranlable unité. Pour vous encourager dans cet important dessein, de grand cœur je vous donne ainsi qu'à tous vos frères et sœurs du pays, et très particulièrement à ceux et à celles qui souffrent dans leur chair ou dans leur esprit, ma Bénédiction apostolique.



EMBARGO

hasta el momento en
que sea pronunciado

REPÚBLICA DOMINICANA - SANTO DOMINGO - 14.10.1992

Aeropuerto internacional "Las Américas"

Ceremonia de despedida

Señor Presidente,
Amados Hermanos en el Episcopado,
Autoridades,
Queridos hijos e hijas de la República Dominicana:

1. Llego ya a su fin mi visita pastoral que, en el nombre del Señor, he tenido el gozo de realizar, cumpliendo así mi ferviente deseo de asociarme, desde este pórtico de las Américas, a las celebraciones del V Centenario de la Evangelización del Nuevo Mundo.

En estos momentos de despedida mi pensamiento hecho plegaria se dirige a Dios, rico en misericordia, que me ha concedido la gracia de compartir estas jornadas de intensa comunión y esperanza, durante las cuales he tenido ocasión de sentir la presencia y cercanía de los pueblos de América Latina, que agradecen profundamente al Señor de la historia el don de la fe y el haber sido escogidos para formar parte de su Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica.

Doy las gracias al Señor Presidente de la República y a todas las Autoridades, que tanto han cooperado para el buen desarrollo de mi visita pastoral, dándome en todo momento muestras de exquisita cortesía.

Expreso viva gratitud a mis Hermanos Obispos de esta Nación, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a tantos laicos que, con no poco esfuerzo y sacrificio, han contribuido eficaz e ilusionadamente a la preparación y realización de las diversas celebraciones. Por causas bien conocidas, y ajenas a mi voluntad, no ha sido posible en esta ocasión realizar los encuentros que, en un primer momento, habían sido programados en La Vega y Azua. Pero mi espíritu ha estado siempre muy cercano a todos y cada uno de los dominicanos: familias, jóvenes y niños, campesinos y obreros, intelectuales y dirigentes, minorías étnicas, pobres y enfermos. A todos llevo en mi corazón y de todos guardaré un imborrable recuerdo.

2. Ha sido motivo de profunda satisfacción encontrarme con una Iglesia viva, en la que sus pastores están generosamente entregados a las tareas de la nueva evangelización, compartiendo las alegrías y tristezas de la gente y cooperando en la promoción de la justicia y de la fraternidad entre todos. Animados por la gran esperanza que viene de una fe firme y operante, seguid anunciando a Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Heb 13,8). Que este lema de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se haga vida en los individuos, en las familias, en la sociedad dominicana.

A mis Hermanos Obispos y demás participantes en la Conferencia de Santo Domingo les aliento en sus trabajos y les acompaño con mi plegaria intensa, asidua, esperanzada. Quiera Dios que el fruto de sus reflexiones infunda un renovado dinamismo apostólico en todas las diócesis, parroquias, comunidades, asociaciones y movimientos de la Iglesia latinoamericana.

3. América Latina -continente de la esperanza- debe entrar gallarda y decididamente en el tercer milenio cristiano irradiando en el mundo la luz de la fe que recibió hace cinco siglos. El futuro se presenta, ciertamente, como un gran desafío a la capacidad creadora y a la voluntad de entendimiento de los pueblos que integran la gran familia latinoamericana. Por ello, es más necesario aún que, cimentados en las raíces cristianas que han configurado su ser histórico, den nueva vitalidad a los valores morales como factor de cohesión social, solidaridad y progreso. Pido a Dios que este V Centenario sea un hito en el proceso de integración latinoamericana, que lleve a las Naciones del Continente a ocupar el puesto que les corresponde en la escena mundial.

¡Adelante, América Latina! Que tu fe cristiana te acompañe siempre en los arduos caminos que tendrás que recorrer. ¡Animo, Continente de la esperanza! ¡No tengas miedo! ¡Abre de par en par las puertas a Cristo!

¡Que Dios bendiga a la República Dominicana!

¡Que Dios bendiga a todos los hijos e hijas de América!

¡Alabado sea Jesucristo!

TEXTOS DEL VIAJE DEL SANTO PADRE

ÍNDICE

I. EL VIAJE DEL SANTO PADRE	1
II. LA IV CONFERENCIA	1
A. Fines de la conferencia	1
B. La actual hora crucial	1
III. QUINTO CENTENARIO DE LA LLEGADA DE LA FE	2
A. Celebrar el acontecimiento	2
B. Celebrar a Cristo, presente en A.L.	2
C. La evangelización	2
D. La defensa de la dignidad humana	3
E. Frutos de santidad	4
F. La realidad de la Iglesia	4
G. Enriquecimiento para la Iglesia	4
H. Las semillas del verbo fructificaron con la evangelización	5
I. El Evangelio en el corazón de los pueblos latinoamericanos	5
J. Luces y Sombras	6
K. Quinto centenario y nueva evangelización	7
IV. NUEVA EVANGELIZACIÓN	7
A. Centralidad	7
B. En qué consiste y en qué no	7
C. Punto de partida	8
D. Los retos	8
1. La secularización	8
E. Cristología	8
1. Predicar a Cristo con fidelidad y pureza	8
2. Jesucristo ayer, hoy y siempre	9
3. La encarnación	9
F. Eclesiología	9
1. Evangelizare Iesum Christum	10
G. Antropología	10
1. Opción de la Iglesia por el hombre	10
2. Cristo es la respuesta a todas las interrogantes del hombre	10
3. Dignidad humana y cultura	11
4. Hijos de Dios en Cristo	11
5. El hombre y su desarrollo	11
V. PROMOCIÓN HUMANA	11
A. Visión secularizada	11
B. Opción por los pobres	11
C. El hombre protagonista del desarrollo	12
VI. CULTURA CRISTIANA	12
A. Evangelio y cultura	12
B. Crisis cultural	13
C. Cultura de vida, anti-cultura de muerte	14
D. Necesidad de un discernimiento evangélico	14
E. Evangelización de la cultura, inculturación del Evangelio	14
VII. MOVIMIENTOS	15
VIII. RECONCILIACIÓN, PERDÓN, COMUNIÓN	15
A. Reconciliación	15
B. Comunión	15
C. Perdón	16

IX. CONTRA LA TENTACIÓN HORIZONTALISTA, IDEOLÓGICA, ETC. . .	16
X. COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE	17
XI. UNIDAD DE AMÉRICA LATINA	17

I. EL VIAJE DEL SANTO PADRE

PEREGRINO DE LA EVANGELIZACIÓN, COMO LOS PRIMEROS EVANGELIZADORES

«Como peregrino de la Evangelización vengo a este pórtico de las Américas, donde, como aquellos misioneros que acompañaban a los descubridores, tuve la dicha de celebrar mi primera Misa en el primer viaje pastoral de mi Pontificado» (Juan Pablo II, *Ceremonia de llegada en el Aeropuerto internacional «Las Américas», 9.10.1992, 2).*

II. LA IV CONFERENCIA

A. Fines de la conferencia

«Esta conferencia se reúne para celebrar a Jesucristo, para dar gracias a Dios por su presencia en estas tierras de América, donde hace ahora 500 años comenzó a difundirse el mensaje de la salvación; se reúne para celebrar la implantación de la Iglesia, que durante estos cinco siglos tan abundantes frutos de santidad y amor ha dado en el Nuevo Mundo» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 2).*

«La presente Conferencia General se reúne para perfilar las líneas maestras de una acción evangelizadora que ponga a Cristo en el corazón y en los labios de todos los latinoamericanos. Esta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo y la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad y la transformen (cf. *Discurso a la Pont. Comisión para América Latina, 14 de junio 1991).*

En sus deliberaciones y conclusiones, esta Conferencia ha de saber conjugar los tres elementos doctrinales y pastorales que constituyen como las tres coordenadas de la nueva evangelización: *Cristología, Eclesiología y Antropología*. Contando con una profunda y sólida Cristología, basados en una sana antropología y con una clara y recta visión eclesiológica, hay que afrontar los retos que se plantean hoy a la acción evangelizadora de la Iglesia en América» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 5).*

«La nueva evangelización es la idea central de toda la temática de esta Conferencia» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 6).*

«Vuestra Asamblea habrá de delinear el rostro de una Iglesia viva y dinámica que crece en la fe, se santifica, ama, sufre, se compromete y espera en su Señor, como nos recuerda el Concilio Ecuménico Vaticano II, punto obligado de referencia en la vida y misión de todo Pastor (cf. *Gaudium et spes, 2).*

La tarea que os aguarda durante las próximas jornadas es ardua, pero marcada por el signo de la esperanza que viene de Cristo Resucitado. Misión vuestra es la de ser heraldos de la esperanza, de que nos habla el apóstol Pedro...» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 25).*

B. La actual hora crucial

«Es ésta, queridos Hermanos, una hora de gracia para todos nosotros y para la Iglesia en América. En realidad, para la Iglesia universal, que nos acompaña con su plegaria, con esa comunión profunda de los corazones que el Espíritu Santo genera en todos los miembros del único cuerpo de Cristo. Hora de gracia y también de gran responsabilidad. Ante nuestros ojos se vislumbra ya el tercer milenio. Y si la Providencia nos ha convocado para dar gracias a Dios por los quinientos años de fe y de vida cristiana en el Continente americano, acaso podemos decir con más razón aún que nos ha convocado también a renovarnos interiormente, y a "escrutar los signos de los tiempos" (cf. Mt 16,3). En verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo una llamada a la

conversión. En efecto, mediante el testimonio de una Iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en Él la verdad de su vocación y su esperanza, el camino hacia una humanidad mejor» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 1).

III. QUINTO CENTENARIO DE LA LLEGADA DE LA FE

A. Celebrar el acontecimiento

CELEBRAR CON LA HUMILDAD DE LA VERDAD

«El 12 de octubre de 1984, en el Estadio Olímpico de Santo Domingo, pude inaugurar la novena de años con la que la Iglesia se ha preparado a la magna efemérides que ahora celebramos. Y, recordando las palabras que pronuncié en aquella ocasión, reitero que "la Iglesia, en lo que a ella se refiere, quiere acercarse a celebrar este V Centenario con la humildad de la verdad, sin triunfalismos ni falsos pudores; solamente mirando a la verdad, para dar gracias a Dios por los aciertos, y sacar del error motivos para proyectarse renovada hacia el futuro» (Juan Pablo II, *Ceremonia de llegada en el Aeropuerto internacional «Las Américas»*, 9.10.1992, 2).

B. Celebrar a Cristo, presente en A.L.

LA CRUZ DE CRISTO, RECIBIDA EN REPÚBLICA DOMINICANA HACE CINCO SIGLOS, ABRAZÓ AL CONTINENTE

«Me llena de gozo encontrarme nuevamente en esta tierra generosa, que en los designios de Dios fue predestinada para recibir, hace ahora cinco siglos, la Cruz de Cristo, que alargando sus brazos de misericordia y amor, llegaría a abarcar la totalidad de aquel mundo nuevo que un 12 de octubre de 1492 apareció radiante a los ojos atónitos de Cristóbal Colón y sus compañeros» (Juan Pablo II, *Ceremonia de llegada en el Aeropuerto internacional «Las Américas»*, 9.10.1992, 1).

C. La evangelización

POR EL CUMPLIMIENTO DEL MANDATO DE PREDICAR A TODA CREATURA

«Hoy, reunidos en torno al altar, celebramos en Santo Domingo, en rendida acción de gracias a Dios, la llegada de la luz que ha alumbrado con esplendor de vida y esperanza el caminar de los pueblos que, hace ahora quinientos años, nacieron a la fe cristiana. Con la fuerza del Espíritu Santo la obra redentora de Cristo se hacía presente por medio de aquella multitud de misioneros que, urgidos por el mandato del Señor de "predicar la Buena Nueva a toda criatura" (Mc 16,15), cruzaron el océano para anunciar a sus hermanos el mensaje de salvación. Junto con mis Hermanos Obispos de América, doy gracias a la Santísima Trinidad porque "los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios" (Sal 98,3). Las palabras del profeta se han hecho verdad y vida en este continente de la esperanza por ello, con gozo incontenible, podemos hoy proclamar de nuevo: América, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido" (Is 60,1) (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 3).

MOTIVO DE PROFUNDA ACCIÓN DE GRACIAS

«La evangelización de América es motivo de profunda acción de gracias a Dios que, en su infinita misericordia, quiso que el mensaje de salvación llegara a los habitantes de estas benditas tierras, fecundadas por la cruz de Cristo, que ha marcado la vida y la historia de sus gentes, y que tan abundantes frutos de santidad y virtudes ha dado a lo largo de estos cinco siglos» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Afroamericanos*, 13.10.1992, 1).

EL EVANGELIO ABRIÓ EL CAMINO A UNA TIERRA Y UN CIELO NUEVOS

«Hasta este Continente llegó el Evangelio de las bienaventuranzas, el anuncio de Cristo Crucificado y Resucitado, de su dolor solidario y liberador, camino hacia un nuevo cielo y una nueva tierra donde no habrá más lágrimas, ni muerte (Cf Ap 21,1 y 4). "La bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4) han sido proclamados en estas tierras» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 3).

los datos históricos

«Los datos históricos muestran que se llevó a cabo una válida, fecunda y admirable obra evangelizadora y que, mediante ella, se abrió camino de tal modo en América la verdad sobre Dios y sobre el hombre que, de hecho, la evangelización misma constituye una especie de tribunal de acusación para los responsables de aquellos abusos» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 4).

DAR GRACIAS POR EL DON DE LA FE, SIGNIFICADO DE LA EVANGELIZACIÓN

«La evangelización propiamente dicha, sin embargo, comenzó con el segundo viaje de los descubridores, a quienes acompañaban los primeros misioneros. Se iniciaba así la siembra del don precioso de la fe. Y ¿cómo no dar gracias a Dios por ello, junto con vosotros, queridos Hermanos Obispos, que hoy hacéis presentes en Santo Domingo a todas las Iglesia particulares de Latinoamérica? ¿Cómo no dar gracias por los abundantes frutos de la semilla plantada a lo largo de estos cinco siglos por tantos y tan intrépidos misioneros!

Con la llegada del Evangelio a América se ensancha la historia de la salvación, crece la familia de Dios, se multiplica "para gloria de Dios el número de los que dan gracias" (2Cor 4,15). Los pueblos del Nuevo Mundo eran "pueblos nuevos... totalmente desconocidos para el Viejo Mundo hasta el año 1492:, pero "conocidos por Dios desde toda la eternidad y por Él siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado en la plenitud de los tiempos (cf. Gál 4,4)" (Homilía, 1 de enero 1992). En los pueblos de América, Dios se ha escogido un nuevo pueblo, lo ha incorporado a su designio redentor, lo ha hecho partícipe de su Espíritu. Mediante la evangelización y la fe en Cristo, Dios ha renovado su alianza con América Latina» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 3).

DAR GRACIAS POR LOS EVANGELIZADORES

«Damos, pues, gracias a Dios por la pléyad de evangelizadores que dejaron su patria y dieron su vida para sembrar en el Nuevo Mundo la vida nueva de la fe, la esperanza y el amor. No los movía la leyenda de "El Dorado", o intereses personales, sino el urgente llamado a evangelizar unos hermanos que aún no conocían a Jesucristo. Ellos anunciaron "la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres" (Tit 3,4) a unas gentes que ofrecían a sus dioses incluso sacrificios humanos. Ellos testimoniaron, con su vida y con su palabra, la humanidad que brota del encuentro con Cristo. Por su testimonio y su predicación, el número de hombres y mujeres que se abrían a la gracia de Cristo se multiplicaron "como las estrellas del cielo, incontables como las arenas de las orillas del mar" (Heb 11,12) (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 3).

D. La defensa de la dignidad humana

«Desde los primeros pasos de la evangelización, la Iglesia católica, movida por la fidelidad al Espíritu de Cristo, fue defensora infatigable de los indios, protectora de los valores que había en sus culturas, promotora de humanidad frente a los abusos de colonizadores a veces sin escrúpulos. La denuncia de las injusticias y atropellos por obra de Montesinos, Las Casas, Córdoba, fray Juan del Valle y tantos otros, fue como un clamor que propició una legislación inspirada en el reconocimientos del valor sagrado de la persona. La conciencia cristiana afloraba con valentía profética en esa cátedra de dignidad y de libertad que fue, en la Universidad de Salamanca, la Escuela de Vitoria (cf. *Discurso*, 9 de mayo 1992), y en tantos eximios defensores de los nativos, en España y en América Latina. Nombres que son bien conocidos y que con ocasión del

V Centenario han sido recordados con admiración y gratitud» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 4).

«Jesús llamó bienaventurados a los que tienen sed de justicia (cf. Mt 5,6). ¿Qué otro motivo sino la predicación de los ideales evangélicos movió a tantos misioneros a denunciar los atropellos cometidos contra los indios a la llegada de los conquistadores? Ahí están para demostrarlo la acción apostólica y los escritos de intrépidos evangelizadores españoles como Bartolomé de las Casas, Fray Antonio de Montesinos, Vasco de Quiroga, Juan del Valle, Julián Garcés, José de Anchieta, Manuel de Nóbrega y de tantos otros hombres y mujeres que dedicaron generosamente su vida a los nativos» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992, 2).

E. Frutos de santidad

LA MAYOR GLORIA DE AMÉRICA SON LOS SANTOS

«Y ¿qué mayor timbre de gloria para América que el de poder presentar a todos aquellos testimonios de santidad que a lo largo de estos cinco siglos han hecho vida en el Nuevo Mundo el mensaje de Jesucristo? Ahí están esa admirable pléyade de santos y beatos que adornan la casi totalidad de la geografía americana, cuyas vidas representan los más sazonados frutos de la evangelización y son modelo y fuente de inspiración para los nuevos evangelizadores» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 4).

F. La realidad de la Iglesia

LA REALIDAD DE LA IGLESIA EN AMÉRICA LATINA

«De la fecundidad de la semilla evangélica depositada en estas benditas tierras he podido ser testigo durante los viajes apostólicos que el Señor me ha concedido realizar a vuestras Iglesias particulares. ¿Cómo no manifestar abiertamente mi ardiente gratitud a Dios, porque me ha sido dado conocer de cer la realidad viva de la Iglesia en América Latina! En mis viajes al Continente, así como durante vuestras visitas "ad limina" y en otros diversos encuentros -que han robustecido los vínculos de la colegialidad episcopal y la corresponsabilidad en la solicitud pastoral por toda la Iglesia- he podido comprobar repetidamente la lozanía de la fe de vuestras comunidades eclesiales y también medir la amplitud de los desafíos para la Iglesia, ligada indisolublemente a la suerte misma de los pueblos del Continente» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 4).

LLAMADOS A FORMAR PARTE DEL EDIFICIO ESPIRITUAL QUE ES LA IGLESIA

«"Vosotros, como piedras vivas, entrad en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo" (1Pe 2,5).

Estas palabras, dirigidas a los cristianos de la Iglesia naciente, vinieron a ser una realidad para los habitantes de estas tierras, cuando hace cinco siglos el mensaje de salvación fue anunciado por primera vez. Todos ellos fueron llamados a formar parte del edificio espiritual que es la Iglesia, cuya piedra angular es Cristo Jesús» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 3).

G. Enriquecimiento para la Iglesia

valores de las culturas originarias

«Sois continuadores de los pueblos tupí-guaraní, aymara, maya, quechua, chibcha, nahalt, mixteco, araucano, yanomani, guajiro, inuit, apaches y tantísimos otros que se distinguen por su nobleza de espíritu, que se han destacado en sus valores autóctonos culturales, como las civilizaciones azteca, inca, maya, y que pueden gloriarse de poseer una visión de la vida que reconoce la sacralidad del mundo y del ser humano. La senicllez, la humildad, el amor a la libertad, la hospitalidad, la solidaridad, el apego a la familia, la cercanía

156

a la tierra y el sentido de la contemplación son otros tantos valores que la memoria indígena de América ha conservado hasta nuestros días y constituyen una aportación que se palpa en el alma latinoamericana» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992, 1).

A LA IGLESIA VINIERON LAS RIQUEZAS DE LAS NACIONES

«Hoy, junto con toda la Iglesia, elevamos nuestra acción de gracias por los cinco siglos de evangelización. En verdad se cumplen las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado: "Se estremecerá y se ensanchará tu corazón porque vendrán a ti los tesoros del mar" (Is 60,5). Son las riquezas de la fe, de la esperanza, del amor. Son "las riquezas de las naciones" (*Ibid.*): sus valores, sus conocimientos, su cultura. La Iglesia, que a lo largo de su historia ha conocido pruebas y divisiones, se siente enriquecida por Aquel que es el Señor de la historia» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 5).

H. Las semillas del verbo fructificaron con la evangelización

Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes, y sin que acaso lo sospecharan, el Dios vivo y verdadero estaba presente iluminando sus caminos. El apóstol san Juan nos dice que el Verbo, el Hijo de Dios, "es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo" (*Jn* 1,9). En efecto, las "semillas del verbo" estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

Pero, a la luz de la Buena Nueva, ellos descubrieron que todas aquellas maravillas de la creación no eran sino un pálido reflejo de su Autor y que la persona humana, por ser imagen y semejanza del Creador, es muy superior al mundo material y está llamada a un destino trascendente y eterno. Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, con su muerte y su resurrección, nos ha liberado del pecado, haciéndonos hijos adoptivos de Dios y abriéndonos el camino hacia la vida que no tiene fin. El mensaje de Jesucristo les hizo ver que todos los hombres son hermanos porque tienen un Padre común: Dios. Y todos están llamados a formar parte de la única Iglesia que el Señor ha fundado con su sangre (*cf.* Act 20,28).

A la luz de la revelación cristiana las virtudes ancestrales de vuestros antepasados como la hospitalidad, la solidaridad, el espíritu generoso, hallaron su plenitud en el gran mandamiento del amor, que ha de ser la suprema ley del cristiano. La persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida les abrió el corazón a Jesús que es "el Camino, la Verdad y la Vida" (*Jn* 14,6).

Todo esto, que los Padres de la Iglesia llaman las "semillas del Verbo", fue purificado, profundizado y completado por el mensaje cristiano, que proclama la fraternidad universal y defiende la justicia» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992, 2).

I. El Evangelio en el corazón de los pueblos latinoamericanos

EL EVANGELIO HUNDE SUS RAÍCES EN EL CORAZÓN DE LOS HOMBRES Y DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS

«El Evangelio fue proclamado por abnegados misioneros -la mayor parte de ellos pertenecientes a órdenes religiosas- y lo que antes eran sólo "semillas del Verbo" (*Cf. Lumen gentium* 16; *Ad gentes*, 2) se convirtió por la acción del Espíritu, en un árbol frondoso, que hunde sus raíces en el corazón de los hombres y de los pueblos latinoamericanos» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 3).

LA FE, CONSTITUTIVA DEL SER Y DE LA IDENTIDAD DE A.L.

«En los surcos abiertos de su historia, la semilla del Evangelio, regada por la sangre de los mártires, fructificó en un pueblo creyente, que acogió al Señor de la Vida, y "la fe pasó a ser constitutiva de su ser y de su identidad"

(Puebla, 412), como lo demuestran cinco siglos de vida cristiana» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 3).

IDENTIDAD CULTURAL DE AMÉRICA LATINA

«América Latina ha de consolidar su identidad cultural y debe hacerlo desde sí misma, siendo fiel a sus raíces más genuinas en las que a lo largo de estos cinco siglos se han encarnado los valores cristianos» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 7).

HA IMPREGNADO LA CULTURA DEL PUEBLO

«El desafío que representa la cultura "adveniente", no debilita, sin embargo nuestra esperanza, y damos gracias a Dios porque en América Latina el don de la fe católica ha penetrado en lo más hondo de sus gentes, conformando en estos quinientos años el alma cristiana del Continente e inspirando muchas de sus instituciones. En efecto, la Iglesia en Latinoamérica ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 24).

RAÍCES CRISTIANAS E IDENTIDAD CATÓLICA

«las raíces cristianas y la identidad católica del Continente» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 4).

J. Luces y Sombras

DONDE ABUNDÓ EL PECADO SOBREABUNDÓ LA GRACIA

«La fecha del 12 de octubre de 1492 señala el inicio del encuentro de razas y culturas que configurarían la historia de estos quinientos años, en los que la penetrante mirada cristiana nos permite descubrir la intervención amorosa de Dios, a pesar de las limitaciones e infidelidades de los hombres. En efecto, en el cauce de la historia de se da una confluencia misteriosa de pecado y de gracia, pero, a lo largo de la misma, la gracia triunfa sobre el poder del pecado. Como nos dice san Pablo "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rom 5,20)» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Afroamericanos*, 13.10.1992, 1).

ABUSOS A LOS INDÍGENAS

«La Iglesia, que con sus religiosos, sacerdotes y obispos ha estado siempre al lado de los indígenas, ¿cómo podría olvidar en este V Centenario los enormes sufrimientos infligidos a los pobladores de este Continente durante la época de la conquista y la colonización? Hay que reconocer con toda verdad los abusos cometidos debido a la falta de amor de aquellas personas que no supieron ver en los indígenas hermanos e hijos del mismo Padre Dios» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992, 2).

LA ESCLAVITUD

«De todos es conocida la gravísima injusticia cometida contra aquellas poblaciones negras del continente africano, que fueron arrancadas con violencia de sus tierras, de sus culturas y de sus tradiciones, y traídas como esclavos a América. En mi reciente viaje apostólico a Senegal no quise dejar de visitar la isla de Gorea, donde se desarrolló parte de aquel ignominioso comercio, y quise dejar constancia del firme repudio de la Iglesia con las palabras que ahora deseo recordar nuevamente: "La visita a la Casa de los Esclavos nos trae a la memoria esa trata de negros que Pio II, en una carta dirigida a un misionero que partía hacia Guinea calificaba de 'crimen enorme'. Durante todo un periodo de la historia del continente africano, hombres, mujeres y niños fueron traídos aquí, arrancados de su tierra y separados de sus familias para ser vendidos como mercancía. Estos hombres y mujeres han sido víctimas de un vergonzoso comercio en el que han tomado parte personas bautizadas que no han vivido según su fe. ¿Cómo olvidar los enormes sufrimientos infligidos a la población deportada del continente africano, despreciando los derechos humanos más elementales? ¿Cómo olvidar las

158

vidas huanas aniquiladas por la esclavitud? Hay que confesar con toda verdad y humildad este pecado del hombre contra el hombre" (*Discurso en la isla de Gorea*, 21.II.1992).

K. Quinto centenario y nueva evangelización

QUE EL V CENTENARIO SEA UNA HORA DE GRACIA

«Hoy la Iglesia tiene que afrontar nuevos desafíos a los que tiene que dar una respuesta desde el evangelio. Por ello, con amor de padre y pastor, me atrevo a preguntaros: ¿Qué estáis haciendo, queridos sacerdotes, para que este V Centenario sea un tiempo de gracia en el que el mensaje de salvación penetre profundamente en la vida de los individuos, de las familias, de la sociedad? ¿Cómo estáis contribuyendo, amados religiosos y religiosas, a las tareas de la nueva evangelización con vuestro testimonio de seguimiento radical a Cristo en la práctica de los consejos evangélicos?» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 3).

AMÉRICA, ABRE LAS PUERTAS A CRISTO

«América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo! Deja que la semilla plantada hace cinco siglos fecunde todos los ámbitos de tu vida: los individuos y las familias, la cultura y el trabajo, la economía y la política, el presente y el futuro» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 6).

IV. NUEVA EVANGELIZACIÓN

A. Centralidad

«La nueva evangelización es la idea central de toda la temática de esta Conferencia» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 6).

B. En qué consiste y en qué no

NUEVO FERVOR Y AFANES EVANGELIZADORES. NO ES UN NUEVO EVANGELIO SURGIDO DE NOSOTROS O NUESTRA CULTURA

«Desde mi encuentro en Haití con los Obispos del CELAM en 1983 he venido poniendo particular énfasis en esta expresión, para despertar así un nuevo fervor y nuevos afanes evangelizadores en América y en el mundo entero; esto es, para dar a la acción pastoral "un impulso nuevo, capaz de crear tiempos nuevos de evangelización, en una Iglesia todavía más arraigada en la fuerza y en el poder perennes de Pentecostés" (*Evangelii nuntiandi*, 2).

La nueva evangelización no consiste en un "nuevo evangelio", que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería "evangelio", sino mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo "de agradar a los hombres" o de "buscar su favor" (*Gál 1,10*), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida verdadera» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 6).

«Evangelizar es anunciar a una persona que es Cristo. En efecto, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios" (*Evangelii nuntiandi*, 22)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 7).

C. Punto de partida

LA RIQUEZA DE CRISTO

«La nueva evangelización tiene, como punto de partida, la certeza de que en Cristo hay una "inescrutable riqueza" (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos (cf. Asamblea especial para Eeuropa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final*, 3). Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque Él mismo es nuestra salvación. Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a él mediante la fe y la incorporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuesta a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas en nuestro corazón desde la creación y desde la herida del pecado» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 6).

D. Los retos

1. La secularización

SECULARIZACIÓN

«... hoy la fe sencilla de vuestros pueblos sufre el embate de la secularización, con el consiguiente debilitamiento de los valores religiosos y morales. En los ambientes urbanos crece una modalidad cultural que, confiando sólo en la ciencia y en los avances de la técnica, se presenta como hostil a la fe. Se transmiten unos "modelos" de vida en contraste con los valores del evangelio. Bajo la presión del *secularismo*, se llega a presentar la fe como si fuera una amenaza a la libertad y autonomía del hombre» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 11).

SECULARISMO E IDEOLOGÍAS

«Sin embargo, no podemos olvidar que la historia reciente ha mostrado que cuando, al amparo de ciertas ideologías, se niegan la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, se hace imposible construir una sociedad de rostro humano. Con la caída de los regímenes del llamado "socialismo real" en Europa oriental cabe esperar que también en este continente se saquen las deducciones pertinentes en relación con el valor efímero de tales ideologías. La crisis del colectivismo marxista no ha tenido sólo raíces económicas, como he puesto de relieve en la Encíclica *Centeimus annus* (n. 41), pues la verdad sobre el hombre está íntima y necesariamente ligada a la verdad sobre Dios» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 11).

E. Cristología

1. Predicar a Cristo con fidelidad y pureza

«La novedad no afecta al contenido del mensaje evangélico que es inmutable, pues Cristo es "el mismo ayer, hoy y siempre". Por esto, el evangelio ha de ser predicado en plena fidelidad y pureza, tal como ha sido custodiado y transmitido por la Tradición de la Iglesia. En efecto, "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazareth, Hijo de Dios" (*Evangelii nuntiandi*, 22). Por eso, las *cristologías reductivas*, de las que en diversas ocasiones he señalado sus desviaciones (cf. *Discurso Inaugural de la Conferencia de Puebla*, 28 de enero 1979, I,4), no pueden aceptarse como instrumentos de la nueva evangelización. Al evangelizar, la unidad de la fe de la Iglesia tiene que resplandecer no sólo en el magisterio auténtico de los Obispos, sino también en el servicio a la verdad por parte de los pastores de almas, de los teólogos, de los catequistas y de

160

todos los que están comprometidos» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 7).

2. Jesucristo ayer, hoy y siempre

«¡Jesucristo ayer, hoy y siempre!» (Heb 13,8). Él es nuestra vida y nuestro único guía. Sólo en Él está puesta nuestra esperanza. Su Espíritu ilumina los senderos de la Iglesia, que hoy como ayer, le proclama Salvador del mundo y Señor de la historia. Nos sostiene la sólida certeza de que Él no nos abandona: "Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo" (Mt 28,20), fueron sus últimas palabras antes de ascender a su gloria. Jesucristo, luz del mundo, "camino, verdad y vida" (Jn 14,6), nos guía por los senderos que pasan por el corazón de los hombres y por la historia de los pueblos para que en todo tiempo y todas las generaciones "vean la salvación de nuestro Dios" (Sal 97,3)" (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Faro a Colón*, 11.10.1992, 10).

«Mirando a Cristo, "fijando los ojos en el que inicia y completa nuestra fe: Jesús" (Heb 12,2), seguimos el sendero trazado por el Concilio Vaticano II, del que ayer se cumplió el XXX aniversario de su solemne inauguración. Por ello, al inaugurar esta magna Asamblea, deseo recordar aquellas sentidas palabras pronunciadas por mi venerable predecesor, el Papa Pablo VI, en la apertura de la segunda sesión conciliar:

"¡Cristo!

Cristo, nuestro principio.

Cristo, nuestra vida y nuestro guía.

Cristo, nuestra esperanza y nuestro término...

Que no se cierna sobre esta asamblea otra luz

que no sea la de Cristo, luz del mundo.

Que ninguna otra verdad atraiga nuestra mente

fuera de las palabras del Señor, único Maestro.

Que no tengamos otra aspiración que la de serle absolutamente fieles.

Que ninguna otra esperanza nos sostenga, si no es aquella que, mediante su palabra, conforta nuestra debilidad..." (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 1).

«el reconocimiento de dichos valores (en las culturas) no os exime de proclamar en todo momento que "Cristo es el único salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios" (*Redemptoris missio*, 5)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 22).

3. La encarnación

LA ENCARNACIÓN

«Dios está fuera y por encima del tiempo, pues Él es la eternidad misma en el misterio inefable de la Trinidad divina. Pero Dios, para hacerse cercano al hombre, ha querido entrar en el tiempo, en la historia humana; naciendo de una mujer se ha convertido en el Emmanuel, *Dios-con-nosotros*, como lo anunció el profeta Isaías. Y el apóstol Pablo concluye que, con la venida del Salvador, el tiempo humano lleva a su plenitud, pues en Cristo la historia adquiere su dimensión de eternidad.

Como profesamos en el Credo, la segunda persona de la Santísima Trinidad "se encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo". "El Espíritu Santo vendrá sobre ti -dice el ángel a María- y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1,35). Con el "sí" de la Virgen de Nazaret llega a su plenitud y cumplimiento la profecía de Isaías sobre el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, el Salvador del mundo» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, Higüey*, 12.10.1992, 2).

F. Ecclesiología

1. Evangelizare Iesum Christum

«Jesucristo es la Verdad eterna que se manifestó en la plenitud de los tiempos. Y precisamente, para transmitir la Buena Nueva a todos los pueblos, fundó su Iglesia con la misión específica de evangelizar: "Id por todo el mundo y proclamad el evangelio a toda creatura" (Mc 16,15). Se puede decir que en estas palabras está contenida la proclama solemne de la evangelización. Así pues, desde el día en que los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, la Iglesia inició la gran tarea de la evangelización. San Pablo lo expresa en una frase lapidaria y emblemática: "Evangelizare Iesum Christum", "anunciar a Jesucristo" (Gál 1,16). Esto es lo que han hecho los discípulos del Señor, en todos los tiempos y en todas las latitudes del mundo» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 2).

G. Antropología

1. Opción de la Iglesia por el hombre

REAFIRMAR LA OPCIÓN POR EL HOMBRE EN ESTA ENCRUCIJADA HISTÓRICA

«La Iglesia, que durante este medio milenio ha acompañado en su caminar a los pueblos latinoamericanos compartiendo sus gozos y anhelos, y que hoy se hallan en una encrucijada de su historia al tenerse que enfrentar a urgentes y arduos problemas, se siente interpelada ante la dramática situación de tantos de sus hijos que buscan en ella una palabra de aliento y esperanza. Por ello, junto con los Pastores de la Iglesia convocados en esta Asamblea de Santo Domingo, deseo reafirmar nuestra irrenunciable vocación de servicio al hombre latinoamericano y proclamar su inalienable dignidad como hijo de Dios, redimido por Jesucristo» (Juan Pablo II, *Ceremonia de llegada en el Aeropuerto internacional «Las Américas»*, 9.10.1992, 3).

2. Cristo es la respuesta a todas las interrogantes del hombre

EN LA RIQUEZA DE CRISTO EL HOMBRE HALLA RESPUESTA A LAS PREGUNTAS GRABADAS EN EL CORAZÓN DEL HOMBRE

«La nueva evangelización tiene, como punto de partida, la certeza de que en Cristo hay una "inescrutable riqueza" (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos (cf. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final*, 3). Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque Él mismo es nuestra salvación. Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a él mediante la fe y la incorporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuesta a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas en nuestro corazón desde la creación y desde la herida del pecado» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 6).

CRISTO ES EL QUE ARROJA MÁS LUZ SOBRE LA REALIDAD DEL HOMBRE

La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (cf. *Redemptor hominis*, 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura. Frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana. Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿Quién puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el evangelio de Cristo?» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 22).

3. Dignidad humana y cultura

«Esta fidelidad a su propio ser y patrimonio espiritual es algo que la Iglesia no sólo respeta sino que alienta y quiere potenciar, pues siendo el hombre -todo hombre- creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1,26-27), toda realidad auténticamente humana es expresión de dicha imagen, que Cristo ha regenerado con su sacrificio redentor» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Afroamericanos*, 13.10.1992, 3).

4. Hijos de Dios en Cristo

«La prueba de que sois hijos -escribe san Pablo- es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios» (Gal 4,6-7). Esta es la gran verdad que nos proclama el Apóstol en nuestra celebración eucarística: la filiación adoptiva al recibir la vida divina. Por eso, nuestros labios pueden repetir las mismas palabras: "Padre...Padre nuestro", porque es el Espíritu Santo quien las inspira en nuestros corazones» (Juan Pablo II, *Santa Misa en el Santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, Higüey*, 12.10.1992, 7).

5. El hombre y su desarrollo

DESARROLLO INTEGRAL, EL HOMBRE PROTAGONISTA DEL DESARROLLO

«Como de la acogida del Espíritu en Pentecostés nació el pueblo de la Nueva Alianza, sólo esta acogida hará surgir un pueblo capaz de generar hombres renovados y libres, conscientes de su dignidad. No podemos olvidar que la promoción integral del hombre es de capital importancia para el desarrollo de los pueblos de Latinoamérica. Pues, "el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica" (*Redemptoris missio*, 58). La mayor riqueza de Latinoamérica son sus gentes. La Iglesia, "despertando las conciencias con el Evangelio", contribuye a depertar las energías dormidas para disponerlas a trabajar en la construcción de una nueva civilización (cf. *Ibid.*)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 19).

V. PROMOCIÓN HUMANA

A. Visión secularizada

«Como afirma el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, el problema de la promoción humana no se puede considerar al margen de la relación del hombre con Dios (cf. nn. 34, 45). En efecto, contraponer la promoción auténticamente humana y el proyecto de Dios sobre la humanidad es una grave distorsión, fruto de una cierta mentalidad de inspiración secularista. La genuina promoción humana ha de respetar siempre la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre, los derechos de Dios y los derechos del hombre» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 13).

B. Opción por los pobres

«En continuidad con las Conferencias de Medellín y Puebla, la Iglesia reafirma la opción preferencial en favor de los pobres. Una opción no exclusiva ni excluyente, pues el mensaje de la salvación está destinado a todos. "Una opción, además, basada esencialmente en la Palabra de Dios y no en criterios aportados por ciencias humanas o ideologías contrapuestas, que con frecuencia reducen a los pobres a categorías sociopolíticas económicas abstractas. Pero una

opción firme e irrevocable" (*Discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana*, 21 diciembre 1984, 9).

Como afirma el Documento de Puebla, "acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó haciéndose hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso, el servicio a los pobres es la medida privilegiada, aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo. El mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como Hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente" (*Puebla*, 1145). Dichos criterios evangélicos de servicio al necesitado evitarán cualquier tentación de connivencia con los responsables de las causas de la pobreza, o peligrosas desviaciones ideológicas, incompatibles con la doctrina y misión de la Iglesia» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 16).

C. El hombre protagonista del desarrollo

DESARROLLO INTEGRAL, EL HOMBRE PROTAGONISTA DEL DESARROLLO

«Como de la acogida del Espíritu en Pentecostés nació el pueblo de la Nueva Alianza, sólo esta acogida hará surgir un pueblo capaz de generar hombres renovados y libres, conscientes de su dignidad. No podemos olvidar que la promoción integral del hombre es de capital importancia para el desarrollo de los pueblos de Latinoamérica. Pues, "el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica" (*Redemptoris missio*, 58). La mayor riqueza de Latinoamérica son sus gentes. La Iglesia, "despertando las conciencias con el Evangelio", contribuye a despertar las energías dormidas para disponerlas a trabajar en la construcción de una nueva civilización (cf. *Ibid.*)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 19).

VI. CULTURA CRISTIANA

A. Evangelio y cultura

EVANGELIO Y CULTURA

«La nueva evangelización no consiste en un "nuevo evangelio", que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería "evangelio", sino mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. No, la nueva evangelización no nace del deseo "de agradar a los hombres" o de "buscar su favor" (Gál 1,10), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida verdadera.

La nueva evangelización tiene, como punto de partida, la certeza de que en Cristo hay una "inescrutable riqueza" (*Ef* 3,8), que no agota ninguna cultura ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos (cf. Asamblea especial para Europa del Sínodo de los Obispos, *Declaración final*, 3). Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque Él mismo es nuestra salvación. Los hombres de cualquier tiempo y de cualquier cultura podemos, acercándonos a Él mediante la fe y la incorporación a su Cuerpo, que es la Iglesia, hallar respuesta a esas preguntas, siempre antiguas y siempre nuevas, con las que los hombres afrontamos el misterio de nuestra existencia, y que llevamos indeleblemente grabadas en nuestro corazón desde la creación y desde la herida del pecado» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 6).

EVANGELIO Y CULTURA

«Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En verdad, la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el "ethos" de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras (cf. *Discurso a los intelectuales y al mundo universitario*, Medellín 5 de julio 1986, 2)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 20).

DEBER DE CONSERVAR Y PROMOVER LA PROPIA CULTURA. LA EVANGELIZACIÓN NO PUEDE VERSE COMO ATROPELLO

«Por eso, la Iglesia alienta a los indígenas a que conserven y promuevan con legítimo orgullo la cultura de sus pueblos: las sanas tradiciones y costumbres, el idioma y los valores propios. Al defender vuestra identidad, no sólo ejercéis un derecho, sino que cumplís también el deber de transmitir vuestra cultura a las generaciones venideras, enriqueciendo de este modo a toda la sociedad...

La tutela y respeto de las culturas, valorando todo lo que de positivo hay en ellas, no significa, sin embargo, que la Iglesia renuncia a su misión de elevar las costumbres, rechazando todo aquello que se opone o contradice la moral evangélica. "La Iglesia -afirma el Documento de Puebla- tiene la misión de dar testimonio del 'verdadero Dios y único Señor'. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar las falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (nn. 405-406)» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992, 4).

LA EVANGELIZACIÓN NO ES UN ATROPELLO CONTRA LA CULTURA

«La obra evangelizadora no destruye, sino que se encarna en vuestros valores, los consolida y fortalece; hace crecer las semillas esparcidas por el "Verbo de Dios, que antes de hacerse carne para salvarlo todo y recapitularlo todo en Él, estaba en el mundo como luz verdadera que ilumina a todo hombre" (*Gaudium et spes*, 57). La Iglesia, fiel a la universalidad de su misión, anuncia a Jesucristo e invita a los hombres de todas las razas y condición a aceptar su mensaje. Como afirmaron los Obispos latinoamericanos en la Conferencia General de Puebla de los Ángeles, "la Iglesia tiene la misión de dar testimonio del verdadero Dios y del único Señor. Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (n. 406). En efecto, con la evangelización, la Iglesia renueva las culturas, combate los errores, purifica y eleva la moral de los pueblos, fecunda las tradiciones, las consolida y restaura en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 58)» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Afroamericanos*, 13.10.1992, 4).

B. Crisis cultural

CRISIS CULTURAL, AUSENCIA DE VALORES, RACIONALISMO, CONSENSOS SOCIALES SUBJETIVOS

«En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Exs cierto que el sustrato cultural actual presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos fruto de la evangelización; pero, al mismo tiempo, ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano.

La ausencia de esos valores cristianos fundamentales en la cultura de la modernidad no solamente ha ofuscado la dimensión de lo trascendente, abocando a muchas personas hacia el indiferentismo religioso -también en América Latina-, sino que, a la vez, es causa determinante del desencanto social en que se ha gestado la crisis de esta cultura. Tras la autonomía introducida por el racionalismo, hoy se tiende a basar los valores sobre todo en consensos sociales subjetivos que, no raramente, llevan a posiciones contrarias incluso a la misma ética natural. Piénsese en el drama del aborto, los abusos en ingeniería genética, los atentados a la vida y a la dignidad de la persona» (Juan Pablo II,

Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 21).

FRACTURA ENTRE LOS VALORES EVANGÉLICOS Y LAS CULTURAS MODERNAS. RESPONDER A LA CRISIS CULTURAL, A LA MODERNIDAD CON UNA ALTERNATIVA CULTURAL VÁLIDA

«La Iglesia mira con preocupación la fractura existente entre los valores evangélicos y las culturas modernas, pues éstas corren el riesgo de encerrarse dentro de una especie de involución agnóstica y sin referencia a la dimensión moral (cf. *Discurso al Pont. Consejo para la Cultura*, 18 de enero 1983). A este respecto, conservan pleno vigor aquellas palabras del Papa Pablo VI: "La ruptura entre evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Éstas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva" (*Evangelii nuntiandi*, n. 20).

La Iglesia, que considera al hombre como su "camino" (cf. *Redemptor hominis*, 14), ha de saber dar una respuesta adecuada a la actual crisis de la cultura. Frente al complejo fenómeno de la modernidad, es necesario dar vida a una alternativa cultural plenamente cristiana. Si la verdadera cultura es la que expresa los valores universales de la persona, ¿Quién puede proyectar más luz sobre la realidad del hombre, sobre su dignidad y razón de ser, sobre su libertad y destino que el evangelio de Cristo?» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 22).*

C. Cultura de vida, anti-cultura de muerte

«La vida, desde su concepción en el seno materno hasta su término natural, ha de ser defendida con decisión y valentía. Es necesario, pues, crear en América una cultura de vida que contrarreste la anticultura de muerte, la cual - a través del aborto, la eutanasia, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo y otras formas de violencia o explotación - intenta prevalecer en algunas naciones. En este espectro de atentados a la vida ocupa un lugar de primer orden el narcotráfico, que las instancias competentes han de contrarrestar con todos los medios lícitos a disposición» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 19).*

D. Necesidad de un discernimiento evangélico

RENOVACIÓN PASTORAL MEDIANTE EL DISCERNIMIENTO EVANGÉLICO

«Frente a la pluralidad de opciones que hoy se ofrecen, se requiere una profunda renovación pastoral mediante el discernimiento evangélico sobre los valores dominantes, las actitudes, los comportamientos colectivos, que frecuentemente representan un factor decisivo para optar tanto por el bien como por el mal» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 21).*

E. Evangelización de la cultura, inculturación del Evangelio

CULTURAS INDÍGENAS Y AFROAMERICANAS

«... particular atención habréis de prestar a las culturas indígenas y afroamericanas, asimilando y poniendo de relieve todo lo que en ellas hay de profundamente humano y humanizante. Su visión de la vida, que reconoce la sacralidad del ser humano, su profundo respeto a la naturaleza, la humildad, la sencillez, la solidaridad son valores que han de estimular el esfuerzo por llevar a cabo una auténtica evangelización inculturada, que sea también promotora de progreso y conduzca siempre a la adoración a Dios "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23. Mas, el reconocimiento de dichos valores no os exime de proclamar en todo momento que "Cristo es el único salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios" (*Redemptoris missio*, 5)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 12.10.1992, 22).*

MARÍA DE GUADALUPE, EJEMPLO DE EVANGELIO INCULTURADO

«América Latina, en Santa María de Guadalupe, ofrece un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada. En efecto, en la figura de María - desde el principio de la cristianización del Nuevo Mundo y a la luz del evangelio de Jesús- se encarnaron auténticos valores culturales indígenas. En el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac se resume el gran principio de la inculturación: la íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante la integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las varias culturas (cf. *Redemptoris missio*, 52)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 24).

VII. MOVIMIENTOS

EVANGELIZADORES Y EVANGELIZADOS

«Las parroquias, los movimientos apostólicos y asociaciones de fieles, y todas las comunidades eclesiales en general, han de ser siempre evangelizadas y evangelizadoras» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 25).

LA IGLESIA ESPERA MUCHO DE LOS MOVIMIENTOS

«La Iglesia espera mucho de todos aquellos laicos que, con entusiasmo y eficacia evangélica, operan a través de los nuevos movimientos apostólicos, que han de estar coordinados en la pastoral de conjunto y que responden a la necesidad de una mayor presencia de la fe en la vida social. En esta hora en que he convocado a todos a trabajar con ardor apostólico en la viña del Señor, sin que nadie quede excluido, "los fieles laicos" han de sentirse parte viva y responsable de esta empresa (de la nueva evangelización), llamados como están a anunciar y a vivir el evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad" (CL n. 64)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 27).

VIII. RECONCILIACIÓN, PERDÓN, COMUNIÓN

A. Reconciliación

«El mensaje que hoy os entrego en tierras americanas, conmemorando cinco siglos de presencia del Evangelio entre vosotros, quiere ser una llamada a la esperanza y al perdón. En la oración que Jesucristo nos enseñó decimos: "Padre nuestro... perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Jesús "tiene palabras de vida eterna" (Jn 6,68); Él sabe lo que hay "en el corazón del hombre" (cf. Jn 2,25). En nombre de Jesucristo, como Pastor de la Iglesia os pido que "perdonéis a quienes os han ofendido"; que perdonéis a todos aquellos que durante estos quinientos años han sido causa de dolor y sufrimiento para vuestros antepasados y para vosotros. Cuando perdonamos ponemos en las manos de Dios las "ofensas" que el hombre ha hecho, sabiendo que el Señor es la Justicia más santa y la más justa Misericordia. Él es el único dueño de la historia, creador del mundo y redentor del hombre. Al perdonar, nosotros mismos nos renovamos en el espíritu y nuestra voluntad se fortalece. El mundo tiene siempre necesidad del perdón y de la reconciliación entre las personas y entre los pueblos. Solamente sobre estos fundamentos se podrá construir una sociedad más justa y fraterna. Por ello, en este solemne Centenario, y en nombre del Señor Jesús, os dirijo mi apremiante llamada a perdonar "a los que os han ofendido" -como decimos en el Padrenuestro- todas las ofensas e injusticias que os han sido infligidas, muchas de las cuales solamente Dios conoce» (Juan Pablo II, *Mensaje a los Indígenas*, 13.10.1992).

B. Comunión

«"Vosotros sois piedras vivas..." (Cf. 1Pe 2,5). Las palabras del Apóstol resuenan en esta catedral con la intensidad del momento que estamos viviendo: la celebración eucarística por la Santa Iglesia de Dios. Vosotros sois piedras

167

vivas de la Iglesia, escogidas y talladas por el Señor, unidas las unas a las otras en la firmeza de la verdad y en la comunión eclesial del amor, apoyadas en la piedra angular que es Jesucristo, fundamento último de vuestra fe y motivación suprema de vuestra vida» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 9).

C. Perdón

SACERDOTES: EXPERIMENTAR EL PERDÓN Y OFRECERLO

«La gozosa experiencia de ser perdonados por Cristo alimenta el deseo de ofrecer a los otros su perdón» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 4).

IX. CONTRA LA TENTACIÓN HORIZONTALISTA, IDEOLÓGICA, ETC.

ACCIÓN DE LOS RELIGIOSOS, OPCIÓN POR LOS POBRES

«En vuestra acción apostólica no os dejéis deslumbrar por la idea de que todo queda resuelto con la denuncia de los males que obstaculizan o impiden el desarrollo social; ni siquiera con la noble voluntad de compartir la suerte de los desheredados, con lo que muchos religiosos y, sobre todo, religiosas se han ganado un justo reconocimiento. Seguir colaborando en la pastoral sanitaria, instrumento muy válido de evangelización por la particular cercanía con los enfermos y sus familiares, y que ha sido pionera de los mismos servicios hospitalarios públicos. ¡Valorad también el apostolado en vuestros centros de formación, en las escuelas y universidades para formar profesionales y dirigentes con sólidas convicciones y actitudes cristianas! Esta es también una forma de expresar el verdadero amor por los pobres» (Juan Pablo II, *Santa Misa en la Catedral*, 10.10.1992, 6).

ADVERTENCIAS SOBRE LA MISIÓN DEL TEÓLOGO

«A este respecto, la Iglesia estimula, admira y respeta la vocación del teólogo, cuya "función es lograr una comprensión cada vez más profunda de la palabra de Dios contenida en la Escritura inspirada y transmitida por la Tradición viva de la Iglesia" (*Instrucción de la Congregación para la doctrina de la Fe sobre la vocación eclesial del teólogo*, 24 de mayo 1990, 6). Esta vocación, noble y necesaria, surge en el interior de la Iglesia y presupone la condición de creyente en el mismo teólogo, con una actitud de fe que él mismo debe testimoniar en la comunidad. "La recta conciencia del teólogo católico supone consecuentemente la fe en la Palabra de Dios (...) el amor a la Iglesia de la que ha recibido su misión y el respeto al magisterio asistido por Dios" (*Ibid.*, 38). La teología está llamada, pues, a prestar un gran servicio a la nueva evangelización» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 7).

VERDAD, CONCIENCIA Y LIBERTAD, MAGISTERIO PARALELO, OPOSICIÓN SISTEMÁTICA A LA IGLESIA

«Ciertamente es la verdad la que nos hace libres (cf. *Jn* 8,32). Pero no podemos por menos de constatar que existen posiciones inaceptables sobre lo que es la verdad, la libertad, la conciencia. Se llega incluso a justificar el disenso con el recurso "al pluralismo teológico, llevado a veces hasta un relativismo que pone en peligro la integridad de la fe". No faltan quienes piensan que "los documentos del Magisterio no serían sino el reflejo de una teología opinable" (*Ibid.*, 34); y "surge así una especie de "magisterio paralelo" de los teólogos, en oposición y rivalidad con el Magisterio auténtico" (*Ibid.*). Por otra parte, no podemos soslayar el hecho de que las "actitudes de oposición sistemática a la Iglesia, que llegan incluso a constituirse en grupos organizados", la contestación y la discordia, al igual que "acarrear graves inconvenientes a la comunión de la Iglesia", son también un obstáculo para la evangelización" (cf. *Ibid.*, 32).

La confesión de fe "Jesucristo ayer, hoy y siempre" de la Carta a los Hebreos -que es como el telón de fondo del tema de esta IV Conferencia- nos lleva a recordar las palabras del versículo siguiente: "No os dejéis seducir por

168

doctrinas varias y extrañas" (Heb 13,9). Vosotros, amados Pastores, tenéis que velar sobre todo por la fe de la gente sencilla que, de lo contrario, se vería desorientada y confundida" (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 8).

PRAXIS DE LIBERACIÓN

«La genuina praxis de liberación ha de estar siempre inspirada por la doctrina de la Iglesia según se expone en las dos Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe (*Libertatis nuntius*, 1984; *Libertatis conscientia*, 1986), que han de ser tenidas en cuenta cuando se aborda el tema de las teologías de la liberación. Por otra parte, la Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatarse por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia, lo cual es una de las primeras exigencias del evangelio y, a la vez, fruto de la venida del Reino de Dios» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 16).

LAS IDEOLOGÍAS SON INCAPACES DE DERROTAR EL MAL, SÓLO CRISTO ES CAPAZ

«¿Quién nos librará de estos signos de muerte? La experiencia del mundo contemporáneo ha mostrado más y más que las ideologías son incapaces de derrotar aquel mal que tiene al hombre sujeto a servidumbre. El único que puede librar de este mal es Cristo. Al celebrar el V Centenario de la Evangelización, volvemos los ojos, conmovidos, a aquel momento de gracia en el que Cristo nos ha sido dado de una vez para siempre. La dolorosa situación de tantas hermanas y hermanos latinoamericanos no nos lleva a la desesperanza. Al contrario, hace más urgente la tarea que tiene la Iglesia ante sí: reavivar en el corazón de cada bautizado la gracia recibida. "Te recomiendo -escribía san Pablo a Timoteo- que reavives la gracia de Dios que está en ti" (2Tim 1,6)» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 19).

X. COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE

PROYECCIÓN UNIVERSALISTA Y MISIONERA

«En particular, las Comunidades eclesiales de base deben caracterizarse siempre por una decidida proyección universalista y misionera, que les infunda un renovado dinamismo apostólico (cf. *Evangelii nuntiandi*, 58; *Puebla*, 640-642). Ellas, -que han de estar marcadas por una clara identidad eclesial- deben tener en la Eucaristía, que preside el sacerdote, el centro de la vida y comunión de sus miembros, en estrecha unión con sus pastores y en plena sintonía con el Magisterio de la Iglesia» (Juan Pablo II, *Discurso en la Apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 25).

XI. UNIDAD DE AMÉRICA LATINA

INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA, BASADA EN SU UNIDAD

«Son muchos y de gran importancia los factores a favor de esa integración. En efecto, constatamos, en primer lugar, la presencia de la religión católica, profesada por la mayoría de los latinoamericanos. Se trata de una componente que -por su propia naturaleza- se encuentra en un plano distinto y más profundo que el de la mera unidad sociopolítica. Sin embargo, al promover el amor, la fraternidad y la convivencia entre los hombres como algo sustancial de su propia misión, la Iglesia católica no puede dejar de favorecer la integración de unos pueblos que, por sus comunes raíces cristianas, se sienten hermanos (cf. *Gaudium et spes*, 42).

Junto a esta comunidad de fe constatamos también estrechos vínculos culturales y geográficos. América Latina constituye una de las realidades geoculturales más significativas del mundo contemporáneo. En efecto, el factor lingüístico favorece grandemente la comunicación y el acercamiento entre las diversas mentalidades. Por otra parte, la unidad geográfica es determinante en el proceso de configuración de las comunidades nacionales e internacionales. Por último, el pasado histórico, que en gran medida es común a los diversos países

de América Latina, constituye un ulterior elemento unifica
Encuentro con el Cuerpo Diplomático en la Nunciatura Apostó.

FRASE DE BOLÍVAR SOBRE LA UNIDAD DE RAZAS

«En las celebraciones de este V Centenario no podía
cercanía y vivo afecto a las poblaciones afroamericanas,
parte relevante en el conjunto del continente y aque con s
cristianos, y también con su cultura, enriquecen a la Igles
tantos países. A este propósito, vienen a mi mente aquell
Bolívar afirmando que "América es el resultado de la unión d
elementos aborígenes. Por eso, en ella no caben los prej
cupiesen, América volvería al caos primitivo"» (Juan Pabl
Afroamericanos, 13.10.1992, 2).

Mons. L. DAMASCEANO 170

ALOCUCION DEL CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO
IV CONFERENCIA GENERAL DEL ESPISCOPADO LATINOAMERICANO

Santo Padre,

Los participantes en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano desean, por mi medio, expresar su más profundo agradecimiento por la presencia de Vuestra Santidad para inaugurar los trabajos de esta Asamblea, que vuestra solicitud por toda la Iglesia ha querido convocar, a la vez que testimonian su cercanía y afecto que acompañan con sus oraciones por vuestras intenciones como Sucesor de Pedro.

"Si diligis me,... pasce oves meas,... pasce agnos meos" (Si me amas,... apacienta mis ovejas...apacienta mis corderos) (Jn 21,15-16) dijo el Señor ^{a Pedro} confiándole a él y a sus Sucesores la misión de Pastor Supremo de la Iglesia.

Desde hace dos mil años los Sumos Pontífices han desempeñado la misión recibida de Jesús, guiando con mano firme al Pueblo de Dios a través de la historia, defendiéndolo de los peligros que ha tenido que afrontar y sellando a veces con el sacrificio de la propia vida su amor por la la grey a ellos confiada.

El mandato recibido de Jesucristo de predicar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16,15) ha sido la solicitud constante del Obispo de Roma a través de los siglos, y el año 1492, del que hoy conmemoramos el V Centenario, señala la fecha en que se abrieron horizontes insospechados para la

difusión del Evangelio en las nuevas tierras descubiertas. Los Sumos Pontífices, como lo ha puesto particularmente de relieve la reciente publicación del Pontificio Comité de Ciencias Históricas, titulada "America Pontificia", mostraron un interés personal por la acción evangelizadora en el Nuevo Mundo desde sus mismos orígenes. Ya en 1493, con la Bula Inter coetera el Papa Alejandro VI invitaba a todos a cooperar para que "la fe católica y la religión cristiana fuese exaltada y dilatada en todo el mundo" ("ut fides catholica et christiana religio exaltetur et ubilibet ampliatur et dilatetur", Bula Inter coetera, del 3 de mayo de 1493). Más tarde, el Papa Julio II creaba las tres primeras diócesis americanas en "La Hispaniola", hoy Santo Domingo, exhortando a que "se implantase la fe católica y, una vez implantada, se difundiese" ("ut fides catholica plantetur et plantata dilatetur", Bula Illius fulciti praesidio, del 15 de noviembre de 1504).

Han pasado quinientos años desde que la cruz de Cristo fue levantada en este Continente. Han pasado cinco siglos desde que el mensaje de salvación fue proclamado a los pueblos de América. Ha pasado medio milenio de la historia desde que la primera Misa fue celebrada en estas tierras y las primeras oraciones del Padrenuestro y del Ave María fueron recitadas en este Continente.

Y para conmemorar tan fausta efemérides, los Obispos de América Latina han querido darse cita en Santo Domingo para dar fervientes gracias a Dios por el don inmenso de la fe y renovar su compromiso de seguir trabajando en la difusión del Evangelio en el continente de la esperanza. El Sucesor de Pedro y Cabeza del Colegio Episcopal en íntima comunión con los Pastores latinoamericanos, tomando nueva-

mente el cayado del peregrino, ha querido mostrar su solicitud pastoral presidiendo, en la tierra a donde llegaron los primeros evangelizadores, la celebración del V Centenario e inaugurando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

Por ello, haciéndome intérprete de los vivos sentimientos de comunión y cercanía de los ^{hermanos} Obispos y de todos los integrantes de esta Asamblea, me honro en reiteraros, Santo Padre, ^{yo} su profunda gratitud ^{sacerdotes} por Vuestra presencia y por las palabras que se dignara dirigirnos, y que habrán de ser iluminadoras de las jornadas de trabajo y reflexión que nos aguardan.

Gracias, Santo Padre, por esta nueva prueba de solicitud pastoral y de amor por los Pastores y fieles de América al venir a Santo Domingo para inaugurar este importante encuentro eclesial con el que se quieren profundizar los varios aspectos de la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana en este Continente.

A continuación, el Señor Cardenal López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo y Presidente del CELAM, os presentará el saludo entrañable de los Obispos de América Latina aquí presentes. Por mi parte, os ruego aceptar los sentimientos de comunión y afecto colegial de los representantes de los Episcopados invitados de Europa, Asia, Africa y América del Norte, de los miembros de la Curia Romana, así como el filial afecto de los Superiores Mayores de Religiosos y Religiosas y de los demás asistentes: sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos y laicos presentes en esta Asamblea. También os saludan con fraterno afecto los observadores de otras confesiones religiosas cordialmente invitados.

Los participantes en esta Conferencia reiteran ante Vuestra Santidad su voluntad de trabajar en unión de

corazones y sentimientos para dar un nuevo impulso a la obra evangelizadora en el Continente. Nuestro testimonio de unidad y comunión fraterna será también prueba de credibilidad según las palabras del Señor: "Ut omnes unum sint, ut mundus credat" (Jn 17,21), "Que todos sean uno...para que el mundo crea".

Sí, Santo Padre, trabajaremos unidos. Este es el firme compromiso que adquirimos ante el Sucesor de Pedro, rogándoos que bendigáis a todos los presentes.



Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

PALABRAS DE SALUDO Y GRATITUD AL SANTO PADRE EN LA INAUGURACION DE
LA IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO - CASA SAN
PABLO - 12 DE OCTUBRE DE 1992.

Beatísimo Padre:

Dentro de unos días la Iglesia católica celebrará los catorce años de Vuestra elección como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro a quien Jesús confió el pastoreo de su rebaño.

Si pudiésemos pasar un balance a estos fecundísimos años de Vuestro Pontificado nos encontraríamos sin duda con que América Latina ha sido una porción privilegiada de vuestros desvelos y cuidados pastorales.

Así lo demuestran vuestros numerosos viajes por todo el Continente sembrando la semilla de la palabra, imponiéndOs agotadoras jornadas para atender las peticiones y necesidades de tantas Iglesias, grupos y sectores que desean encontrarse con Vuestra Santidad y escuchar Vuestras autorizadas orientaciones.



Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-2-

A todos, pastores y fieles, nos brindáis un admirable testimonio de fe y de confianza en el Señor, de fidelidad al carisma con que El Os ha señalado, de firmeza en Vuestras convicciones y de seguridad en los propósitos que Os animan.

Y cuánto necesitamos de estas virtudes en tiempos de tantas veleidades, caprichos, inseguridades, confusiones y cobardías.

Por eso, el primer sentimiento que experimentamos los miembros de esta IV Conferencia convocada por Vuestra Santidad es el de la más honda gratitud por cuanto habéis hecho por América Latina y por haber acogido benévolamente la sugerencia de que se celebrara este importante acontecimiento eclesial, que tiene lugar veinticuatro años después de la Conferencia de Medellín y más de trece de aquella de Puebla.

Cuando se escriba la historia de la Iglesia de estos años se podrán apreciar, por un lado, el dinamismo, la creatividad, el



Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

*Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Prímado de América*

-3-

entusiasmo y la multiplicidad asombrosa de obras e iniciativas que han surgido, por todas partes, pero, por otro, se constatarán los momentos de graves conflictos, tensiones, divisiones, desgarramientos en el tejido eclesial y desenfadadas amenazas a la unidad de la misma Iglesia.

En situación de tanta delicadeza no habéis dudado, Santo Padre, en corregir, exhortar, discernir, indicar el camino recto e invitar a todos a mantenerse fieles a la sana y legítima doctrina. Ahí está Vuestro luminoso Magisterio para demostrarlo.

El momento en que se celebra nuestra Conferencia es notablemente diverso en muchos aspectos si lo comparamos con Medellín y Puebla, sin pretender afirmar con ello que todas las realidades sociales, económicas, políticas y culturales hayan evolucionado favorable o positivamente desde entonces. Todos somos conscientes de que tenemos por delante muy serios problemas que afrontar en esos mismos órdenes.



177

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-4-

Por eso considero tan necesario que nos encontremos de nuevo en un clima de menos efervescencia y agitación que en aquellos años para escuchar la voz del Espíritu, ver qué nos sugiere, qué elementos nuevos deben ponderarse en el panorama mundial y continental, pero sobre todo qué es lo que América Latina espera hoy de sus pastores reunidos aquí con Pedro a la cabeza.

La IV Conferencia ha sido preparada con gran solícitud, en permanente diálogo con todas las Iglesias del Continente, especialmente a través de las Conferencias Episcopales que han enviado abundantes aportaciones, informaciones y sugerencias, recogidas ya en varios de los volúmenes y subsidios que tienen a su disposición, como también en el riquísimo banco de datos que el Centro de Cómputos ha elaborado con tanta diligencia.

Por otra parte, sabemos que se ha orado y se continúa orando intensamente por el éxito de nuestra Asamblea. Esto nos alienta y fortalece nuestra esperanza, seguros de que el Señor nos regalará las luces necesarias para orientar adecuadamente a su pueblo.



Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

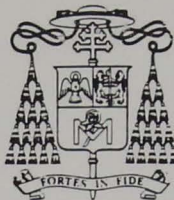
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-5-

En las dos semanas de trabajo que tenemos por delante examinaremos el tema y las líneas que el Santo Padre nos ha señalado y nos indicará hoy con las aplicaciones e implicaciones que tienen en la vida concreta de nuestras comunidades.

Creo que junto con la preocupación que se percibe en todos nuestros países por el deterioro en la calidad de vida de nuestros pueblos, realidad sobre la que se espera alguna palabra esperanzadora de parte de esta Asamblea, existen otras expectativas no menos importantes, específicamente en lo que más nos toca como pastores, que es la proclamación de la palabra y la educación de la fe de nuestros fieles.

Si descuidamos esta dimensión de nuestra responsabilidad pastoral difícilmente encontraremos una respuesta adecuada a aquellos graves problemas sociales que desbordan con mucho la capacidad de cuantos estamos aquí reunidos.



179

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-6-

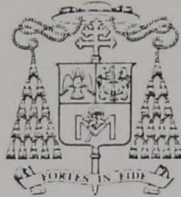
Se puede hacer mucho más de los que estamos haciendo en favor de todos los hombres y en especial de los más necesitados pero a condición de que la Palabra de Dios sea proclamada con toda su fuerza y nos invite a todos a la conversión.

En este sentido la Nueva Evangelización a que el Santo Padre nos ha llamado nos compromete a diseñar un Plan evangelizador masivo, a asumirlo y ejecutarlo con gran fe y esperanza.

Esta puede ser también la respuesta a otra de nuestras grandes preocupaciones, el avance y penetración de las sectas en nuestros países.

Santo Padre, los pastores de América Latina reunidos para la IV Conferencia General esperamos del Pastor de la Iglesia universal la palabra que nos criente y nos anime frente a tantos desalientos, violencia y desconfianza.

Os escuchamos con respeto y Os prometemos acoger con buen ánimo Vuestra enseñanza.



181

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

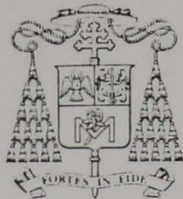
*Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América*

HOMILIA PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL PRIMADA EN LA CLAUSURA DE LA
IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO - 28 DE
OCTUBRE DE 1992.

Nos congregamos hoy en nuestra Catedral Metropolitana para celebrar la Eucaristía de clausura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano que contó en sus primeros momentos con la presencia siempre confortante del Santo Padre Juan Pablo II.

Comienzo por dar una cordial bienvenida a todos mis hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, a los religiosos, religiosas y demás personas consagradas, a los queridos laicos, hombres y mujeres, como también a los observadores de otras Iglesias que han tenido la amabilidad de acompañarnos en estas intensas jornadas de trabajo.

Me siento muy satisfecho de acogerles en nuestra Basílica Catedral que por ser Primada de América pertenece de alguna manera



182

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

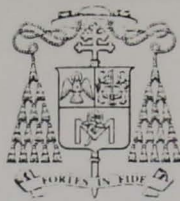
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-2-

a todos los nacidos en este Continente. En efecto, comenzada en 1523 bajo el episcopado del primer obispo residente de Santo Domingo, Alessandro Geraldini, ilustre hijo de Amelia en Italia, fué consagrada en 1541 siendo obispo de esta sede Alonso de Fuenmayor.

Coincide nuestra celebración con la fiesta de los santos apóstoles Simón y Judas, cuya memoria nos evoca la fe que ellos predicaron y testimoniaron tan heroicamente con su sangre, y que nosotros, por gracia de Dios, hemos heredado a través de otros muchos testigos.

Siguiendo el consejo del autor de la carta a los Hebreos, "acuérdense de aquellos superiores de ustedes que les expusieron la palabra de Dios, y teniendo presente cómo acabaron su vida, imiten su fe", recordamos hoy a quienes anunciaron y anuncian el Evangelio en las tierras de América.



183

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-3-

Sí, creo que es muy justo que esta venerable Asamblea, convocada por el Santo Padre para celebrar los quinientos años del primer anuncio del evangelio y para trazar las grandes líneas de la Nueva Evangelización, rinda hoy un homenaje de reconocimiento e imperecedera gratitud a tantos misioneros y misioneras que de manera admirable han consumido su vida estableciendo la Iglesia y multiplicando asombrosamente obras e instituciones en beneficio de todos nuestros pueblos.

Sólo Dios puede medir el caudal formidable de generosidad, abnegación, celo apostólico y todo género de virtudes que esos hombres y mujeres han derrochado en América en estos cinco siglos. El haya premiado a cada uno sus trabajos y sacrificios.

Al concluir nuestra Conferencia queda en nuestros ánimos un sentimiento agradecido al Señor por cuanto nos ha regalado en estos días, ha sido una gracia la misma convivencia de represen-



184

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

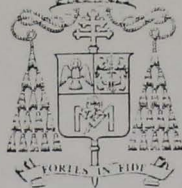
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-4-

tantes de todas las Iglesias del Continente junto con invitados de otras latitudes, el clima de colaboración fraterna, la oración en común, el contacto con nuestras parroquias, para muchos la peregrinación a la Basílica de Nuestra Señora de La Altagracia y tantos otros momentos que hemos compartido fraternalmente.

Hemos enviado un Mensaje al Pueblo de Dios que peregrina en América, Mensaje que recoge en síntesis nuestras deliberaciones y que trata de reflejar la realidad que vive nuestro Continente, entre dificultades y esperanzas, hemos asumido el compromiso de promover la Nueva Evangelización, la Promoción humana y la Cultura cristiana en fidelidad al tema que nos señaló el Santo Padre.

Queremos que todos asumamos ese compromiso evangelizador que esperan nuestros pueblos y hacemos un llamado especial a los laicos y en particular a los jóvenes para que participen con entusiasmo en esta hermosa tarea evangelizadora.



185

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

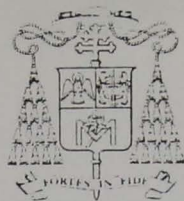
-5-

Especial énfasis daremos a la catequesis y a la liturgia como elementos esenciales de la vida de toda comunidad cristiana, acentuando, además, la vocación misionera de América Latina.

Nos hemos comprometido a intensificar la promoción integral de los pueblos latinoamericanos y caribeños de suerte que se asegure un mayor respeto a la vida de toda persona humana y se consolide la familia como "santuario de la vida".

Nos proponemos finalmente que el mensaje del Evangelio penetre en los ambientes de la cultura urbana, en las culturas rural, indígena y afroamericana, teniendo en cuenta el valor de la educación y la importancia de los medios de comunicación.

Pero sobre todo hemos hecho frente al Continente una clara, gozosa y entusiasta proclamación de fe en Jesucristo, el Señor. El es "nuestra salvación, nuestra justicia, nuestra paz y nuestra reconciliación".



186

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

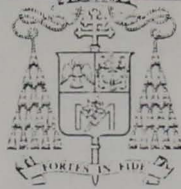
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-6-

Y nuestro más sincero deseo es que ese gran esfuerzo evangelizador que vamos a desplegar en toda América Latina "ponga a Jesucristo en el corazón y en los labios, en la acción y en la vida de todos los latinoamericanos".

En el ocaso del siglo XX que nos ha tocado vivir con sus grandes logros en muchos aspectos y sus tremendos fracasos de repetidas guerras, tensiones, desequilibrios, etc. nos volvemos con esperanza a Jesucristo, el Señor de la historia, para confiarle nuestra suerte y nuestro porvenir, para pedirle que la Buena Nueva llegue a cada habitante de este Continente, que tanto necesita de reconciliación, de solidaridad, de integración y de comunión.

Desde Santo Domingo miramos con inmenso cariño a los casi quinientos millones de hermanos y hermanas que viven en América Latina y el Caribe, los saludamos con alegría y les reiteramos nuestro propósito de amarles y servirles con plena disponibilidad y generosidad, y les invitamos a construir juntos un Continente nuevo en que se establezca la civilización del amor.



187

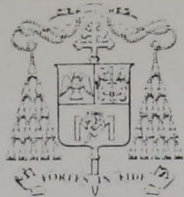
Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-7-

Aunque en la sesión de clausura que acabamos de celebrar en el auditorium de la Casa San Pablo ha habido por parte de la Presidencia y de la Secretaría General en nombre de la Asamblea un testimonio de gratitud a todas las personas e instituciones dominicanas y extranjeras que prestaron su generosa colaboración para hacer posible la IV Conferencia General, quiero reiterar ese agradecimiento de la manera más sincera en la Acción de gracias por excelencia que es la Eucaristía. No es posible repetir aquí la lista completa de todos los beneméritos; el Señor en su infinita bondad sabrá recompensar a cada uno en la forma y medida que más lo necesite.

Pero, si les aviso que los invitaré en los días próximos a una celebración eucarística por sus intenciones aquí en la Catedral cuando hayamos concluido definitivamente todas nuestras tareas. En esa ocasión podré expresarles nuestro reconocimiento por su inapreciable cooperación, en la seguridad de que interpreto los sentimientos de cuantos hemos sido beneficiados con tantas atenciones y delicadezas.



188

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-8-

No quiero concluir mis palabras sin renovar nuestros sentimientos de filial adhesión y obediencia al Santo Padre Juan Pablo II por sus exquisitas demostraciones de amor hacia América Latina, por su inagotable solícitud pastoral por nuestras Iglesias, por sus luminosos mensajes, por sus palabras de aliento y por sus generosas donaciones a instituciones dominicanas.

Ruego al Eminentísimo Señor Cardenal Secretario de Estado reiterar a Su Santidad nuestro cordial saludo y gratitud.

Agradezco también la presencia y colaboración de los miembros de la Curia Romana que han estado con nosotros compartiendo nuestros trabajos y ofreciéndonos sus valiosos aportes.

Igualmente a los representantes de organismos eclesiales de otros Continentes nos alegra que hayan podido estar con nosotros en estos días demostrando la catolicidad de la Iglesia.



189

Nicolás de Jesús Cardenal López Rodríguez

Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo
Primado de América

-9-

Una especial palabra de gratitud a las Iglesias de Estados Unidos, Canadá, España, Portugal, Italia, Alemania, Francia y Bélgica tanto por su ayuda como por su acompañamiento.

Finalmente, gracias a todos ustedes, Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas y demás personas consagradas, laicos y laicas y hermanos observadores, gracias por habernos honrado con su presencia. La República Dominicana nunca olvidará este histórico acontecimiento que ha sido la IV Conferencia y su grata visita. Pueden estar seguros que todos tendrán un lugar de privilegio en el corazón del pueblo dominicano y más particularmente de quienes les han conocido, acompañado y servido. Cuando quieran volver sepan que los acogeremos con el mismo cariño y simpatía. Aquí quedan muchos corazones buenos y sencillos que los quieren.

Que el Señor y su Madre los acompañen en sus viajes de regreso y hagamos el propósito de intensificar nuestros lazos de afecto fraterno manteniéndonos unidos en la oración y en la comunión.

PALABRAS DE MONSEÑOR RAYMUNDO DAMASCENO ASSIS, SECRETARIO
GENERAL DEL CELAM - CLAUSURA

Señores Presidentes y Participantes de esta IV Conferencia:

Antes de las palabras de clausura de Su Eminencia el Señor Cardenal Angelo Sodano, primer Presidente de esta IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, quiero agradecer, en nombre de la Presidencia y de la Asamblea, a todas las personas que integraron las Comisiones o equipos de servicio que trabajaron con sacrificio, dedicación y amor durante la preparación y realización de esta IV Conferencia, colaborando para que nuestros esfuerzos y trabajos llegaran a buen término.

Cada uno llevará, ciertamente, en su memoria y en su corazón la hospitalidad, el cariño y las atenciones de que fueron objeto por parte de todas las personas de Santo Domingo y del Equipo del CELAM que colaboraron con nosotros durante estos días de intenso trabajo.

Las Comisiones o equipos de servicio que colaboraron directamente nuestros trabajos de preparación y realización de la IV Conferencia son las siguientes:

- 1) **Comisión de acogida, recepción y transportación:** Movimiento Familiar Cristiano. Encuentros matrimoniales.
- 2) **Comisión de Servicios Básicos:** Dinámica de Parejas. (Banca, Medicina y Farmacia, Teléfonos, Fax y Correos):
- 3) **Comisión Agencia de viajes:** Viajes "DUMBO".
- 4) **Comisión de Servicios Litúrgicos:** Renovación Cristiana en el Espíritu.
- 5) **Comisión de Lavado de Ropa:** Renovación de los Encarcelados (Lavado de Ropa Litúrgica). Movimiento de Cursillos de Cristiandad (Lavado de ropa personal de los participantes).
- 6) **Comisión de Limpieza:** Cursillos de Cristiandad. (En el auditorium, Casa de San Pablo y Habitaciones).
- 7) **Comisión de comedores y recesos:** Cursillos de Cristiandad.
- 8) **Comisión de Servicios Generales:** Cursillos de Cristiandad, Renovación de los encarcelados y Orden Franciscana seglar. (Alojamiento, desayunos, atención en toda la Casa San Pablo).
- 9) **Comisión de Orden:** Caballeros de Colón y Cursillos de Cristiandad.

- 10) El Equipo Auxiliar de Sacerdotes y laicos del CELAM de apoyo a la Secretaría General de la IV Conferencia y la Oficina de Información y Prensa.
- 11) Grupos de oración permanente en la Casa San Pablo, de las 9.00 horas a las 20.00 horas, de todos los grupos apostólicos y comunidades religiosas de la Arquidiócesis.
- 12) Equipo de Sonido y traducción simultánea.
- 13) Coro del Seminario Mayor de Santo Tomás de Aquino bajo la dirección del Hermano Alfredo Morales.
- 14) Fuerzas Armadas y Policía Nacional como Edecanes de los Señores Cardenales y responsables de la seguridad y del tránsito más expedito.
- 15) Además de estas Comisiones, trabajaron numerosas personas voluntarias, que no pertenecen a ningún Movimiento y numerosos seminaristas del Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino.

Que Dios, por intercesión de Nuestra Señora de Altagracia bendiga y recompense a cada uno y a sus familiares con copiosas bendiciones.

¡Muchas gracias! ¡Muy agradecido!, y para cada una de las personas de estas Comisiones, pido un aplauso!

Santo Domingo, 28 de octubre de 1992